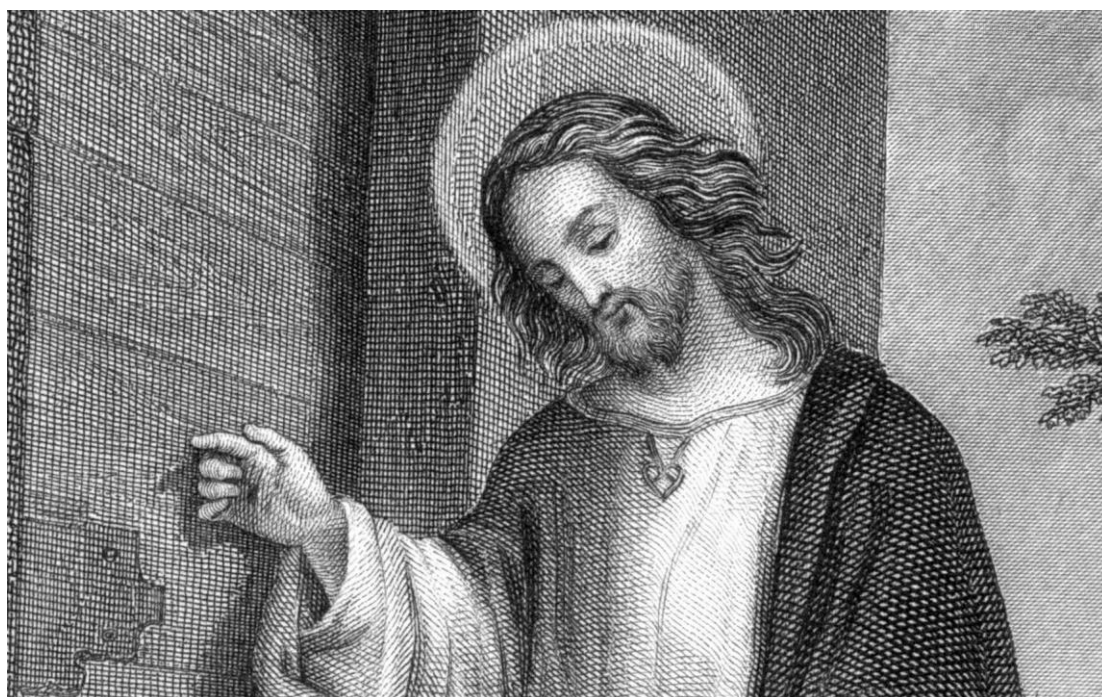


Fr Marie Michel Philipon OP
Maestro en Sagrada Teología

LOS SACRAMENTOS EN LA VIDA CRISTIANA



www.traditio-op.org
frayguidocasilloop@gmail.com



TRADITIO SPIRITUALIS SACRI ORDINIS PREDICATORUM

“Les sacrements dans la vie chrétienne”

Desclée de Brouwer

1945

A la Madre de Cristo

INDICE

INTRODUCCIÓN	7
Función social de los sacramentos	8
CAP. 1. NUESTRA INCORPORACIÓN A CRISTO	13
Nuestra regeneración en Cristo	14
El porqué del sufrimiento	17
El misterio de la gracia	19
La gracia de adopción	23
Inhabitación de la Trinidad	26
El alma templo vivo de la Trinidad	31
Nuestra vocación en Cristo	32
La gracia cristiforme	35
Miembros del Cuerpo místico de Cristo	36
Nuestra vocación de eternidad	39
Todo cristiano es otro Cristo	43
CAP. 2. NUESTRA PERFECCIÓN EN CRISTO	47
El primer Pentecostés	47
Nuestro Pentecostés	51
Perfecto cristiano	53
La actividad de los dones del Espíritu Santo	56
El espíritu de temor	61
El espíritu de fortaleza	62
El espíritu de piedad	63
El espíritu de consejo	64
El espíritu de ciencia	65
El espíritu de entendimiento	66
El espíritu de sabiduría	67
Sed perfectos como vuestro Padre celestial	69
Soldados de Cristo	70
CAP. 3. NUESTRA TRANSFORMACIÓN EN CRISTO	77
La presencia real	78
Comulgar con el cuerpo y la sangre de Cristo	84
Comulgar con el alma de Cristo	88
Comulgar con el Verbo	91
Comulgar con la Trinidad	93
El sacramento de la unidad	94
Como la Virgen de la Encarnación	95
CAP. 4. NUESTRA IDENTIFICACIÓN CON CRISTO	99
La misma hostia que la de la cruz	100
El mismo sacrificio que el de la cruz	101
Unidad del sacrificio del altar y del sacrificio de la cruz	104
Los mismos efectos que los del sacrificio de la cruz	105
El mismo Sacerdote que el de la cruz.	107
Los mismos sentimientos en el alma de Cristo	109
Sacrificio de expiación	111
Sacrificio de adoración	117

<u>Sacrificio de acción de gracias</u>	121
<u>Sacrificio de impetración</u>	123
<u>Suscipe Sancta Trinitas</u>	127
<u>Hostia de la Trinidad</u>	130
<u>Acto de ofrenda como Hostia de la Trinidad</u>	132
<u>Como la gotita de agua del Cáliz</u>	134
 <u>CAP. 5. EL PERDÓN DE CRISTO</u>	136
<u>Nuestra condición de pecadores</u>	136
<u>El pecado original</u>	137
<u>Los pecados de la raza humana</u>	138
<u>Nuestras faltas personales</u>	138
<u>Las misericordias de Cristo</u>	140
<u>El sacramento de nuestra reconciliación</u>	143
<u>La conversión del alma</u>	146
<u>El sentido de expiación</u>	152
<u>Hacia las cumbres</u>	155
 <u>CAP. 6. NUESTRA VIDA FAMILIAR EN CRISTO</u>	159
<u>I. El amor Cristiano</u>	160
<u>Ideal humano</u>	160
<u>Ideal cristiano</u>	162
<u>El amor conyugal en Cristo</u>	164
<u>II. La Educación de los hijos</u>	169
<u>Nacimiento de los hijos de Dios</u>	170
<u>Educación de los hijos de Dios</u>	170
<u>Disciplina de la Sensibilidad</u>	172
<u>Formación de la inteligencia</u>	175
<u>Educación de la voluntad</u>	177
<u>Sentido social</u>	179
<u>III. Cristo en el hogar</u>	180
<u>La familia: escuela de santidad</u>	180
<u>Espiritualidad conyugal</u>	181
<u>Espiritualidad familiar</u>	182
<u>La familia en la ciudad</u>	185
<u>La Sagrada Familia</u>	187
 <u>CAP. 7. NUESTRO SACERDOCIO EN CRISTO</u>	190
<u>I. Sacerdocio y realeza de Cristo</u>	190
<u>Cristo Sacerdote</u>	191
<u>Cristo Rey</u>	192
<u>II. Sacerdocio y realeza de la Iglesia</u>	193
<u>El sacerdocio de la Iglesia</u>	194
<u>El carácter sacerdotal</u>	195
<u>El poder sacrificador</u>	196
<u>El poder santificador</u>	197
<u>La realeza de la Iglesia</u>	199
<u>El magisterio</u>	200
<u>El gobierno espiritual</u>	202
<u>III. El sacerdocio del presbítero</u>	203

<u>El sacerdote al servicio de Dios</u>	<u>203</u>
<u>El sacerdote al servicio de los hombres</u>	<u>205</u>
<u>IV. La función social del Obispo</u>	<u>207</u>
<u>El Cristo de su diócesis</u>	<u>208</u>
<u>La plenitud del sacerdocio</u>	<u>210</u>
<u>El guardián de la fe</u>	<u>212</u>
<u>El jefe espiritual</u>	<u>214</u>
<u>La iglesia en miniatura</u>	<u>215</u>
<u>La catedral</u>	<u>216</u>
<u>V. El Papa</u>	<u>217</u>
<u>El Cristo de la tierra</u>	<u>218</u>
<u>El Sumo Pontífice</u>	<u>218</u>
<u>El doctor de las naciones</u>	<u>219</u>
<u>El jefe supremo de la Iglesia</u>	<u>222</u>
<u>El Santo Padre</u>	<u>225</u>
<u>VI. La mística del sacerdocio</u>	<u>226</u>
<u>Identificación con Cristo mediador</u>	<u>226</u>
<u>Identificación con la expiación de Cristo</u>	<u>228</u>
<u>Identificación con el alma adoradora de Cristo</u>	<u>229</u>
<u>Identificación con la acción de gracias de Cristo</u>	<u>230</u>
<u>Identificación con la plegaria de Cristo</u>	<u>232</u>
<u>Identificación con Cristo salvador</u>	<u>233</u>
<u>Identificación con Cristo doctor</u>	<u>234</u>
<u>Identificación con Cristo Rey</u>	<u>236</u>
<u>El sacerdote es otro Cristo</u>	<u>238</u>
<u>VII. Sacerdocio e intimidad mariana</u>	<u>240</u>
<u>El sacerdote y la madre de Cristo</u>	<u>240</u>
<u>Ofrecer a Cristo con María</u>	<u>242</u>
<u>Salvar las almas con María</u>	<u>242</u>
<u>El sacerdote de María</u>	<u>243</u>
<u>VIII. El único sacerdote eterno</u>	<u>244</u>
 <u>CAP. 8. NUESTRA PARTIDA HACIA CRISTO</u>	 <u>247</u>
<u>En el atardecer de la vida</u>	<u>247</u>
<u>Las purificaciones supremas</u>	<u>248</u>
<u>Purificación de los sentidos</u>	<u>250</u>
<u>Purificación del alma</u>	<u>252</u>
<u>Los últimos combates</u>	<u>252</u>
<u>Hacia la casa del Padre</u>	<u>254</u>
 <u>CAP. 9. NUESTRA VIDA DE ETERNIDAD EN CRISTO</u>	 <u>258</u>
<u>La supervivencia inmortal</u>	<u>259</u>
<u>El purgatorio</u>	<u>260</u>
<u>El infierno</u>	<u>262</u>
<u>El limbo</u>	<u>263</u>
<u>El paraíso de la Trinidad</u>	<u>264</u>
<u>La luz eterna</u>	<u>265</u>
<u>El amor eterno</u>	<u>268</u>
<u>Los esplendores de la gloria</u>	<u>269</u>
<u>La alabanza eterna</u>	<u>276</u>

INTRODUCCIÓN

Para mí, “vivir es Cristo”¹, decía San Pablo. “Dios, en efecto, nos predestinó a la adopción de hijos suyos por Jesucristo”². Debemos vivir, amar, sufrir y morir en Cristo. A través de todos los acontecimientos de este mundo, Dios trabaja “para configurarnos con su Hijo”³. La santidad cristiana es una identificación con Cristo.

Ahora bien, los grandes medios queridos por Dios para comunicarnos esta vida “en Cristo” son los sacramentos. Con razón, la tradición cristiana siempre gustó considerarlos como los canales de la gracia que brota del costado abierto de Jesús. Por ellos corren hasta nosotros los beneficios todos de la redención, que fueron globalmente adquiridos en la cruz. Dios ha instituido un modo nuevo “superhistórico y espacial” para perpetuar en medio de nosotros la realidad del sacrificio redentor y la acción personal del Salvador en cada una de nuestras vidas, en cada una de nuestras almas. A través de los ritos simbólicos de la Iglesia, los sacramentos perpetúan los “gestos de Cristo”. Gracias a este orden sacramental, el Cristo histórico, localizado en el espacio y en el tiempo, ha llegado a ser el Cristo de todas las naciones. Jesús está siempre presente entre nosotros. El crucificado del Gólgota llama hacia Él a todas las generaciones humanas. A nosotros nos toca transformar nuestra existencia en una ardiente búsqueda de Cristo. El tiempo de la vida que se nos da, constituye la hora personal de nuestra redención. Cada uno recibe su parte de la infinita plenitud de la gracia capital de Cristo, según el grado de su propio fervor⁴.

¹ Filip. I, 21.

² Ef. I, 5.

³ Rom. VIII, 29.

⁴ Quamvis autem sufficienter pro peccatis humani generis sua morte satisfecerit, sunt tamen unicuique remedia propriae salutis, quaerenda. Mors enim Christi est quasi quaedam universali causa salutis, sicut peccatum primi hominis fuit quasi quaedam universalis causa damnationis. Oportet autem universalem causam applicari ad unumquodque specialiter, ut effectum universalis causae participet. Effectus igitur peccati primi parentis pervenit ad unumquemque per carnis originem; effectus autem mortis Christi pertingit ad unumquemque per spiritualem regenerationem, per quam homo Christo quodammodo coniungitur et incorporatur; et ideo oportet quod unusquisque quaerat regenerari per Christum et alia suscipere in quibus virtus mortis Christi openatur.

Ex quo patet quod effluxus salutis a Christo in homines non est per naturae propaginem, sed per studium bonae voluntatis qua homo Christo adheret. (Suma contra gentes, lib. IV, cap. 55).

Función social de los sacramentos

Más allá de individuos, el cuerpo místico de Cristo es quien se forma progresivamente, a través de los siglos, por la economía de los sacramentos. Tal vez no se ha hecho resaltar lo bastante este aspecto comunitario de la vida sacramental en la Iglesia. En realidad, ningún sacramento hay cuyos efectos no se difundan, por lo menos indirectamente, en el conjunto del cuerpo místico de Cristo. En esta hora de la humanidad en que los valores comunitarios atraen tan poderosamente la atención de los hombres, y en que, en el campo del pensamiento religioso, en el del arte y en el de la civilización, así como en el dominio de los intereses económicos, todos los problemas se desenvuelven en un plano internacional, la Iglesia, cuerpo místico de Cristo, habituada a ver todo en la amplitud universal del plan de la redención, entra sin esfuerzo en las más vastas perspectivas de solidaridad mundial. Todos sus dogmas tienen repercusiones sociales. El dogma de los sacramentos nos pone en presencia de medios más poderosos para el desarrollo y la cohesión del cuerpo místico de Cristo.

El Bautismo es el sacramento de entrada en la comunidad cristiana, el rito oficial de nuestra incorporación a Cristo y a su Iglesia. Un alma cristiana nunca está sola frente a su Cristo. Por la fe sabemos que Dios envió para toda la raza humana a su Hijo, para congregar a todos los hombres en la unidad de un mismo cuerpo místico. El individualismo religioso de la piedad moderna ha desconocido, hasta el exceso, este alcance social de las gracias del Bautismo y de las de los otros sacramentos. Sin embargo el mayor beneficio que nos proporciona el Bautismo consiste en hacernos entrar en la Iglesia, ese misterioso acabamiento de Cristo. El Bautismo nos hace, simultáneamente, hijos de Dios y de la Iglesia, miembros vivos unidos a todo el cuerpo místico de Cristo. En Él, el cristiano recibe por Padre a Dios, como Madre a la Iglesia y, como hermanos en Jesucristo, a todos los hombres.

Trabada en duros combates al servicio de la Redención, la Iglesia ha menester de apóstoles y de soldados. La Confirmación viene a designar esos misioneros del Evangelio y esos defensores “oficiales” de la Iglesia de Cristo. El carácter sacramental impreso en el alma de esos “perfectos cristianos”, consagra a esos nuevos “soldados de Cristo”, imponiéndoles las responsabilidades de un testimonio para rendir el cual les otorga mandato, llamándolos a afirmar su fe frente al mundo, invistiéndolos de la función social de propagar y defender, si fuese preciso con el martirio, el bien común de la sociedad cristiana. Un militante de Cristo vive y muere por la cristiandad.

Cuando el hombre, avanzando en la vida, piensa en fundar un hogar, recuérdale la Iglesia el sentido del matrimonio cristiano, esencialmente ordenado a la propagación del cuerpo místico de Cristo, a la multiplicación numérica de los adoradores de la Trinidad. No hay necesidad de insistir sobre esta clásica doctrina. La familia es la célula básica de la sociedad cristiana, como de toda sociedad humana. Los padres deben vivir para sus hijos. Un padre y una madre, dignos de este nombre, se olvidan de sí mismos. En clima cristiano, el amor conyugal florece en una amistad en Cristo y se subordina a la misión educadora de la familia, escuela de santidad en la que se forman y crecen los miembros del cuerpo místico de Cristo. Para una mujer, ser madre es la mejor manera de servir a su país y a Dios. En el hogar cristiano es donde se reclutan los apóstoles de Cristo, los sacerdotes de la Iglesia y los santos. Así la comunidad familiar prepara la ciudad de Dios.

La Eucaristía, sacramento de la unidad, realiza la comunión de la Iglesia toda alrededor de un mismo Cristo. Cuanto más se unen las almas con Cristo, más se aproximan entre sí. Si los primitivos cristianos vivían en caridad fraterna tan perfecta, formando “un solo corazón y una sola alma en el Señor”⁵, lo debían a su “unánime perseverancia en la oración”⁶ y a la común participación en la “fracción del pan”⁷. Las primeras comunidades cristianas se agrupaban alrededor de la Eucaristía, principio de su unidad. En medio de las divisiones intestinas y de las oposiciones internacionales que lanzan tan a menudo y de modo tan brutal a las naciones modernas unas contra otras en luchas fratricidas, cuánto poder de acercamiento de los pueblos y de pacificación del mundo proporcionaría la reunión de todos los hombres alrededor de una misma mesa eucarística y de un mismo Cristo, fuente de luz común y de comprensión mutua, prenda de concordia y de paz.

Compuesta de miembros pecadores, la Iglesia militante obra su salvación en medio de innumerables peligros, en el transcurso de una existencia frágil, a menudo obstruida con caídas y recaídas. Si el Salvador no hubiese instituido con carácter de permanente un sacramento de misericordia y de perdón, muy pronto el cuerpo místico hubiera parado en descomposición y muerte. La Penitencia pone remedio devolviendo a las almas muertas por el pecado, la vida eterna de Cristo y la amistad de Dios. Aquí también, nótese bien, no son solamente los individuos los que recogen aisladamente los

⁵ Hechos IV, 32.

⁶ Idem. I, 14.

⁷ Idem. II, 42.

frutos del sacramento de la Penitencia. Trascendiendo los pecadores que se convierten o los justos que, con la absolución del sacerdote, se elevan a más grande santidad, el conjunto del cuerpo místico de Jesús es el que se beneficia con esas gracias de resurrección y de santificación. Los más secretos beneficios del perdón, que proporciona a las almas pecadoras este sacramento purificador, redundan indirectamente sobre la totalidad de la Iglesia purificada de sus faltas cotidianas en la Sangre redentora, y hecha –según el deseo de su Maestro– pura e inmaculada, sin mancha, ni arruga, ni suciedad, cada vez más semejante a la santidad de Dios.

Los pecadores endurecidos y escandalosos son tratados por ella como miembros contagiosos, de los cuales la comunidad debe guardarse, y, semejante a un organismo vivo, lucha la Iglesia contra el mal que amenaza a todo el cuerpo social, porque nada divide tanto a los hombres como el pecado. Al expulsar el pecado, principio de disgregación interna, el sacramento de la Penitencia elimina de la comunidad cristiana los elementos de desorden o de muerte y llega a ser, por eso mismo, una de las más poderosas salvaguardas de la unidad.

El Orden es el sacramento de la unidad jerárquica de la Iglesia. En la comunidad cristiana, el sacerdote es el hombre del bien común al servicio de todos. El más humilde de los sacerdotes tiene cargo de la Iglesia entera, su mediación se extiende a todo el cuerpo místico de Cristo.

En el cumplimiento de las funciones sacras, el sacerdote siempre obra “en la persona de Cristo” y “en nombre de toda la Iglesia”. Esta misión de mediador “oficial” que le coloca entre Dios y los hombres, no se limita a una parroquia, a una diócesis o a una nación. Nuestro sacerdocio nos pone al servicio de todos los hombres y, en cada sacerdote, debería poder encontrar un alma de Cristo. En la misa es donde el poder del sacerdote alcanza su máximo de eficacia. Al perpetuar sobre el altar el acto supremo del sacerdocio de Cristo que salvó al mundo, la acción del sacerdote extiéndese a todo el cuerpo místico de Cristo. Mientras su sacrificio de adoración, de acción de gracias y de expiación se desenvuelve en presencia de Dios con una amplitud de alabanza infinita, su oración suplicante obtiene la aplicación a los hombres de los méritos de Cristo. En nombre de todo el cuerpo místico y por todos los hombres el sacerdote en el altar eleva por encima del mundo la Hostia redentora. El sacerdote mediador es otro Cristo crucificado, que une a todos los hombres con Dios.

La ofrenda de una misa es un acto más sublime que el gobernar a la Iglesia entera. Nada en la tierra iguala a la omnipotencia mediadora del sacerdote en el altar, al

tener en sus manos a Cristo ofreciéndolo en sacrificio a la adorable Trinidad. La misa es el instante privilegiado en el cual el poder del sacerdote alcanza su máximo de eficacia y el momento supremo en que la Iglesia del Verbo encarnado, en oración y adoración ante Dios, mantiénese concentrada alrededor de su Cristo en la unidad⁸.

El resto de la vida del sacerdote se prodiga, igualmente, al servicio de la comunidad cristiana. Todas las riquezas redentoras de Cristo pasan por las manos del sacerdote. En nuestros días, el sacerdote, que tiene cura de almas, participa en las diversas funciones del sacerdocio y de la realeza de Cristo. Es pontífice y jefe. Por sublimes que sean sus sagradas funciones, valores supremos de su sacerdocio, ya no bastan para la vida de la cristiandad. El sacerdote moderno debe, además, poseer las cualidades intelectuales y morales de un conductor de hombres: un alma de jefe.

En la vida actual de la Iglesia, la función espiritual que desempeña cada vez más asociada a la carga pastoral del obispo, participa de sus responsabilidades al servicio del bien común de la sociedad cristiana. A través de la temible complejidad de las necesidades temporales, tiene la misión de conducir los hombres a su destino eterno. Ninguna existencia está tan ligada como la suya al bien espiritual del género humano. “Hombre de Dios”, el sacerdote es también el hombre de todos los hombres, por sobre las razas y los partidos, inclinándose no sólo sobre los cristianos, sino también sobre los paganos y los indiferentes, aun sobre los apóstatas y excomulgados, sobre todos aquellos cuya voluntad libre puédesse volver a Dios y, convertida, a Cristo. Continuador del Verbo encarnado, “ministro de Cristo y dispensador de los misterios divinos”⁹, el sacerdote es “otro Cristo” que ha recibido la misión de reconciliar a todos los hombres con Dios. Con este objeto, el Hijo de Dios ha confiado a su sacerdocio ministerial todos sus poderes de Sacerdote y de Rey. Cada sacerdote, según su puesto en la Iglesia, cumple en él las funciones de Cristo. Aun el más humilde sacerdote es “otro Cristo” mediador, encargado del bien común espiritual de toda la humanidad.

En el momento de la Extremaunción toda la Iglesia está en oración por los enfermos y los agonizantes. Esta devoción tan difundida entre los fieles y tan fervorosa, que impele a la Iglesia de la tierra a orar por los agonizantes de cada día, mantiene verdaderamente a toda la comunidad cristiana en súplica ante Dios por los que van a

⁸ *Sacramenta novae legis ad duo ordinantur: videlicet; ad remedium contra peccata; et ad perficiendum animam in his quae pertinent ad cultum Dei secundum ritum christianae vitae* (3, 63, I).

Los efectos de los sacramentos se desenvuelven sobre una línea doble: ellos nos comunican la santidad y el sacerdocio de Cristo. En virtud del carácter bautismal, toda la Iglesia militante se hace sacerdotal y posee el poder de ofrecer a Cristo, como Sacerdote y Hostia, a la Trinidad.

⁹ I Cor. IV, 1.

morir. “¿Está enfermo alguno entre vosotros?”, pues bien, fiel a lo que recomienda el Apóstol Santiago¹⁰, “llame a los sacerdotes de la Iglesia y éstos oren por él, ungiéndole con óleo en el Nombre del Señor... y si ha cometido pecados, le serán perdonados”. A la luz de la fe la Iglesia tiene conciencia de que este tránsito de un mundo a otro es el momento esencial de una existencia humana, el instante decisivo que fija la suerte de un alma por toda la eternidad. Uno tras otro, sus miembros vuelven a encontrar a los otros miembros del cuerpo místico establecidos ya en los esplendores de Dios. Con la Extremaunción se consuma la unidad de la Iglesia militante, yendo a confundirse con la iglesia triunfante ante la faz de Dios.

En la economía de los sacramentos todo adquiere el sentido de una indisociable solidaridad entre todos los miembros del cuerpo místico de Cristo. Dios no contempla a los hombres sino en el conjunto del plan de la Redención; Jesús no ve a cada una de nuestras almas sino a través de su iglesia, en las perspectivas de la Ciudad de Dios. Su mirada de Cristo descubre en el mundo sacramental como una prolongación, en su Iglesia, de todos los beneficios de la Encarnación redentora. El Bautismo le proporciona los miembros de su Iglesia; la Confirmación señala sus defensores; la Eucaristía los sostiene en sus luchas cotidianas; la Penitencia les devuelve una plena vitalidad después de las caídas del pecado; el Matrimonio multiplica los miembros de este inmenso cuerpo social, que lentamente crece en el transcurso de los siglos de la historia de las generaciones humanas; el Sacerdocio mantiene en su Iglesia de la tierra el orden y la unidad; después, cuando para cada uno de nosotros llega la hora de dejar este mundo, nuevamente aparece el Cristo del Bautismo, junto al alma cristiana, para prepararla mediante una suprema unción a entrar en la ciudad eterna de Dios. Lejos de terminarse con la muerte, la pertenencia a la comunidad cristiana se perpetúa en el cielo. La Iglesia militante florece en Iglesia triunfante en la unidad del “Cristo total”.

Fr Marie Michel Philipon OP

¹⁰ Santiago V, 14-15.

Capítulo Primero

NUESTRA INCORPORACIÓN A CRISTO

El Bautismo, sacramento de nuestra incorporación a Cristo, nos introduce en la familia de la Trinidad.

Bautismo es el primer gesto de redención de Cristo sobre nosotros. El Hijo de Dios nos proporciona Él mismo, en la medida de nuestras disposiciones personales, todas las gracias de su encarnación y de su muerte en la cruz. La Iglesia insiste, con razón, ante pastores y fieles, en que los cristianos adquieran conciencia de esta gracia inicial que contiene en germen toda su vida espiritual en Cristo. Este primer contacto del Salvador obra maravillas de gracia en nosotros:

- ✠ Una purificación total en nuestra alma mediante la remisión de todos nuestros pecados, así como la de toda pena eterna o temporal.

- ✠ Una gracia de adopción que hace a nuestra alma hija de la Trinidad, y asociada a la vida íntima de las Tres Personas divinas.

- ✠ Una incorporación a Cristo que nos hace entrar, en calidad de miembro vivo, en su cuerpo místico, en íntima comunión con todos los santos del cielo y de la tierra.

El Bautismo hace del cristiano otro Cristo, llamado a vivir a su imagen, con el solo afán de la gloria del Padre para la redención del mundo.

NUESTRA REGENERACIÓN EN CRISTO

El Bautismo se presenta, ante todo, como una “regeneración”. “Nadie puede entrar en el reino de Dios sin un nuevo nacimiento de lo Alto”¹¹, enseñaba Jesús. “Por la virtud del agua y del Espíritu Santo es preciso “renacer”¹² a la vida de la gracia.

El simbolismo bautismal expresa bien esta regeneración de las almas en Cristo. El hombre pecador es “sumergido”, “lavado”, “bautizado” en la sangre redentora y en la muerte de Cristo. Sale del baño totalmente puro, regenerado, muerto al pecado como Cristo, y resucitado con Él a una vida totalmente divina. Es preciso volver a ubicar este sacramento en el marco primitivo de la liturgia pascual para darse cuenta hasta qué punto el bautismo hace de cada cristiano un resucitado. Toda nuestra liturgia pascual es bautismal. A la luz de la antigua liturgia, era muy fácil para los recién bautizados comprender que se hacían, en ese día de Pascua, partícipes de la muerte y de la resurrección del Salvador. Complacíase San Pablo en recordar estas enseñanzas a los primeros cristianos: “Habéis sido sepultados en Cristo por el Bautismo, héos ahora resucitados en Él”¹³. “Sí, bautizados en Cristo, bautizados en su muerte, sepultados con Él, resucitados con Él para gloria del Padre, a fin de que en Él caminéis en una vida nueva”¹⁴.

Para comprender esta gran doctrina de la salvación, importa sobremanera acordarse que el cristianismo es un misterio de solidaridad: en el mal, por el pecado original; en el bien, por la comunión de todos los hombres en los méritos de Cristo. Todos pecaron en Adán. El primer hombre, cabeza espiritual de la raza humana, jugaba junto con su propio destino la suerte de todos sus descendientes. Fiel, no hubiera conocido ese desequilibrio moral y físico que fue para él y permanece siendo para nosotros la consecuencia de aquella falta original. No hubiera sufrido ni la rebelión de sentidos, ni la enfermedad, ni la muerte. Hubiera dejado sin dolor el paraíso de la tierra cambiándolo por el paraíso de Dios. Sus hijos, a su vez, han debido pagar la falta de su padre: malicia en la voluntad, ignorancia en la inteligencia, sensibilidad desordenada y flaquezas de la carne; en una palabra, todo ese largo cortejo de enfermedades y sufrimientos físicos o morales que terminan en la muerte, que se han convertido en el pan cotidiano de la raza humana.

¹¹ Juan III, 3.

¹² Juan III, 5.

¹³ Colos. II, 12.

¹⁴ Rom. VI, 3-4.

Es conocido en la “Epístola a los Romanos”¹⁵ el pasaje dramático en que San Pablo, con toda su ardiente pasión por Cristo, ha descrito los estragos universales de esa falta de Adán para oponerle, en una antítesis arrebatadora, el poder no menos universal e infinitamente superior de la redención del Verbo encarnado. Menester es en absoluto volverse a colocar en estas perspectivas de nuestra fe, para apreciar en su justo valor la obra de liberación y de salvación obrada por el Bautismo en el alma pecadora de todos los hijos de Adán. Nosotros, todos, somos “rescatados”¹⁶, y la Inmaculada misma, la Madre de Dios, lejos de escapar a esta ley sin excepción del rescate y del perdón salvador, permanece siendo la obra maestra de la redención de Cristo. “Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras”¹⁷, afirma San Pablo y hace de este dogma fundamental la base de su predicación apostólica. “Es Dios quien os dio vida cuando estabais muertos por vuestros extravíos y pecados... Sí, por naturaleza somos todos hijos de ira, pero Dios, que es rico en misericordia, a causa de la excesiva caridad con que Él nos ha amado, Dios nos ha dado vida en Cristo, cuya gracia nos ha salvado, haciéndonos resucitar y sentar con Él en los cielos, a fin de hacer brillar ante la mirada de los siglos, las sobreabundantes riquezas de su bondad enteramente gratuita para con nosotros en Cristo Jesús. Os salvó su gracia y no vuestras obras, ni vosotros mismos, sino Cristo ‘puro don de Dios’. Verdaderamente somos su obra, su creación”¹⁸.

Todos estos grandes textos de la doctrina paulina sobre nuestra justificación gratuita en Cristo podrían aplicarse al Bautismo, la hora por excelencia de nuestra justificación propia. ¿Qué sucede, en efecto? Toda la redención se vierte en el alma del bautizado para borrar en ella la mancha original y, si se trata de un adulto, todas las faltas personales graves o leves de que pudiera estar manchada. El Bautismo es la primera aplicación de la ley de solidaridad que liga a Cristo todos los miembros de su cuerpo místico y los beneficia con todos sus méritos redentores como si fuesen ellos mismos personalmente sus poseedores. Santo Tomás osó adelantar esta fórmula audaz: “A todo bautizado se le comunica la Pasión de Cristo como si él mismo hubiera sufrido” y “hubiera muerto en la Cruz”¹⁹.

¹⁵ Rom. V, 12-21.

¹⁶ El autor emplea el término *rescapés*, sin equivalente en castellano, y que quiere decir: escapados de un gran peligro. El traductor emplea el término “rescatados” usado por el autor en el contexto.

¹⁷ ICor. XV, 3.

¹⁸ Efes. II, 1-9 *passim*.

¹⁹ “Omni baptizato communicatur Passio Christi ad remedium, ac si ipse passus et mortuus esse” (III, 69, 2). Esta comunicación del valor meritorio y satisfactorio a todos los cristianos, encuentra su fundamento en la unidad del cuerpo místico: los miembros participan de todos los méritos de la cabeza “poena

Así, cada cristiano es identificado con Cristo. En el orden de la Redención, es como si cada uno de nosotros fuera el Verbo encarnado, ofreciendo a la justicia del Padre satisfacciones y méritos de valor infinito. El hombre se redime a sí mismo en Cristo, puesto que la cabeza y los miembros no forman sino un solo viviente. Todo se aclara a la luz de la fe para los que comprenden esta misteriosa unidad del Cristo total. Compréndese por qué la Iglesia atribuye tanta importancia a esta doctrina de la unidad del cuerpo místico en la economía de nuestra salvación en Cristo. Toda nuestra vida sobrenatural depende de ella. Cristo ha recibido de Dios una gracia capital para beneficiar con ella a todos sus miembros. Una misma vida circula en todo el cuerpo. Cabeza y miembros constituyen una sola persona mística. Esta afirmación va más allá de lo que se piensa. En el orden de la satisfacción, de la redención, del mérito, de la oración, del sacerdocio: todo ha llegado a ser común entre Cristo y nosotros. Cada uno de los gestos del Verbo encarnado revestía un alcance universal adquirido de pleno derecho por todos los miembros de su cuerpo unidos a su Personalidad divina, pues la Iglesia entera, cuerpo místico de Cristo, puede ser considerada como una sola persona con Él²⁰.

La Pasión de Cristo, reparadora de todas las faltas de la raza humana, fue al mismo tiempo libertadora para nosotros de todas las penas eternas o temporales debidas al pecado. Ofreciendo a su Padre su vida de Verbo encarnado, en un movimiento de Caridad infinita al servicio de su gloria, en medio de los trágicos sufrimientos del Calvario. Cristo ha presentado a Dios una expiación no sólo suficiente, sino incomparablemente superior a la ofensa causada por la suma de todos los pecados. Recordábalo San Juan a los primeros cristianos, con su habitual sencillez: “Vosotros bien lo sabéis, Él ha venido a quitar nuestros pecados, Él, en quien no había pecado”²¹. “Se hizo víctima de propiciación por nuestros pecados y por los del mundo entero”²². Como la justicia divina exigía la reparación adecuada de la ofensa infinita inferida a la Majestad de Dios por la desobediencia de Adán y las faltas personales de sus hijos, en un incomparable movimiento de amor, Dios Hijo aceptó venir a expiar en la carne la

passionis Christi communicatur baptizato, in quantum fit membrum Christi ac si ipse poenam illam sustinisset” (III, 69, 2 ad 1).

²⁰ “Caput et membra sunt quasi una persona mystica. Et ideo satisfactio Christi ad omnes fideles pertinet sicut ad sua membra” (III, 48, 2, ad 1). “Tota Ecclesia, quae est mysticum corpus Christi, computatur quasi una persona cum suo capite, quod est Christus” (III, 49. I).

²¹ I Juan III, 5.

²² I Juan II, 2.

injuria del pecado, “llevar sobre Sí todas nuestras iniquidades”²³. “Él se ofreció como Hostia”²⁴. El Verbo Eterno, igual al Padre, “figura de su sustancia y esplendor de su gloria”, hízose el Cristo de Getsemaní y del Gólgota, “el varón de dolores”²⁵, castigado por Dios como un leproso o como el yunque bajo la poderosa e implacable mano del herrero, “el gusano aplastado” bajo la rueda del carro. Estas imágenes bíblicas revelan bien el aspecto sombrío del deslumbrante misterio del Verbo, que vino a habitar en medio de nosotros para llevar nuestros pecados en su cuerpo, en el madero de la Cruz.

Y he aquí, ahora, los maravillosos resultados de esta expiación heroica, tales cuales San Pablo nos los describe y la teología católica nos los muestra aplicados a cada alma mediante el Bautismo y los otros sacramentos. Los hombres, que vivían lejos de Dios, han sido “reconciliados” con Él en la sangre de Cristo, Jesús ha venido a ser “un vínculo de paz” entre su Padre y los hombres sus hermanos. En adelante “por Él tenemos acceso junto al Padre” en un mismo Espíritu. “Ya no somos para Dios hijos de ira” sino miembros vivos de su Hijo unigénito, amados con Él con un mismo amor. El Hijo único ha llegado a ser “el primogénito de una multitud de hermanos”. Los hijos de Adán han vuelto a ser hijos de adopción, hijos pródigos vueltos a la casa paterna en la que encuentran intacta su herencia de hijos, y hasta considerablemente aumentada con las riquezas infinitas del Hijo Unigénito del Padre, nueva cabeza de la familia de Dios en lugar de Adán. Verdaderamente, “ya no hay condenación para los que están en Cristo”²⁶, incorporados a Él, no constituyendo con Él y en Él sino un solo cuerpo del que permanece siendo la cabeza. La liturgia de Pascua tiene razón para cantar con entusiasmo esta falta original que debía traernos por la misericordia divina, como Redentor y como hermano, al propio Hijo de Dios. ¡O felix culpa, quae talem ac tantum meruit habere redemptorem!

EL PORQUÉ DEL SUFRIMIENTO

¿Por qué el Bautismo, que nos aplica los méritos infinitos de la pasión y muerte de Cristo, no nos hace recobrar todos los privilegios del estado de inocencia?

²³ Isaías LIII, 6.

²⁴ Efesios V, 2.

²⁵ Isaías LIII, 3.

²⁶ Rm. VIII, 1.

Seguramente que no es porque la gracia de Cristo, que infinitamente más poderosa que la malicia de Adán, no tenga poder para ello. Dios hubiera podido establecer otra economía de la salvación en la cual, desenvolviéndose sin obstáculo en el hombre regenerado la redención de Cristo, éste hubiera vuelto a encontrar inmediatamente, junto con la gracia santificante y el perdón de sus faltas, todas las prerrogativas del estado de inocencia: una irreprochable integridad moral y física, una voluntad recta e inclinada al bien, una inteligencia abierta sin esfuerzo a la verdad, una perfecta subordinación de la carne al espíritu, un maravilloso equilibrio de todas sus potencias sometidas al alma y a Dios, la ausencia de dolor en su vida y el privilegio de no morir nunca; en fin, después de una existencia siempre feliz sobre la tierra, la inmutable visión de paz en la luz del Verbo y todas las propiedades de los cuerpos gloriosos en la sociedad de los santos. Dios no lo ha querido así. La inteligencia divina, infinitamente más sabia que nuestros pensamientos humanos, ha preferido inclinarnos a adquirir más conciencia de nuestra vocación de “miembro de Cristo crucificado”. Nuestra debilidad para el bien está destinada a hacer brillar mejor la sublime virtud de Cristo, a la que debemos el poder llevar una naturaleza divina en el vaso frágil de un cuerpo pecador e inclinado al mal. Ese foco de malas tendencias que persiste en nosotros es una ocasión de lucha y de victoria.

¿Qué decir del misterio del dolor? La contemplación de Cristo Crucificado es la única luz que explica adecuadamente el sentido del sufrimiento humano.

En el plan de Dios el sufrimiento es, ante todo, expiador y reparador: por él el hombre culpable redime sus faltas y las de sus hermanos. El sufrimiento es también purificador, nos desapega de los goces fugitivos y mentirosos del pecado. El alma elevada sobre la tierra como Cristo sobre el Gólgota, vuélvese hacia el Cielo, separándose de todo lo que no es Dios. El sufrimiento es meritorio y corredentor: “Cumpro en mi carne lo que falta a la Pasión de Cristo en pro de su cuerpo, que es la Iglesia”²⁷. Un alma que sufre en el puro amor –y sin mirarse– es más útil a la Iglesia militante y al mundo entero que en las horas de su apostolado más brillante. Se rescata a las almas muriendo por ellas. No fue por sus palabras ni por sus milagros que Jesús salvó al mundo, sino dando su vida. El sufrimiento es santificador y acaba aquí abajo nuestra suprema configuración con Cristo: Dios forma a los santos identificándolos con el Crucificado. El sufrimiento es, en fin, divinizador. “No hay proporción entre los

²⁷ Colos. I, 24.

sufrimientos de la vida presente y el peso de eterna gloria”²⁸, que será su recompensa en la visión de la Trinidad. Dejarse crucificar: es dejarse divinizar. ¿Cuáles son los santos del paraíso que sienten haber sufrido? “¡El sufrir pasa; el haber sufrido no pasa!”

Después que el Verbo se revistió de nuestra carne e hizo suyas nuestras miserias, éstas ya no nos perjudican. Han venido a ser, en sus manos, nuevos instrumentos de gloria. Divinizó en Él nuestras miserias y, por ahí mismo, nos libertó de ellas; ya no somos sus esclavos. En medio de las flaquezas de la carne, abrumados por los sufrimientos físicos y morales, cercados de tentaciones que siempre renacen, nosotros dominamos. Seguimos siendo débiles y pecadores, pero tenemos la seguridad de que ni la muerte, ni la vida, ni los hombres, ni los principados, ni los demonios, ni las cosas presentes y futuras, ni creatura alguna tiene poder para arrancarnos del amor a Dios en Cristo Jesús. De todos triunfamos en Aquel que nos ha amado. Sabemos que, en definitiva, todo concurre en Cristo para el mayor bien de los que viven de su amor, y que en el día del Señor “en virtud del bautismo” nuestro cuerpo resucitado será transformado a imagen de su gloria.

EL MISTERIO DE LA GRACIA

La purificación del alma y la remisión de toda pena debida al pecado no nos revelan sino el aspecto negativo del Bautismo. Este no es, sin embargo, sino un efecto parcial y secundario. Y, así como sería minimizar el incomparable privilegio de la Inmaculada Concepción mirar sólo en él la preservación de la mancha original y de toda otra contaminación, si no se considerase sobre todo su insondable plenitud de gracia superior ya a la santidad de todos los ángeles y de todos los santos en los esplendores de la gloria, así importa que uno se penetre, antes que nada, de los efectos positivos del Bautismo: divinización de todo el ser humano, habitación de Dios en nosotros, identificación con Cristo, vocación totalmente divina que infunde en nosotros nuevas facultades para pensar y amar, permitiéndonos participar de una manera cada vez más íntima de la vida misma de la Santísima Trinidad. En el instante en que el agua regeneradora toca la frente del niño, la gracia bautismal lo hace entrar en la familia de

²⁸ Rm. VIII, 18 ; II Cor. IV, 17.

Dios. Cristo desciende a su alma para purificarla y también para divinizarla e introducirla en la íntima sociedad del Padre, del Verbo y del Espíritu de amor.

Es de capital importancia para nuestra vida espiritual comprender el sentido de esta vocación divina de nuestro bautismo, del cual la visión de Dios en el Verbo no será sino su desenvolvimiento normal. Esta gracia de regeneración es un nuevo nacimiento en Dios, la comunicación al ser humano de la naturaleza misma de Dios Trinidad. Cuando la especulación cristiana quiere definir este misterio de nuestra elevación a la vida divina, no hace sino tomar de nuevo, para examinarla en todas sus consecuencias, la célebre afirmación del humilde pescador del Tiberíades a quien Cristo eligiera como piedra fundamental de su Iglesia: “Por Cristo, Dios nos ha dado los bienes tan preciosos que Él nos había prometido, de un valor máximo, por los cuales verdaderamente nos hacemos partícipes, “consortes de su naturaleza divina”.²⁹ Tratemos de escudriñar en lo profundo de esta descripción de nuestra grandeza sobrenatural en Cristo inaugurada en nuestras almas por el Bautismo.

Para comprender la Gracia, es menester mirar a Dios. La Gracia es, ante todo, una elevación de nuestra alma al orden divino. Su primer efecto en el alma es la de hacerla deiforme en su ser y en su obrar.

Para asir todo el alcance de esta enseñanza, que fija a la manera de un principio fundamental todo el dinamismo de nuestra vida en Dios, es preciso recordar que la naturaleza divina, totalmente espiritual, no admite en sus operaciones sino vida de pura Inteligencia y de Voluntad infinita. En Dios no hay sino “Luz”, “Amor” y “Gozo”. “Dios es luz”³⁰, “Dios es Amor”³¹, repítenos San Juan. La felicidad de Dios es vasta como la inmensidad de su Ser, como la amplitud de su Pensamiento eterno, como la profundidad de su Amor infinito. Posee en Él mismo, como beatitud, toda felicidad contemplativa en la visión de su Eterna Belleza y de los esplendores del universo; toda felicidad activa en el gobierno del mundo. Encierra en Él mismo, en un grado superior, todos los gozos de aquí abajo: el placer, el poder, el honor y la gloria, pero en una pureza absoluta y en una santidad infinita. Halla sus delicias en Él mismo en su vida bienaventurada y en todas las creaturas salidas de sus manos. Él tiene como riqueza: su Esencia inagotable y que se basta; como poder: la Omnipotencia; como gloria: la admiración de toda creatura. Pero su dicha íntima, infinitamente deleitable, se oculta en

²⁹ II Pedro I, 4.

³⁰ I Juan I, 5.

³¹ I Juan IV, 8 y 16.

el seno del Padre, en la generación de un Hijo igual a Él mismo, a quien, en un instante de eternidad que no pasa, Él comunica, con su naturaleza divina, todos sus divinos atributos: simplicidad suma de “Aquel que es” con la riqueza infinita de sus perfecciones sin número en el orden del ser, del obrar, de la santidad y de la dicha. Él da todo a su Hijo, exceptuada su Paternidad, por la cual Él se distingue en la identidad absoluta de una misma Esencia. El Hijo es semejante al Padre, procedente de Él, por vía de inteligencia. Es su Pensamiento y el Esplendor de su gloria. Con su Padre, en un mismo Acto de amor, del cual son juntos el Principio y que los une en una misma divinidad, el Hijo produce otra Persona viviente que es su Espíritu común y que posee con ellos la misma naturaleza increada, los mismos atributos de Poder, de Eternidad y de Santidad, Amor personal del Padre y del Hijo, en quien se acaba, en un júbilo eterno, el ciclo de ese movimiento interior de la vida trinitaria en una inmutable e indivisible UNIDAD. “Tres son en el cielo, y estos Tres son Uno solo”³². Tal es el misterio de nuestro Dios.

Ahora bien, la gracia nos hace entrar en esa dicha íntima de la Trinidad. La teología más profunda del misterio de la Gracia nos descubre cómo el alma puede ser así elevada a participar de la naturaleza misma de Dios Trinidad, para comulgar en la misma vida de pensamiento y de amor, como el Verbo y el Espíritu Santo³³. La Santísima Trinidad es la fuente y el ejemplar ideal de esta gracia misteriosa que viene realmente a divinizar el fondo sustancial de nuestra alma y todas sus facultades, a transformar nuestro ser en la semejanza divina, a elevar al hombre a la medida de Dios. El hombre se hace Dios. No es temerario formular esta verdad formidable que nos revela el destino sublime reservado al hombre por la infinita bondad de Dios, puesto que Jesús mismo vino a recordarnos la enseñanza de las Escrituras sobre este punto: “¿No está escrito en vuestra ley: Yo os dije, Dioses sois?”³⁴. Ciertamente que no a título igual y en una subsistencia eterna como Dios, sino por una participación verdadera en aquello que constituye el misterio propio de la naturaleza divina, en esa “luz inaccesible” para toda mirada creada en la que habita nuestro Dios, no el Dios de los filósofos y de los sabios. Acto puro, lejano y solitario, sino el Dios de los cristianos, el Dios del Evangelio: Padre, Hijo y Espíritu Santo, el Dios de amor cuyo Hijo nos ha amado hasta morir por nosotros en la cruz, el Dios-Padre que nos ha dado Él mismo a ese Hijo como

³² I Juan V, 7.

³³ “... Sic fit particeps divini Verbi et procedentis Amoris, ut possit libere Deum vere cognoscere el recte amare” (I, 38, I).

³⁴ Juan X, 34.

Salvador, el Dios Espíritu de Amor, principio vivificador y santificante de toda la Iglesia de Cristo, que nos comunica esta vida divina por la fe y los sacramentos de Jesús. Así, el primer resultado de la gracia del Bautismo es elevarnos a la altura de la naturaleza divina para revestirnos de las costumbres de la Trinidad. El alma divinizada ya no ve las cosas sino a la luz del Verbo. Ama a Dios y a sus semejantes con el corazón mismo de Dios. No nos dejamos detener por las desconcertantes apariencias de vida trivial con que exteriormente se desenvuelve nuestra existencia de bautizados. En realidad, “nuestra verdadera ciudad está en el cielo con Dios”³⁵, nos asegura el Apóstol San Pablo. En cuanto a nosotros, cristianos, ya no vivimos sobre la tierra, la fe nos transporta a un mundo invisible: a ese más allá en donde permanece fija nuestra mirada. Nuestro pensamiento no se detiene a considerar “las cosas visibles y temporales, tan fugitivas, sino que contempla las realidades invisibles, las únicas que son eternas”³⁶. Todo lo que pasa y envejece está próximo a terminar. El alma divinizada por la gracia es, pues, enteramente divina. Siéntese de esencia infinitamente superior a todas las realidades de este mundo. Nada ya es digno de su naturaleza divina a menos que sea eterno y divino. Es el instinto de esa gracia el que inspiró a San Agustín la célebre frase: “Señor, nos habéis creado para Vos solo, y nuestro corazón permanece insatisfecho hasta que descansa en Vos”.

Por la gracia del Bautismo, el cristiano es otro dios, que anda en la tierra como otro Cristo, con la mirada fija en la bienaventurada e inmutable Trinidad, en la cual debe su vida eternizarse un día en la luz de la gloria. ¿Reflexionamos suficientemente en estas realidades sobrenaturales, depositadas en nosotros por la gracia del Bautismo? ¿Quién sospecha que el menor pensamiento de fe es del mismo orden que la visión beatífica, de orden divino y trinitario, como la mirada personal del Verbo comunicada a un hombre? ¿Quién para mientes en que el más pequeño acto de caridad nos arrebatara en el movimiento mismo del Amor eterno que une al Padre y al Hijo en el Espíritu Santo? El menor átomo de gracia nos eleva infinitamente sobre todo el universo³⁷. Si los serafines no estuvieran también ellos divinizados, envidiarían al alma revestida de esta naturaleza divina. Poned en el platillo de una balanza a uno de esos chicuelos harapientos, que bullen en nuestras grandes ciudades, si está bautizado y revestido de la

³⁵ Filip. III, 20.

³⁶ II Cor. IV, 18.

³⁷ “Bonum gratiae onus majus est quam bonum naturae totius universi” (Ia-IIae., 113, 9, ad 2).

gracia divina, para contrapesar su grandeza sobrenatural, sería preciso poner en el otro platillo de la balanza toda la sangre de Cristo derramada por él, al Hijo de Dios mismo.

La gracia introduce al alma en el orden mismo de la vida trinitaria permitiéndole, muy verdaderamente, entrar en comunión con las operaciones más íntimas de la Santísima Trinidad. La fe, y sobre todo, la luz de la gloria, es una participación del Verbo, la caridad una participación del Espíritu Santo, y el Padre nos comunica esta gracia de adopción que nos establece en esta suprema dignidad de hijos de Dios. En su Cántico Espiritual, San Juan de la Cruz nos hace entrever la sublimidad de una vida así divinizada en el alma que ha llegado a las cumbres de la unión transformante, florecimiento de la gracia del Bautismo. Nos la describe, en comunión, en cierto modo, con el acto mismo de la generación del Verbo por el Padre, y con el acto beatificante que une a ambos en un abrazo indisoluble en la espiración de un mismo Amor.

Se comprende, pues, el indignado apóstrofe que arrancaba al corazón de los santos el espectáculo de esas multitudes de almas que en el bautismo recibieron riquezas divinas y no las viven: “¡Oh, almas, creadas para esas maravillas!..., ¿por qué detenéis aún vuestras miradas en estas bagatelas, en estos seres de nada?”

LA GRACIA DE LA ADOPCIÓN

Dios no ha creado el mundo espiritual y material, no ha enviado a su Hijo a la tierra sino para divinizar las almas y encaminarlas, a través de las luchas de la Iglesia militante, hacia esa inmutable visión de paz, en la cual cada uno de los predestinados encontrará en la Trinidad una beatitud sin fin. San Pablo nos ha descubierto este plan de Dios que nos predestina a que seamos “santos e inmaculados en su divina presencia en el amor, para alabanza de la gloria de su gracia”. Ahora bien, ¿cuál es el término de esta predilección divina? Llegar a ser un día sus hijos de adopción: “Él nos ha predestinado a ser suyos en Jesucristo”³⁸.

¡Bendito sea el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos dio en Él una tan grande prenda de su Amor y de su Misericordia! Está el Padre en el origen de todo, en el seno de la Trinidad y en el mundo de las almas. El movimiento de vida divina que

³⁸ Efesios I, 4-6.

circula en el interior del misterio de la Trinidad parte de Él. Mas he aquí la maravilla de su Amor por nosotros. Ese movimiento de comunicación de vida divina no se detendrá en el Hijo y en el Espíritu Santo. Esa naturaleza divina que da Él toda entera a su Hijo con una prodigalidad infinita, que el Padre y el Hijo, a su vez, comunican juntos al Espíritu Santo para no constituir en Tres sino Un solo y mismo Dios, esta misma naturaleza divina, he aquí que el Padre la comunica por gracia a todo el mundo de los espíritus: ángeles y hombres. No les dará que la posean como el Hijo y el Espíritu Santo a título igual y en la identidad numérica de una misma Esencia: la divinidad es indivisible, y toda creatura, aun divinizada por la gracia deiforme, sigue estando a distancia infinita de su Creador, sigue siendo irreductiblemente distinta de Dios, mas, con todo, la gracia y la gloria harán de nosotros, verdaderamente, hijos de Dios, pertenecientes a la familia de la Trinidad.

El movimiento de la vida Trinitaria, comunicado a la humanidad del Hijo por la Encarnación, se extiende por la gracia a las almas de los justos.

El Padre nos adopta por hijos. En la familia humana, la adopción suple a la esterilidad. En Dios, en quien la paternidad goza de una fecundidad infinita por la generación de un Hijo que es Dios, la adopción no será indigencia sino pura liberalidad. “Mirad, nos dice San Juan, cuánta caridad ha tenido Dios Padre para con nosotros, hasta querer no sólo que nos llamemos sus hijos, sino que lo seamos en realidad. Sí, amadísimos, desde ya somos hijos de Dios. Lo que seremos un día no aparece todavía. Mas sabemos que cuando Dios se descubra a nosotros en el esplendor de su gloria, seremos semejantes a Él, contemplándole tal cual es”³⁹. Esta es una doctrina constante en sus cartas como en su Evangelio. Aquel que fue el contemplativo de la filiación divina y eterna del Verbo, de mirada potente como la del águila, también es el Evangelista de la ternura del Padre para con cada una de nuestras almas llamadas a vivir en la intimidad de Dios. Con cuánto estremecimiento de emoción óyese repetir al último de los testigos de Jesús: “Hemos tocado con nuestras manos a este Verbo de vida, oculto en el seno del Padre, y esta vida se manifestó al mundo. Nosotros os anunciamos esta vida eterna que estaba en el Padre y que se nos hizo patente. Esto os anunciamos a fin de que también vosotros entréis en sociedad con el Padre y el Hijo”⁴⁰. Todo el Evangelio de San Juan se resume en este pensamiento: “El Hijo Unigénito del Padre se ha hecho hombre a fin de que el hombre se haga hijo de Dios”. El Verbo se hizo carne y

³⁹ I Juan III, 1-2.

⁴⁰ I Juan I, 1-4.

habitó entre nosotros. Vino a los suyos, pero los “suyos”, ocupados en otra cosa, no lo reconocieron. A los que le recibieron “atentos a su Presencia”, que no han nacido ni de la carne ni de la sangre, sino por la voluntad de Dios, les ha dado el maravilloso poder de llegar a ser hijos de Dios⁴¹. “A Dios nadie le ha visto jamás, pero Él, el Hijo Unigénito oculto en el seno del Padre, vino a dárnoslo a conocer”⁴², a revelarnos su nombre inefable de Padre y su amor inconmensurable por los hombres que hizo nos llamara hijos suyos.

Este dogma de nuestra filiación adoptiva está en la base de toda la espiritualidad cristiana, es la razón determinante de la Encarnación redentora de Cristo. No es pues de asombrarse encontrar en San Pablo el eco de esta enseñanza: “Y cuando llegó el momento de la plenitud de tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, para que recibiésemos el espíritu de adopción... Después de habernos hecho hijos de Dios. Él ha puesto en nuestros corazones el espíritu de su propio Hijo, que hace exclamar a nuestras almas: “¡Padre! ¡Abba Pater!”⁴³ Hay que volver a leer, a la luz de la fe, ese incomparable pasaje de la “Epístola a los Romanos” en el que San Pablo nos describe cómo, para nosotros, “no hay ya condenación en Jesucristo” a causa de nuestros pecados pasados, sino que, con toda libertad, podemos entregarnos a este “espíritu de los hijos de adopción”. “Aquellos que se dejan regir por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. No habéis recibido un espíritu de servidumbre que os mantiene ante Dios en el temor, con una actitud de esclavo, sino que habéis recibido el espíritu de adopción de los hijos de Dios que os hace exclamarle con audaz confianza: ¡Padre! ¡Abba Pater! El Espíritu de Dios interiormente da testimonio en lo íntimo de nuestras almas de que somos hijos de Dios, hijos y en consecuencia herederos, herederos de Dios y coherederos de Cristo”⁴⁴.

Sin duda que todavía esperamos la revelación de esta gloria y, hasta entonces, toda creatura permanece sometida a la vanidad, gimiendo en la esperanza de esta liberación suprema de los hijos de adopción, que no habrá de florecer sino en el esplendor de la gloria. Mas la esperanza anima nuestros corazones y ya en ella somos salvos. Por otra parte, el espíritu del Padre interviene para ayudar nuestra flaqueza. “Por nosotros mismos no sabemos orar a nuestro Padre que está en los cielos, pero este Espíritu de Jesús viene a inspirarnos y a animar Él mismo nuestra oración con gemidos

⁴¹ Juan I, 11-13.

⁴² Juan I, 18.

⁴³ Gálatas IV, 4-6.

⁴⁴ Rom. VIII, 14-17.

inenarrables”⁴⁵. “Sabemos con certeza que todo concurre a la salvación de los bien amados de Dios, de aquellos que Dios ha conocido de antemano y predestinado a llegar a ser un día conformes a su Hijo único, el primogénito de una multitud de hermanos”⁴⁶.

Se comprende hasta qué punto nuestras relaciones con Dios han cambiado después del Evangelio y del paso del Hijo por la tierra. Poseemos la seguridad de que todos los acontecimientos de este mundo nos conducen a la realización de esta semejanza con el Hijo Unigénito del Padre, en quien seremos salvados. Nada puede desviarnos de nuestro destino eterno. Podemos gemir a la espera de esa suprema floración de nuestra adopción en los esplendores de la gloria, pero conservamos la esperanza de que nuestro cuerpo mismo, sometido todavía a la corrupción, participará de la deslumbradora claridad del alma cuando nuestra vocación de hijos de Dios, recibida en el Bautismo, se manifieste en toda su verdad. Sólo entonces comprenderemos “hasta qué punto nos amó Dios Padre”: hasta hacer de nosotros sus hijos de adopción a imagen de su Hijo Unigénito. San Juan tenía razón en vincular con este dogma fundamental de nuestra adopción divina toda su enseñanza moral: “Amadísimos, mirad hasta qué punto nos ha amado el Padre: hasta querer que seamos no sólo de nombre, sino en realidad, sus hijos. Quienquiera posea esta esperanza se santifica como Dios mismo es santo”⁴⁷.

INHABITACIÓN DE LA TRINIDAD

Cuanto más contéplase, a la luz de la fe, las riquezas del Bautismo, tanto más quedase uno maravillado de las liberalidades divinas. Y no vaya a creerse que esta gracia inicial sea pasajera. La Trinidad de nuestro bautismo nos acompaña todos los días de nuestra vida. Presente está siempre el Padre, cuya providencia vela noche y día sobre sus hijos de adopción. Presente siempre el Hijo, para guardarla de todo mal. Presente siempre el Espíritu Santo, que nos conduce a través de todas las crucifixiones de la tierra hacia nuestro destino eterno.

⁴⁵ Rom. VIII, 25-26.

⁴⁶ Rom. VIII, 28.29.

⁴⁷ I Juan III, 1-3.

La Trinidad entera permanece inclinada sobre nosotros para cubrarnos con toda su omnipotente protección⁴⁸. Acaso estemos demasiado acostumbrados a no considerar sino los esfuerzos personales del alma que tiende a la perfección. Ciertamente es que esta colaboración es necesaria, mas no habría que olvidar las mociones incesantes del Espíritu Santo y la acción primordial de Dios: “Si alguno me ama y guarda mi palabra, decía Jesús, mi Padre le amará, y vendremos a él y estableceremos en él nuestra morada”⁴⁹. Claro es que el Verbo no viene solo al alma. ¿Cómo el Padre y el Hijo podrían separarse de su Espíritu de Amor? Si la Trinidad toda habita en el alma del cristiano, no es para permanecer inactiva en ella. “Mi Padre trabaja siempre”⁵⁰, decía Jesús. Esta acción continua de la Trinidad que mantiene al mundo fuera de la nada, obra más todavía en el mundo sobrenatural de las almas. El movimiento de vida divina que procede del Padre en el Hijo y los mantiene unidos, a los dos, en el Espíritu Santo, prosigue en el exterior por esas misteriosas misiones invisibles que transforman las almas en la imagen de la Trinidad. Toda nuestra santidad consiste en dejarnos divinizar, Dios conduce a Dios.

A todo instante, el Padre envía a su Hijo a las almas. El Padre y el Hijo vienen junto con su Espíritu. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo asocian a las almas fieles con su vida de eternidad. La actividad de las Tres Personas divinas en las almas es inseparable. Fuera de las operaciones que constituyen el misterio propio de su vida íntima, la acción de la Trinidad es indivisible. Bien puede apropiarse al Padre el poder que hace de nosotros hijos de adopción, al Verbo todas las gracias de luz que nos iluminan, al Espíritu de Amor toda la obra santificadora obrada en nuestras almas; en realidad, las Tres Personas obran en nosotros de una manera indisociable. Nuestra santidad, como la encarnación del Verbo, permanece siendo la obra común de la Trinidad.

¿Quién piensa en esta misteriosa e incesante acción de la Trinidad en las almas? Todo el movimiento de la vida sobrenatural que anima al mundo de los puros espíritus y que circula en las almas que pertenecen a Cristo, desciende de la Trinidad. Los Ángeles y la Iglesia triunfante comunican en esta vida trinitaria en la visión del Verbo. A través de las oscuridades de la fe, la Iglesia de la tierra participa de esta misma vida recibida en el Bautismo en nombre de la Trinidad.

⁴⁸“Operatio Spiritus sancti nos movet et protegit... simul cum Patre et Filio”. (Ia.- IIae, 109, 9 ad 2.)

⁴⁹ Juan XIV, 23.

⁵⁰ Juan V, 17.

Así en el alma del bautizado se opera una maravillosa transformación. La gracia de adopción la introduce en la familia de las Tres Personas divinas: allí es donde en adelante discurrirá su verdadera vida. Todo un organismo sobrenatural, recibido en el Bautismo con la gracia deiforme, va a permitirle que se establezca haciendo asiento con Dios, que habite en la Trinidad. Las virtudes cristianas teologales y cardinales, ayudadas por los dones del Espíritu Santo, realizarán este trato familiar con cada una de las Personas divinas.

La fe nos abre todos los horizontes sobrenaturales del mundo invisible. En esta luz divina, puede ella a toda hora elevarse hasta la contemplación de Dios Trinidad, no ya alejado e inaccesible, sino muy cercano por su amor, que permanece día y noche en el alma después de su bautismo. Bajo la influencia de la gracia, el alma cristiana se siente habitada por un Ser que es Amor y que, en todo instante, viene a asociarla a su Vida eterna. Comienza una intimidad, llamada a crecer a través de todos los acontecimientos de su existencia sobre la tierra y que nada ya debiera detener. Las VIRTUDES TEOLOGALES ponen al alma en permanente contacto con la Trinidad, también a través de las oscuridades de la fe y las dilaciones de la esperanza pero bajo la impulsión de la caridad. Esta anticipada posesión de Dios es ya como una vida del cielo aquí en la tierra, puesto que el cielo es Dios y Dios habita por la fe y el amor en lo más íntimo de nuestra alma. La actividad de los dones del Espíritu Santo, sobre todo del don de sabiduría, que vienen a ayudar y a servir a las virtudes teologales, comunica al alma esa experiencia del Dios del Amor que la colma de beatitud, de una manera aun imperfecta, pero incomparablemente superior a todos los otros gozos de aquí abajo.

Las VIRTUDES CARDINALES, a su vez, tienen su papel para desempeñar en esta vida de incesante intimidad con Dios. Sin ellas el alma corría riesgo de dejarse arrastrar a una mística falsa que la conduciría a las más peligrosas ilusiones. Las virtudes cardinales mantienen al alma en contacto con la vida real de la tierra, en la cual el destino del cristiano es combatir por Cristo.

La prudencia organiza la vida del cristiano teniendo en cuenta su inevitable oficio de hombre, más también su vocación superior de hijo de Dios. Interviene el Espíritu de consejo para manifestarle en los momentos de hesitación y en medio del inextricable dédalo de una existencia humana, la ruta de Dios y el secreto, bajo las apariencias más sencillas, de una vida cotidiana totalmente divinizada.

La justicia establece esa perfecta igualdad de relaciones del hombre con sus semejantes y con Dios, en la que el don de piedad viene a suavizar el rigor inexorable de

la justicia con la sonrisa de la caridad. La divisa inviolable del bautizado permanece siendo: “Sea Dios servido primero”, con el sentido de la grandeza trascendental de Dios y de la inmensa deuda de gratitud imposible de colmar, mas también y sobre todo con el instinto del niño que sabe puede contar con Él cuando ora, con la confianza más espontánea y más audaz. En sus relaciones con sus semejantes el cristiano conserva siempre conciencia de su gracia de adopción, y el amor más fraterno lo guía en sus relaciones con los otros hombres. Su fe le descubre en ellos a hermanos en Jesucristo, destinados a vivir con Él de la felicidad misma de Dios en la sociedad de los santos.

La fortaleza del cristiano es la de Jesucristo en la cruz, que domina todo miedo frente a la muerte, que no puede ser abatida por ningún acontecimiento, que hasta el más agudo sufrimiento acerca a Dios, poderosa en la caridad que le inspira una valentía expiadora y redentora, en la que Dios encuentra una gloria sin límites y los hombres su salvación.

La templanza cristiana no es una ascética humana que adopta como norma la medida razonable de la dicha permitida o el carácter irracional del placer prohibido. Elevándose infinitamente más alto en su manera de apreciar los valores de la vida, el cristiano juzga todo a la sola luz de la Trinidad y de su vocación de hijo de Dios en Cristo. Hace pasar, pues, a su templanza, algo de la locura de la cruz. La ascética cristiana es, esencialmente, una configuración con Cristo crucificado. El alma se mantiene virgen y Los sacramentos en la vida cristiana pura para servir mejor en la tierra a su Dios de Amor, y para ver mejor, en la súper vida, la suma belleza de la Trinidad. “Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios”⁵¹.

Más allá de su función inmediata de mantener la vida de los santos del cristianismo en un equilibrio tan perfecto, manteniéndolos, en medio de las más altas gracias místicas, fieles a sus más humildes tareas cotidianas, más allá de esta función reguladora de nuestro obrar humano, las virtudes cardinales se orientan hacia una finalidad superior que las lleva hacia la unión divina, en la que se consuma la intimidad del alma con la Trinidad. No todas las almas llegan a ella, aunque la gracia de su bautismo llama a todas a esta unión mística con Dios: mas hay almas fervientes y fieles que nada niegan al Amor. No es sorprendente, pues, que en retribución las colme Dios ya en la tierra de ese gozo totalmente divino, que domina inmutablemente la vida de santos aun en medio de las más penosas crucifixiones de su existencia. Basta recordar

⁵¹ Mateo V, 8.

ejemplos de una Teresa de Ávila, de un San Juan de la Cruz, o más cercana a nosotros, de una Isabel de la Trinidad que vivió en sociedad casi continua con las Tres Personas divinas, que habitaban en su alma, habiendo llegado a ser huéspedes interiores amados y sin cesar adorados. “¡Oh, Dios mío, Trinidad que adoro, ayudadme a que me olvide de mí por entero para que me establezca en Vos, inmóvil y apacible, como si ya estuviese mi alma en la eternidad! ¡Que nada pueda turbar mi paz ni hacerme salir de Vos, oh, mi Inmutable; antes bien, que cada minuto me adentre más lejos en la profundidad de vuestro Misterio!”

“...Oh, mis ‘Tres’, mi todo, mi beatitud, Soledad infinita, Inmensidad en que me pierdo, me entrego a Vos como una presa, sepultaos en mí para que yo me sepulte en Vos, mientras espero ir a contemplar en vuestra luz el abismo de vuestras grandezas”.

No todo el mundo puede pretender una experiencia igual de la inhabitación de la Trinidad en lo más íntimo del alma. Estos modelos permanecen siendo ejemplos de la realidad que deberíamos vivir en lugar de arrastrarnos lánguidamente. “No seas un alma trivial”, escribía a una amiga, Isabel de la Trinidad. Es el peligro que acecha, a unas más y a otras menos, a las almas cristianas, a quienes la lucha por la vida amenaza sumergir en la arena movediza de sus preocupaciones materiales y que carecen de energía como para elevarse sobre sus negocios o sus frivolidades. Se requiere un esfuerzo vigoroso, en todo momento, para arrancarnos del apresamiento de la realidad monótona y vivir en unión continua con Dios, no haciendo en la tierra, en medio de las ocupaciones habituales, sino lo que es eterno y divino.

El Bautismo nos da esta gracia y, por el carácter que ha impreso y que perdura, exige que tendamos con todas nuestras fuerzas a ese ideal, mientras dure nuestra vida. Dios nos debe, en justicia, las gracias de estado que corresponden a esta eminente dignidad de hijos; nosotros sabemos que su misericordia las multiplicará con superabundante liberalidad. Un alma, mientras peregrina sobre la tierra, siempre está a tiempo de recobrase, para vivir de nuevo y plenamente esa vocación del Bautismo. Pensadlo bien, pues “el tiempo es breve”⁵².

San Pablo tenía conciencia de estas sublimes realidades de la vida cristiana cuando repetía a los primeros cristianos “Vosotros sois templos de Dios vivo”, según la promesa divina: “habitaré en ellos, en medio de ellos andaré. Yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo”⁵³. También apelaba a esta verdad fundamental de la espiritualidad

⁵² I Cor. VII, 29.

⁵³ II Cor. VI, 16.

cristiana, para invitar a los cristianos a conservarse puros y santos en la presencia de Dios: “¿No sabéis vosotros que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno violare este templo, Dios le destruirá. El templo de Dios es santo y este templo sois vosotros”⁵⁴. La historia de los orígenes del cristianismo nos muestra hasta qué punto esta verdad había arraigado en el alma de los mártires. Es también conocido el sublime gesto del padre de Orígenes que descubrió el pecho de su hijo, recién bautizado, para adorar en él la presencia de la Trinidad.

EL ALMA, TEMPLO VIVO DE LA TRINIDAD

El alma cristiana es un templo vivo de la Trinidad, en el cual todas las facultades, de inteligencia, de voluntad y aun de sensibilidad, deben cantar la gloria del Eterno. La fe es la primera en entrar en este concierto. Ella es la que revela al alma la soberana grandeza de Dios presente en ella. Los dones del Espíritu Santo le manifiestan con esplendor su Belleza inefable. En presencia de las Personas divinas en quien ella encuentra luz, amor y gozo íntimos, ¿qué son las creaturas? Vanidad y nada, murmura el don de ciencia. El misterio de la Trinidad es insondable, y sus perfecciones íntimas inaccesibles para toda humana mirada: ¿quién osaría penetrar en sus profundidades?, interroga el don de entendimiento. ¿El sumo conocimiento de Dios sobre la tierra, no es, acaso, entrever lo que Él no es? Con todo, con el don de sabiduría el amor descubre en ese Dios escondido una realidad superior a todas las luces de la inteligencia, y se abandona, en una ignorancia que es suprema ciencia, a la sabrosa experiencia del misterio de Dios. El alma, excediéndose a sí misma, entra en los secretos más íntimos de la unión divina para gozar en ella con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo de la felicidad misma de la Trinidad.

Todas las potencias inferiores del alma, a su vez, entran en este concierto. La prudencia regla los acordes y mantiene la armonía entre las facultades. La justicia hácese adoración, plegaria, acción de gracias y, si fuere menester, expiación. La fortaleza prosigue su cántico interior a través de todo, sin que nada pueda distraer las potencias del pensamiento de Dios. La templanza, eliminando todos los ruidos extraños, conserva al alma en la pureza del ser y en el recogimiento del Amor. Así, todas las

54 I Cor. III, 16-17.

facultades del alma dan testimonio a Dios vivo, presente en ella. El Espíritu Santo mismo viene a animar esta incesante alabanza que florece entonces en armonía divina bajo el toque de Dios. Tal es el sublime oficio del alma cristiana, hecha templo vivo de la Trinidad.

Hay una creatura en la cual todas las facultades del alma han ensalzado a Dios en la unidad. Es la perfecta Virgen, la Inmaculada, más pura que Adán y Eva en el estado de inocencia, que perdura siendo, por la sencillez de su vida, el modelo más accesible para nuestras almas de redimidos como somos nosotros. Jamás en Ella encuéntrase la disonancia del pecado, sino una pureza totalmente virginal, una fortaleza invencible que la tiene de pie bajo la cruz, una atención continua por servir a Dios que hace de la Virgen adoradora y expiadora la Virgen de la oración todopoderosa y del Magnificat, la asociada íntima de los designios de Dios, uniendo –en su alma de corredentora– a la incesante alabanza de gloria del Eterno, las notas trágicas de la Redención. Todo es luminoso en su alma virgen, que lleva en sí el destino de las naciones; y, de su corazón de mujer, sube hacia Dios Trinidad el amor inconmensurable de la madre de todos los pueblos en Cristo.

El Espíritu de Dios en Ella encuentra docilidad perfecta. ¿No es acaso la Madre del Verbo que comparte con el Padre la generación de la Sabiduría increada? Predestinada por Dios a hacerse, por una íntima colaboración con ese mismo Espíritu de Amor, la Mediadora de todas las gracias, ¿cómo no habría de gozar, Ella, y en grado supereminente, de las gracias de todos santos?

Ella vive en la Trinidad bajo las incesantes mociones de luz y de fuerza de todos los dones. Ella es la obra maestra del Espíritu Santo. Después del alma de Cristo, en la que resonaban todas las armonías creadas e increadas del Verbo, es Ella la creatura que dio a Dios el máximo de gloria. Tal es la Virgen fiel, templo ideal de la Trinidad.

NUESTRA VOCACIÓN EN CRISTO

Esta vida trinitaria descende por Cristo a las almas: “único Mediador entre Dios y los hombres”. En la economía actual de nuestra redención, todas las gracias fluyen del seno del Padre por Jesús. Es en este Hijo muy amado y sólo en Él donde encontramos nuestra redención en su sangre. Es “en Él en quien nos ha predestinado a recibir la

gracia de adopción”⁵⁵. Es en Él, en el Bautismo, en quien hemos recibido la remisión de nuestros pecados, según las riquezas de su gracia. Tal es el designio eterno de Dios: “restaurar todo en Cristo”⁵⁶. Hase, pues, de concebir a la Santísima Trinidad como la fuente primera de la vida divina en nuestras almas, como la causa principal y soberana que imprime en ellas esa semejanza deiforme que las transforma en imágenes vivas de esta Trinidad. Sólo, Dios diviniza. “Dios es quien justifica”⁵⁷, bien que su bondad quiera tener a bien servirse de intermediarios: los sacramentos y los ministros de la Iglesia.

Un papel enteramente aparte debe reservarse a la humanidad de Cristo, instrumento por excelencia de las Personas divinas. Cristo interviene a doble título en la santificación de las almas. Como Verbo, su acción iguala en poder a la de su Padre y el Espíritu Santo recibe de Él, con su naturaleza increada, todo su poder de santificación sobre la Iglesia. Como hombre, es el instrumento privilegiado de las misericordias divinas sobre cada uno de nosotros. Su gracia personal de Verbo encarnado se hace gracia capital y fuente de vida para todo su cuerpo místico. Así, la vida de Dios llega a nosotros sólo por Jesús. La humanidad del Salvador es portadora de vida divina en todos los redimidos. Nada hace la Trinidad en las almas sin Cristo. Si Dios ha elegido esta humanidad como instrumento universal de su acción redentora no es para dejarla inactiva. La ha adaptado maravillosamente a la santificación de las almas. La excelencia única de esta humanidad del Salvador le viene de la Personalidad divina en la cual ella subsiste, como “órgano del Verbo”. El Verbo se ha apoderado de esta humanidad hasta hacerla suya y, después de haberla revestido de todos los privilegios de ciencia, de gracia y de poder necesarios para los fines de la encarnación redentora, la ha hecho instrumento continuo de su acción concreta sobre las almas. Esta intervención de Cristo permanece siempre actual. Si lo más fugitivo que hay, que son los actos de una vida humana, ha adquirido en el alma de Cristo Salvador un valor infinito, ¡cuánto más esta humanidad resucitada debe conservar poder de redención sobre nosotros! Si elementos puramente materiales, como el agua del bautismo, en las manos de Dios son capaces de llegar a ser instrumentos de la gracia y potencia de vida, ¡cuánto más la humanidad del Salvador, unida personalmente al Verbo de Dios, deberá poder divinizar a nuestras almas por ese contacto redentor! A pesar de esas prerrogativas, la humanidad del Salvador no ejercería influencia, si no dispusiese de la posibilidad de alcanzarnos, por

⁵⁵ Efes. I, 5.

⁵⁶ Efes. I, 10.

⁵⁷ Rom. VIII, 33.

una unión real, a cada uno de nosotros. Estos medios para asirnos son los sacramentos, y el Bautismo, precisamente, tiene por misión establecer el primer contacto entre el Salvador y nosotros. Importa repetirlo: es Cristo quien bautiza personalmente. Él es quien viene a traernos la vida de la Trinidad. Nuestra fe debe saber descubrir, más allá del ministro visible, a Cristo invisible que obra en nosotros. En el instante en que, desde lo alto del cielo, Cristo se inclina sobre un alma para bautizarla, Dios Padre comunica a la Humanidad del Salvador una virtud que la sobreeleva y la hace que participe en su acción divinizada sobre las almas. Dios no diviniza sino por Cristo.

Toda nuestra vida espiritual con ello es modificada profundamente. Si Dios escoge sus instrumentos de acción, es siempre en vista de un fin particular. No sin designio la humanidad de Cristo es instrumento de la Trinidad. Dios acuña nuestras almas con la efigie de Cristo. Nos hace sus hijos de adopción, pero “a imagen de su Hijo unigénito”⁵⁸. Cristo se hizo hombre para que el hombre llegue a ser Cristo. Es fácil darse cuenta de las incalculables consecuencias de esta verdad en toda la economía de nuestra elevación al orden sobrenatural. “Nuestra vida espiritual es una vida divina en Cristo”. Exégetas y teólogos han puesto de relieve, sobre todo a la luz de San Pablo, ese carácter de inseparable unión con Cristo que adquiere la vida, la muerte y la gloria del cristiano. Ser bautizado, es “morir al pecado” con Cristo, “ser sepultado con Él” para “resucitar a la vida de Dios en ese Cristo que ya no muere”, y, “sentarse con Él en lo más alto de los cielos”. El cristiano nace, sufre, vive y muere en Cristo. Es lo que San Pablo llama “revestirse de Cristo por el Bautismo”⁵⁹. Sabemos hasta dónde conduce esto: el cristiano está “clavado en la cruz con Cristo”⁶⁰. Participa de los mismos sentimientos de Cristo. Para el cristiano “morir, es dormir en Cristo”⁶¹, según magníficamente repite San Pablo. En fin, desde hace veinte siglos, los doctores y los santos repiten a porfía la célebre fórmula que expresa, con sublime concisión, todo el ideal del cristiano: “Mi vida, es Cristo”⁶². No se puede ir más lejos en el misterio de nuestra identificación con Cristo.

⁵⁸ Rom. VIII, 27.

⁵⁹ Gal. III, 27.

⁶⁰ Gal. II, 19.

⁶¹ I Cor. XV, 18.

⁶² Filip. I, 21.

LA GRACIA CRISTIFORME

Apenas si uno osa arriesgarse a balbucir algunas explicaciones teológicas, después de un realismo tal de nuestra fe. ¿Es posible precisar lo que añade esta gracia propiamente cristiana a la gracia de Dios? ¿En qué se asemeja y difiere la gracia de Cristo de la gracia de la Trinidad? Utilizando una cómoda fórmula de la tradición mística, podría decirse que la gracia del Bautismo, como toda gracia sacramental, es esencialmente “cristiforme”, por oposición a la gracia “deiforme” de las virtudes y de los dones. Es una gracia de conformidad con Cristo. Todo en el Bautismo adquiere un sentido cristiano: la naturaleza y las propiedades de la gracia. El pecador no es justificado sino haciéndose “miembro de Cristo”, por una participación verdadera, física, especial de la gracia capital del Verbo encarnado. El bautizado es “una nueva creatura en Cristo”⁶³. Este nuevo Cristo piensa, ora, merece, expía y muere “a la manera del Verbo encarnado”. Este segundo nacimiento en Cristo viene a curar en nosotros el mal causado por el primero; confiere un nuevo ser que nos hace entrar en un nuevo estado de cosas. El bautizado y Cristo no hacen sino uno. De ahí la incomparable superioridad de la gracia cristiana sobre la gracia ordinaria, puesto que nos hace comunicar con la infinita plenitud de gracia del Verbo encarnado. No somos solamente hijos de Adán divinizados, sino miembros vivos del Hijo de Dios. Cuanto el Verbo encarnado, Hijo Unigénito del Padre, sobrepuja en excelencia al primer Adán, tanto la nueva Eva sobrepuja, por su maternidad divina, a la primera mujer, tanto nuestra dignidad de hijos de Dios en Cristo supera la de todos los hijos de Adán. Cristo es la causa ejemplar, satisfactoria, meritoria, eficiente y final de nuestra santidad. De todas estas maneras Cristo nos hace participar de su infinita grandeza y de su ser en una filiación divina, que vino a ser el modelo de la nuestra. El cristiano es otro Cristo.

El Bautismo que nos hace ser Cristo, nos impone obrar como Cristo. En adelante todo nuestro destino sobrenatural está engastado en Jesucristo. Nuestra vida es inseparable de la suya. Todo lo que el Verbo encarnado ha cumplido por nosotros en el orden de la satisfacción, de la oración y del sacerdocio, nosotros debemos realizarlo en continua comunión con Él. Cristo no se acaba sino en nosotros. Puede sentarse como principio que “cada una de nuestras acciones debe florecer en Cristo”. Los miembros no poseen vida sino unidos a su cabeza. Cristo es el alma de nuestra alma, el principio de toda nuestra actividad sobrenatural. El Bautismo, sacramento de la fe, nos comunica la

⁶³ II Cor. V, 17

mirada misma de Jesús sobre el mundo y sobre Dios. Vemos todas las cosas a la luz de Cristo. Todas nuestras virtudes teologales son transfiguradas en Cristo. La fe nos hace participar de las claridades beatíficas del alma del Verbo encarnado. La esperanza se apoya sobre este goce de Dios que Cristo posee ya en nuestro nombre. La caridad de Cristo, que nos urge, nos hace amar al Padre a su manera de Hijo. Su amor fraterno llena nuestros corazones con su misericordia y con su compasión por todos los hombres. Las virtudes cardinales, a su vez, adquieren un acento nuevo. La prudencia para nosotros es el sentido de la cruz en medio de las dificultades cotidianas. El cristiano organiza su vida a la luz del Calvario, su sufrimiento personal se le manifiesta como una participación en la pasión de Cristo, una conformación con el Crucificado. Nuestra piedad encuentra en el alma sacerdotal de Cristo la expresión de su plegaria y de su culto filial. El carácter bautismal, configurándonos con el sacerdocio de Cristo, nos hace entrar en el movimiento de oblación perpetua de Cristo Sacerdote, siempre vivo ante la faz del Padre para alabarle y para interceder en favor nuestro. Nosotros participamos de su invencible fortaleza; con nosotros, Cristo permanece en agonía hasta el fin del mundo, luchando todavía en los suyos, en medio de los combates de su Iglesia militante. Su pureza de Cristo guarda nuestras almas lejos de todo mal. Tenía razón San Pedro de definir la vida de los bautizados como “una marcha en Cristo”. En el orden sobrenatural y en virtud de nuestra vocación bautismal, Cristo es el centro de toda nuestra vida divina. En Él poseemos el ser, el movimiento y la vida. Nos hemos hecho dioses por la gracia, pero “a la manera de Cristo”.

MIEMBROS DEL CUERPO MÍSTICO DE CRISTO

El alma del bautizado no está sola frente a su Cristo. Es a la raza humana a quien Dios envió a su Hijo, para congregar en Él a todos los hombres. San Pablo, que había recibido de Dios una gracia especialísima para entrar en la inteligencia de este aspecto del misterio de Cristo, no cesa de retornar en casi todas sus epístolas a este misterio nuevo de “todas las naciones incorporadas a Cristo”. “Dios me ha hecho conocer por revelación este misterio desconocido de las generaciones pasadas, manifestado ahora a los apóstoles y a los profetas por su Espíritu: todos los pueblos no constituyen sino un

solo cuerpo en Cristo. Juntos, son coherederos y partícipes de la promesa de Dios”⁶⁴. “Un solo cuerpo, un solo espíritu, una sola vocación a la misma esperanza, un solo Señor, una sola fe, un solo Bautismo, un solo Dios que es padre de todos”⁶⁵. A cada uno se le acuerda la gracia según la medida del don de Cristo.

Es Cristo Jesús, desde lo alto de los cielos, quien preside los destinos de su Iglesia en medio de las naciones y difunde en todo su cuerpo místico las gracias espirituales de que tiene necesidad. A unos da que sean apóstoles, a otros profetas o evangelistas. El mismo designa sus pastores y sus doctores con un fin único: “edificar en su integridad este cuerpo de Cristo, con la colaboración de todos los santos, hasta que en la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios lleguemos a la plenitud de la edad perfecta de Cristo, por un crecimiento simultáneo de todo el cuerpo, en Él que es la Cabeza, como miembros ligados unos con otros inter ayudándose por una acción común inspirada por la caridad”⁶⁶.

Tal es el gran misterio sobrenatural del mundo nuevo: un solo Cristo. Una raza nueva ha nacido “en el baño regenerador, bajo la acción renovadora del Espíritu” de Jesús⁶⁷. Los cristianos han recibido como por segunda vez la vida. Las manos creadoras del Verbo se han hecho redentoras para ellos: una nueva humanidad comienza, no ya en Adán, sino en Él, no formando sino un solo hombre, perfecto y completo en Cristo. La unidad descende de la cabeza a todos los miembros. Jesús y la Iglesia no son dos Cristos, sino uno solo. Si queremos conservar el sentido cristiano, jamás debemos separar a Jesús de los miembros de su cuerpo.

Nos es preciso absolutamente desacostumbrarnos de contemplar a Cristo solo, debiendo por lo contrario considerarle siempre unido a sus miembros, como lo quería San Agustín. No disociar “el Cristo total”. Un cuerpo sin cabeza sería una mutilación. “Vosotros sois cuerpo de Dios, sus miembros”⁶⁸. No sólo somos cristianos, sino que somos Cristo. “La cabeza y los miembros constituyen un solo cuerpo”⁶⁹. Dios no podía hacer a la raza humana un don mayor que el de enviarle a su Hijo como cabeza espiritual y religar todos los hombres a Él como miembros a su cabeza. Dios y el hombre se han reconciliado definitivamente en Cristo. Hijo de Dios e Hijo del hombre, uno con su Padre, y uno con nosotros. En adelante, presentándonos a Dios, ya no

⁶⁴ Efes. III, 3-6.

⁶⁵ Efes. IV, 4-7.

⁶⁶ Efes. IV, 11-16.

⁶⁷ Tito III, 5.

⁶⁸ I Cor. XII, 27.

⁶⁹ I Cor. XII, 12.

estamos separados de su Hijo. Cuando Cristo ora a su Padre, nosotros oramos con Él y en Él. Como sacerdote, Él ora por nosotros. Como jefe, Él ora con nosotros y en nosotros. Como Dios, Él esorado por nosotros. La Iglesia, a lo largo del curso de los siglos, no es ya sino un solo suplicante, inmenso, perpetuo. “Somos uno en Jesucristo”⁷⁰ y es el Bautismo el que nos introduce en esta unidad. La misma vida divina circula de la cabeza a los miembros: todo es uno entre Jesús y los suyos. El misterio de Cristo no se acaba sino en nosotros.

¡Cuánta necesidad tienen nuestras pobres existencias individuales, de horizontes diminutos, de readquirir conciencia de esta vasta solidaridad que nos religa a todos los miembros pasados, presentes y por venir del único cuerpo místico de Cristo! Todo cristiano es solidario del mundo entero, de los hombres de todos los tiempos. El dogma de la Comunión de los Santos nos ciñe estrechamente a todos los miembros vivos, del Verbo encarnado y, por Él, nos une al Padre. Cuanto más entramos en la unidad divina del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, más somos cristianos. Los designios de Dios se cumplen en un plano social. Nuestro destino personal se realiza en un plano mundial y eterno, que nada viene a limitar ni en el espacio ni en el tiempo. Esta grandiosa visión del “Cristo total” sitúa nuestra vocación de cristiano en el seno de una multitud de hermanos cuya suerte está ligada a la nuestra. El verdadero cristiano ya no puede orar, sufrir, ni obrar para él solo. Su plegaria invoca, en nombre de todos, al Padre común que está en los cielos. Su sufrimiento es redentor para todo el cuerpo místico. Su acción individual viene a aumentar el tesoro de los méritos de los santos. Un alma que se eleva al mundo, y lo eleva hasta Dios.

En retorno, todos los bienes espirituales de la Iglesia pertenecen a cada uno de los bautizados. “Aquel que vive en la caridad, enseña Santo Tomás, participa de todo el bien que se hace en el mundo”⁷¹. Todos los méritos de Cristo, de la Virgen y de los santos hácese tesoro común de todos los redimidos. “¿Cómo el padre, que entregó por nosotros a su propio Hijo en la cruz, no nos dará todo en Él?”⁷² El Bautismo que nos colma de beneficios personales nos hace entrar en la Iglesia, misterioso acabamiento de Cristo. El mismo Bautismo hace de nosotros hijos de Dios y de la Iglesia. Nadie puede tener a Dios por Padre si no tiene a la Iglesia por Madre. Cristo no se da a las almas sino por la Iglesia. Por ella, el Espíritu de Cristo desciende a cada cristiano para animar los

⁷⁰ Gal. III, 28.

⁷¹ “Qui in charitate vivit, particeps est boni quod fit in toto mundo”. (De symbolo Apostolorum: In: “Sanctorum communionem”).

⁷² Rom. VII, 32.

miembros de un mismo cuerpo místico y conservarlo en la unidad. La plenitud de este Espíritu está en la cabeza, la participación en los miembros. La Santa Iglesia, complemento de Cristo, es universalmente vivificada por el ESPÍRITU del PADRE y del HIJO. A pesar de la diversidad de las gracias, de las funciones y de los carismas, un mismo Espíritu anima al Cristo total.

Así como, en un hombre con vida, los ojos ven para el conjunto del cuerpo, la lengua se expresa en nombre de todos los miembros, la cabeza rige al organismo entero, así, en el cuerpo místico de Cristo, los doctores buscan la verdad que iluminará a todos, los apóstoles recorren todas las tierras de la catolicidad, los obispos son pastores bajo la conducción del Sumo Pontífice que dirige todo, en dependencia del Cristo invisible y de la asistencia continua del Espíritu que procede del Padre y del Hijo en el seno de la bienaventurada Trinidad. Un Dios, una sola Iglesia, un solo Cristo, una sola vida: la de la Trinidad que se vuelca en el Cristo total.

NUESTRA VOCACIÓN DE ETERNIDAD

Todos los esplendores presentes de la gracia de nuestro bautismo nada son junto a su suprema floración en aquel cara a cara con Dios, cuando el universo, transformado también él, participe de la gloria deslumbrante de los hijos de Dios. La teología ha encontrado una hermosa y profunda fórmula para expresar ese carácter de esbozo de la vida de la gracia aquí en la tierra: “una vida eterna comenzada”.

Nuestra vocación bautismal es una vocación de eternidad. El sacramento de la iniciación cristiana exige un coronamiento. La vida del bautizado es una vida espiritual imperfecta y siempre en progreso. La gracia tiende hacia la gloria, la fe hacia la visión, la esperanza hacia la posesión de Dios, y la caridad perfecta reclama una intimidad eterna. Todas las virtudes cristianas aspiran a desplegarse en el alma bajo la luz rectora de la visión beatífica y se encuentran, aquí abajo, en el exilio. La gracia del Bautismo hace de nosotros dioses, otros Cristos, mas, ¡cuánta distancia entre la Trinidad bienaventurada y los seres divinizados que aún caminan en este valle de lágrimas, entre la multitud de los hermanos todavía en la gran tribulación de la tierra y el Hijo unigénito del Padre lleno todo del esplendor de gloria que posee su alma de Cristo y que resplandece en su cuerpo de resucitado! La gracia no es sino el germen de la gloria y

cada uno de los acontecimientos de la vida debe venir a grabar cada vez más, en cada uno de nosotros, la semejanza perfecta con el Crucificado. ¡Las oscuridades de la fe lejos están de la fulgurante y definitiva intuición de todas las cosas en la luz del Verbo que nos espera! Contemplar todo en el Hijo, a la manera del Padre, en Aquel que es su Pensamiento eterno, la expresión adecuada de todo el misterio de Dios: tal es el término normal, aunque lejano todavía, del Bautismo. Las creaturas, que nos dejan vislumbrar la huella de Dios nos velan al mismo tiempo el esplendor de su Faz. Aun bajo las iluminaciones y los toques personales del Espíritu de Dios, nuestras más altas luces de aquí abajo, el alma no puede asir al descubierto el misterio de Dios y de sus obras. Los grandes dones intelectuales: de ciencia, de entendimiento y de sabiduría en lugar de calmar el deseo del alma, no hacen sino avivarlo con las perspectivas de cierta luminosa “supervida”. En la misma medida en que son superiores, los dones del Espíritu Santo producen en el alma la nostalgia de la belleza divina, y es el don de sabiduría el que más está en exilio aquí abajo, donde le falta la fruición inmediata de la Trinidad. Muy ciertamente es una vida de eternidad la que nos viene por el Bautismo, pero en estado de germen, de simple comienzo. ¡Esto es especialmente manifiesto para la esperanza, privada del Dios de su beatitud! Mucho se habla de gozos espirituales que hacen de la vida de los santos, en ciertas horas de gracia, un anticipo de la vida del cielo, pero San Pablo, que había saboreado por un instante algo de esa felicidad del más allá, nos advierte “que la mirada humana nada vio comparable, que su oído nunca oyó esas armonías totalmente divinas y que el corazón del hombre no puede sospechar la hartura eterna que Dios ha preparado en la súper vida para sus bien amados”⁷³. El amor, el puro amor de Dios, ¿será más privilegiado? Ciertamente, se puede amar con desinterés a un ser ausente, pero la amistad perfecta exige el “vivir juntos” y, cuando se trata de Dios, se quiere una eternidad de amor. A causa de su excelencia misma, más que todas las otras virtudes, la divina caridad está en exilio en la tierra. El régimen de la fe, que la dirige, constituye para ella como un estado de violencia. Querría el alma vivir de amor con un Ser en quien reside su beatitud infinita y que ella no puede asir.

Las virtudes cardinales la mantienen aún atada a las actividades de este mundo en medio del inextricable dédalo de los quehaceres humanos y ella quisiera vivir en una continua adoración de Dios, en una incesante acción de gracias por todas sus mercedes. Las necesidades de la existencia la desvían de esta tarea única y, aun cuando nada

⁷³ I Cor. II, 9.

viniese a distraerla de este pensamiento divino, el Dios de su plegaria contemplativa y agradecida permanece inaccesible. Ella no le ve. Preciso le es vivir con hombres duros que le impone la lucha por la vida y, sin embargo, permanecer justa con todos. Si la amistad de la sangre o del espíritu la acerca a seres más amados: son ellos “compañeros de un día”, semblantes que huyen. Todo le recuerda la fulminante brevedad de la vida. Su existencia de hijo de Dios transcurre en medio de mil contingencias a través de las cuales la prudencia debe guiarla y enseñarle, bajo la impulsión constante del amor, a eternizar una vida que pasa. Su templanza: “uso de las criaturas como no usándolas. ¡El tiempo es tan breve... y la figura de este mundo tan rápido se desvanece!”⁷⁴. Este carácter efímero de su existencia humana permite al menos a la fortaleza cristiana desplegarse en su acto principal: una magnífica aceptación de la muerte.

Así el cristiano “camina lejos del Señor”⁷⁵; el “Credo de su fe es una confesión de su actitud de viajero y de su vocación de eternidad”. “Et expecto vitam venturi saeculi”. La vida de la Iglesia militante es una espera de la ciudad de Dios. No tenemos aquí abajo ciudad permanente, vamos en busca de la ciudad “por venir”. “Sabemos que si esta casa de la tierra en la que estamos encerrados cae en ruinas, nos queda una casa que no está hecha por mano de hombres, una morada que Dios mismo ha edificado y que subsistirá eternamente en el cielo. He ahí por qué suspiramos con el deseo de ser revestidos de esta habitación celestial. Pues, mientras estamos en este cuerpo como en una tienda, gemimos bajo su pesadez. No queremos ser despojados, sino revestidos, esperando que lo que hay de mortal en nosotros sea absorbido por la vida. Es Dios quien nos ha formado para este estado y quien nos dio como prenda su Espíritu. Estamos, pues, llenos de confianza. Sabemos que, mientras caminamos todavía en este cuerpo, viajamos lejos del Señor. Marchamos hacia Él por la fe, no aún por la visión. En esta esperanza preferiríamos estar separados de este cuerpo para gozar de la presencia del Señor. Mas toda nuestra ambición es la de serle agradables, alejados de Él o en su presencia”⁷⁶. Nuestra ciudad está en los cielos donde Cristo nos espera. “Él, que transformará nuestro cuerpo de pecado haciéndole conforme a su cuerpo glorioso”⁷⁷. El Apóstol San Pedro habla el mismo lenguaje. Habiendo enseñado a los cristianos que la gracia los hacía “llegar a ser partícipes de la naturaleza divina”⁷⁸, saca de ello

⁷⁴ I Cor. VII, 29-31.

⁷⁵ II Cor. V, 6.

⁷⁶ II Cor. V, 1-9.

⁷⁷ Filip. III, 21.

⁷⁸ II Pedro I, 4.

conclusiones prácticas: “Vivid, pues, como extranjeros y peregrinos aquí abajo”⁷⁹. “Hay una cosa que no debéis ignorar: para el Señor, mil años pasan como un día. Él usa de paciencia, no queriendo perder a nadie sino conducir a penitencia. Tened cuidado: el día del Señor vendrá como un ladrón. Entonces en un estrépito formidable los cielos pasarán, los elementos abrasados caerán en disolución y la tierra será consumida así como los seres que contiene. Puesto que todo debe desaparecer, juzgad cuán santa y piadosa debe ser vuestra vida. Sí, los cielos incandescentes se desplomarán, los elementos en fusión serán consumidos por el fuego... Según la promesa, nosotros esperamos cielos nuevos y una tierra nueva en que habitará la justicia. Mis bien amados, en esta espera, hacedos santos, a fin de que el Señor encuentre a vuestras almas sin mancha en el día de su advenimiento”⁸⁰.

El pensamiento cristiano de los primeros siglos estaba orientado hacia ese retorno definitivo del Señor. En una visión grandiosa, muéstranos San Pablo a la creación entera anhelante e impaciente por entrar, también ella, en ese estado de gloria de los hijos de Dios. Tal es la concepción cristiana del mundo. La fe encamina a los bautizados hacia la visión, la tierra prepara el cielo, la Iglesia militante propende a desplegarse en la ciudad de Dios, la vida cristiana es una espera de la Trinidad. Cuando el cuerpo místico de Cristo se encuentre reunido por entero a su cabeza, entonces será consumada la unidad del Cristo total. Todos los muertos en Adán resucitarán en Jesucristo, pero con orden. Cristo, primero nos dio el ejemplo; después, al fin de los tiempos, serán los santos que creyeron en su advenimiento y que conforman su vida con su ley. En esta hora suprema, Cristo recibirá definitivamente la plenitud de su cuerpo, el acabamiento de sí mismo: su Iglesia. Será vencedor de la muerte y de todas las potencias del mal. Cristo reinará, porque “es menester que Él reine” y que todos sus enemigos vengan a someterse a sus pies. Dios ha puesto todo bajo el imperio de Cristo. Él ha recibido pleno poder en la tierra, en el cielo y en los infiernos. La última vencida será la muerte. Después, en un gesto supremo, Cristo agradecido ofrecerá su reino a su Padre. Entonces vendrá el fin, Dios será todo en todos. La ciudad de la tierra cederá su lugar a la eterna ciudad de Dios.

⁷⁹ I Pedro II, 11.

⁸⁰ II Pedro III, 8-14.

TODO CRISTIANO ES OTRO CRISTO

Tal es el sentido de nuestra vida espiritual a partir de la Encarnación del Hijo de Dios. La virtud no consiste solamente en “vivir según la recta razón”, en conformidad con las leyes morales que derivan de la naturaleza humana, como hacen los paganos. La santidad cristiana es una vida divina en Cristo. Las almas modernas, demasiado replegadas sobre sí mismas, han menester de readquirir conciencia de esta espiritualidad en Cristo y de reemplazar un egocentrismo estéril por un cristocentrismo liberador. El descenso de Dios en medio de los hombres ha cambiado todas las relaciones de la humanidad con Dios. Jesús se ha hecho la fuente y el ejemplar de nuestra santidad. La mística cristiana: es la consumación de las almas en la Unidad de la Trinidad por Cristo Jesús y en Él. Los orígenes auténticos de nuestra vida espiritual datan desde la Encarnación. La misma gracia, que constituyó a Cristo Hijo de Dios, hizo a los cristianos hijos de Dios: mirando a Cristo es como se comprende a los cristianos. Nuestra vocación divina adquiere todo su sentido sólo a la luz de la predestinación del Verbo encarnado y por nuestra relación con Él. Nunca la gracia descubre tan bien su esencia y sus propiedades, nunca su elevación sobrenatural se manifiesta con tanto relieve, como cuando se la contempla como una prolongación de la Encarnación. “Dios se ha hecho hombre para que el hombre llegue a ser Dios”, decía San Agustín. El Verbo se hizo carne para hacer de nosotros otros Cristos. La Encarnación ha hecho surgir una raza nueva. El Bautismo es una identificación con Cristo: todo deriva de ahí.

Tres aspectos fundamentales caracterizan esta mística específicamente cristiana:

- La ascética es una muerte al pecado en Cristo Salvador;
- La unión con Dios florece en amistad con la Trinidad, pero en el Hijo.
- El cristiano es otro Cristo que vive para la gloria del Padre y la redención del mundo.

Se vuelve a encontrar en la moral cristiana el aspecto negativo de toda santidad: la huida del mal. Como lo expresa con tanta energía el simbolismo de la inmersión total del bautismo, el cristiano, sepultado con Cristo, muerto al pecado de una vez para siempre. Para Dios sólo vive ya. “Consideraos como muertos al pecado, vivos sólo para Dios en Cristo Jesús. Que el pecado no reine ya en vuestro cuerpo mortal, de modo que no obedezcáis ya a sus concupiscencias. No entreguéis vuestros miembros al pecado, como instrumentos de iniquidad. Daos a Dios ahora que habéis sido hechos vivientes,

de muertos que erais. Poned vuestros miembros al servicio de Dios”⁸¹. “No tengáis ya gusto sino por las cosas del cielo. Vosotros estáis muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios”⁸².

Mas importa, sobre todo, adquirir conciencia del aspecto positivo de este misterio cristiano, de la vocación la más profunda de nuestro bautismo, común a todos los cristianos y de la cual la visión de gloria no será sino el normal coronamiento: nuestra vida de intimidad con la adorable Trinidad. ¿Acaso no somos, todos, bautizados “en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”? ¿Por ventura este bautismo en nombre de la Trinidad no fue el supremo mensaje de Jesús a sus apóstoles en el momento solemne del adiós definitivo, antes de subir hacia su Padre? “Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra. Id, enseñad a todas las naciones. Lavad las almas, purificadlas, bautizadlas, en nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a practicar todo lo que Yo os he mandado. He aquí que Yo estoy con vosotros, todos los días, hasta la consumación de los siglos”⁸³.

El Bautismo opera en nuestra naturaleza una tal exaltación en Cristo que, a la verdad, no podría ser ella elevada más alto. Ser hijo de la Trinidad, como Jesús es Hijo Unigénito del Padre; entrar por Él, con Él y en Él, en la familia de las Tres Personas divinas para comunicar en ella de una misma vida de pensamiento y de amor en un mismo gozo de eternidad, o, según la magnífica expresión de San Juan “vivir en sociedad con el Padre y el Hijo”⁸⁴ en un mismo Espíritu: tal es, desde el Bautismo hasta la visión beatífica, el sentido de nuestra vida espiritual regenerada por Cristo. Toda la mística cristiana consiste en vivir como hijo de Dios en la familia de la Trinidad. Una amistad verdadera comienza en el Bautismo entre las Personas divinas y el recién bautizado. Para nosotros, cristianos, la Trinidad se ha hecho nuestra morada, el hogar paterno del cual nunca debiéramos salir, así como el Hijo jamás deja el seno del Padre. Todo el progreso de nuestra vida espiritual consiste, precisamente, en penetrarnos de esta presencia real de la Trinidad en el alma, en dejarnos conducir por Jesús a esta intimidad con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. ¿Acaso no es el Verbo mismo quien vino a revelarnos esta viviente habitación de la Trinidad en las almas? “Si alguno me ama y guarda mi palabra, mi Padre le amará; vendremos a él y estableceremos en él

⁸¹ Rom. VI, 11-13.

⁸² Colos. III, 2-3.

⁸³ Mat. XXVIII, 19-20.

⁸⁴ I Juan I, 3.

nuestra morada”⁸⁵. Esta presencia de las Personas divinas comienza en el Bautismo. En él recibe el alma, con la gracia, el derecho de gozar de la Trinidad⁸⁶.

El Verbo y el Espíritu Santo son enviados al alma por el Padre, que se da Él mismo a ella con soberana libertad: el alma puede participar incesantemente de la felicidad de Dios, con una sencillez que nos asombra. San Juan reducía toda la vida espiritual a este movimiento esencial: mantenerse “en sociedad con el Padre y el Hijo”⁸⁷. El único deseo de Dios, ¿no es darse y ser amado? “Sitit sitiri Deus” (S. Gregorio Nazianzeno). La fuente de la vida espiritual y eterna está en nuestro interior. En lugar de agitarnos y dispersarnos, dejemos obrar a Dios y dejémonos asociar a su vida de UNIDAD. “Nadie viene al Padre sino por Mí”⁸⁸, afirmaba Jesús. Dejémonos conducir al Padre por el Hijo.

Cristo no es solamente el camino por el que se pasa. Es el modelo que se debe imitar, es, sobre todo, el alma de nuestra vida. “Ya no soy yo quien vive, decía San Pablo, sino Cristo en mí”⁸⁹. A ejemplo de este Cristo, a quien las muchedumbres oprimían en medio de ellas, pero cuya alma silenciosa y contemplativa permanecía en continua soledad con su Padre, el alma cristiana, a través de todo, debería mantenerse frente a la faz del Padre y perpetuar en ella el misterio de Jesús.

Si permanecemos en Él, si sabemos amar, orar, obrar y sufrir en Él, cada uno de nuestros actos reviste la grandeza misma de nuestro Cristo. Aun la vida humana más trivial adquiere un significado totalmente divino, un valor expiatorio y redentor para todo el cuerpo místico. La santidad no se mide por la forma exterior de una existencia, sino por la intensidad y la pureza de amor con que se hacen aun los menores actos de su vida. El cristiano jamás es trivial. Todo, en Cristo, puede llegar a ser un acto de perfecto amor. Si no, que se piense en el valor sobrenatural de la oscura vida de la Virgen de Nazaret redimiendo al mundo entero en lo secreto de su alma corredentora. La santidad está en el alma. Ocúltase ella en las disposiciones más íntimas de nuestro corazón. Un hombre que encontró a varios obreros en una cantera preguntó al primero: “¿Qué haces?” Le respondió: “Trabajo la piedra”. Replicóle el segundo: “Alimento a mi

⁸⁵ Juan XIV, 23.

⁸⁶ “Per donum gratiae gratum facientis perficitur criatura rationalis ad hoc quod libere non solum ipso dono creato uratur, sed ut IPSA DIVINA PERSONA fruatur...” “Ipsa divina Persona datar”. (I, 43, 3, ad I.)

⁸⁷ I Juan I, 3.

⁸⁸ Juan XIV, 6.

⁸⁹ Galat. II, 20.

familia”. Afirmó el tercero: “Construyo una catedral”. Así todo cristiano debería poder responder en cada uno de sus actos: “Edifico la ciudad de Dios”.

Más allá de nuestro oficio de hombre, cumplimos todos con una tarea de Cristo. Debemos realizarla con un corazón de Cristo. El mismo San Pablo invítanos a ello: “Tened los mismos sentimientos que Cristo”⁹⁰. “Para mí, vivir: es Cristo”⁹¹. Nada más sencillo que esta mística, y nada más profundo. Surge directamente de nuestra vocación bautismal. Más allá de las apariencias humanas, cada bautizado expresa a los ojos del Padre el semblante de Cristo. Puesto que, según la fórmula tradicional, el cristiano es otro Cristo, “Christianus alter Christus”, deberíamos vivir como otro Cristo para la gloria del Padre y la redención del mundo. Todo cristiano debería pasar por este mundo con alma de Cristo.

⁹⁰ Filip. II, 5.

⁹¹ Filip. I, 21.

Capítulo Segundo

NUESTRA PERFECCIÓN EN CRISTO

La Confirmación, sacramento de la perfección cristiana, nos hace “soldados de Cristo”, apóstoles y si es preciso, mártires.

Intento de Dios es conducir a todos los seres del universo a su respectiva perfección. En el orden de la gracia esto es aún más patente. Él quiere santos perfectos a imagen del Hijo. ¿Acaso no fue Jesús mismo quien promulgó el evangelio de la perfección cristiana en ese mandamiento dirigido a todos: “Sed perfectos como vuestro Padre celestial”?⁹² Imitad la vida de la Trinidad.

La economía de los sacramentos pone de manifiesto esa voluntad divina de encaminar a todas las almas hacia este desenvolvimiento supremo de nuestra vida en Cristo. Después del Bautismo, que nos introduce en la familia divina, la Confirmación nos proporciona la plenitud del Espíritu y viene a hacer de cada uno de nosotros perfectos cristianos, soldados de Cristo.

EL PRIMER PENTECOSTÉS

Para comprender los efectos de la Confirmación, la Iglesia nos invita a considerar la maravillosa transformación operada por el descenso del Espíritu Santo sobre los Apóstoles el día de Pentecostés. Proporcionalmente, los beneficios son los

⁹² Mt. V, 48.

misimos en cada uno de nosotros, en la medida en que somos fieles a la gracia de este sacramento⁹³.

Antes de la Pasión, los apóstoles son seres groseros y carnales, que no comprenden el reino invisible de Dios que viene Jesús a inaugurar en la tierra. Como los otros judíos, aspiran a un reino temporal en el cual Cristo les reservaría lugar de privilegio. El misterio de la cruz escandaliza a Pedro y Jesús se ve constreñido a reprenderle duramente: “Atrás, Satanás, porque tus sentimientos no son de Dios sino los de los hombres”⁹⁴. El futuro jefe de la Iglesia aún no había captado el sentido espiritual de la misión del Hijo de Dios. Estaba Jesús solo en Getsemaní en agonía y sudando sangre, mientras sus discípulos privilegiados, cerca suyo, se habían quedado dormidos. Cuando se detuvo al Maestro, todos sus discípulos, cobardemente, emprendieron la fuga. Ese mismo Pedro, apenas acabadas las confidencias supremas del Corazón de Jesús en la Cena, algunos instantes después de su primera comunión eucarística, la noche misma de su sacerdocio, a la voz de una fámula, he aquí que, con alboroto, reniega de su Maestro y Amigo de casi tres años. Y de qué manera, con qué brusquedad en sus anatemas!: “¡No, lo juro, no conozco a ese hombre”⁹⁵. Al día siguiente al Gólgota los Apóstoles no esperaban ya en Aquel a quien creían muerto para siempre. Aun después de la visión del Resucitado y después de su partida triunfante al cielo, el día de la Ascensión, estos hombres tímidos se retiraban a una casa para encerrarse en ella por temor de los judíos.

Después de Pentecostés, he ahí que de nuevo aparecen en el mundo, pero transfigurados, predicando intrépidamente al Crucificado: “En Él solo Dios puso la salvación”⁹⁶, exclamaba San Pedro. Y todos los Apóstoles muéstranse testigos

⁹³ La Iglesia misma nos enseña que el mejor método que se debe seguir para comprender los efectos del sacramento de la Confirmación en las almas es correlacionar sus beneficios con los de Pentecostés sobre los Apóstoles. “He aquí los efectos de este sacramento, declara el Concilio de Florencia en 1439: el Espíritu Santo es dado en él como a los Apóstoles el día de Pentecostés, para comunicar al cristiano la fortaleza de ánimo que le permite confesar con audacia el nombre de Cristo”. “Effectus autem humus sacramenti est, quia in eo datur Spiritus Sancto ad robar, sicut datus est Apostolis in die Pentecostés, ut videlicet christianus audacter Christi confiteatur nomen” (Decretum pro Armenis).

El Catecismo del Concilio de Trento aconseja a los pastores que utilicen el mismo método: “Si los pastores quieren hacer conocer la eficacia divina de este Sacramento (y nada seguramente es más apto para mover el corazón de los fieles), les bastará mostrar lo que sucedió a los Apóstoles”.

Este método de referencia, por analogía, a los efectos del primer Pentecostés para comprender los del sacramento de la Confirmación, fue el método preferido por los Padres y los Doctores de la Iglesia. Anima él todo el tratado de la Confirmación en la Suma Teológica de Santo Tomás de Aquino (III-72, 7).

⁹⁴ Marcos VIII, 33.

⁹⁵ Marcos XIV, 71.

⁹⁶ Hechos IV, 12.

indefectibles de Cristo: “en Judea, en Samaria y hasta las extremidades de la tierra”⁹⁷, anunciando el Evangelio a toda creatura⁷. Nada detiene ni amengua su valor, en adelante superior a toda flaqueza: “No podemos no decir lo que hemos visto y oído. No podemos no predicar a Cristo”⁹⁸. “Non possumus non loqui”. En nombre de Jesús, obran milagros, sanan a todos los enfermos que se presentan, resucitan a los muertos. Basta que la sombra de San Pedro se proyecte sobre los cuerpos enfermos para que éstos, inmediatamente, recobren la salud. Prodigios de toda clase y carismas milagrosos, acompañan su acción apostólica; fundan una Iglesia en la cual todos sus miembros se aman verdaderamente como hermanos, “poniendo sus bienes en común, perseverando juntos en la oración y la fracción del pan, no formando sino un solo corazón y una sola alma en Cristo”⁹⁹. Daban ejemplo, ellos mismos, del más ardiente amor de Cristo. Vióseles padecer alegremente los azotes, la prisión, los peores suplicios y la cruz, “dichosos por haber sido hallados dignos de sufrir algo por el nombre de Jesús”¹⁰⁰.

La inteligencia ruda de estos “corazones tardos en creer” es de repente iluminada por una abundancia tal de luces divinas, que estos hombres sin cultura, desarrollando una acción superior a la de los genios más potentes, realizan la más asombrosa revolución del pensamiento humano, fundando una civilización nueva, que dura ya veinte siglos y que proporcionó al mundo su luz suprema: Cristo. Cuando se les lleva ante los jueces y tribunales, frente a las autoridades más temibles de la tierra, exhalan de sus labios una sabiduría irresistible, que confunde a sus enemigos y que, manifiestamente, no podía proceder sino de Dios. Todos acaban su vida con el martirio. Ningún poder humano puede detener el ímpetu conquistador de su apostolado. En menos de un siglo, la fe de los Apóstoles ha henchido el universo.

¿Cómo explicar una tal metamorfosis moral? Los Hechos de los Apóstoles nos revelan el secreto: “En la fiesta de Pentecostés, mientras los discípulos se encontraban juntos, súbitamente se produjo un gran ruido, como de viento impetuoso que vino del cielo y llenó toda la casa donde estaban sentados. Vieron aparecer como lenguas de fuego que se dividieron y fueron a posarse sobre cada uno de ellos. Entonces fueron todos llenados del Espíritu Santo y se pusieron a hablar lenguas diversas, según los carismas que les otorgaba el Espíritu”¹⁰¹. A la muchedumbre, maravillada de poder

⁹⁷ Hechos I, 8.

⁹⁸ Marcos XVI, 15.

⁹⁹ Hechos II, 45-46.

¹⁰⁰ Hechos V, 41.

¹⁰¹ Hechos II, 4.

comprenderlos, da San Pedro la explicación de este descenso maravilloso del Espíritu de Dios: “¿No es acaso la realización de la profecía de Joel”, “la efusión del Espíritu de Dios sobre toda carne?” “Yo derramaré mi Espíritu sobre mis siervos y sobre mis siervas... Ellos profetizarán”¹⁰². “Hasta entonces no había sido dado todavía el Espíritu Santo, porque Jesús no estaba glorificado”¹⁰³.

Ahora, como sopro irresistible del Poder de Dios, el Espíritu invadía el alma de los Apóstoles y la Iglesia naciente; era la hora de la plenitud de gracia, una nueva era de importancia decisiva en la historia de la redención. Por motivos de altísima sabiduría, no había querido Jesús acabar Él mismo su misión redentora, reservando a su Espíritu la tarea de realizar definitivamente la obra que le había confiado su Padre, así como ha dejado misteriosas lagunas en su Pasión a fin de asociar a algunos de entre los suyos, mediante los sufrimientos personales de ellos, a la redención de su Cuerpo místico.

Se percibe en el pensamiento de Jesús ese designio bien definido de proseguir en lo sucesivo, con su Espíritu, la conducción de su Iglesia. No está solo Jesús al salvarnos. Las Tres Personas divinas concurren a nuestra salvación. El Padre ha enviado al Hijo. El Verbo se ha encarnado a fin de morir por nosotros. El Espíritu Santo, que es el Espíritu del Padre y del Hijo, acabará en la Iglesia la obra redentora del Verbo encarnado. Por ello es bueno que Jesús vuelva a su Padre, pues si Él no se va, el Espíritu no vendrá a la Iglesia. Una vez que Jesús esté a la diestra del Padre, Él enviará su Espíritu a los Apóstoles, el cual les enseñará todas las cosas y los asistirá en todas sus dificultades: “Os conviene que Yo me vaya. Si yo no me voy el Paráclito no vendrá a vosotros”¹⁰⁴. “No os dejaré huérfanos”¹⁰⁵. “Yo rogaré al Padre y Él os enviará otro Defensor que permanecerá con vosotros”¹⁰⁶. Los Apóstoles serán los primeros beneficiarios, pero no los únicos. La acción iluminadora y rectora del Espíritu se extenderá a la Iglesia entera hasta el fin de los tiempos. “Él estará en vosotros y para siempre morará en vosotros”¹⁰⁷. Su papel será el de Maestro de doctrina y santidad: “Este Espíritu de verdad os guiará, encaminándoos, como de la mano, hacia la plenitud de la verdad”¹⁰⁸. “Entonces comprenderéis todo. Él os hará recordar todas las cosas que Yo os he dicho”¹⁰⁹. “Sobre todo Él os hará captar su sentido profundo, hoy misterioso todavía para vosotros”. “Me

¹⁰² Hechos II, 16-17.

¹⁰³ Juan VII, 59.

¹⁰⁴ Juan XIV, 7.

¹⁰⁵ Juan XIV, 18.

¹⁰⁶ Juan XIV, 16.

¹⁰⁷ Juan XIV, 17.

¹⁰⁸ Juan XVI, 13.

¹⁰⁹ Juan XVI, 26.

quedan muchas cosas que deciros, pero no podéis por el momento sobrellevarlas”¹¹⁰. Él os las explicará. No debemos temer que haya discontinuidad y cisura entre su enseñanza y la de Jesús porque “el Espíritu no hablará de sí mismo, sino que dirá lo que habrá oído”¹¹¹, “como el Hijo no refiere sino lo que Él ha visto en el seno del Padre”¹¹². Hay que decir más: Él recibirá la verdad del Hijo mismo, del cual procede eternamente. “He aquí por qué, afirma Jesús, he dicho Yo que Él tomará de Mí y os lo hará conocer”¹¹³.

La suprema garantía de la identidad esencial de la verdad enseñada por el Verbo y por el Espíritu es su fuente común: el Padre. Ambos dos proceden de Él. En el seno de la Trinidad no hay sino un Pensamiento Único, Eterno: el Verbo proferido por el Padre, que se ha hecho Verdad encarnada y cuyo Espíritu tiene misión de manifestar la luz en la Iglesia a toda alma de buena voluntad. Así, hay continuidad y maravillosa unidad en el plan de Dios. En verdad, nuestra redención sigue siendo obra común del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

NUESTRO PENTECOSTÉS

Sin manifestarse con el brillo del primer Pentecostés, la acción silenciosa del Espíritu Santo no es menos continua. Un Pentecostés invisible, pero real, perpetúase en la Iglesia. El sacramento de la Confirmación tiene por objeto, precisamente, proporcionar a cada uno de los cristianos esta misma plenitud del Espíritu, de que ha menester para los combates de la vida. Los textos litúrgicos del rito de la Confirmación tienen cuidado de detallar efectos multiformes de este Espíritu, que viene a reposar en cada uno de nosotros con la plenitud de sus dones: “Espíritu de sabiduría y de entendimiento, Espíritu de consejo y de fortaleza, Espíritu de ciencia y de piedad, Espíritu de temor de Dios”. De lo alto del cielo, Cristo aun envía su Espíritu a cada confirmado para revestirlo de la misma plenitud de luz, de santidad y de fortaleza conquistadora que fue el alma de los Apóstoles en la hora de la Iglesia naciente. Los carismas milagrosos han desaparecido, pero el mismo Espíritu es comunicado al alma

¹¹⁰ Juan XVI, 12.

¹¹¹ Juan XVI, 13.

¹¹² Juan I, 18.

¹¹³ Juan XVI, 15.

según el grado de fervor personal con que reciba este sacramento de los “perfectos cristianos”, de los apóstoles y de los “soldados de Cristo”. No hay duda que, en el plano humano, requiérense largos años de crecimiento continuo para llegar de la infancia a la edad perfecta. En el orden sobrenatural, la Omnipotencia divina puede realizar en un instante el desarrollo de la vida de Cristo en nosotros. Como en Pentecostés, el Espíritu de Jesús desciende súbitamente a las almas para llevar a su perfección todas las virtudes y todas las potencias de acción del cristiano. La Iglesia misma insiste sobre este carácter de “plenitud de perfección” que proporciona al alma del bautizado el sacramento de la Confirmación. Los Padres y los Doctores lo repiten a porfía. Santo Tomás no cesa de llamarlo “el sacramento de la plenitud de gracia”¹¹⁴ para los combates de la vida y la defensa de la fe en la sociedad cristiana. “El Bautismo, escribe él, es dado simplemente para adquirir la vida espiritual en Cristo, la Confirmación tiene por objeto comunicar la plenitud del Espíritu, cuya operación es multiforme”¹¹⁵. El efecto de este sacramento es “la plenitud del Espíritu”¹¹⁶.

El sacramento de la Confirmación perpetúa en la Iglesia todos los beneficios de Pentecostés. Los efectos del Bautismo son maravillosamente sobrepujados. El Espíritu Santo, en posesión ya del alma cristiana, la colma esta vez de sus superabundantes gracias, de la plenitud de sus dones. Se le atribuye, con razón, el triunfo moral de las vírgenes y de los mártires. El Espíritu de Dios es quien forma el alma de los santos. De esta presencia personal y misteriosa del Espíritu Santo, proceden en el alma esas secretas advertencias, esas invitaciones incesantes, esas continuas mociones del Espíritu de lo alto, sin las cuales no se podría ni entrar, ni permanecer en los caminos de la salvación, y, mucho menos todavía, avanzar en la vía de la perfección. Por lo contrario, mediante la intervención de los dones del Espíritu Santo, el justo, que vive ya de la gracia desde su bautismo, elévase hacia la vida perfecta. Gracias a ellos, el alma dócil a las menores inspiraciones divinas, avanza con rapidez en la fe, la esperanza, la caridad, y en la práctica de todas las otras virtudes. Su vida espiritual encuentra en ellos su pleno desenvolvimiento. Esos dones del Espíritu Santo obran con una eficacia tal, que conducen al alma hasta las más altas cumbres de la santidad¹¹⁷. Este Espíritu

¹¹⁴ “Confirmatio est sacramentum plenitudinis gratiae” (3, 72, I ad2).

¹¹⁵ 3, 72, 2, ad 2.

¹¹⁶ 3, 72, 4, ad 1.

¹¹⁷ “Haec propterea dona tantae sunt efficacitatis ut eum ad fastigium sanctimoniae adducant”. Encíclica “Divinum illud munus” de S.S. León XIII, del 9 de mayo de 1897. Toda esta admirable encíclica debe ser leída y meditada por todos aquellos que quieran una enseñanza profunda acerca del papel que el Espíritu Santo desempeña en la vida espiritual.

santificador, que procede del Padre y del Hijo, en quien se consuma en una Santidad Increada el ciclo de la vida trinitaria, no se había hecho sentir en el Antiguo Testamento sino a través del velo de las figuras. Desde Pentecostés, se difunde Él en la Iglesia de Cristo con la superabundante largueza de un inmenso río de gracia, que desciende a las almas para proporcionarles toda la vida de la Trinidad.

Los Apóstoles permanecen siendo en la Iglesia el ejemplo-tipo de esta radical y definitiva transformación que obra en las almas el descenso del Espíritu de Dios; pero todos los cristianos participan de las multiformes gracias de este Espíritu de Amor.

El mismo Espíritu de sabiduría, de entendimiento, de ciencia y de consejo, la misma fortaleza totalmente divina viene a sostener a los cristianos en los combates de la vida; el mismo soplo de santidad, adaptándose a todas las circunstancias de la vida militante de la Iglesia en el extenso transcurso de los siglos, viene a penetrar el alma de los nuevos apóstoles y soldados de Cristo. Y ciertamente, no es este Espíritu de Amor quien pondría límite a la efusión de sus dones. Él invade las almas en la misma medida en que las encuentra dispuestas a recibirle. Cada cual se beneficia con los dones de Dios según su fervor y sus disposiciones personales. Cristo no hace las cosas a medias. Cuando toma para Sí un alma, Él quiere conducirla a la plenitud de Dios.

PERFECTO CRISTIANO

El efecto primordial del sacramento de la Confirmación es transformarnos en “perfectos cristianos”. En el orden de la vida espiritual, hace pasar a los bautizados de la fragilidad de la infancia a la fortaleza de la madurez. La Confirmación es el sacramento de la virilidad cristiana. Realiza nuestro perfecto crecimiento en Cristo. La tradición de los Padres y Doctores de la Iglesia siempre ha acentuado esta “plenitud del Espíritu Santo” y sus dones. Es la idea que domina y estructura todo el tratado de la Confirmación en Santo Tomás de Aquino, que no cesa de repetir incansablemente en su Suma Teológica que este sacramento, complemento del Bautismo, acaba de hacernos alcanzar “la edad perfecta”¹¹⁸. No es sólo la virtud de la fortaleza sino todo el organismo

¹¹⁸ He aquí algunos textos decisivos: “En tanto que por el Bautismo, que es una regeneración espiritual, el hombre tiene acceso simplemente a la vida espiritual, la Confirmación hácele, en cierta manera, alcanzar la edad perfecta”. “...In confirmatione autem homo accipit quasi quandam PERFECTAM AETATEM spiritualis vitae”. (III, 72, art. 1) La acción social, exterior, al servicio de los demás, no es sino una acción

sobrenatural de las virtudes y de los dones, recibidos en el Bautismo, lo que alcanza su pleno desenvolvimiento. La Confirmación viene a “fortificar” todas nuestras energías espirituales, y nos eleva a un estado de perfección que nos da derecho a todas las gracias necesarias para realizar en toda ocasión, en el plano de actividad de todas las virtudes “los actos de un perfecto cristiano”. Nuestra vida teologal es la primera en recibir en él un maravilloso acrecentamiento y toda nuestra vida moral también, en armonía con el desarrollo de la fe, de la esperanza y de nuestra vida de amor. La gracia de la Confirmación es, ante todo, una plenitud de vida interior y de santificación personal, cuya acción social, al servicio de la Iglesia militante, no es sino una dependencia y una irradiación, como un efecto que deriva de una causa superior, algo así como sucede en la vida mixta en que la acción apostólica fluye de una contemplación superabundante, o como en la redención del mundo que fue uno de los beneficios de la Encarnación del Verbo y de la infusión en su cuerpo místico de su plenitud de gracia infinita.

“Los que reciben este sacramento de la plenitud de gracia, enseña Santo Tomás, son hechos conformes a Cristo en su soberana perfección de Verbo Encarnado, tal como San Juan nos lo hombre alcanza esa edad perfecta, sólo entonces comienza a extender su actividad describe: “lleno de gracia y de verdad”¹¹⁹. Nos hacemos Cristos perfectos. Asombra una tal audacia de pensamiento. Es el momento de recordar que no debemos minimizar los dones de Dios reduciéndolos continuamente a las dimensiones limitadas de nuestras posibilidades humanas, sino que hemos de creer en la soberana liberalidad de un Dios que nos ha amado hasta darnos a su Hijo. ¿Cómo Aquel que nos entregó a su

derivada que conviene al confirmado, tal como una propiedad se relaciona con una naturaleza. “En este sacramento la plenitud del Espíritu Santo nos es dada en vista del combate espiritual que conviene a la edad perfecta. Cuando el hombre alcanza esa edad perfecta, sólo entonces comienza a extender su actividad en servicio de los demás: hasta allí no vive, por decirlo así, sino para sí mismo”. “In hoc sacramento datur plenitudo Spiritus Sancti ad robur spirituale, quod competit perfectae aetati. Homo autem, cum ad perfectam aetatem pervenerit, incipit jam communicare actiones suas ad alios; antea vero quasi singulariter sibi ipsi vivit” (III, 72, art. 2). “Mientras el Bautismo es una regeneración espiritual en el plano de la vida cristiana, la Confirmación consiste en un crecimiento espiritual que conduce al hombre a la edad perfecta en el plano espiritual. Ahora bien, es manifiesto, por analogía con la vida corporal, que la acción del recién nacido es muy diferente de la actividad que le corresponderá cuando haya llegado a la edad perfecta”. “...alia est actio hominis statim nati, et alia actio quae competit ei, cum ad perfectam aetatem pervenerit” (III, 72, art. 5). “Háase de administrar el sacramento de la Confirmación a recién nacidos que van a morir, a fin de que en la resurrección aparezcan perfectos”. “Etiam morituri hoc sacramentum dandum est ut in resurrectione perfecti appareant” (III, 72, art. 8 ad 4). Aun a aquellos a quienes una muerte prematura habrá de retirarlos de los combates de la vida, es preciso administrar este sacramento, lo que nos muestra bien que antes de ser el sacramento del apostolado, la Confirmación es ante todo el sacramento de la perfección cristiana.

119“Illi qui confirmationem accipiunt, quae est sacramentum plenitudinis gratiae, Christo conformatur, in quantum ipse a primo instanti suae conceptionis fuit plenus gratiae et veritatis, ut dicitur. Juan, I, 14” (III, 72, I ad 4).

propio Hijo en una cruz, mostraríase parsimonioso en la aplicación de su virtud redentora por los Sacramentos? La teología más segura nos invita, pues, a considerar como modelo de todo confirmado, la perfección misma de ese Verbo encarnado, que pasó en medio de los hombres bajo el constante impulso del Espíritu de Dios. Ya en el curso mismo de su vida mortal, la actividad de los dones del Espíritu Santo desenvolvíase en Él bajo la claridad de la visión beatífica, regla suprema –en la cumbre de su alma– de toda su psicología de bienaventurado. Día y noche, bajo su mirada de Cristo, desplegábase todo el plan de la Redención hasta en sus más ínfimos detalles a la luz decisiva de la eternidad. Esta continua visión de la Faz de Dios conservaba a su alma de Cristo en una paz inmutable. El Espíritu de sabiduría hacía saborear el Amor infinito de su Padre, que se extendía, a causa de Él, en una ternura paternal y universal para con cada una de nuestras almas redimidas con su sangre. En dependencia de esta visión beatífica de todas las cosas en el Verbo, ¡qué séquito de luces, además, para su inteligencia humana en los dones intelectuales de sabiduría, de entendimiento, de ciencia, de consejo, que le manifestaban en plena claridad las menores tonalidades del plan de Dios sobre el mundo! Los dones afectivos de piedad, de fortaleza, de temor, mantenían su alma de Hijo en una intimidad de todos los instantes con Dios su Padre y le comunicaban un corazón fraternal para con todos los hombres, haciéndole “el primogénito entre una multitud de hermanos”¹²⁰.

¿Cómo concebir límites para las efusiones del Espíritu en el alma de Cristo, igual a su Padre por su Divinidad y, a este título, en su personalidad de Verbo, su Principio eterno? Este espectáculo de la deslumbradora vida espiritual del alma de Cristo en la plenitud de sus dones, será una de las fuentes de nuestra beatitud en los esplendores de los santos. ¿Cómo el Espíritu Santo no se complacería en henchir de todas sus gracias y de todos sus carismas, la Humanidad de ese Verbo, del cual Él procede eternamente al mismo tiempo que del Padre, como su Amor mutuo? Los Evangelios subrayan esta permanente intervención del Espíritu Santo en el misterio de Cristo. En el instante de su concepción, Él está allí para realizar en la Virgen el misterio de la Encarnación y ungir a Cristo con la unción hipostática. En su bautismo, Él aparece en el momento solemne de la inauguración pública de su misión de Mesías. El Espíritu conducía al desierto, acompañábale en medio de las muchedumbres de Palestina, asistía en los días de sus milagros más brillantes y, en la hora dolorosa del Calvario,

¹²⁰ Romanos, VIII, 29.

conservaba su alma de Crucificado en la inmutable paz de Dios, a la sombra de su Fortaleza invencible.

Todos los actos de su vida y de su misión de Cristo, sobre todo su sacrificio redentor, fueron cumplidos bajo el imperio de este Espíritu de Amor. Según el oráculo de Isaías: “En él reposaba la plenitud del Espíritu”¹²¹. El alma de Cristo fue la obra maestra del Espíritu Santo¹²².

Esta conformidad con la soberana perfección del Verbo encarnado, que es, según Santo Tomás, el efecto propio del sacramento de la Confirmación, exige una asistencia especial del Espíritu Santo. Para ser un Cristo perfecto, el cristiano debe vivir siempre según el Espíritu de Jesús. Pues bien. La acción de los dones del Espíritu Santo es la que nos reviste cada vez más de todos los sentimientos del alma de Cristo. ¿En qué medida cada confirmado participa de esta plenitud del Espíritu? Sería vano querer precisarlo. Cada uno recibe el Espíritu de Dios según el misterio de la predestinación divina, que tiene en cuenta el grado personal de correspondencia a la gracia y su lugar en el conjunto del Cuerpo místico.

LA ACTIVIDAD DE LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO

Al tratarse de los efectos de la Confirmación, no se puede dejar de recordar las leyes generales de la actividad y juego de los dones del Espíritu Santo.

La tradición cristiana, en efecto, no tardó en aplicar, de una manera especial, la doctrina de los dones del Espíritu Santo en la exposición de los efectos de la Confirmación. San Ambrosio ve en el “sello espiritual”, es decir, en la Confirmación, una efusión de los siete dones de sabiduría, de entendimiento, de consejo, de fortaleza, de ciencia, de piedad y de temor de Dios”¹²³.

¹²¹ Isaías, XI, 2.

¹²² La soberana perfección del Verbo encarnado exigía que aun sus menores actos de virtud fuese efectuados bajo una moción especial y personal del Espíritu Santo. Sucedió lo mismo, verosíblemente, en grado inferior de perfección respecto de cada uno de los actos de la Madre de Dios, elevada desde el primer instante por sobre las más altas cumbres de la unión transformante.

¹²³ “Accepisti signaculum spirituale, spiritum sapientiae et intellectus, spiritum consilii atque virtutis, spiritum cognitionis atque pietatis, spiritum sancti timoris” (De mysteriis, VII, 42 P. L., tomo XVI, col. 403).

Igual doctrina en los textos litúrgicos. En el Sacramentario gregoriano, en una hermosa fórmula deprecatoria, el obispo implora sobre los recientemente bautizados el descenso del Espíritu Santo con todos sus dones: “Dios Todopoderoso y Eterno, que se dignó ya regenerar a estos fieles por el agua y el Espíritu Santo...envíales de lo alto del cielo a tu Paráclito: Espíritu septiforme, Espíritu de sabiduría y de entendimiento, Espíritu de consejo y de fortaleza. Espíritu de ciencia y de piedad. Llénalos de tu Espíritu de temor y márcalos con el signo de la cruz para la vida eterna, por Jesucristo Nuestro Señor”¹²⁴.

En el ceremonial actual de la Confirmación, el obispo, revestido de capa blanca, después de sacarse la mitra, se levanta y frente a los confirmandos arrodillados, con las manos juntas, ora: “Que el Espíritu Santo descienda sobre vosotros y que la virtud del Altísimo os guarde de todo pecado”. Extendiendo, después, las manos sobre todos los confirmandos, dice: “Señor, Dios Eterno y Omnipotente, que os dignasteis regenerar a estos bautizados, vuestros siervos, por el agua y el Espíritu Santo, y les habéis concedido el perdón de todos sus pecados, enviadles desde lo alto de los cielos a vuestro Espíritu septiforme, al Santo Consolador: el Espíritu de sabiduría y de entendimiento, el Espíritu de consejo y de fortaleza, el Espíritu de ciencia y de piedad. Llenadlos del Espíritu de temor de Dios y marcadlos con el signo de la cruz de Cristo para la vida eterna. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor... Así sea”.

La necesidad de los dones del Espíritu Santo aparece con evidencia cuando se reflexiona en la grandeza totalmente divina de nuestra vocación en Cristo. ¿Cómo identificarnos, en cada uno de nuestros actos con los pensamientos y con el querer de Cristo sin el auxilio personal del Espíritu de Jesús? Multitud de obstáculos opónense a la plenitud de la vida divina en nuestro ser humano. El hombre es divinizado, no es Dios. Su vocación divina no suprime ni las deficiencias, ni los inevitables límites de su naturaleza de hombre. La gracia de adopción, recibida en el Bautismo, hace de él un hijo de Dios llamado a vivir en la sociedad del Padre a imagen del Hijo. Pero el hombre, introducido así en la intimidad de las Personas divinas, aseméjase a un hijo de plebeyo adoptado por una casa real, trabado en sus maneras rudas, no adaptado al nuevo medio hecho suyo, no poseyendo aún la espontaneidad y la distinción de modales, la perfección en el modo de conducirse de los otros hijos de la familia real. Algo así sucede respecto de cada uno de nosotros cuando el Bautismo nos hace entrar en la

¹²⁴ (Liber sacramentarium, P. L., tomo 78, col. 90).

familia de las Tres Personas divinas. Aun ya divinizados por la gracia de adopción, nos falta ese soberano señorío que nos haría obrar, aun en nuestros menores actos, con la perfección de un Dios vivo en medio de los hombres sobre la tierra, según el ejemplo del Verbo encarnado. Nuestra mirada sobre el mundo invisible permanece envuelta en las oscuridades de la fe.

Nuestra esperanza se apoya con ansiedad en un Dios que no ve. Nuestra caridad es una amistad todavía imperfecta con un Ser que no puede ser asido, que nos oculta su presencia beatificante. ¿Y cómo descubrir, en medio de las inextricables complicaciones de esta vida moderna, el sendero que, en toda circunstancia, debe conducirnos más rápidamente a Dios? Nuestra vida de oración y de adoración sufre las arideces y las distracciones no reprimibles de la fatiga o del régimen de la fe; nuestra fortaleza se hace vacilante bajo golpes repetidos de la prueba. Para la mayoría de los hombres, la pureza importa un combate difícil.

¿Qué cristiano no conoce por experiencia esta dolorosa desproporción, que media entre nuestra vocación divina y las condiciones humanas en las que nos esforzamos en realizarla? En medio de las gracias más divinas nos arrastramos, en lugar de obrar en todo “como dioses” a la manera del Verbo encarnado, caminando en medio de los hombres con la majestad de un Dios. Así, esta posesión imperfecta de una vida divina pide en nosotros el auxilio personal de Dios, que viene a suplir en nosotros nuestra ignorancia por medio de las intuiciones decisivas de su ciencia infinita, y a socorrer nuestra flaqueza mediante la omnipotencia de su gracia, haciéndonos obrar en toda ocasión como revestidos de su fortaleza divina. El Espíritu de Dios debe venir a enseñorearse de nuestro propio yo para enseñarnos a vivir de Dios “a la manera de Dios”.

Por su naturaleza íntima, los dones del Espíritu Santo no son otra cosa que esas disposiciones habituales del alma, depositadas en nosotros por la gracia del Bautismo, más profundamente enraizadas aun por la Confirmación, que nos permiten recibir continuamente las impulsiones y directivas de Dios para vivir ya en la tierra, aun en medio de las acciones más ordinarias, “de una manera verdaderamente divina”¹²⁵. Todo

¹²⁵ “Los dones del Espíritu Santo están ordenados a un obrar de modo sobrehumano, de suerte que es preciso que sus operaciones se midan por otra regla que no sea la de la virtud humana. En la actividad de los dones, el alma no obra ya de una manera humana, sino a manera de un Dios”.

“Cum dona sint ad operandum supra humanum modum, oportet quod donorum operationes mensurentur ex altera regula quam sit regula humanae virtutis, quae est ipsa Divinitas ab homine participata suo modo, ut jam, non humanitus sed QUASI DEUS factus participatione, operetur” (S. Tomás, III Sentencias, dist. 34, art. 3).

un organismo espiritual, oculto en las profundidades de nuestra alma, en cada una de nuestras facultades, nos mantiene permanentemente a la libre disposición de Dios, como teclas de un piano dispuestas siempre a recibir la acción del artista. Los autores espirituales gustan comparar con los remos las virtudes de que nos valemos, mediante nuestros esfuerzos personales, para ir a Dios, mientras que asimilan los dones del Espíritu Santo a las velas desplegadas para recibir el soplo de alta mar y que, cuando el viento se levanta, proporcionan al navío una velocidad muy superior a la que podría alcanzar el barco más veloz impulsado a fuerza de remos solamente. De la misma manera, nuestra alma y sus facultades, dotadas de los siete dones como de siete velas, pueden recibir el soplo de Lo Alto y obrar en todas sus acciones bajo la influencia rectora y multiforme del Espíritu de Dios. La acción que surge de este modo no es ya la del hombre abandonado a sus propias fuerzas en su vida espiritual, es Dios mismo quien tiene su iniciativa y conserva su dirección. Todo el papel del alma consiste en dejarse conducir, sin oponer resistencia, por el Espíritu de luz, de fortaleza y de santidad, que la mueve interiormente, utilizando todas sus facultades humanas, como un maestro se sirve de un instrumento para ejecutar una obra maestra de la cual sigue siendo el agente principal. Pero, aquí, se trata de un instrumento inteligente y libre cuya acción es una verdadera colaboración. Los actos superiores de la vida espiritual, inspirados por Dios, siguen siendo los más voluntarios, los más meritorios, aquellos que hacen al hombre más dueño de sí mismo en dependencia de Dios.

Movido por el Espíritu Santo, el entendimiento penetra sin esfuerzo en los abismos más profundos de los misterios de Dios. Aprecia él la trascendente grandeza de la adorable Trinidad. Más allá del juego de las causas segundas percibe, bajo las iluminaciones de la ciencia divina, el Ser supremo, fuente primera de todas las actividades creadas. Bajo el abrazo de la caridad, iluminada por el don de sabiduría, su voluntad saborea el Amor infinito, que se da a ella por sobre todo saber comunicable. Fija, así, en Dios por el amor, bajo la dirección práctica del don de consejo, se inclina con prontitud a todas las tareas de su deber de estado: justicia frente a frente con Dios y con los hombres, fortaleza triunfadora en medio de las mayores dificultades de la vida, pureza absoluta y libertadora, conservan al alma en todas las cosas fiel a su Dios. Por el juego de sus dones, Dios comunica a un alma su propia vida de entendimiento, de ciencia y de sabiduría. Le manifiesta Él los designios más secretos de su plan eterno. Su

Espíritu de piedad la mantiene en fraternal vinculación con todos los otros miembros del cuerpo místico de Cristo, en íntima comunión con todos los seres de la creación, haciéndole pronunciar el nombre de Dios como el del más tierno de los Padres. La fortaleza divina, enseñoreándose de ella, la hace superar todos los obstáculos para cumplir perfectamente la voluntad de Dios; el temor filial conserva en paz al alma en las manos de Dios, consciente de su debilidad, pero confiada hasta la audacia en su bondad de Padre, suficientemente poderoso como para guardarla al abrigo de todo mal. Ya no es el alma sola quien obra, por así decirlo, como en el ejercicio de las virtudes: Dios mismo obra en ella y por ella.

Cuanto más fiel permanece el alma a la moción del Espíritu, más se divinizan sus acciones. No es ya una vida divinizada, de modo humano, como en las virtudes teologales o cardinales; sino una vida por encima de toda medida humana, de modo deiforme, totalmente transformada en Dios. Bajo la acción inmediata de Dios, alcanza el alma simultáneamente el máximo de pasividad a las impulsiones divinas y de actividad personal, tal como se ve que ello acaece, sobre todo, en la unión transformante, forma suprema de la acción del Espíritu de Dios en nosotros. Ya no queda en ella ni un solo pensamiento, ni un solo movimiento de amor ni una sola acción que no venga de Dios. Llegada a tal cumbre, su manera de vivir supera esas distinciones que dividen a las existencias ordinarias. Esta alma, semejante a la del Verbo encarnado o a la de la Madre de Dios, es, a la vez, en una síntesis viva y en una unidad indivisible, contemplativa y apostólica, de una fecundidad que raya en el prodigio y a cuya irradiación no puede compararse, ni de lejos, la de los más grandes genios. Tales almas, enteramente dóciles a la acción del Espíritu Santo, llegan a ser en las manos de Dios los instrumentos privilegiados de su acción en la Iglesia; una Teresa de Lisieux, oculta en su claustro o clavada en su lecho de enferma, mas totalmente entregada al Espíritu de Amor, era más útil a la Iglesia y al mundo que una multitud de apóstoles, misioneros y doctores.

Préstese mucha atención a esto. No es por su objeto por lo que se distinguen las virtudes y los dones, su campo de acción es a menudo el mismo y se manifiesta también tanto en los deberes más ordinarios de la vida cotidiana como en los estados místicos más elevados. Toda su diferencia proviene de la manera incomparablemente superior, del modo deiforme característico de los dones del Espíritu Santo. Cuánta distancia entre la oración de un alma fervorosa y las mismas fórmulas del Pater dirigidas a Dios por un santo. La súplica todopoderosa de la Virgen al pie de la Cruz obtenía de la

misericordiosa Trinidad la salvación del mundo. ¿Qué decir del clamor redentor y universal del alma de Cristo? Así, cuando en un alma triunfa el Espíritu de Jesús mediante el régimen predominante de los dones, cumple ella las acciones más triviales de una manera totalmente divina, identificada, por así decirlo, con la soberana perfección del alma de Cristo. Adquiere para ella plena realidad la palabra de San Pablo: “Ya no soy yo quien vive, sino Cristo en mí”¹²⁶. El perfecto cristiano es otro Cristo, que vive en la tierra a la manera divina y simple del Verbo encarnado, bajo la moción personal y constante del Espíritu de Dios.

EL ESPÍRITU DE TEMOR

El don de temor está en la base de todo el edificio de la perfección cristiana. Nos establece en la actitud fundamental que conviene a toda creatura frente a la infinita grandeza de Dios; la conciencia de nuestra nada: “Yo soy Aquel que soy, Tú eres aquella que no es”¹²⁷. Elimina él de una vida humana el mayor obstáculo para la santidad: el orgullo. El alma, penetrada de su total impotencia y olvidada de sí misma, guárdase bien de sustraer a Dios aun la menor partícula de gloria. Como la Virgen del Magnificat en medio de los prodigios operados en ella, se deja atrás el alma a sí misma para no cantar sino la efusión de las misericordias divinas: “El Omnipotente ha hecho en mí cosas grandes. Y su nombre es Santo”¹²⁸. Dios se complace en colmar, con sus gracias de predilección, a un alma en la cual está seguro que todas las mercedes de sus divinas manos redundarán en gloria suya.

El don de temor, valioso auxiliar de la templanza, desempeña un papel decisivo, más importante todavía para la economía de nuestra vida espiritual, en el florecimiento de la esperanza. Ayudando al alma a acordarse de su fragilidad natural y a no apoyarse en ella misma, la impulsa a refugiarse en Dios, a confiarse en Él sólo. Despojada de todo amor propio, libertada de todo repliegue sobre sí, el alma cuenta en adelante únicamente con los méritos de Cristo y con la soberana bondad de Dios. El Espíritu de temor la arroja en una confianza audaz y filial, que muy pronto la conduce al abandono total, forma suprema del amor.

¹²⁶ Gálatas, II, 20.

¹²⁷ Dios a Santa Catalina de Siena.

¹²⁸ Lucas I, 49.

EL ESPÍRITU DE FORTALEZA

El don de fortaleza: es el Espíritu de Dios invadiendo todas las potencias del ser humano y conduciéndole, como recreándose, en medio de las dificultades más temibles, a la realización de todo lo que quiere Dios. El cristiano, revestido de “esta fortaleza de Lo Alto”¹²⁹ que hace los apóstoles, avanza hacia la santidad más alta con una valentía que triunfa de todas las resistencias. Sus límites de creatura, su flaqueza personal no cuentan ya: “Dios es su roca, su apoyo inmutable”. En las circunstancias infinitamente variadas de una vida humana, el Espíritu de fortaleza afírmase bajo dos aspectos esenciales: el ataque y la resistencia. Hace al alma magnánima y perseverante. Su acto supremo desplégase, principalmente, en presencia de la muerte, y podría expresarse con la célebre fórmula: “Mantenerse hasta el fin”.

En la vida corriente, el fuerte tiene la audacia de las grandes empresas. Si el Espíritu de Dios se enseñorea de él, lo hace para realizar cosas grandes. El magnánimo, animado por el Espíritu de Dios, no calcula con base en los obstáculos de toda clase que podrían surgir y oponerse a sus vastos designios. Conoce sus posibilidades de acción y cuenta absolutamente con la Omnipotencia divina, sin temeridad pero también sin timidez. El don de fortaleza se manifiesta con brillo en el espíritu de conquista que animaba a los Apóstoles cuando el Espíritu de Dios sobrevino en ellos, en Pentecostés, con la rapidez impetuosa e irresistible del huracán. El mismo Espíritu de fortaleza suscita el entusiasmo de los santos en el servicio de la Iglesia y de la gloria de Dios. Ellos tienen “hambre y sed de justicia”¹³⁰, quisieran extender el reino de Dios hasta las extremidades de la tierra, dar toda su sangre por Cristo. Ni las contradicciones de este mundo, ni la lucha implacable de las potencias invisibles del mal, ni la penuria de los medios a su disposición, ni la tibieza de los buenos, ni la traición o el abandono de los amigos, ni el sentido agudo de su propia fragilidad y de lo sobrehumano de la tarea a la que Dios los conduce, ni la oposición de los hombres, ni las emboscadas de los puros espíritus, ninguna creatura en el cielo, en la tierra y hasta en los infiernos, ningún obstáculo interior o exterior, nada, nada puede detener –ni siquiera retardar– su ímpetu

¹²⁹ Lucas XXIV, 49.

¹³⁰ Mateo V, 6.

hacia Dios. Su confianza en la fortaleza soberana del Omnipotente permanece inquebrantable. Ellos están seguros de Él. Todo lo demás los deja indiferentes. Prosiguen la obra de Dios con una fortaleza dominadora de los hombres y de los acontecimientos, en una seguridad absoluta. Esto excede las fuerzas humanas: aquí está Dios.

El don de fortaleza reviste en los santos, según su vocación particular, dos caracteres completamente diferentes: el heroísmo de grandeza o el heroísmo de pequeñez, manifestándose este. Los sacramentos en la vida cristiana último no por acciones brillantes que asombren al mundo sino por una impecable fidelidad hasta en el detalle más minúsculo, sin espíritu de minucia, por amor. Las tremendas mortificaciones de un cura de Ars y la santidad risueña de una Teresa de Lisieux se refieren, respectivamente, a aquellos dos tipos diferentes, pero complementarios, del don de fortaleza. Para no ser nunca trivial en las pequeñas cosas, requiérese un alma grande. En cada uno de sus actos, aun los más familiares, la humilde Virgen de Nazaret, convertida en Madre de Dios, tenía conciencia de ser la portadora de la salvación de todos los pueblos y de realizar, en la humildad de su existencia oscura, su misión universal de Corredentora del mundo. El mismo Espíritu de fortaleza acompañaba al templo a la Virgen radiante de las primeras alegrías de la Natividad y la mantenía de pie bajo la cruz, Reina de los mártires.

Con el don de fortaleza, el cristiano avanza, pues, hacia la vida eterna sin dejarse detener por las resistencias humanas o las dificultades de la vida. Con él triunfa de todos los peligros, supera todos los acontecimientos, como revestido de la fortaleza misma de Dios. Parece que participa de la inmutabilidad divina, dominadora de todas las potencias del universo. Nada es obstáculo para las almas llevadas por el Espíritu de Dios. El Espíritu de fortaleza es el que hace a los mártires y a los santos.

EL ESPÍRITU DE PIEDAD

El don de piedad rige todas nuestras relaciones con las Personas divinas, con los ángeles y los santos. Imprime un acento fraternal a toda nuestra conducta con los demás miembros del cuerpo místico; de ahí su influencia constante en una vida cotidiana que es esencialmente una amistad con Dios, una amistad con nuestros hermanos y nuestras

hermanas en Cristo. Es el alma de toda vida de oración. El Espíritu de piedad es un instinto filial que brota del alma cristiana, como brota la ternura del corazón del hijo. Aparece Dios como un Padre infinitamente amado, que, con cada gracia espiritual o con cada beneficio material, da prueba de amor. San Pablo ha definido el movimiento fundamental del don de piedad al revelarnos cómo los seres humanos, conducidos por el Espíritu de Dios, son libres como hijos en la casa de Dios bondadosísimo, que es la casa de ellos, cuyo ímpetu de amor siempre se expresa con la misma palabra, que lo dice todo: “¡Abba! ¡Padre!”¹³¹. Comprendamos bien que a esto se reduce toda la religión de Cristo, el culto nuevo del Evangelio: “en espíritu y en verdad”¹³². Hasta los menores sentimientos del alma cristiana frente a Dios se penetran de esta ternura filial, tan natural en hijos verdaderos, ternura que se hace, a su tiempo, plegaria, acción de gracias, alabanza adoradora y, si es preciso, expiación. El don de piedad conserva al alma en una actitud religiosa siempre respetuosa de los derechos de Dios y de su grandeza infinita, pero espontánea como los gestos afectuosos del hijo. En la intimidad de la vida familiar deséchase todo rígido protocolo. Así el Hijo de Dios se siente como en su casa en la familia de la Trinidad.

El don de piedad inspira a los santos esa exquisita y conmovedora familiaridad con Cristo, la Virgen y todos los ángeles del Paraíso, que a todos les hace considerarse como miembros de una misma familia, llamados a una misma vida de dicha en una ciudad eterna donde “Dios será todo en todos”¹³³.

EL ESPÍRITU DE CONSEJO

El don de consejo es el realizador práctico de esta vida totalmente divina en medio de las mil contingencias de una vida humana, que transcurre en un inextricable laberinto de dificultades. Este don hace pasar las grandes luces de la fe y de los dones superiores de sabiduría, de entendimiento o de ciencia al dominio concreto de la acción. Indica a todos los hijos de Dios, con un instinto infalible, no sólo en las grandes horas de una existencia humana, sino hasta en los más mínimos detalles de una vida en apariencia monótona, el camino personal de su redención. Cada uno tiene su camino

¹³¹ Romanos VIII, 15.

¹³² Juan IV, 23.

¹³³ I Corintios XV, 28.

más corto, su “atajo” para ir a Dios. Es preciso estar atento a esta inspiración divina, que nunca falta y que permite a toda alma de buena voluntad realizar en el tiempo el misterio de su propia predestinación. Los caminos de Dios varían al infinito. El don de consejo sugiere a cada uno su lugar en los designios eternos de Dios y en el conjunto del gobierno del mundo. El don de consejo es el que nos ajusta prácticamente al plan de Dios. El mismo Espíritu, que asiste a la Iglesia de Jesús, a fin de que no se desvíe un ápice de su misión de verdad y de santidad, acompaña en particular a cada una de nuestras almas con su luz vigilante y rectora. De ahí proceden, en ciertas horas, en todas las existencias, esas iluminaciones súbitas que cambian todo el plan de una vida, esas inspiraciones repentinas que descubren en una luz decisiva nuestra manera propia de asemejarnos al rostro de Cristo. De ordinario la asistencia de este Espíritu nos manifiesta la voluntad de Dios a través de las directivas de la iglesia y de los hechos cotidianos. Dios habla por medio de los acontecimientos. Así no nos deslumbra. Esta forma discreta, pero distinta, nos formula con seguridad una indicación divina, ello es suficiente. Los verdaderos hijos de Dios son conducidos por su Padre del cielo y por su Espíritu. Así Cristo Jesús no cesa, como lo hizo con los primeros apóstoles, de enviarnos “el Paráclito”, para encaminarnos hacia la vida eterna por los senderos de Dios.

EL ESPÍRITU DE CIENCIA

El don de ciencia nos hace sentir y como tocar con la mano la vanidad de toda creatura: pura nada. El hombre, que camina hacia Dios en este universo visible, no debe detenerse en su fugaz belleza; mucho menos quedar cautivo en ella. Todo ha sido hecho para elevarle hasta Dios. El papel del don de ciencia es descubrir a través de todas las cosas la Faz de Dios. Él permite al alma evadirse del apresamiento falaz de todo lo creado, hace que no se deje prender en goces transitorios y culpables, que tan pronto conviértense en amargura sin fin. No lo ha advertido San Pablo, diciendo que los que gozan de mujer y de todos los falsos bienes de este mundo tengan mucho cuidado de no eternizar en ellos su corazón. Aun cuando el alma se saciara de ellos, con rapidez fulminante la muerte separa de todo: “¡El tiempo es breve!... ¡La figura de este mundo

pasa!”¹³⁴ De ahí las lágrimas de los santos al recuerdo de una vida malgastada y del tiempo perdido. Reconciliados con Dios, saborean en su penitencia “la bienaventuranza de las lágrimas”¹³⁵.

En las almas puras y desprendidas, para quienes la creatura ha llegado a ser inofensiva, todo eleva hacia Dios. Para el alma virgen, inaccesible a la fascinación seductora de las creaturas de pecado, la creación aparece como el magnífico libro de Dios: “Los cielos narran su gloria”¹³⁶ y hasta el menor átomo del universo atestigua su infinito poder.

Así el don de ciencia, que la Escritura llama “la ciencia de los santos”¹³⁷ libra al alma del gusto malsano de la creatura y –maravillosa transformación – restituye a la naturaleza misma su sentido original de “signo de Dios”.

EL ESPÍRITU DEL ENTENDIMIENTO

El don de entendimiento es una mirada simple y contemplativa sobre la Trinidad y el conjunto de los misterios de Dios. No considera las cosas a través de sus causas creadas como el don de ciencia, no las contempla a la luz de sus causas divinas como el don de sabiduría, sino que las ve en ellas mismas, bajo la irradiación sobrenatural de la luz de Dios, penetrando en el interior de cada misterio, en el corazón mismo de toda realidad, hasta ese centro inaccesible que la fe alcanza sin medir su insondable profundidad. Es menester recordar que ni el genio, ni el trabajo encarnizado, ni ninguna inteligencia de creatura, puede asir a Dios. Aun en presencia de los más puros espíritus, el Eterno guarda inviolablemente su secreto. Su palabra reveladora sola ha podido hacernos sospechar el misterio de su Paternidad divina, de la generación de un Verbo igual a Él mismo y de la Procesión eterna de un Dios que es Amor. Nosotros sabemos que el universo entero ha surgido de este Pensamiento creador y redentor que sobrealzó la naturaleza hasta la gracia, ordenando todo el movimiento de los cuerpos, de los espíritus y de la caridad al orden de la Encarnación, a la primacía de Cristo, a la incesante alabanza de gloria de la Trinidad.

¹³⁴ I corintios VII, 29. 31.

¹³⁵ Mateo V, 5.

¹³⁶ Salmo XVIII, 2.

¹³⁷ Proverbios IX, 10.

El don de entendimiento entreabre ante nuestras miradas deslumbradas todo ese mundo sobrenatural donde el alma, amada de Dios, se siente en su casa como el hijo en la de su Padre. Sólo el Espíritu Santo, que conoce todo, que escruta todo, puede hacerle tocar esos abismos de la Divinidad. El don de entendimiento es esa mirada simple y profunda en lo interior de toda cosa, a la manera intuitiva y luminosa de la mirada misma de Dios. Los signos exteriores entregan el secreto de las realidades escondidas, los fenómenos manifiestos introducen en el centro del misterio, lo visible encamina hacia lo invisible, los balbuceos humanos hacen oír la Palabra increada.

El alma, iluminada por el Espíritu de Dios, parece leer en el interior de las cosas. Tal es el oficio del don de entendimiento: el universo recobra su sentido divino, las Escrituras manifiestan con evidencia la economía redentora concebida y realizada por el Hijo en colaboración con el Padre y el Espíritu Santo, ritos de los sacramentos, infinitamente trascendidos, revelan al alma el deslumbrante misterio eucarístico que perpetúa en la Iglesia el sacrificio de la Cruz, cada gesto ritual expresado por la Iglesia se le aparece como la aplicación a nuestras almas de los innumerables beneficios de la Redención. Por el don de entendimiento el alma ve a Dios: en el cielo, en continuidad con la visión beatífica; en la tierra, mediante la fe, en la claridad oscura del resplandor de su Faz, pero discerniendo con certidumbre su trascendencia totalmente divina. Manifiéstasele Dios como en la cumbre de un Sinaí, al cual débese acercar despojándose de toda imagen creada, para oír repetir al Dios de Moisés: “Ni esto, ni aquello. Yo soy el que soy”¹³⁸.

EL ESPÍRITU DE SABIDURÍA

El don de sabiduría es la mirada suprema de Dios comunicada por gracia a una simple creatura. Su papel contemplativo y apostólico se extiende a toda la actividad del cristiano. A los ojos del alma, esclarecida por el don de sabiduría, todo se hace luminoso. Dios se manifiesta a ella en el brillo infinito de su Divinidad, de perfecciones innúmeras e ilimitadas. El Espíritu de sabiduría le descubre en la cima de todos los seres —e infinitamente por encima de ellos— “Aquel que Es”, el Único necesario, el Eterno viviente; y, surgiendo de esta esencia divina como de un centro de infinita irradiación, la

¹³⁸ Éxodo III, 14.

multitud inconmensurable de los atributos divinos en el orden del ser, del obrar y de la perfección moral: bondad soberana, inmutable eternidad, omnipresencia, ciencia y comprensión de todo, entendimiento, fuente de toda verdad: Ser que se basta y cuya voluntad reposa en Él mismo como en un bien infinito; amor, justicia y misericordia; omnipotencia creadora que hizo surgir de la nada un universo que gobierna con sus manos; providencia infalible que vela sobre el menor átomo como sobre la inmensidad de los mundos; unidad floreciendo en Trinidad y, en esta sociedad de tres Personas iguales y consustanciales en la identidad de una misma naturaleza divina, todo en común: luz, amor y gozo, en una vida sin fin a la que Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo llama por gracia a todos los espíritus bienaventurados y a todas las almas de buena voluntad. El don de sabiduría contempla esas profundidades de la Trinidad y de la acción de Dios en el mundo. De todo juzga a la luz de la Esencia divina y de los atributos divinos. De una mirada simple y comprensiva, abraza todo el encadenamiento de las causas relacionándolas con su principio supremo. Es contemplación de Dios y visión del universo a la luz misma del verbo, Sabiduría de la Trinidad.

El alma, transformada en Dios por la gracia de Cristo, entra como en su casa en todos los secretos de la Trinidad para vivir en ella en sociedad con el Padre, el Verbo y el Amor, en la unidad de una misma vida: “Aquel que se adhiere a Dios por unión de amor no hace sino un solo espíritu con Él”¹³⁹. Parece que, introducida en la intimidad de la familia divina, el alma ya no ve las cosas en ellas mismas, sino que las saborea con el corazón de Dios. En esta experiencia mística, toca ella los abismos de la Trinidad. Ya nada puede retener el impulso de una creatura tal identificada con Cristo: vive de amor en el seno mismo de Dios. En el cielo de su alma goza de la Trinidad. En esta cumbre de la vida espiritual sobre la tierra, el alma cristiana, en todos sus movimientos, permanece bajo la impulsión del Espíritu de amor: es la unión transformante. Sus actos, aun de apariencia más insignificante, se convierten en actos de puro amor. Se podría decir de estas creaturas conducidas por la Sabiduría del Espíritu de Dios, lo que San Juan de la Cruz escribía del alma que había llegado a la cima del Monte Carmelo: Sólo mora en este monte la gloria y honra de Dios”. Como en el alma de Cristo, ya no queda en ellas sino un solo movimiento que imprime su propio ritmo a todo el resto: la gloria del Padre, la sola gloria de Dios. “Padre, no te he dado sino gloria. Pater clarificavi Te”¹⁴⁰.

¹³⁹ I Corintios VI, 17.

¹⁴⁰ Juan XVII, 4.

Esta alta sabiduría contemplativa trócase espontáneamente en amor, y el don de sabiduría vuélvese, por añadidura, suprema regla de acción. El alma, que ha experimentado el “Todo” de Dios y la “nada” de lo que no sea Él, quiere que esta gran luz ilumine la ejecución de todos sus actos, quiere realizar en su conducta, así como trabajar con todas sus fuerzas para que se establezca a su alrededor, el reino soberano de Dios, cuyo modelo perfecto encuentra en la vida de los bienaventurados, en quienes “Dios es todo en todos”¹⁴¹. Ella transforma, aun cada una de sus menores acciones, en testimonio de fidelidad y de puro amor por la gloria de la Trinidad. Y esto, en la sencillez de una existencia aparentemente trivial. Este fue el secreto del alma del Verbo encarnado, aun en medio de las más ínfimas circunstancias de una vida totalmente oculta, para dar a su Padre una gloria infinita. El don de sabiduría une los extremos. Como la inteligencia divina, relaciona todos los acontecimientos de una vida, todos los seres del universo, y, a través de todo, sabe descubrir la huella de Dios. “¡Oh, profundidad de los abismos de la Sabiduría y de la Ciencia de Dios!” Para escrutar “vuestros incomprensibles juicios” y entrar en el misterio de “vuestras impenetrables vías”¹⁴², que “Vos ocultáis a los sabios y a los grandes de este mundo para no revelarlo sino a los humildes y a los pequeños”¹⁴³, tiene necesidad el hombre de la luz del Espíritu de Dios.

SED PERFECTOS COMO VUESTRO PADRE CELESTIAL

Una vida tal de intimidad con Dios a muchos parece irrealizable o reservada para una minoría de elección. Mas ahí está el precepto del Maestro que a todos impone la rigurosa obligación de tender a la perfección de la caridad. El deber de amar a Dios no sufre medida. Es infinito como Dios: “Escucha, Israel, tu Dios es único. Tú lo amarás en la plenitud de luz de tu inteligencia, con todo el fervor de tu voluntad, con todas tus fuerzas”. El modelo para imitar, es el Padre: “Sed perfectos como Él”¹⁴⁴. Y, he aquí el segundo mandamiento, semejante al primero, igualmente sin límite: “Amaos unos a

¹⁴¹ I Cor. XV, 28.

¹⁴² Rom. XI, 33.

¹⁴³ Mateo XI, 25.

¹⁴⁴ Mateo V, 48.

otros, como Yo mismo os he amado”¹⁴⁵. El hombre debe vivir de amor a la manera del Padre y del Hijo, bajo la impulsión de un mismo Espíritu. Su ejemplar supremo es la vida íntima de la Santísima Trinidad.

Esta alta y sólida doctrina nos eleva infinitamente por encima de esa opinión corriente y nefasta, que tiende a reservar la busca de la perfección evangélica sólo a las almas religiosas o sacerdotales mientras la masa de los cristianos debería contentarse con la simple observancia de los mandamientos de Dios y preceptos de la Iglesia. Pernicioso error cuyas consecuencias en la vida práctica son incalculables, que minimiza el ideal cristiano y mata en las almas el impulso hacia la más alta santidad. En esta hora, en que la Iglesia confía más que nunca en los santos laicos para la recristianización del mundo, es de capital importancia volver a adquirir conciencia de este precepto de la perfección obligatoria para todos. A todos los hombres, indistintamente, es a quienes dirige Jesús su mensaje de santidad y de plenitud de vida divina: “Sed perfectos”. ¿Acaso San Pablo no escribía a los primeros cristianos que vivían en el mundo: “Es la voluntad de Dios que seáis santos”?¹⁴⁶ Todos santos: he ahí el espíritu del Evangelio, el mandamiento expreso del Salvador, cuya realización renovarían la profunda vida de la Iglesia y cambiaría la faz del mundo. Aun los casados son llamados por Cristo a la más elevada santidad. Ninguna clase de hombres, ninguna situación social está excluida de este llamado a la vida perfecta. Su vocación bautismal constituye para todos los cristianos una rigurosa prescripción de trabajar en este perfecto florecimiento de la vida de Cristo en ellos. Y, más aún, constríñelos la Confirmación a mostrarse perfectos, en todos sus actos, “a imagen del Hijo”.

SOLDADOS DE CRISTO

El cristiano no va en su ascensión hacia Dios. Orgánicamente ligado, por el Bautismo, con todo el cuerpo místico de Cristo, su vida personal se desenvuelve en un plano social tan vasto como el mundo: es miembro de una cristiandad. Todas las gracias individuales que recibe, todos sus esfuerzos hacia la santidad, lo sumergen en la comunión de santos y lo ordenan al bien común de la Iglesia entera. Durante los largos

¹⁴⁵ Juan XV, 12.

¹⁴⁶ I Tesalonicenses IV, 3.

años de la infancia y de la adolescencia, el individuo vive de los beneficios que recibe en sociedad, sin poder él darle nada. Mas hecho hombre, en plena virilidad, debe poner su fuerza y todas sus potencias de acción al servicio del bien común. Cristo tuvo en cuenta este carácter social de todo ser humano al fundar su Iglesia. El bautizado es como el hijo recién nacido que la Iglesia toma en sus brazos y sobre el cual vela con solicitud de madre. Por la Confirmación, él pasa de la infancia a la virilidad y, hecho ya hombre, debe, a su vez, arrostrar los combates por Cristo. Hasta entonces no vivía, por así decirlo, sino para él solo. Le es dada la plenitud del Espíritu Santo, como a los Apóstoles, para la defensa de la fe y de todos los bienes espirituales de la Iglesia de Cristo. La Confirmación es el sacramento de los apóstoles, de los soldados de Cristo y de los mártires.

Esta plenitud de gracia, que hace de cada bautizado un perfecto cristiano, está, pues, enteramente ordenada al servicio y al triunfo de la Iglesia militante.

Los obispos, como jefes de ejército, tienen por misión consagrar y formar los soldados de Cristo. Como lo indica, con evidencia, el rito de la Confirmación, imprimen en el alma de esos soldados un carácter indeleble: combatirán por Cristo, bajo el signo de la cruz. Sin duda, la Confirmación ante todo nos configura con la soberana perfección del Verbo encarnado, su efecto principal es hacernos perfectos cristianos; pero de este beneficio fundamental derivan, como sucede en todos los sacramentos, efectos secundarios: la gracia de nunca doblegarse ni aun en medio de los más duros combates de la vida, de no temer ni las penas, ni los suplicios, ni los riesgos de muerte, ni la formidable negación de Cristo por parte de la sociedad moderna. El alma cristiana permanece invencible como la Iglesia, frente a la apostasía cada vez más grande de las naciones.

El espíritu de Pentecostés hizo de los Apóstoles “los testigos de Cristo hasta las extremidades de la tierra”, incitándolos a conquistar para Él todas las naciones. No le regatearon ni sus trabajos, ni su vida. Se ha perdido este sentido militante de toda vida cristiana. El sacramento de la Confirmación nos proporciona, precisamente, ese mismo espíritu de conquista, ese mismo deseo de servir a Dios hasta morir por Él. En todo cristiano debería haber un alma de apóstol y de mártir. Jamás un soldado de Cristo se salva solo, él es responsable de la salvación de sus hermanos y trabaja con Cristo en la redención del mundo. Tal vez la mayoría de nuestros autores espirituales se ha aislado demasiado en fórmulas devotas, sin contacto con la vida real integral y que mantiene a las almas muy egoístamente replegadas sobre sí mismas. La espiritualidad cristiana es

esencialmente una espiritualidad de combate. Es preciso en absoluto volver, en este punto capital, a la concepción social y altruista del Evangelio: lo que el Espíritu de Jesús quiere penetrar, para vivificar, es toda la existencia humana y el mundo entero. Tenemos necesidad, en la hora actual, de volver a pedir a San Pablo la fórmula de esa caridad apostólica que se hace conquistadora para Cristo y que no retrocede ante ningún sacrificio. Todo cristiano, por vocación, es un combatiente, “un soldado de Cristo”¹⁴⁷. Deplórase en una multitud de católicos el desperdicio de las gracias de su bautismo. ¡Aun muchos más son infieles a su confirmación, habiendo traicionado a Cristo no sólo en su conciencia, sino también en su vida exterior, familiar y profesional, a la vista del mundo! Más que nunca la Confirmación conserva toda su actualidad. Sabemos que la Iglesia mucho cuenta con este “sacramento del apostolado y de la Acción católica” para ayudar al sacerdote a recristianizar el mundo.

Las ceremonias de la Confirmación simbolizan a las mil maravillas esta misión “de apóstol” y “de militante” que imprime en nosotros el carácter de la Confirmación. El obispo, cabeza jerárquica, es quien alista oficialmente a “los soldados de Cristo”. “Somos llamados a la milicia del Dios vivo, escribía ya Tertuliano en el siglo segundo, una vez que hemos respondido a las palabras sacramentales”¹⁴⁸.

Un texto del siglo V expresa admirablemente la doctrina tradicional sobre este punto: “El Espíritu Santo, que desciende a las aguas del Bautismo con su virtud salutífera, comunica a los bautizados una perfecta inocencia; en la Confirmación da un aumento de gracia... Después del Bautismo somos confirmados con vistas al combate... Recibimos el don de la fortaleza... La Confirmación nos arma y nos prepara para las luchas de este mundo. Los auxilios suplementarios de la Confirmación son necesarios para los futuros vencedores”¹⁴⁹.

El catecismo del Concilio de Trento resume así la enseñanza de la Iglesia: “Por la virtud de este sacramento, el Espíritu Santo se infunde en el corazón de los fieles. Él aumenta su fuerza y su valor a fin de que puedan combatir valientemente en la lucha espiritual y resistir invenciblemente a los enemigos de la salvación. La unción hecha

¹⁴⁷ II Timoteo II, 3.

¹⁴⁸ “Vocati sumus ad militiam Dei vivi jam tunc cum in sacramenti verba respondemus”. Ad martyres, c. 3, P. L., I, col. 624.

¹⁴⁹ “Spiritus Sanctus, qui super aquas baptismi salutifero descendit, illapsu, in fonte plenitudinem tribuit ad innocentiam, in confirmatione augmentum praestat ad gratiam... post baptismum confirmamur ad pugnam... Raboramur... Confirmati armat et instruit ad agones mundi hujus et praelia... Victuris necessaria sunt confirmationis auxilia” (de un anónimo del siglo V).

sobre la frente indica que nada, jamás, debe impedir confesar libremente la fe del nombre cristiano, ni el temor, ni la vergüenza, porque es sobre la frente donde más visiblemente se retratan esos diversos sentimientos de alma...”¹⁵⁰

En una palabra, la Confirmación da a los cristianos todas las gracias de estado necesarias para que lleguen a ser verdaderos apóstoles del Evangelio y “perfectos soldados de Cristo”¹⁵¹. La Iglesia militante hace un llamado a la buena voluntad de todos sus hijos, asignando a cada uno su puesto de combate. Sacerdotes, legisladores, obreros, padres o madres de familia, todos son alistados en la lucha por Dios. ¡Admirable solidaridad que nos vincula a todos los esfuerzos del mundo cristiano: somos los continuadores de los Apóstoles y de los mártires! ¡Y mucho más!, pertenecemos a una humanidad religiosa que, toda entera, desde los orígenes del mundo hasta el fin de los tiempos, se yergue contra las potencias del mal para asegurar el triunfo de la causa de Dios. Mas no se sueñe con un campo de batalla quimérico al margen de la vida cotidiana. En cada uno de nuestros actos es donde hemos de dar testimonio de Cristo. La jovencita cristiana que se conserva pura en medio del mundo; el hombre y la mujer, fieles a su hogar a pesar de las sollicitaciones de su ambiente de trabajo; el obrero de la fábrica, que afirma su fe sin respeto humano; el empresario y el patrón, que aseguran los derechos de la justicia social según el espíritu del Evangelio; el contemplativo solitario o el monje enclaustrado cuya vida es una afirmación silenciosa de Dios; el jefe del Estado, que pone a la cabeza de su gestión “Sea servido Dios primero”, todos, permanecen en su puesto como “militantes de Cristo”. A cada uno de ellos la Confirmación le confiere oficialmente el título de soldado de Cristo y la gracia de defender, en el mundo, los intereses espirituales de la sociedad cristiana¹⁵².

Un documento pontificio señala con nitidez el doble fundamento que permite a la jerarquía de la Iglesia efectuar esta designación oficial de los militantes de Acción católica. El Bautismo es su fundamento remoto y la confirmación el fundamento próximo. “En realidad, escribe el Papa Pío XI, si lo consideramos rigurosamente, son los sacramentos del Bautismo y de la Confirmación los que imponen, entre otras obligaciones, la del apostolado, es decir, del auxilio espiritual al prójimo. En efecto, por la Confirmación se es hecho soldado de Cristo. Ahora bien, ¿quién no advierte que el

¹⁵⁰ Cap. XVII, § 6.

¹⁵¹ “Perfectus Christi miles esse incipit” (Catecismo del Concilio de Trento, cap. XVII, § 1).

¹⁵² “El confirmado recibe el poder oficial de confesar públicamente la fe cristiana”. “Confirmatus accipit potestatem publice fidem Christi verbis profitendi, quasi ex officio. (Sto. Tomás III, 72, 5, ad 2).

soldado debe afrontar las fatigas y los combates menos por sí mismo que por lo demás? No obstante, aunque de modo menos evidente a los ojos profanos, también el Bautismo impone el deber del apostolado, puesto que por él nos hacemos miembros de la Iglesia, es decir, del cuerpo místico de Cristo. Entre los miembros de este cuerpo –y ello vale para cualquier organismo– preciso es que haya solidaridad de intereses y comunicación recíproca de vida. Como dice San Pablo, en la “Epístola a los Romanos”: “Aunque numerosos, somos un solo cuerpo en Cristo, miembros unos de otros”¹⁵³. Un miembro debe ayudar al otro. Ninguno puede permanecer inactivo: cada uno recibe, cada uno debe dar a su vez. Ahora bien, todo cristiano recibe la vida sobrenatural que circula por las venas del cuerpo místico de Cristo –“esa vida sobreabundante que Cristo ha venido a traer a la tierra”¹⁵⁴– y todo cristiano, en consecuencia, debe trasfundirla en otros que no la poseen o que no la poseen sino muy débilmente y sólo en apariencia...¹⁵⁵

Los Padres han insistido, con razón, sobre la virtud de la fortaleza como efecto especial de este sacramento. En el curso de la historia de la Iglesia, el don de fortaleza se ha manifestado bajo doble aspecto: espíritu de conquista y espíritu de sacrificio llevado hasta el martirio. La misma gracia, ahora también, es comunicada a todos los confirmados; corresponde a cada uno el ponerse en condiciones de aprovechar al máximo esta plenitud del Espíritu. Siempre la Iglesia tiene necesidad de apóstoles y santos. La redención continua. En efecto, para quien sabe ver las cosas a la luz de Dios –según la grandiosa concepción de San Agustín– un duelo gigantesco divide al mundo, realmente, en dos ciudades: la ciudad del mal y la ciudad de Dios. Es preciso optar entre Lucifer o Cristo: “El que no está conmigo, contra mí está”¹⁵⁶. El gesto de Pilato, neutral en apariencia fue una traición.

El doble Espíritu de Pentecostés debe animar el corazón de todos los cristianos: el afán de reconquistar el mundo para Cristo, una voluntad resuelta a sufrir todo por el nombre de Jesús. El Maestro mismo nos ha dado el ejemplo de esta fortaleza heroica,

¹⁵³ Romanos XII, 5.

¹⁵⁴ Juan X, 10.

¹⁵⁵ “...Confirmatione nempe Jesu Christi militis efficitur; atque militi cuique non tam pro suo quam pro ceterorum bono elaborandum (espíritu de conquista) pugnan dumque (defensa del cuerpo místico) esse nemo est qui non videat” (carta de S. S. Pío XI al Cardenal Patriarca de Lisboa, del 10 de noviembre de 1933).

Sería muy de desear que se organizase en los movimientos de Acción católica una renovación de los compromisos de la confirmación, como se lo hace para las promesas del Bautismo en las parroquias. Tal ceremonia, bien preparada, con diálogos en masa y todos los otros procedimientos espectaculares del apostolado moderno, sería poderosamente evocadora de esta vocación cristiana del apóstol de Cristo, de militante y de soldado de la cristiandad.

¹⁵⁶ Mateo XII, 30.

que desplegó en su lucha redentora para arrancar a Satanás el imperio de las almas y ofrecer ese reino a su Padre. Él fue el soldado de Dios, el mártir de la gloria del Padre y de la salvación del mundo. La misma tarea apostólica y redentora espera a los verdaderos cristianos. A través de duros combates de la Iglesia militante, es Cristo quien todavía lucha en los suyos. Saben éstos que en medio de los mayores peligros pueden contar con el apoyo de la fuerza divina y con la asistencia del Espíritu de Jesús: “Los hombres os citarán ante sus tribunales y os flagelarán; seréis arrastrados por mi causa ante los príncipes y los reyes para dar testimonio de mi nombre; cuando se os entregue a ellos no penséis de antemano en lo que deberéis responder, en aquella misma hora Dios os lo sugerirá. No sois vosotros quienes hablaréis, sino el Espíritu del Padre en vosotros”¹⁵⁷. “El discípulo no está sobre el Maestro. Si ellos Me han perseguido, ellos os perseguirán”¹⁵⁸. “Sufriréis persecuciones en el mundo; mas tened confianza. Yo he vencido al mundo”¹⁵⁹.

Así, la sobreabundante efusión de la plenitud del Espíritu por la Confirmación, obra en cada cristiano, según la medida de su correspondencia a la gracia de este sacramento, una transformación análoga a la que obró en los Apóstoles. El Espíritu de Jesús desciende a él con la plenitud de sus dones y levanta su vida de bautizado a un grado sorprendente de perfección en Cristo. Participa él de la plenitud del Espíritu que animaba al Verbo encarnado. En adelante, y cada vez más, dejando a la falsa prudencia de la carne y de la sangre el cuidado de organizar los negocios de este mundo, para dirigir su propia vida, bebe sus decisiones en las inspiraciones y consejos del Espíritu mismo de Cristo. A la luz del don de ciencia, juzga de las creaturas y del juego de las causas segundas con el soberano desasimiento del alma de Jesús, según la fe, en la tierra y sin las claridades de la evidencia, pero fe apacible y luminosa que posee con seguridad las certezas infalibles de la luz de Dios. Su contemplación sabrosa de la Trinidad y sus vistas sobre el universo, bajo la iluminación de los grandes dones contemplativos superiores, lo elevan a la altura del entendimiento y de la sabiduría del Verbo. Su mirada sobre Dios y sobre el mundo se hace una mirada de Cristo. Los otros dones del Espíritu Santo acaban esta conformidad con el Verbo encarnado. El Espíritu de piedad lo mantiene en presencia del Padre en la actitud filial de Jesús, siempre ocupado de su gloria, siempre dispuesto a interceder en favor de sus hermanos para obtenerles gracia y

¹⁵⁷ Mateo X, 17, 20.

¹⁵⁸ Juan XV, 20.

¹⁵⁹ Juan XVI, 33.

redención. Ningún acontecimiento que lo crucifique lo turba, ni, mucho menos, lo abate; tiene como refugio la fortaleza inmutable del alma de Cristo y, con Él, triunfa de todos los enemigos de Dios. Una sola cosa podría causarle temor: su propia fragilidad. Pero el Espíritu de Amor quita todo temor y, con una esperanza invencible, supera sus propias miserias y se abandona a la Omnipotencia de su Cristo.

Las gracias de la Confirmación nos hacen, pues, participar, muy realmente, de la plenitud del Espíritu de Cristo, bajo la influencia de los dones. Es el momento de medir todo el alcance de la fórmula de Santo Tomás de Aquino: “la gracia propia del sacramento de la Confirmación nos hace conformes a la soberana perfección del Verbo encarnado, tal como San Juan nos la describe en su Prólogo: “El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. Lo hemos visto en su gloria de Hijo Unigénito, lleno de gracia y de verdad. De esta plenitud nosotros todos hemos recibido”. El bautizado no es sino otro Cristo en esbozo, por así decirlo; el confirmado es Cristo en plenitud. Cristo perfecto. Cada uno de sus gestos debería imitar la soberana perfección del Verbo encarnado. El confirmado es otro Cristo, que lucha en el mundo por el triunfo de la causa de Dios.

Capítulo Tercero

NUESTRA TRANSFORMACIÓN EN CRISTO

La Eucaristía es el sacramento
de nuestra transformación en
Cristo, por el amor.

La Eucaristía ocupa en la vida espiritual de las almas, la Eucaristía ocupa un mismo lugar primordial que el sacrificio del Calvario en el misterio de Jesús. El Bautismo nos incorpora al Verbo encarnado, la Confirmación nos hace crecer en Él, la Eucaristía consuma nuestra transformación en Cristo. El sacramento de la Eucaristía, que contiene en sustancia “el bien común de la Iglesia”¹⁶⁰ militante y triunfante, es la “fuente de todas las gracias”¹⁶¹, a título de sacramento y de sacrificio. Por la Eucaristía-sacramento, descienden sobre los fieles todas las gracias de la encarnación redentora. Por la Eucaristía sacrificio, sube hacia la Santísima Trinidad todo el culto de la Iglesia militante. Sin la Eucaristía, la Iglesia de la tierra estaría sin Cristo.

Es todo el misterio de Jesús el que se perpetúa en la hostia para la santificación de las almas y la gloria del Padre. Para comprender el misterio eucarístico, hay que saber vincularlo con el conjunto del plan divino y en él contemplarlo, con los Padres y Doctores de la Iglesia, como una extensión de la Encarnación y su prolongación a través de los siglos. No fue por unos cuantos años fugitivos que el Padre envió a su Hijo a estar entre nosotros. A la mirada de la Trinidad, esta tierra de la Encarnación se hizo centro del mundo. En ella Cristo permanece siempre presente, en medio de los suyos,

¹⁶⁰ “Bonum commune spirituale totius Ecclessiae, continetur substantialiter in ipso eucharistia sacramento” (Sto. Tomás., op. cit., 3, 65, 3 ad 1).

¹⁶¹ Catecismo del Concilio de Trento: “Vere enim ac necessario FONS OMNIUM GRITIARUM dicenda est, cum fontem ipsum caelestium chaismatum et donorum omniumque sacramentorum Auctorem Christum Dominum admirabili modo in se contineat, a quo tanquam a funte ad alia sacramenta, quidquid boni et perfectionis habent, derivatur” (II, 4, 40).

para acabar por su Iglesia su obra redentora. Basta haber reflexionado durante algunos instantes sobre este misterio de la Encarnación para descubrir en él la más sublime realidad del universo, la razón suprema del gobierno del mundo. A la vista de la creación, Dios piensa siempre en su Hijo “Él es la imagen de Dios invisible, el primogénito de toda creatura”¹⁶², “el principio y el fin de todas las cosas”¹⁶³ en la tierra, en el cielo y hasta en los infiernos. “Por Él todo ha sido creado”¹⁶⁴: las cosas visibles e invisibles, los tronos, las dominaciones, los principados, las potestades. “Todas las cosas subsisten por Él y en Él. Es la cabeza de la Iglesia y el primogénito de entre los muertos, conservando en todo la primacía. Pues, plugo al Padre hacer residir en Él toda plenitud, reconciliar todas las cosas por Él y en Él, que ha pacificado por su sangre derramada sobre la cruz todo lo que está en la tierra y en los cielos”¹⁶⁵. Dios no ve el mundo sino a través de Cristo. Así, la encarnación del Verbo domina y explica el plan divino. Jesús es “el alfa y la omega”¹⁶⁶ de todas las cosas; “el Mediador único entre los hombres y Dios”¹⁶⁷. Era, pues, necesario que, en su Providencia, Dios preparase un medio para unirnos personalmente a nuestro Salvador. La economía de los sacramentos, de la Eucaristía sobre todo, es la colocación a nuestro alcance de todos los beneficios de la encarnación redentora.

Toda la obra de Cristo se perpetúa en el mundo por la Hostia. Cristo en ella cumple, permanentemente, la doble función de su sacerdocio mediador: hace descender la vida a las almas; eleva las almas hasta Dios. La comunión realiza este descenso de la Trinidad a los hombres por Cristo: el sacrificio de la Misa, identificándolos con el Hijo, acaba ese retorno de las almas hasta el seno del Padre.

LA PRESENCIA REAL

La luminosa fe de los santos sabía alcanzar, bajo los velos de la Hostia, al Verbo encarnado habitando día y noche en medio de nosotros para proseguir en ella su obra de

¹⁶² Colosenses I, 15.

¹⁶³ Apocalipsis XXII, 13.

¹⁶⁴ Colosenses I, 16.

¹⁶⁵ Colosenses I, 17, 20.

¹⁶⁶ Apocalipsis XXII, 13.

¹⁶⁷ I Timoteo II, 5.

redención y mantenerse en ella perpetuamente ante la faz del Padre, a fin de interceder en nuestro favor. Nada ve el sentido, la razón es excedida por el misterio; pero la fe nos garantiza la infalible certeza de la revelación divina. Las palabras de Jesús son claras: “Este es mi cuerpo, esta es mi sangre”.

La Iglesia nos prescribe que las entendamos al pie de la letra y no como puros símbolos, que creamos con todo nuestro corazón que “el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad del Verbo encarnado están allí cabalmente en la ‘realidad y verdad de su sustancia’, en virtud de la omnipotencia de Dios”¹⁶⁸. Después del milagro de la transustanciación. Cristo todo entero está presente con su cuerpo, su sangre, su alma, su divinidad. Las palabras de la consagración que ponen su cuerpo y su sangre sobre el altar bajo la forma de víctima traen, por vía de concomitancia, toda la realidad del misterio de Jesús, tal como Él está en ese momento en los esplendores de la gloria. “Cristo resucitado no muere ya”¹⁶⁹. El cuerpo y el alma permanecen inseparables y unidos para siempre a la Persona del Verbo, el cual nos trae al Padre y al Espíritu en la indivisible unidad de la Trinidad. Todo el misterio del Verbo encarnado está contenido en la Hostia con los encantos inefables de su humanidad y la infinita grandeza de su divinidad, una y otra veladas.

“In cruce latebat sola Deitas

At hic latet simul et humanitas”¹⁷⁰ (Adoro Te)

¹⁶⁸ El Concilio de Trento ha definido este dogma de la presencia real en su sesión XIII (11 de octubre de 1551). “El santo Concilio confiesa nítidamente y de una manera absoluta que después de la consagración del pan y del vino: Nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, se contiene bajo las apariencias sensibles de ese pan y de ese vino: verdadera, real y sustancialmente. Nada se opone, en efecto, a que el mismo Salvador se encuentre siempre a la diestra del Padre según su modo natural de existencia y esté sin embargo presente en sustancia en medio de nosotros en una multitud de lugares bajo un modo sacramental. Las palabras humanas apenas pueden expresar esta realidad misteriosa, pero ella cae en el dominio del poder de Dios, y nuestra razón, iluminada por la fe, puede asirla y adherir a ella con firmeza” (sesión XIII): “Si, pues, alguno osa negar que en el sacramento de la Eucaristía no se contiene en verdad, en su realidad y su sustancia, el cuerpo y la sangre, al mismo tiempo que el alma y la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, es decir Cristo todo entero, sino simplemente en puro símbolo y en figura o por su influencia: sea anatema” (Primer canon).

¹⁶⁹ Romanos VI, 9.

¹⁷⁰ El Concilio de Trento (sesión XIII) ha indicado bien “que después de la consagración del pan, sólo el cuerpo del Señor está *directamente* presente en virtud de las palabras sacramentales, pero que por vía de concomitancia, es decir, de conexión natural: están presentes bajo las dos especies: el alma y la Divinidad en virtud de la unión hipostática”. A la luz de la psicología así como de la teología de la Encarnación y del misterio trinitario, se pueden establecer los siguientes modos de presencia real del Cristo integral por vía de concomitancia eucarística.

Por vía de *concomitancia psicológica*, en virtud de la unión sustancial del ser humano: inseparabilidad del cuerpo y del alma de Cristo resucitado (así como de todas sus facultades: sensibilidad, inteligencia, voluntad).

Por vía de *concomitancia de unión hipostática*: inseparabilidad de la humanidad de Cristo y de la divinidad del Verbo, unidas en una misma Persona.

El Cristo eucarístico se identifica con el Cristo de la historia y de la eternidad. No hay dos Cristos: sino uno solo. Nosotros poseemos, en la Hostia, al Cristo de todos los misterios de la Redención: al Cristo de la Magdalena, del hijo pródigo y de la Samaritana, al Cristo del Tabor y de Getsemaní, al Cristo resucitado de entre los muertos, sentado a la diestra del Padre. No es un Cristo el que posee la Iglesia de la tierra y otro el que contempla los bienaventurados en el cielo: una sola Iglesia, un solo Cristo. “Non alius sed aliter”. Esta identidad del Cristo histórico con el Cristo de la Eucaristía y de la eternidad resplandece en los acentos del Ave verum:

“Os saludo, cuerpo verdadero nacido de la Virgen María.

Verdadero cuerpo triturado en la Pasión, inmolado en la Cruz.

Cuyo costado abierto manó sangre y agua.

Sed nuestra recompensa sabrosa en la hora decisiva de nuestra muerte.

¡Oh, dulcísimo Jesús!

¡Oh, Jesús lleno de bondad!

¡Oh, Jesús, hijo de María!”

Esta maravillosa presencia de Cristo en medio de nosotros debería revolucionar nuestra vida. No tenemos nada que envidiar a los Apóstoles y a los discípulos de Jesús, que andaban con Él en Judea y en Galilea. Todavía está aquí con nosotros: en cada ciudad, en cada pueblo, casi en cada casa, nosotros le poseemos tanto como ellos.

Nuestras manos de sacerdotes y nuestros labios de comulgantes pueden tocar la humanidad de Cristo: su carne dolorida en la cruz, sus nervios y sus huesos molidos, su cabeza otrora coronada de espinas, todo ese cuerpo, en fin, que el Verbo encarnado ofreció sobre el Calvario en expiación de nuestros pecados. San Juan Crisóstomo, con vigoroso realismo, instaba a los fieles a que viniesen a comulgar en el Corazón mismo de Cristo: “Venid a abrevaros en la herida de su costado”. El Crucificado está aquí, y nos espera, la misma sangre redentora fluye sobre todas las generaciones que pasan.

El alma de Cristo está en la Hostia. Todas sus facultades humanas conservan en ella la misma actividad que en la gloria. Todos los sentimientos del Verbo encarnado despléganse en ella en la intimidad del Padre, en unión con su Iglesia militante, triunfante y purgante. La vida eucarística de Jesús: es su vida del cielo, en plena

Por vía de *concomitancia* de “*circuminsesión*” trinitaria: inseparabilidad de la Persona del Verbo y de las otras Personas divinas en la identidad de una misma Esencia.

Así la presencia eucarística de Jesús nos trae la presencia de toda la Trinidad.

claridad beatífica, en un amor y una adoración sin fin. Esta alma de Cristo, obra maestra de la creación, permanece en medio de nosotros con su inteligencia iluminada con las claridades del Verbo, en la deslumbrante visión de la Trinidad y de todo el universo. Nada escapa a esta mirada comprensiva de Cristo: ni el mundo de los puros espíritus, ni la creación material, ni el movimiento más imperceptible de las almas en el cielo, en la tierra y hasta en los infiernos. Él conoce el pasado, el presente, el porvenir, en la luz del Verbo bajo el modo inmutable de la eternidad. No conjetura como nosotros: Él ve. Su ciencia bienaventurada iguala en extensión a la de la Trinidad¹⁷¹. Él ilumina a los ángeles y a los arcángeles, todos a su servicio en el gobierno del mundo.

Su vida eucarística es una vida de amor. Del corazón de Cristo sin cesar suben al Padre los ardores de una caridad infinita. Toda la vida íntima del alma sacerdotal del Verbo encarnado: adoración, ruego, acción de gracias, expiación, es inspirada por esta dilección sin límite. La Trinidad encuentra en el Cristo de la Hostia una gloria sin medida y sin fin¹⁷².

El Verbo está allí, en la pequeña hostia, con el poder soberano de su divinidad, con su personalidad increada. Él, el Hijo Unigénito oculto en el seno eterno del Padre, ante quien tiemblan los Tronos y las Dominaciones, en presencia del cual los Querubines y Serafines se cubren con sus alas por no poder sostener el brillo de su faz, esplendor de la gloria divina, y figura de su Sustancia, luz de luz, principio y fin de todas las cosas, sacerdote de los hombres y de los ángeles, salvador del mundo, verdadero Dios del universo. Una Persona divina, igual en poder, en sabiduría, en misericordia a las otras Personas de la Trinidad, permanece perpetuamente con nosotros como uno de los nuestros, sin cesar de ser Dios. “En verdad, en verdad, hay alguien en

¹⁷¹ La ciencia beatífica de Cristo eucarístico, igual en extensión a “la ciencia de visión” de la Trinidad, es infinitamente sobrepujada por la intensidad de luz de la ciencia divina sobre esos mismos objetos. Además, la ciencia divina que los teólogos llaman: “ciencia de simple inteligencia” alcanza a una multitud de seres posibles que no puede sospechar el alma humana de Cristo (Cf. Sto. Tomás, op. cit., III. q. 10; art.2 ad 3).

¹⁷² El dogma de la presencia real del Cristo integral en la Eucaristía, que ha llegado a ser el punto de partida de las reflexiones de la ciencia teológica, nos permite afirmar con certeza que “el cuerpo de Cristo está presente con todas sus propiedades intrínsecas”. “*Illa accidentia corporis Christi sunt in hoc sacramento quae sunt ei intrinseca*” (Sto. Tomás III, op. cit., 76, 5, ad 3), y el alma de Cristo con todos sus movimientos íntimos de sensibilidad, de inteligencia y de voluntad. No se excluyen sino las relaciones exteriores de orden cuantitativo, temporal y espacial, estando Cristo presente en la hostia “a la manera de una sustancia” y no a la manera de una cantidad localizada en el espacio: “*Quidquid pertinent ad Christum secundum quod in se est, potest attribui ei et in propria specie et in sacramento existenti: sicut vivere, mori, dolere, animatum vel inanimatum esse et caetera huiusmodi. Quaecumque vero convenient et per comparisonem ad corpora extrinseca, possunt et attribui in propria specie existenti, non autem prout est in sacramento: sicut irrideri, conspui, crucifigi, flagellari et caetera huiusmodi*” (Cf. Sto. Tomás, Idem., III, 81, 4).

medio de vosotros que vosotros no conocéis”¹⁷³. Absorbidos por nuestros negocios y por el torbellino de la vida, ¿pensamos que allí, muy cerca de nosotros, al lado de nuestra casa, habita Dios Redentor? “Él ha venido a los suyos y los suyos no lo han conocido”¹⁷⁴. El Verbo nunca está solo: el Padre y el Espíritu permanecen siempre con Él en una “circuminsesión” eterna. Una mutua presencia conserva a las tres Personas divinas una en otra, sin que nada pueda venir a separar su indivisible esencia. El Padre reposa en el Hijo y el Hijo en el Padre, los dos se unen en un mismo amor. El Padre, el Hijo y el Espíritu comunican juntos en una misma divinidad. “¿No creéis que Yo estoy en el Padre y que el Padre está en Mí?”¹⁷⁵ He aquí la razón profunda de ello: “Mi Padre y Yo somos Uno”¹⁷⁶.

Todo es común en la Trinidad: luz, amor, beatitud sin fin en una misma vida de Tres. El Padre y el Hijo hallan, uno en otro, infinitas complacencias en sociedad con el amor, que los consume en la unidad. Allí donde se oculta el Verbo, el Padre y el Espíritu permanecen con Él. Toda la vida de la Trinidad está en la Hostia.

Esta presencia continua de Jesús en medio de su Iglesia militante hasta la consumación de los siglos nos es infinitamente salutífera. Todos los beneficios de la encarnación redentora se perpetúan en el mundo de las almas, en la medida en que éstas se muestran diligentes en obtenerlos. Para describir las maravillas de la Eucaristía, habitualmente nos contentamos con comentar, de un modo demasiado literal, la analogía, por otra parte extremadamente fecunda, de los efectos del alimento corporal, símbolo de la transformación obrada por el “Pan de vida”¹⁷⁷.

En Aquel que es el Pan de vida, nuestras miradas deben detenerse sobre todo en su personalidad divina y de Redentor que sin cesar obra. Con sus grandes Doctores, la Iglesia siempre ha sabido considerar la Eucaristía en su verdadero lugar en la economía de la vida del mundo: “como la aplicación de la Encarnación redentora a cada una de nuestras almas, como la venida personal de Cristo a cada una de nuestras vidas”¹⁷⁸.

¹⁷³ Juan I, 26.

¹⁷⁴ Juan I, 11.

¹⁷⁵ Juan XIV, 11.

¹⁷⁶ Juan X, 30.

¹⁷⁷ Juan VI, 35.

¹⁷⁸ En su hermosa encíclica sobre la Eucaristía “*Mirae caritatis*”, del 28 de mayo de 1902, el Papa León XIII nos indica explícitamente el centro de perspectiva en el que debemos ubicarnos para descubrir el lugar de la Eucaristía en la vida de la Iglesia: “La Eucaristía, según testimonio de los santos Padres, debe ser considerada como una continuación y una extensión de la Encarnación: por Ella, la sustancia del Verbo Encarnado se une a cada uno de los hombres y el sacrificio del Calvario es perpetuado de una manera admirable”. “*Eucharistia Patrum sanctorum testimonio, Incarnationis continuatio quaedam et*

“Cristo da a cada hombre en particular la misma vida de la gracia que ha comunicado al mundo por su advenimiento visible”¹⁷⁹, enseña Santo Tomás. Siuviésemos fe, los milagros del Evangelio volverían a ser hechos cotidianos. Jesús, que pasa todavía en medio de nosotros, de manera invisible, pero no menos eficaz, “sanaría a los enfermos, resucitaría a los muertos, a todos haría el bien”. La misma causa produciría los mismos efectos. Al contacto del Cristo de la Hostia, como otrora cuando las muchedumbres de Palestina tocaban simplemente la orla de su manto, “una virtud omnipotente y redentora –la misma– desprenderíase de Él¹⁸⁰ y vendría a curarnos de nuestras languideces e imperfecciones”. El Cristo de Tiberíades seguiría irguiéndose ante las olas para apaciguar la tempestad en nuestras almas. Todos oirían la misma voz del Salvador. “Vosotros los fatigados y extenuados de la vida, venid, todos, a Mí”¹⁸¹. A nadie excluye Jesús: “Si alguien quiere acercarse a Mí no le echaré fuera¹⁸². Es suficiente querer acercarse y dejarse salvar: Cristo, fuente de vida, dirige el mismo gran llamado a todas las generaciones: “Si alguien tiene sed, que venga a Mí y beba”¹⁸³. Una sola condición se requiere: tener sed.

Los otros sacramentos suministran una gracia especial bien determinada: el Bautismo, la regeneración en Cristo; la Confirmación, el crecimiento espiritual que hace del simple bautizado un perfecto cristiano; la Penitencia devuelve al pecador la vida de la gracia; el Matrimonio ayuda al hombre y a la mujer a fundar un hogar bajo la mirada de Cristo; el Orden constituye la jerarquía de la Iglesia; la Extremaunción prepara al moribundo para la visión de Dios; la Eucaristía es la fuente universal de las gracias de la redención hasta el fin de los siglos. Cada uno, si lo quiere, encuentra en ellos, con sobreabundancia, todas las gracias necesarias, sean cuales fueren las circunstancias de

amplificatio censenda est. Siquidem per ipsam Incarnati Verbit substantia cum singulis hominibus copulatur; et supremum in Calvaria sacrificium admirabiliter modo renovatur”.

¹⁷⁹ Santo Tomás (op. cit., 3, 79, 1), a su vez, subraya con fuerza que se deben enfocar los efectos de la Eucaristía, ante todo y principalmente, haciendo recaer la atención en la presencia real de Aquel que está en ella: Cristo, que da, al que comulga, la vida de la gracia que ha comunicado al mundo por su venida visible... Asimismo, todos los efectos de la Pasión de Cristo en el mundo, son realizados en cada hombre por el sacrificio sacramental. “Effectus hujus sacramenti debet considerari: primo quidem et principaliter ex eo quod in hoc sacramento continetur, quod est Christus. Qui sicut in mundum visibiliter veniens, contulit mundo vital gratiae, secundum illud Joannis” (Idem, 1, 17). “Gratia et veritas per Jesum Christum facta est”; ita in hominem sacramentaliter veniens, vitam gratiae operatur, secundum illud Joannis (Idem, VI, 58). “Qui manducat me, vivet propier me”... “Et ideo effectum quem Passio Christi fecit in mundo hoc sacramentum facit in homine”.

¹⁸⁰ Lucas VIII, 46.

¹⁸¹ Mateo XI, 28.

¹⁸² Juan VI, 37.

¹⁸³ Juan VII, 37.

su propia existencia, y la Iglesia está segura de extraer de ellos una fuerza victoriosa para todas las situaciones de su vida militante, aun en los días del Anticristo.

El mejor método para dedicarse a un estudio profundo de los beneficios de la Eucaristía es emprenderlo penetrando en él con las mismas perspectivas de la Encarnación: Dios se hizo hombre para divinizarnos, el Verbo se hizo carne para hacernos semejantes a Él. Todo se reduce a este principio fundamental: bajo la influencia del amor la comunión realiza la unión transformante en Cristo.

El efecto principal de la Eucaristía consiste en provocar en el alma actos fervientes de amor a Cristo; y, como la propiedad del amor es transformar al que ama en el bien amado, la Eucaristía, sacramento por excelencia de nuestra amistad con Cristo, nos transforma en Él. Cristo viene a cada uno de nosotros con su amor personal, eficaz, creador y redentor. Se nos presenta como Salvador de nuestras almas, por la amistad que nos profesa. Es con ese fin de amistad, para realizar el “vivir juntos” con cada uno de los “suyos”, que Cristo ha instituido, precisamente, el sacramento de la Eucaristía. Su tarea de amigo todopoderoso consiste en suscitar, de parte nuestra, una respuesta a ese amor. La Eucaristía es el alimento de esta vida de intimidad. Al realizar en nosotros todos los efectos del amor ferviente en un alma, ella obra nuestra transformación en Cristo, nuestra identificación con todos los sentimientos del Verbo encarnado para con su Padre y para con los hombres, elimina progresivamente todo apego al pecado, aumenta la gracia y conduce a la más alta perfección mediante el progreso de todas las virtudes. La comunión eucarística es el momento supremo de nuestra configuración con Cristo. En la Eucaristía es donde, aquí abajo, se consuma la unión con Dios.

COMULGAR CON EL CUERPO Y LA SANGRE DE CRISTO

Toda nuestra naturaleza humana es la que entra en ese movimiento de transformación en Cristo Jesús, cuya influencia se extiende, primero, sobre el alma y, por ella, hasta la sensibilidad. En contacto con la carne de Cristo, el hombre se hace un ser puro. Las pasiones animales no dominan ya su vida: él se eleva por encima de la carne y de sus instintos groseros. El Cristo Virgen le enseña a “vivir en la carne por sobre la carne”. Multitudes de jóvenes de ambos sexos crecen en la pureza: su corazón permanece intacto. Llevan a Dios en su cuerpo como en un templo vivo de la Trinidad.

Se conservan vírgenes para Cristo. ¡Cuántas confidencias hechas al sacerdote, procedentes de los medios más diversos, le proporcionan la certeza cuasi experimental de que la pureza en el mundo, como en el claustro, es un milagro de la Hostia! Esta armonía de las potencias inferiores en un ser de pecado, esta paz tranquila de la sensibilidad, es una victoria de la gracia redentora de Cristo y como un retorno del hombre al estado de inocencia. Tiene, pues, razón la Iglesia de indicar a los cristianos la comunión como salvaguardia principal de la castidad. El Cristo de la Eucaristía posee el don de virginizar las almas y de devolverles, si la hubiesen perdido, la pureza de los santos. El ser manchado, pero arrepentido, que se acerca con humildad y amor, al Cristo de Magdalena, siente que en él se secan las fuentes del pecado. El amor de Cristo lo eleva hasta su pureza divina. En la Hostia las almas vírgenes beben la fuerza para conservarse “en la unidad”¹⁸⁴ con Cristo. El sacerdote sobre todo, cada mañana, en su contacto con Cristo encuentra el secreto de un sacerdocio inmaculado. La pureza de las almas es el triunfo de la Hostia.

Un segundo efecto, más maravilloso aún, aunque más lejano, deriva de comulgar con la carne de Cristo. El paso de la Hostia deposita en nuestro cuerpo mortal un germen de inmortalidad. Quien come mi carne y bebe mi sangre, posee la vida eterna y Yo le resucitaré en el último día”¹⁸⁵. El alma, primero, es alcanzada en su fondo sustancial, en la raíz misma de su ser, por esta obra de divinización y de transformación en Cristo, participa el cuerpo en ello por redundancia.

En la tierra la grandeza de nuestra filiación divina permanece aún oculta, pero cuando “Cristo, nuestra vida, aparezca en el esplendor de su majestad, entonces nosotros también apareceremos con Él en gloria”¹⁸⁶. San Pablo nos lo revela: “El Señor Jesús transformará nuestro cuerpo, vil y abyecto, haciéndolo conforme a su cuerpo glorioso”¹⁸⁷. Cuanto más fervor tenga nuestra alma en sus comuniones eucarísticas, tanto más resplandecerá en nuestra propia carne el germen de inmortalidad depositado en nosotros por el contacto del Verbo, en la hora suprema de nuestra gloriosa transformación, en cuerpo y alma, en la imagen de Cristo.

La carne de Cristo nos es dada en la Hostia bajo forma de víctima inmolada, y la sangre de Cristo que vamos a beber es otra vez derramada –sacramentalmente– “para la remisión de un gran número”. La obra purificadora y redentora del Crucificado

¹⁸⁴ II Corintios XI, 2.

¹⁸⁵ Juan VI, 55.

¹⁸⁶ Colosenses II, 4.

¹⁸⁷ Filipenses III, 21.

continúa: el Verbo encarnado viene al pecador, no sólo a virginizar su carne, sino –más aún– a virginizar su alma y a concederle que comulgue con su pureza de Cristo. Él obra una purificación, a veces total, de las faltas pasadas, de la pena debida a los extravíos y aun de las tendencias viciosas o malsanas que persisten en todo ser humano después de su pecado.

¿Cómo escapar, en medio de las luchas de la vida, de esos inevitables desfallecimientos de detalle que acaecen a pesar nuestro a causa de nuestra fragilidad? Las múltiples inclinaciones, que sin cesar renacen, de nuestro amor propio, de nuestra sensibilidad desordenada, de nuestro temperamento, las mil ocasiones de caída que sorpresivamente se nos atraviesan en nuestra existencia moderna, siempre sobrecargada, la perenne dispersión a la que nos empujan nuestras actividades profesionales y sociales, el agotamiento, la anemia espiritual, que nos acechan si no sabemos hacer que todo vuelva a la unidad por el amor; todo este lote de disipación cotidiana que nos desvía del pensamiento único de Dios, encuentra maravilloso remedio en la comunión de cada día. Distráida a causa de sus múltiples ocupaciones y preocupaciones, paralizada en su vuelo hacia Dios por ataduras indiscretas o culpables, o simplemente abatida por la tentación, el alma vuelve a encontrar, en la unión con Cristo, la fuerza libertadora que le permite evadirse de ese laberinto de imperfecciones veniales. De ningún modo consentiría en una falta mortal; mas, la seducción de las creaturas detiene una mirada que nunca debiera desviarse de Dios: ella se atrasa en el camino. Pues, con el pecado venial no se reniega de Dios, él es una detención, un retardo en la subida de las almas hacia la Trinidad. El hombre no es totalmente de Cristo, a pesar de las protestas de sus labios. Pues, ¿quién osaría gloriarse de poder ofrecer a Dios esa perfección absoluta que no encontró Él en la tierra sino en el alma de la Virgen o de Cristo? Los santos mismos caen en esas faltas de fragilidad de las cuales Teresa de Lisieux decía con exquisito encanto “que no causan pena al buen Dios”. Las sufre su voluntad, pero el alma no las acepta... Antes morir que consentir ni el menor pecado venial¹⁸⁸.

188 A propósito de los efectos de la Eucaristía es, precisamente, cuando Santo Tomás, que fue a la vez un gran doctor y un gran santo, enseña que en la tierra las almas aun más perfectas no pueden escapar totalmente a las faltas veniales indeliberadas. “Eso no quiere decir que no haya horas en las cuales los santos no estén exentos de toda falta leve, sino que los santos mismos no pueden atravesar su existencia sin pecado venial”. “*Illud verbum non est intelligendum quin aliqua hora possit homo esse absque omni reatu peccati venialis: sed quia vitam istam sancti non ducunt sine peccatis venialibus*” (op. cit., III q. 79, art. 4 ad 2).

Que el alma culpable, que se haya dejado arrastrar en pos de pecados veniales deliberados, no desespere de reconquistar la pureza perfecta si comulga con Cristo, siempre que sea con un sincero arrepentimiento y un amor en adelante fiel. Sumergida en la sangre de Cristo, el alma es purificada de todas sus manchas, librada hasta de las penas debidas por sus pecados pasados en la medida del fervor actual de su amor por Cristo. Por lo menos en el instante de la comunión deberíamos ser santos.

La Iglesia lo enseña: la Eucaristía es el remedio por excelencia para nuestras faltas cotidianas, para esas menudas cobardías de detalle que no matan en nosotros la vida de la gracia, pero que la disminuyen, haciéndonos correr el riesgo de verla desaparecer, bajo la invasión de las malas disposiciones, por un deslizamiento insensible hacia el mal. La comunión fervorosa es como el impulso del acelerador que lleva el alma hacia Dios. Arrancándose de repente de esos perpetuos repliegues de un egoísmo secreto y persistente, fija el hombre su vida en Cristo en un ardiente olvido de todo el resto. “Desde que encontré a Jesucristo, decía el Padre Lacordaire, nada me ha parece tan bello como para mirarlo concupiscentemente”. Así la Comunión es el medio más poderoso para apartar el alma de todo mal, mantener en ella el fervor y conducirla a la más heroica santidad.

Nuestra fragilidad de pobres “pecadores” que encuentra en la sangre de Cristo una fuente de purificación para las inevitables faltas cotidianas, bebe en ella una fortaleza de ánimo incomparable para combates de la vida. La tradición cristiana no se cansa de comparar los efectos de la comunión en el alma a los del alimento en el orden corporal. Todo el discurso de Jesús sobre el “Pan de vida” nos invita a orientar nuestras reflexiones en este sentido: “Yo soy el pan vivo descendido del cielo”¹⁸⁹. “Quien comiere de este pan vivirá eternamente”¹⁹⁰. La carne del Hijo del hombre viene a “reparar” nuestras fuerzas desfallecientes, a “sostenerlas”, a “aumentarlas”, a traernos el gozo de Cristo. El pan eucarístico “restaura” al alma en su vigor espiritual, la hace “crecer” en la unión a Cristo y en la práctica de todas las virtudes, teologales y cardinales, desempeña el papel de viático que la “sustenta” en su marcha hacia Dios, como el profeta Elías, milagrosamente fortificado en el desierto por un alimento preparado por Dios, marchó durante cuarenta días y cuarenta noches en dirección al monte Horeb, donde le esperaba la visión del Eterno¹⁹¹. La Hostia es ese pan “de cada

189 Juan VI, 51.

190 Juan VI, 52.

191 III Reyes XIX, 8.

día” que fortifica al hombre y lo sostiene en todas las dificultades de su existencia. El cristiano no lucha solo en la vida: va hacia Dios, apoyado en su Cristo.

El simbolismo sacrificial de la Eucaristía nos invita a acercarnos al Cristo del altar como al Cristo en cruz. Este sacramento es un sacrificio: vamos a comulgar con un Crucificado. Tal es el sentido profundo de la comunión eucarística: la unión a Cristo del Calvario en el acto mismo de su oblación a su Padre por nuestra redención. El Bautismo y los otros sacramentos nos hacen participar en beneficios de la Pasión de Cristo, la Eucaristía consuma nuestra unión con el Crucificado¹⁹². De ahí su eficacia excepcional para desarrollar, en las almas cristianas, el espíritu de sacrificio, quinta esencia del Evangelio: “Si alguno quiere venir en pos de Mí, que tome su cruz todos los días y que Me siga”¹⁹³. Un alma permanece superficial mientras no ha sufrido. En el misterio de Cristo existen profundidades divinas donde no penetran, por afinidad sino las almas crucificadas: la auténtica santidad se consume siempre en la cruz. Muchos cristianos se quejan de la tibieza de sus comuniones, del poco fruto que obtienen de ese contacto con Cristo. Olvidan que la verdadera preparación a la Comunión no se reduce a simples actos de fervor que en vano intentan provocar algunos momentos antes de acercarse a la sagrada mesa. Es preciso comulgar efectivamente en los sufrimientos de Jesús para entrar en su misterio de Cristo. He aquí el secreto de una vida de amor en comunión con Cristo: ser hostia con la Hostia, contribuir con su propia gota de sangre, cada mañana, para el cáliz de la Redención.

COMULGAR CON EL ALMA DE CRISTO

La comunión con el cuerpo y la sangre del Salvador debe conducirnos a la intimidad del alma de Cristo.

Si el encontrar un alma de santo basta para transformar una vida, cuanto más el contacto familiar –casi cotidiano– del alma de nuestro Cristo debería elevarnos hasta su vida divina y eternizarnos ya en Él.

192 “La Eucaristía, escribe Santo Tomás, es el sacramento de la Pasión de Cristo en el sentido que el hombre es consumado en su unión a Cristo Crucificado”. “Eucharistia est sacramentum Passionis Christi, prout homo perficitur in unione ad Christum passum” (op. cit., III, q. 73, art. 3, ad 3).

193 Lucas IX, 23.

Aquel en quien residen la plenitud de la divinidad y todas las riquezas de la redención, viene cada día a visitarnos con el anhelo de comunicarnos los infinitos tesoros de su gracia capital. Su gloria de Cristo está en ello interesada en su más alto grado. ¿Por ventura no es igualmente “la gloria del Padre el que llevemos mucho fruto”¹⁹⁴, y que nos hagamos santos? Mientras dure el tiempo de la Iglesia militante, Jesús permanecerá entre nosotros como la fuente que continuamente manará todas las gracias de la salvación. El Corazón de Jesús está abierto a todas las generaciones para abreviarlas en su sangre redentora. Su alma divina inclínase sobre cada una de nuestras vidas para purificarla, iluminarla, abrasarla en el fuego del amor y revestirla de sus propios sentimientos. El Verbo permanece con nosotros para identificarnos en todos los movimientos de su alma de Cristo. Si nos diviniza con su gracia es para que comuniquemos en su propia vida de pensamiento y de amor e introduciéndonos “por Él, con Él y en Él” en su intimidad con el Padre.

El contacto del alma de Cristo ilumina nuestra inteligencia con luces divinas, de las que Él mismo goza ante la Faz del Padre, en presencia de los ángeles y de los santos. Todavía no es la visión beatífica como sucede en Cristo Jesús, sino una participación progresiva en las mismas claridades. Bajo la influencia de los dones del Espíritu Santo, nuestra fe, cada vez más luminosa, tiende a ver todo con la mirada misma de Cristo. ¿Quién podría enumerar las luces recibidas por los doctores en el resplandor de sus comuniones eucarísticas, que les proporcionaba el Verbo? Después de largas horas de reflexión personal, condenada a la búsqueda a tientas y a las interminables y fatigosas marchas y contramarchas del pensamiento humano, la presencia del Verbo les revelaba, súbitamente, la verdad divina y sus miradas permanecían por ella deslumbradas. Una leyenda nos presenta a Santo Tomás que va a apoyar su frente genial sobre la puerta del tabernáculo, para implorar luz de Cristo. Toda la hagiografía cristiana nos repite que las más grandes gracias de luz vinieron a las almas por la Eucaristía. Doctores y hombres de acción, humildes vocaciones, muchedumbre anónima de fieles, ¡en cuántas existencias la luz decisiva llegó en una comunión ferviente! Aquel que desde toda la eternidad reposa en el seno del Padre y conoce todos los misterios de Dios está allí, muy cerca de nosotros, para narrarnos todavía a cada uno, si lo queremos, todos los secretos de la creación y esa vida íntima de un Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, que habita

194 Juan XV, 8.

infinitamente lejos de nosotros, oculto en su luz inaccesible. Nos toca a nosotros guardar silencio y saber recogernos bajo la irradiación del alma de Cristo.

El Maestro, que había dejado a sus discípulos como compendio de todas sus enseñanzas el precepto supremo del amor de Dios y de la caridad fraterna, no podía sustraerse Él mismo a la nota fundamental de toda verdadera amistad: el deseo de “vivir juntos” para siempre. La presencia es una necesidad del amor. Para realizar este “convivir con nosotros”, a la espera del cielo¹⁹⁵, el Hijo de Dios ha instituido la Eucaristía. Permanece continuamente entre nosotros, para unirnos a su vida de amor. Este “vivir juntos” en una amistad sin fin fue la última recomendación de Jesús a sus apóstoles, el testamento de su corazón de Cristo: “Permaneced en Mí, y Yo en vosotros. En adelante ya no os llamaré siervos. Yo os lo digo: “Vosotros sois mis amigos”. “...Permaneced en mi amor”¹⁹⁶. Una amistad profunda se establece entre el fiel y Cristo en la hora de las comuniones eucarísticas. El hombre abandona a Cristo sus intereses personales y la conducción de su vida. En retorno, Jesús acuerda al alma que comulgue con su vida de puro amor con el solo afán de la gloria del Padre. Tal es el término del encuentro de nuestra alma con el alma de Cristo: una misma vida en el pensar y en el amar en una misma voluntad de redención. La amistad de Cristo obra la identificación de las voluntades. En contacto con Cristo, ya no pensamos, con Él, sino en las “cosas de su Padre”¹⁹⁷. Se realiza entonces esa “transformación total del hombre en Cristo, por el amor”, expresada por la célebre fórmula de San Pablo: “Ya no soy yo quien vive, sino Cristo en mí”¹⁹⁸.

Al acercarnos a la Hostia nosotros comulgamos con todas las virtudes del alma de Cristo, no sólo en su vida de luz por la fe o en su vida de amor por la caridad; sino en su pureza, en su prudencia, en su fortaleza de alma, en todos los sentimientos de su piedad filial para con su Padre. Vamos nosotros a beber en Él, como en su fuente común, la práctica de todas las virtudes cristianas. Una misma gracia de santidad fluye

¹⁹⁵ “Quia maxime proprium amicitiae est convivere amicis”, ut Philosophus dicit, IX Ethic: (lect XIV), sui praesentiam corporalem nobis repromitti in praemium, Interium tamen nec sua praesentia corporati nos in hac peregrinatione destituit; sed per veritatem corporis et sanguinis sui nos sibi conjungit in hoc sacramento. Unde ipse dicit: “Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem in me manet et ego in eo” (Juan VI, 57). Unde hoc sacramentum est maxime caritatis signum et nostrae spei sublevamentum ex tam familiari conjunctione Christi ad nos (Idem, III, q. 75, ad 1).

¹⁹⁶ Juan XV, 4, 9, 15.

¹⁹⁷ Lucas II, 49.

¹⁹⁸ Gálatas, II, 20. Se encuentra en Santo Tomás de Aquino, el doctor y cantor de la Eucaristía, esta admirable fórmula: “Virtute hujus sacramenti fit quedam TRANSFORMATIO hominis IN CHRISTUM per amorem, et hoc est proprius ejus effectus” (IV Sent., D. 12, q. 2, art. 2, sol. 1).

de la Cabeza a los miembros para animar a todo el cuerpo místico con un mismo movimiento de vida divina. Bajo esta presencia misteriosa, pero real, el alma olvídase de sí poco a poco; pensamientos y las voliciones íntimas del alma de Cristo sustituyen su vida propia. Muy pronto el alma es transformada en Cristo que llega a ser su fortaleza, su pureza, su consejo, su adoración, su ruego, su expiación, su acción de gracias, el móvil constante hasta de sus menores acciones. La gracia cristiforme se abre en ella plenamente. En este grado de transformación, una vida fiel hácese una irradiación de la vida de Jesús: en cada uno de sus actos el cristiano expresa a Cristo. Tal es el fruto de la comunión eucarística indicado por Jesús mismo en el Evangelio: “Como Yo vivo por mi Padre que Me ha enviado, así, quien Me come vivirá por Mí”¹⁹⁹. Así como el Hijo recibe todo de su Padre en el seno de la divinidad, así el cristiano que comulga no vive ya sino en dependencia de Jesús. Su alma, por decirlo así, no hace sino una con la de Cristo.

COMULGAR CON EL VERBO

La humanidad de Cristo conduce a la divinidad del Verbo. Jesús es la síntesis de Dios y de hombre en la unidad. Nuestra fe debe mantenerse atenta a la advertencia tan a menudo repetida por San Cirilo, el gran doctor de la Encarnación y de la Maternidad divina: “No dividáis a Cristo”. El Verbo encarnado es más “uno” que el hombre lo es en su naturaleza humana. En Jesús, el cuerpo, el alma y la divinidad no subsisten sino en la eminente simplicidad de una Persona divina. Cristo eucarístico permanece indivisible; a través de las llagas del Crucificado nosotros vamos a comulgar con el Verbo y su vida infinita. Desde hace veinte siglos, el Hijo de Dios habita en medio de los hombres. ¡Él, en quien el Padre encuentra delicias inefables, en quien los bienaventurados beben una eternidad de dicha! El Verbo encarnado está ahí, en la Hostia, como en tiempo de los Apóstoles y de las muchedumbres de Palestina, con la infinita plenitud de una gracia capital, que no pide sino desbordarse sobre todos los hombres para transformarlos en Él. Habría que acercarse a este Verbo salvador con la fe de los humildes del Evangelio que se precipitaban al encuentro de Cristo para tocar la franja de su vestidura y volvían sanos.

¹⁹⁹ Juan VI, 58.

He aquí la sublime oración que Santo Tomás de Aquino dirigía a Cristo, oculto en la hostia: “Omnipotente y sempiterno Dios, me acerco al sacramento de vuestro Hijo Unigénito. Nuestro Señor Jesucristo, como un enfermo al médico que le habrá de dar vida; acudo a la fuente de la misericordia; ciego, vengo a la luz de la eternidad; pobre y falto de todo, me presento al soberano Señor del cielo y de la tierra. Ruego a vuestra inmensa largueza se sirva sanar mis enfermedades, purificar mis manchas, iluminar mis tinieblas, enriquecer mi miseria, vestir mi desnudez. Dulcísimo Señor, concededme que reciba el cuerpo de vuestro Hijo Unigénito, nacido de la Virgen, con tal fervor que pueda ser unido íntimamente a Él y contado entre los miembros de su cuerpo místico”. Tal es la actitud del alma de los santos frente al misterio eucarístico: su fe descubre en la Hostia al Cristo de la redención, al Hijo Unigénito del Padre, al Verbo encarnado, siempre presente en la tierra en medio de los hombres para salvarlos.

Las apariencias sensibles no deben desconcertarnos, ni más ni menos como sucedía a la inteligencia de un San Pablo, que no vacilaba frente a un Cristo “aniquilado”²⁰⁰, en quien percibía por la fe al mismo Hijo de Dios, igual al Padre, Creador con Él de las cosas visibles e invisibles, “único mediador entre los hombres y Dios”²⁰¹. La Iglesia militante posee verdaderamente, en el Dios de la hostia, a la segunda Persona de la Santísima Trinidad, y cada fiel puede disponer a su agrado de las riquezas infinitas de su personalidad divina. “El Verbo se hizo carne”²⁰², para habitar entre nosotros y revestirnos de su divinidad. Vino para el mundo entero. Se hubiera encarnado por el menor de entre nosotros. La fe ardiente de un San Pablo había hecho de esta verdad el fundamento de toda su mística: “Si me arrastro todavía en este cuerpo mortal, yo vivo por la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a Sí mismo por mí”²⁰³. Él habría venido por mí solo. En las perspectivas del plan de Dios y de la economía de la redención, la Eucaristía es, precisamente, el medio providencial legido por el Verbo, para venir a cada una de nuestras existencias permanecer personalmente en cada uno de nosotros. No es, acaso, manifiesto que la comunión entrega a Cristo entero totalmente a cada una de nuestras almas? Nos corresponde a nosotros comprenderlo y saber comulgar con el Verbo de vida.

²⁰⁰ Filipenses II, 7.

²⁰¹ I Timoteo II, 5.

²⁰² Juan I, 14.

²⁰³ Gálatas II, 20.

COMULGAR CON LA TRINIDAD

Cristo tiene por misión conducirnos al Padre y nuestra comunión eucarística debe acabarse en la comunión con la Trinidad.

El movimiento de vida trinitaria que parte del seno del Padre y se comunica al mundo por la Encarnación, prosigue en las almas por la Eucaristía. “Cuando llegó la plenitud de los tiempos”²⁰⁴. Dios Padre envió a su Hijo a la tierra. Todavía ahora lo da a cada uno de nosotros, y todo el sentido de la vida cristiana consiste en recibir a Cristo de sus manos. Como en la hora de la encarnación del Verbo, toda la Trinidad desciende hasta nosotros por el Cristo de la Hostia. Nos lo ha repetido Jesús: “No es Moisés, sino el Padre quien os ha preparado el verdadero pan del cielo, ese pan de Dios que da la vida al mundo”²⁰⁵. El Padre, que nos envía a su Hijo, lo acompaña siempre, y el Espíritu está con ellos. Las tres Personas divinas vienen a nosotros para asociarnos a su vida íntima y “consumarnos en su unidad”. La obra de divinización comenzada en el Bautismo y continuada por la plenitud de gracia de la Confirmación, halla su coronamiento en la Eucaristía: consumación de la unión divina en las almas por su total transformación en Cristo.

Identificados al Hijo Unigénito por la comunión eucarística, nosotros vamos al Padre como Él, con alma de Hijo. La gracia de adopción, llevada a su perfecto desenvolvimiento, nos establece en la intimidad del Padre, revestidos de todos los sentimientos de Jesús. Sin éxtasis ni milagro, la unión transformante se realiza entre el alma y Cristo. Juntos, los dos tienen “acceso junto al Padre” en un mismo Espíritu. Su vida hácese común en el seno de la Trinidad. “Como mi Padre me amó, Yo os he amado”²⁰⁶. “El Padre también os ama”²⁰⁷. “Y el Espíritu que procede de Él”, es un Espíritu de amor. La vida del Padre derrámase en nosotros por esta gracia de adopción que no cesa de crecer en cada una de nuestras comuniones eucarísticas. La vida del Verbo nos es comunicada en una plenitud que acrece sin cesar mediante todas las luces de la fe y los dones del Espíritu Santo, que nos elevan hasta el Pensamiento divino. Participamos de más en más en la vida del Espíritu Santo en la medida misma de nuestros progresos en el amor. Toda la vida de la Trinidad hácese nuestra, según nuestro fervor en dejarnos divinizar. Transformándonos en Él, Cristo nos une a Dios.

²⁰⁴ Gálatas IV, 4..

²⁰⁵ Juan VI, 32-33.

²⁰⁶ Juan XV, 9.

²⁰⁷ Juan XVI, 27.

Así, según el ritmo de las leyes de la naturaleza y de la gracia, la comunión con Cristo nos hace pasar de su cuerpo y de su sangre a su alma y a su Persona increada, de su humanidad a su divinidad, de la encarnación y de la eucaristía hasta la Trinidad, para eternizarnos en la sociedad íntima del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y “consumarnos en Dios en la unidad”²⁰⁸. ¿Por ventura la misión del Hijo no es llevar todo a su Padre y ofrecerle todos los miembros de su cuerpo místico reunidos en Él en la unidad?

EL SACRAMENTO DE LA UNIDAD

Pero nuestra santificación personal y nuestra ascensión hacia Dios no se opera individualmente. La salvación de una sola alma es solidaria de la redención del mundo. Nuestro lugar está en Cristo, en el interior de un ser vivo, vasto como la inmensidad del plan de Dios, que nos liga a todos los hombres, a todos los ángeles y, por Cristo, a la Trinidad. La Eucaristía es el sacramento de la unidad de la Iglesia, el medio por excelencia para unir los hombres a las Personas de la Trinidad y para realizar, a través de todas las razas y civilizaciones, la unidad de la cristiandad. Al acercarse a Cristo, los hombres acérquense entre sí y se elevan juntos en la unión divina. El Cristo total está llamado a vivir en Dios en la unidad. Las primeras comunidades cristianas supieron hallar en “la cena del Señor”²⁰⁹ y “fracción del pan”²¹⁰ el secreto para constituir “un solo corazón y una sola alma en Cristo”²¹¹. A doble título es como la Eucaristía constituye el sacramento por excelencia de la unidad cristiana. ¡Cuán evocador es su simbolismo! Como las espigas de trigo recogidas en las alturas o en la llanura y que, reunidas, forman ya un solo pan: como los millares de granos de uva y que, prensados, hacen un solo vino: así los cristianos de toda raza y de toda nación no forman ya sino una sola Iglesia en su rica catolicidad.

Pero, existe una razón más profunda de la unidad de la Iglesia por la Eucaristía: la comunión de todo el cuerpo místico en un mismo Cristo; pues Cristo es el principio supremo de la unidad de la Iglesia. En la celebración del santo Sacrificio, todos los

²⁰⁸ Juan XVII, 23.

²⁰⁹ I Corintios X, 21.

²¹⁰ I Corintios X, 16.

²¹¹ Hechos IV, 32.

comulgantes hácense “uno” en Cristo. Entran ellos en los mismos pensamientos y sentimientos de su Maestro. ¡Juntos, en adelante, quieren trabajar con Él y en Él en la edificación de la misma cristiandad! El mismo Cristo se convierte en vínculo vivo de todas las Iglesias de la catolicidad: la unidad del mundo cristiano se realiza por el Dios de la Hostia²¹². Viático de la Iglesia militante, la Eucaristía encamina las almas hacia la unidad de la ciudad de Dios que encuentra su ejemplar y su consumación en la unidad de la Trinidad. “Padre, que ellos sean ‘uno’ como Nosotros”²¹³.

COMO LA VIRGEN DE LA ENCARNACIÓN

Existe un modelo incomparable en quien la tradición cristiana siempre gustó contemplar el ideal de toda alma que se acerca a Dios en la eucaristía: es la Virgen de la Encarnación cuya vida fue una continua unión al misterio de Cristo.

En Ella ningún rastro de mancha, ninguna sombra de mal: es Inmaculada. Todo es pureza en su ser virgen y su poder de amar ha permanecido intacto para Cristo. El Verbo, que viene a habitar en Ella al punto de hacerse el Hijo de su carne, podrá invadir sin resistencia un cuerpo y un alma enteramente consagrados al servicio de Dios y de la redención. Nada en María obstaculizará la acción divinizadora de Dios que vive en Ella y que anhela desenvolverse. Durante nueve meses esta presencia real, física, del Hijo de Dios en el seno de María opera en él de un modo suprasacramental las más grandes maravillas de gracia. Los efectos ordinarios de la Eucaristía son aquí infinitamente sobrepujados. El primer contacto del Verbo con la Virgen de la encarnación crea en Ella una maternidad divina, que introduce todo el misterio de María en el secreto más íntimo de la vida trinitaria hasta darle como Hijo al propio Hijo del Eterno. Este privilegio inicial, principio de todas las grandezas de María, va acompañado del cortejo de todas las gracias necesarias a la Virgen de la encarnación, para ser una digna Madre de Dios y de los hombres. Esta presencia filial del Verbo adquiere de inmediato una influencia dominante sobre todo el misterio de su vida. María conviértese en primera beneficiaria

²¹² “Ad caritatem autem sacramentum eucharistiae praecipue pertinet: cum sit sacramentum ecclesiasticae unionis, continens Illum in quo tota Ecclesia unitur et consolidatur scilicet Christum. Unde eucharistia est quasi quaedam caritatis origo sive vinculum” (S. Tomás, Supl., 71, 9). “Cum hujus mensae quae symbolum, radix atque principium est catholicae unitatis” (Pío X, Cons. Apost. A. A. S. 1912, p. 615).

²¹³ Juan XVII, 22.

del trastrocamiento universal, realizado por la presencia del Verbo en nuestra tierra de la encarnación. Transfórmase todo su ser por ella. El Dios del pesebre y de la Eucaristía, que conserva a los hombres en la pureza, lejos de violar la integridad de su Madre, la consagra definitivamente y, en adelante, a través de las generaciones, la Madre de Jesús conservará preferentemente su hermoso título de “Virgen”. La muerte respetará el cuerpo inmaculado de la que es Madre del Verbo: después de una pronta resurrección, todo su ser transfigurado conocerá una gloriosa ascensión.

La sangre hecha suya por el Verbo en su ser virginal hará de Ella la obra maestra de la redención. ¿Y qué decir de la comunión de las almas que se estableció a partir de la Encarnación entre la Madre y el Hijo? La Trinidad los ha asociado en la misma tarea de salvación: al lado del nuevo Adán, Dios ha colocado una nueva Eva, cuya acción redentora y maternal se extenderá en todo el cuerpo místico tan lejos como el poder mismo de Cristo. ¿Cómo Dios Padre, al darle como Hijo a su propio Hijo, no le habría dado todo? El Espíritu Santo, al realizar en Ella el más grande de los milagros, la colmó con la plenitud de sus dones. ¿Quién osaría poner límite a la omnipotente liberalidad del Verbo, fuente creadora de todas las gracias que habita en Ella como Hijo?

El resto de la vida de María no fue sino una prolongada comunión con todo el misterio de Cristo. La Virgen de la encarnación, asociada una vez para siempre a la obra redentora del Verbo hecho carne, le permanece íntimamente unida en el cumplimiento de los misterios de nuestra salvación. Belén, Nazaret, la vida pública y el Calvario pasarán en su propia vida, encontrándola cada vez más identificada con los sentimientos del alma de Cristo.

La partida de Jesús para el cielo, privándola de golpe de la presencia visible no sólo de la divinidad sino también de la humanidad de su Hijo, lejos de aminorar su unión con Cristo, no hizo sino que fuera más divinamente pura. Fue entonces el triunfo de la fe en el alma de la Virgen de la encarnación y la entrada de la Eucaristía en su vida, que le comunicaba al mismo Hijo, al mismo Dios. Con los primeros cristianos “la Madre de Jesús perseveraba en la oración”²¹⁴ y en “la fracción del pan”, comulgando en medio de los fieles con el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de su propio Hijo.

Al proporcionarle el cuerpo y la sangre de Jesús, la comunión eucarística le renovaba todos los gozos de la encarnación, mas le recordaba también la inmolación dolorosa del Calvario. Ella comulgaba con una “hostia”. La sangre redentora contenida

²¹⁴ Hechos I, 14.

en el cáliz y tomada de su propia sangre, ¿acaso no la había ofrecido Ella a la Trinidad al pie de la cruz? María reconocía en el Cristo de la misa y de sus comuniones eucarísticas al Cristo de todos los misterios de la redención. ¿Qué mirada humana osaría medir la profundidad de la intimidad en que el alma de la Madre y la del Hijo se volvían a encontrar en la Eucaristía? En cada uno de sus misterios, el alma de la Madre de Dios había progresado en mérito y en santidad. Ya la primera gracia sobrepujaba en plenitud a la suma de todas las gracias de todos los ángeles y de todos los santos juntos. La maternidad divina había venido a elevar a la Virgen de la encarnación hasta los confines de la divinidad, en el interior del orden hipostático, que toca sustancialmente por la persona del Hijo el término más secreto de la vida íntima de la Trinidad. El Calvario había ensanchado esta inmensidad de vida divina en su alma hasta las dimensiones sin límites de la redención de todos los hombres en Cristo.

Ahora la vida espiritual de la Madre de Dios iba a tocar su punto culminante. En el atardecer de su vida, su caridad totalmente divina alcanzaba tanta intensidad y tanta pureza de amor, que resulta imposible para una criatura concebirla, mucho más aún expresarla. Lo que podemos adivinar del misterio de su unión con Dios, sume nuestras inteligencias en el estupor. Cada una de sus comuniones le comunicaba una plenitud de gracia sin parangón, de la cual ninguna otra santidad nos puede dar idea. Será siempre menester mirar del lado de Cristo para comprender a su Madre. Su fe iluminada por los dones del Espíritu Santo, entreveía ya las radiantes claridades de la vida beatífica, su esperanza proporcionábale la certeza de que daba a luz para la vida divina todo un mundo espiritual vasto como la redención, su amor sobre todo, su incomparable amor, terminaba de conducirla a la cumbre más alta de la unión transformante a la que pueda llegar una criatura después de Cristo. Uniendo al sacrificio eucarístico su vida de amor, de expiación, de adoración, de ruego y acción de gracias, la Madre de Dios sostenía con sus méritos, su poder de reparación y de intercesión, a los discípulos de Jesús en sus trabajos apostólicos, a los mártires en sus sufrimientos, a la Iglesia entera en sus combates por Cristo. Si la Iglesia naciente desplegó su fuerza conquistadora de una manera tan irresistible y se mantuvo en la fidelidad a Dios a pesar de las horas terribles de las primeras persecuciones, lo debió a la plegaria y a la acción silenciosa de la Corredentora del mundo, bebiendo Ella misma toda su fortaleza en esta presencia real y perpetuamente operante de Cristo en medio de los suyos. Mezclada a la muchedumbre de los fieles, que se habían hecho hijos suyos todos, mientras la Madre de Jesús acercaba sus labios al cuerpo y a la sangre de su Hijo, su alma se identificaba con todos

los sentimientos del Verbo encarnado, elevando a la Iglesia or Él y en Él hasta la consumación de la Trinidad.

Capítulo Cuarto

NUESTRA IDENTIFICACIÓN CON CRISTO

La Misa es la ofrenda del Cristo
total a la Trinidad.

La sabiduría divina ha realizado en la Eucaristía una doble maravilla: la venida personal de Cristo a cada uno de sus rescatados para aplicarles todos los beneficios de la encarnación y, para la Iglesia, un culto perpetuo de alabanza infinita. Hasta es sobre todo por la Iglesia que Jesús ha instituido la eucaristía, a fin de que posea un sacrificio que contenga al Crucificado en el acto mismo de su oblación sobre la cruz. Ninguna obra de la Iglesia militante alcanza la sublimidad de una misa²¹⁵.

Como para los otros dogmas cristianos, si se quiere entrar en una inteligencia profunda del sacrificio eucarístico, hay que saberlo relacionar con las perspectivas de la encarnación redentora. Los dos misterios no hacen sino uno. La misa ocupa, en la vida de la Iglesia, el mismo lugar central que el Calvario en la obra de nuestra redención. Todo deriva de allí y allí se une como en el punto culminante del misterio de nuestra salvación. En el momento del sacrificio eucarístico, el Hijo de Dios se ofrece otra vez a su Padre por su Iglesia, elevándola con Él, por Él y en Él hasta la Trinidad, y haciendo descender sobre ella los frutos de su inmolación. La Misa: es Cristo Sacerdote y Hostia, ofreciéndose a su Padre en medio de nosotros, para gloria infinita de la Trinidad y salvación del mundo: idéntico Sacerdote e idéntica Hostia que los de la cruz, idéntico sacrificio redentor perpetuado, efectos de salvación, idénticos sentimientos interiores en

²¹⁵ Un texto admirable indica esta sublimidad recordando a los sacerdotes “con cuánto esmero se ha de celebrar el santo sacrificio de la misa, puesto que ninguna otra obra cumplida por los cristianos es tan santa y divina”: “Nullum aliud opus adeo sanctum ac divinum a Christi fidelibus tractari posse quam hoc tremendum mysterium, quo vivifica illa Hostia qua Deo Patri reconciliati sumus in altari per sacerdotes quotidie immolatur”. ¿No es, acaso, “en este tremendo misterio donde es inmolado cada día por los sacerdotes esta misma Hostia vivificante por la cual hemos sido reconciliados con el Padre?” (Concilio de Trento. Decretum de observandis et evitandis in celebratione missae. Textos en Ehses, pp. 962-963).

el alma del Crucificado. “Cada vez que se celebra el santo sacrificio de la Misa, toda la obra redentora es la que se perpetúa”²¹⁶. “Todo el misterio de nuestra salvación en él se encierra”²¹⁷.

¿Cómo es realizable tal misterio?

La unidad del plan de la redención nos veda disociar la eucaristía como sacrificio de la eucaristía como sacramento. La Iglesia, mediante su liturgia, nos urge a considerarlos siempre como dos aspectos complementarios de un mismo misterio: el sacramento y el sacrificio del altar. La doctrina sacramental es la llave del misterio eucarístico, la única explicación de la existencia en la Iglesia de un sacrificio permanente, que se identifica en sustancia con el de la cruz, permitiendo al Verbo encarnado, por sobre todas las condiciones históricas, por sobre todas las leyes limitativas del espacio y del tiempo, mantenerse perpetuamente crucificado en medio de su Iglesia militante para salvarla. Sin recurrir a un plano sacramental, es imposible concebir cómo estamos en presencia de la misma “hostia”, del mismo sacrificio redentor, de los mismos frutos, del mismo Sacerdote, de los mismos sentimientos en el alma de Cristo. Sólo el orden sacramental, por la referencia inmediata de su simbolismo eficaz, nos pone en presencia de la muerte de Cristo y nos entrega todo el misterio del Crucificado.

LA MISMA HOSTIA QUE LA DE LA CRUZ

En el altar, como en el Calvario, Dios es nuestra hostia. La fe nos da la seguridad de esta perpetua presencia del Crucificado. Las palabras sacramentales son enteramente claras: “He aquí mi cuerpo entregado por vosotros... He aquí mi sangre derramada por vosotros y por la multitud de los hombres”²¹⁸. La Iglesia lo enseña, el sacramento de la Eucaristía nos entrega toda la realidad de Cristo: su cuerpo, su sangre, su alma, su divinidad, todas las riquezas de su sacerdocio y de su gracia capital de Verbo encarnado. Sobre el altar es inmolada “la misma hostia que sobre la cruz”²¹⁹. El sentido cristiano siempre ha creído firmemente que el sacrificio eucarístico contiene al Crucificado

²¹⁶ “Quoties hujus hostiae commemoratio celebratur, opus nostrae redemptionis exercetur” (Secreta del IX domingo después de Pentecostés).

²¹⁷ “In hoc sacramento totum mysterium nostrae salutis comprehenditur” (Sto. Tomás, op. cit., 3, 83, 4).

²¹⁸ De las palabras de la consagración.

²¹⁹ “Una enim eademque est hostia” (Concilio de Trento, sesión XXII, cap. 2).

mismo. Los fieles lo saben; la misa: es la misma víctima que la del Calvario, la inmolación del cuerpo y de la sangre del Hijo de Dios.

EL MISMO SACRIFICIO QUE EL DE LA CRUZ

Tocamos aquí el punto más misterioso y, a la vez, más consolador del misterio de la misa: su identidad sustancial con el sacrificio de la cruz, sin otra diferencia que la del modo de oblación; cruenta en el Calvario, sacramental e incruenta en el altar²²⁰. Para explicar este problema, que sigue siendo un misterio, se ha recurrido a mil hipótesis diversas. Sin embargo la verdad es una. La Iglesia la busca tradicionalmente en el carácter representativo del sacrificio eucarístico con relación a la cruz²²¹. Habría llegado ya el tiempo de acallar todos esos esfuerzos de imaginación, a me nudo ridículos, de los teólogos de la contrarreforma para tratar de encontrar en la inmolación eucarística los elementos de una inmolación real. Es precisamente el carácter propio del sacrificio eucarístico ser un sacrificio verdadero²²² sin inmolación real: habiendo bastado y ampliamente, para la redención del mundo, la única oblación cruenta del Calvario. No hay por qué renovar esta muerte, ni buscar la equivalencia de un sacrificio de orden natural y de un nuevo martirio en la carne de Cristo. “El Cristo resucitado ya no muere más”²²³. Su cuerpo en adelante impasible e inmortal, su vida bienaventurada y su estado de gloria opónense a todo lo que signifique disminución de grandeza o de gozo. El Cristo de la eternidad permanece presente ante la majestad del Padre en una felicidad beatífica y una gloria inadmisibles. Ahora bien, al Cristo del Cielo es a quien poseemos en la Hostia con todas sus propiedades gloriosas, al Cristo de la Hostia y al Cristo de la gloria en el mismo deslumbramiento de una vida sin fin. “Non alius sed aliter”. No es pues directamente por el lado de la persona de Jesús que debemos buscar la solución del

²²⁰ “In divino hoc sacrificio, quod in missa peragitur, idem ille Christus continetur et incruente immolatur, qui in ara crucis semel se ipsum cruenta obtulit... Una enim eademque est hostia, idem nunc offerens sacerdotum ministerio, qui se ipsum tunc in cruce obtulit, sola offerendi ratione diversa” (Concilio de Trento, sesión XXII, cap. 2).

²²¹ Los textos justificativos de esta explicación teológica son muy numerosos en el Concilio de Trento “sacrificium quo cruentum illud semel in cruce peragendum, repraesentaretur...” “Novum instituit Pascha se ipsum ab Ecclesia per sacerdotes sub signis visibilibus immolandum in memoriam transitus sui ex hoc mundo ad Patrem” (sesión XXII, cap. 1).

²²² “Si quis dixerit in missa non offerri Deo verum et proprium sacrificium... Anathema Sit” (Concilio de Trento, sesión XXII, canon 1o). La misa es un “verdadero sacrificio” en el sentido propio “pero sin inmolación cruenta, real”: “incruente immolatur” (cap. 2).

²²³ Romanos VI, 9.

enigma eucarístico. Se ha de desechar en absoluto toda explicación por asimilación a un sacrificio de orden natural. Cristo eucarístico permanece invulnerable, inmortal e impasible. Sólo la luz del Evangelio puede hacernos entrar en este “misterio de fe”. Oblación e inmolación: todo acaece en el plano sacramental.

Después de un minucioso estudio de la historia de las opiniones sin número de la contrarreforma y de las más extravagantes sutilezas dialécticas acerca de la esencia del sacrificio de la misa, el teólogo experimenta un verdadero descanso de espíritu volviendo, en la pureza de la fe, a esta intuición simple y decisiva del pensamiento cristiano sobre este “sacramento de nuestra redención”²²⁴. Cuánto aprecia él la genial sencillez de un Santo Tomás de Aquino, eco fiel en este punto de la más segura tradición católica, que conduce todas sus explicaciones sobre el sacrificio eucarístico a una vista fundamental, de la que ya no se apartará: “Un sacramento cuyo rito constituye una inmolación”²²⁵. El santo Doctor, como se sabe, establece su teología de la misa, sin dejar el orden sacramental. Así como la efusión real de la sangre redentora, ofrecida por Cristo, constituye lo esencial del sacrificio de la cruz, así el rito de la doble consagración, que expresa y realiza la separación sacramental del cuerpo y de la sangre de Cristo, constituye toda la esencia del sacrificio eucarístico ofrecido en la Iglesia por ministerio de los sacerdotes en el nombre y por la persona de Cristo: el mismo Sacerdote, la misma víctima, la misma inmolación, efusión de la misma sangre: el altar perpetúa en sustancia el mismo sacrificio redentor. El carácter nuevo del sacrificio del altar le viene totalmente del orden sacramental. El rito sacrificial de la eucaristía es la representación más expresiva, el sacramento más perfecto de la Pasión de Cristo, que contiene, en virtud de la eficacia de las fórmulas sacramentales, al Crucificado mismo. Este rito simbólico de la doble consagración expresa y realiza sacramentalmente esta

²²⁴ Secreta de Los Cuatro Santos Coronados - 8 de noviembre: “Señor, que descienda sobre nosotros vuestra bendición sobreabundante: la cual por el ruego de vuestros santos mártires, os torne agradables nuestras ofrendas y obre para nosotros el sacramento de la redención...” “et nobis sacramentum redemptionis efficiat”. Y Santo Tomás: “Eucharistia est sacramentum perfectum Dominicae Passionis, tanquam continens ipsum Christum passum” (op. cit., 3, 73, 5 ad 2).

²²⁵ Los maestros del pensamiento tomista hacen notar con razón que la manera como Santo Tomás plantea el problema, es reveladora de una solución que se sitúa en una pura línea sacramental. “Utrum in celebratione hujus sacramenti Christus immoletur?” (Idem, 3, 83, 1). Es con ocasión del “rito del sacramento” cuando Sto. Tomás habla de “inmolación”. En su pensamiento esta inmolación permanece siendo de orden “ritual”, “sacramental”. Ella es “significada” por la doble consagración que “separa” ritualmente el cuerpo y la sangre de Cristo, a imagen de la separación real del Calvario. Para los discípulos de Santo Tomás la esencia del sacrificio consiste exclusivamente en esta separación ritual de la consagración, representativa de la oblación y de la inmolación cruenta del Calvario: “In hoc sacramento significatur Passio Christi in qua separatus fuit ejus sanguis a corpore. Et ideo separatim in hoc sacramento offerri debet signum corporis et signum sanguinis” (IV Sent., D. XI, q. II, a. 1 q. 1).

Abundan en la Suma textos paralelos (Cf. 3, 78, 3 ad 2). “Sanguis seorsum consecratus expresse Passionem Christi repraesentat”.

efusión de la sangre de Cristo. Ello basta para constituir un nuevo orden de cosas, perpetuando a través de todas las misas el único sacrificio redentor del Calvario. El sacrificio eucarístico tiene su esencia en la oblación y la inmolación²²⁶ ritual del sacramento de nuestra redención. La consagración, separando sacramentalmente al cuerpo de la sangre, pone a Cristo en forma de víctima, como en la Cruz. Toda la redención está ahí bajo un modo sacramental. Todo el realismo histórico del sacrificio cruento hácese presente bajo un modo nuevo, creado por Dios para comunicar a los hombres, a través de siglos, los beneficios de la redención, para establecer el contacto de cada una de nuestras almas con su Salvador y perpetuar en sustancia el único sacrificio de la cruz, que reconcilió al mundo con Dios. Nuestra fe nos da, a nosotros los católicos, una gran libertad en la explicación de esta perpetuidad del sacrificio del Gólgota. El misterio eucarístico es una realidad simple, que escapa a la sucesión de acontecimientos históricos por su esencia de sacrificio puramente representativo. El signo va directamente a la cosa significada, sea cual fuere su posición concreta en el espacio y en el tiempo: antes o después del Calvario, sacrificio eucarístico de la Cena o sacrificio incruento del altar²²⁷. Los sacrificios de la Cena y del altar constituyen un sacrificio verdadero de orden sacramental, en relación de significación y de representación con el único sacrificio de la Cruz. La Cena lo presentaba por anticipación, el altar lo representa como memorial; obteniendo los dos toda su realidad sacrificial de su simbolismo sacramental, que expresa, realiza y hace presentes, bajo un modo incruento, la ofrenda y la inmolación personal del Hijo de Dios sobre la cruz. Toda la esencia del sacrificio eucarístico –se trate de la Cena o del altar– consiste en esta oblación ritual, que realiza una inmolación de orden totalmente aparte. El realismo sacrificial no echa mano de cambio alguno en la persona de Cristo ni de diferencia alguna en su ser natural. Por otra parte, el Cristo de la eternidad permanece inaccesible a todo contacto de la tierra.

Sobrepusando por su modo misterioso las leyes temporales y espaciales de los acontecimientos históricos, el simbolismo sacrificial va directamente a la cosa significada: Cristo muerto en la cruz, que él realiza sacramentalmente. Vano es y

²²⁶ La esencia del sacrificio implica una oblación (género próximo) y una inmolación (diferencia específica). En el sacrificio eucarístico, las dos son de orden sacramental y se realizan por la consagración.

²²⁷ El carácter sacrificial de la Cena es nítidamente enseñado por el Concilio de Trento, sesión XXII, cap. 1o: “In coena novissima, qua nocte tradebatur... Corpus et sanguinem suum sub speciebus panis et vini Deo Patri obtulit”.

peligroso buscar la naturaleza de este sacrificio fuera del contorno preciso, de la significación manifiesta de las palabras sacramentales y de los gestos exteriores del celebrante, que les dan la plenitud de su expresión simbólica. Una vez más, no dejemos el plano sacramental si queremos conservar una inteligencia verdadera del sacrificio eucarístico. No se trata de “pan” o de “vino” ni aun de “persona de Cristo”, sino de “CUERPO ENTREGADO” y de “SANGRE DERRAMADA”: EL RITO ES ESENCIALMENTE SACRIFICIAL. Nosotros poseemos lo que nosotros simbolizamos: nada más ni nada menos; el cuerpo y la sangre de Cristo en el estado de separación como en la cruz, un memorial de Cristo muerto, Cristo sacramentalmente inmolado. Nos encontramos frente a un sacrificio de un orden totalmente aparte, en el sentido de que no acarrea ninguna muerte “real”, ninguna afección “real” en la víctima. En una palabra, para terminar, no hay que buscar fuera de la significación sacramental un sentido y una explicación a este sacrificio. Todo sucede en el orden de la representación simbólica y sacramental de la inmolación de la Cruz: único sacrificio redentor y cruento, cuya realidad perpetúa el sacramento de la Eucaristía pero de modo incruento. Sobre este punto capital de nuestra fe, es preciso retornar al pensamiento más tradicional y, a la vez, más profundo de la Iglesia, a la noción de un sacrificio sacramental.

UNIDAD DEL SACRIFICIO DEL ALTAR Y DEL SACRIFICIO DE LA CRUZ

Fuera de la explicación del sacrificio eucarístico por un orden sacramental, es imposible concebir la unidad del sacrificio del altar con el de la cruz. Si el sacrificio eucarístico fuese un sacrificio de orden natural no podría eludirse una verdadera dualidad. Por lo contrario, a la luz de la doctrina sacramental, la unidad fundamental del sacrificio cristiano aparece en plena claridad. El mismo sacrificio podrá ser indefinidamente repetido de un modo representativo sin perder su unidad. El signo y la cosa significada no aumentan el número: es la misma realidad, el mismo sacrificio, ni siquiera renovado, sino perpetuado, permaneciendo el sacrificio sacramental en vinculación esencial de significación simbólica y de dependencia con el sacrificio de la Cruz. Las palabras “memorial” y “sacrificio representativo” parecen excluir el realismo

sacrificial. Guardémonos de abandonarlas. La Iglesia no nos señala otras: todo el misterio está, pues, en ellas contenido. Por cierto, este modo misterioso escapa a nuestras investigaciones racionales, como el modo de la presencia real, se sitúa fuera de las leyes de la existencia histórica; hablamos, sin embargo, de identidad sustancial y numérica entre el sacrificio del altar y el de la cruz. Sólo difiere el modo de oblación: en el Calvario, es ofrecido por Cristo mismo en su realidad natural e histórica, de un modo cruento; sobre el altar, por intermedio de los sacerdotes, en su realidad eucarística, de un modo impasible, incruento, regido por las leyes generales del simbolismo sacramental.

Así, entrevemos a través de las luces y las oscuridades de la fe, la existencia y la naturaleza del sacrificio del altar. Con ocasión del sacrificio eucarístico, la Iglesia misma cuidadosamente nos hace esta advertencia solemne; estamos en presencia de un “misterio de fe”: “mysterium fidei”.

LOS MISMOS EFECTOS QUE EL SACRIFICIO DE LA CRUZ

La inmolación de Cristo en el Calvario fue la expiación reparadora de todos los pecados del mundo, la fuente meritoria de todas las gracias de salvación y de nuestra felicidad eterna, el sacrificio de adoración, de acción de gracias y de ruego que procura a Dios una gloria infinita, y el supremo acto de nuestra redención.

Con su muerte en la cruz pasó ya para Cristo la hora del mérito y de la expiación; mas continúa en el sacrificio eucarístico para aplicarnos los méritos y las satisfacciones de su sacrificio redentor. Prosigue en él, también, de una manera siempre actual, la obra de glorificación de su Padre por una vida de adoración, de alabanza y de ruego, que constituye la esencia misma de la religión cristiana. Lo que corresponde a la Iglesia es unirse a la alabanza perpetua que, desde el alma de Cristo, sube sin cesar hacia Dios Trinidad. En el momento del santo sacrificio de la Misa, la Iglesia – identificada con el alma del Cristo del Gólgota– contempla lo que veía Jesús mismo desde lo alto de su cruz. Ella expía, adora, agradece y ruega a Dios, fija su mirada, como la de su Maestro, en los horizontes universales del mundo de la redención en perspectivas sin fin.

Los textos litúrgicos muéstranse, sobre este punto, extraordinariamente vigorosos: el cristiano, que asiste a misa, se sabe en vinculación viva con la Iglesia

entera del cielo y de la tierra, en comunión íntima con todo el cuerpo místico de Cristo. Nada viene a limitar la amplitud universal de su mirada, que quisiera ser igual a la de Cristo. Tiene en vista dar a Dios una gloria infinita y hacer descender sobre todos los hombres las gracias de la salvación, de que la Iglesia entera tiene necesidad. Suplica a Dios “por todos los fieles de la cristiandad”. “Suscipe Sancte Pater...” “Recibid, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, esta Hostia inmaculada, que yo, indigno siervo vuestro. Os ofrezco a Vos Dios mío, vivo y verdadero, por mis innumerables pecados, ofensas y negligencias, por todos los circunstantes, por todos los cristianos vivos y difuntos; para que a mí y a ellos sea provechosa para la salvación en la vida eterna”. Y en esta visión gigantesca, que comprende todos los lugares y todos los tiempos, intercede “por su propia salvación y la del mundo entero”²²⁸. El cristiano nunca está solo cuando ora. Lleva siempre consigo el conjunto de todos sus hermanos en Cristo. En la misa, su súplica se hace universal. Pide a Dios para la iglesia “la paz y la unidad... Que la guarde de todo mal, que la guíe en su misión en todo el mundo”²²⁹. Su súplica evoca el recuerdo de todo el pueblo fiel, unido a sus jefes y a su supremo Pastor: el Papa, que ocupa el lugar de Cristo.

Después de la consagración, cuando Cristo está ya sobre el altar, el fiel vuelve otra vez a rogar por la paz y unidad de la Iglesia. Ruega ser librado de “todos los males pasados, presentes y futuros”. No olvida otra fracción importante de la Iglesia: la de los fieles que sufren en el purgatorio. “Señor, concededles, a ellos y a todos los que descansan en Cristo, el lugar del refrigerio, de la luz y de la paz”²³⁰. En fin, su mirada se eleva hacia la iglesia triunfante, ya en los esplendores de la gloria y alabando sin velos la grandeza infinita de su Dios. Menciona, en primer lugar, a “la bienaventurada y gloriosa siempre Virgen María, Madre de Dios”; entra en comunión íntima con todos los santos, que amaron a Cristo: vírgenes, confesores y mártires de la primitiva Iglesia, a los que van juntándoseles sin cesar los santos de los tiempos nuevos. Esta visión inmensa no le basta. Quiere elevar su alma hacia Dios tres veces santo con los ángeles, los arcángeles y todos los espíritus celestiales, para subir todavía más alto y sumergirse en Aquel “por quien adoran los Ángeles”²³¹, ante quien tiemblan las Potestades y las

²²⁸ “Suscipe Sancta Trinitas hanc oblationem... et praestra, ut in conspectu tuo tibi placens ascendat; et meam et omnium, fidelium salutem operetur aeternam” (Ofertorio según el rito dominico).

²²⁹ “In primis quae tibi offerimus pro Ecclesia tua sancta, catholica, quam pacificare, custodire, adunare et regere digneris toto orbe terrarum” (Comienzo del Canon).

²³⁰ Continuación del Canon.

²³¹ Prefacio.

Dominaciones, “el único Mediador entre Dios y los hombres”²³², el director de coro de la alabanza universal, Cristo, en la cúspide de la creación: Sacerdote para la eternidad, “por quien” descienden sobre los ángeles y los hombres todas las divinas gracias, “por quien”, también, todo el universo hecho alabanza sube a Dios. La mirada del cristiano que asiste a misa no encuentra, por fin, su reposo sino en esa sublime doxología que da término al Canon y que, con la Iglesia, murmura en voz baja, en presencia de Cristo inmolado en el altar. “Por Él, con Él y en Él, sea dada toda gloria a Dios Trinidad”²³³.

Quédase maravillado ante el cuadro grandioso en el cual se desenvuelve el misterio de la misa: el mundo entero hállase mezclado en este misterio que perpetúa entre nosotros verdaderamente “toda la obra de la redención” y toda la historia de nuestra salvación. En el momento de la misa, todo debe verse grande y quien se acerque al altar debe hacerlo con un alma verdaderamente católica tan vasta como el mundo.

Antes de celebrar este misterio, que lo va a identificar con todos los sentimientos del alma de Cristo, la Iglesia invita al sacerdote a que se recoja para pedir a Dios lo haga digno de ofrecer con sus frágiles manos este sacrificio “para alabanza y gloria de toda la Trinidad” y de la Iglesia entera y para su bien personal, mas también “en honor de toda la Iglesia triunfante, para utilidad de la Iglesia militante y descanso eterno de la Iglesia purgante”²³⁴. La misa, es realmente la cruz, con su valor infinito de glorificación para Dios y de redención para el mundo.

EL MISMO SACERDOTE QUE EL DE LA CRUZ

Después de la Encarnación, el mundo posee el único Sacerdote de la Creación, encargado de hacer descender los beneficios de Dios sobre los hombres y de ofrecer todas las creaturas a Dios. Leemos en la Epístola a los Hebreos, la descripción clásica de la trascendente grandeza de este sacerdocio eterno: “Tenemos por Pontífice al Hijo

²³² I Timoteo II, 5.

²³³ “Per Ipsum, et cum Ipso et in Ipso est Tibi Deo Patri Omnipotenti in unitate Spiritus Sancti, omnis honor et gloria” (Canon).

²³⁴ “Ego volo celebrare missam et conficere corpus et sanguinem Domini N. J. C. juxta ritum sanctae Romanae Ecclesiae, ad laudem omnipotentis Dei, totiusque curiae triumphantis, ad utilitatem meam, totiusque curiae militantis, pro omnibus qui se commendaverunt orationibus meis in genere et in speciei, et pro felici statu sanctae Romanae Ecclesiae” (Praeparatio ad missam).

mismo de Dios”²³⁵. En adelante Él es el sacerdote único de la humanidad redimida, “el único Mediador entre Dios y los hombres”²³⁶, “igual a su Padre”²³⁷ por su divinidad, “figura de su sustancia y esplendor de su gloria”²³⁸ que tiene “poder de penetrar por sí mismo en los cielos”²³⁹. A ninguno otro ha dicho el Padre: “Tú eres mi Hijo, engendrado de mi seno: Sacerdote para la eternidad”²⁴⁰.

En los días de su vida mortal, el Verbo encarnado sacerdote en todas sus acciones. Cada uno de sus actos fue un hecho de su sacerdocio mediador. Pero fue en el Calvario donde Él desplegó en toda su amplitud el ejercicio supremo de su sacerdocio. “No queriendo, Dios, holocaustos y víctimas de los hombres... Dijo Él entonces: Heme aquí”²⁴¹. Y, en un acto de amor infinito, ofreció a su Padre su propia vida de Verbo encarnado: Sacerdote y Hostia a la vez. El mismo Cristo continúa presentando a su Padre el sacrificio del Calvario perpetuado sobre el altar. El sacerdote visible no es sino el instrumento del Sacerdote invisible. El Verbo encarnado mismo desempeña el papel principal en la oblación ritual del sacrificio del altar. El ministro de la Iglesia actúa solamente en su nombre, “en la persona misma de Cristo”. Es sólo su representante, el embajador con mandato que, por las palabras sacramentales, liga al sacrificio del altar la ofrenda siempre actual del Sacerdote Eterno. La hagiografía cristiana nos refiere que algunos santos entreveían a veces por sobre el sacerdote visible, el rostro de Cristo, que celebraba Él mismo el sacrificio de la misa. La fe nos afirma que así es. El mismo Hijo de Dios se ofrece en persona a su Padre por intermedio de los sacerdotes²⁴², utilizando su concurso sacramental, consagrando por ellos, inmolándose por ellos, conservando en el altar el mismo papel activo que sobre el Calvario, aunque de otra manera. El Cristo del Gólgota está allí todavía: el mismo Cristo, en un mismo acto de ofrenda de su vida, persiguiendo los mismos fines glorificadores y redentores. El carácter sacramental del sacerdocio ministerial de la Iglesia militante permite, pues, a Cristo ser a la vez, por la transustanciación, la causa eficiente de la presencia eucarística y el ministro principal de la oblación de su propio cuerpo y de su propia sangre. El ministro visible es sólo el instrumento del Sacerdote eterno. A través del simbolismo sacramental, la fe debe conducirnos a Cristo, siempre Sacerdote en medio de nosotros.

²³⁵ Hebreos IV, 14.

²³⁶ I Timoteo II, 5.

²³⁷ Filipenses II, 6.

²³⁸ Hebreos I, 3.

²³⁹ Hebreos IV, 14.

²⁴⁰ Hebreos V, 5, 6.

²⁴¹ Hebreos X, 8-9.

²⁴² “Se Ipsum ab Ecclesia per sacerdotes” (Concilio de Trento, sesión XXII, cap. I).

Sería minimizar singularmente la misa concebirla como un simple gesto de la Iglesia, que se haría cargo de la voluntad pretérita de Cristo en la Cena y que cumpliría el mismo rito que cumplió Él por su orden y a su imitación, pero sin intervención alguna actual del Sacerdote eterno. La misa no sería entonces sino un puro recuerdo de la institución de su sacerdocio y de su inmolación sobre la cruz. Con razón todos los teólogos insisten sobre esta ofrenda personal del Verbo encarnado. Esta oblación interior, siempre actual en el corazón de Cristo, constituye el alma del misterio de la misa, el secreto de su valor infinito. Cristo eterno, siempre vivo ante la faz del Padre, el mismo Cristo oculto en la Hostia, continúa ofreciendo, Él mismo, toda su Iglesia a la Trinidad.

LOS MISMOS SENTIMIENTOS EN EL ALMA DE CRISTO

Para comprender los sentimientos íntimos de Cristo durante la misa, basta remitirse a los sentimientos interiores del alma sacerdotal de Cristo durante su vida mortal.

Desde el primer instante de la Encarnación, un doble movimiento animaba día y noche el alma de Cristo: la gloria de su Padre y la redención del mundo. Toda su psicología de Cristo se desenvolvía en torno a esos dos sentimientos. Pero el pensamiento dominante, principio de unidad en toda su vida espiritual de Verbo encarnado, sigue siendo, sin lugar a dudas, su afán primordial por la gloria del Padre. Quien no haya penetrado hasta allí, no ha entrado en el misterio del Hijo de Dios hecho hombre. ¿Acaso su primer pensamiento, al entrar en este mundo, no fue para su Padre?: “Tú no has querido holocaustos ni víctimas de los hombres. Entonces dije: Heme aquí”²⁴³.

Las únicas palabras de Jesús, conservadas en los evangelios, en medio de treinta años de silencio y que aparecen de repente, fulgurantes e iluminadoras como un relámpago, nos descubren todo su misterio de Cristo, nos Le muestran en una intimidad de todos los instantes con su Padre. “¿No sabíais que es menester que Yo esté enteramente en las cosas de mi Padre?”²⁴⁴ ¡Oírlas debió ser para su Madre un

²⁴³ Hebreos X, 8-9.

²⁴⁴ Lucas II,49

deslumbramiento! En cuanto a nosotros, lo sabemos, son la luz bajo la cual debemos leer todo el Evangelio. Los episodios, en apariencia más alejados de esta perspectiva, siempre nos conducen a este pensamiento verdaderamente dominante. En esa escena tan emocionante del encuentro de Cristo con la Samaritana, para no citar sino un ejemplo, a quien el Salvador de las almas viene a Sorprender en su frivolidad para hacer de ella una adoradora “en espíritu y en verdad”, el personaje invisible, el más presente en el pensamiento de Jesús y que domina todo, ¿no es por ventura “el Padre en busca de tales adoradores”?²⁴⁵

Léanse con atención los discursos de Jesús a la muchedumbre o sus pláticas íntimas con sus discípulos. Siéntese, a través de todas las palabras de Jesús, su preocupación por conducir los hombres progresivamente al misterio de esta paternidad divina y a su propia naturaleza de Hijo de Dios: “Mi Padre y Yo, somos Uno”²⁴⁶. Reduce a esta revelación del Padre toda su misión aquí abajo: “Padre, he manifestado tu nombre a los hombres... Yo Te he dado gloria”²⁴⁷. Y su sublime oración sacerdotal, que nos descubre los sentimientos más íntimos de su alma de Cristo, no es sino una efusión de ternura hacia su Padre. Se habla en ella de su obra redentora junto a los hombres, es para hacernos saber que su cuerpo místico todo está llamado a entrar con Él en la unidad del Padre. “Padre mío, que sean Uno como nosotros”²⁴⁸. En definitiva, a los ojos de Cristo, la redención es su obra por excelencia de glorificación del Padre.

Las últimas palabras de los moribundos, son a menudo reveladoras de una vida. El postrer murmullo de los labios del Crucificado nos manifiesta la actitud más fundamental del corazón de Jesús, su total abandono a su Padre: “En tus manos encomiendo mi espíritu”²⁴⁹. Las primeras palabras del Resucitado hacen brillar otra vez el nombre de su Padre; pero esta vez, estando ya consumada la redención, he aquí la frase sintética que explica en su integridad el misterio del Cristo total: “Yo voy a mi Padre que es también vuestro Padre”²⁵⁰. Después, cállanse los evangelistas. San Pablo, a su vez, nos muestra al Cristo de la eternidad “siempre vivo ante la faz de su Padre, a fin de interceder en favor nuestro”²⁵¹; y sabemos también, por el mismo San Pablo que, cuando haya llegado la hora de la entrada del universo en la gloria, en un gesto

²⁴⁵ Juan IV, 23.

²⁴⁶ Juan X, 30.

²⁴⁷ Juan XVII, 4, 6.

²⁴⁸ Juan XVII, 22.

²⁴⁹ Lucas XXIII, 46.

²⁵⁰ Juan XX, 17.

²⁵¹ Hebreos VII, 25.

supremo, Cristo, tomando su reino, lo “ofrecerá a su Padre”²⁵². Entonces será el fin: “Deinde finis...” “Dios será todo en todos”²⁵³. En la redención acabada, todos los elegidos no tendrán sino un mismo Padre que está en los cielos.

Es preciso entrar en esas profundidades del misterio de Cristo para comprender los sentimientos actuales de Jesús mientras celebra Él, con su Iglesia, el santo sacrificio de la misa. Las palabras de la consagración lo hacen descender en medio de nosotros con toda su vida de eternidad. La doctrina sacramental, que liga al Cristo del altar con el Cristo de la cruz bajo forma de sacrificio representativo, lo identifica también en sustancia con el Cristo de la eternidad. Las leyes de la concomitancia eucarística nos dan al Cristo de la gloria con su cuerpo, que no muere más, con todos los sentimientos interiores y actuales de su alma, con las riquezas infinitas de su personalidad divina, eternamente viva en el seno del Padre en la unidad de un mismo Espíritu.

Cuanto cuidado tuvimos de distinguir los diversos aspectos del misterio eucarístico para captar mejor su eminente realidad, tanto debemos ahora conservar el sentido de la unidad concreta de nuestro Cristo. No hay un Cristo en el cielo y otro en la Hostia. El mismo Cristo adora, agradece y ruega ante la faz del Padre y en medio de nosotros. La Iglesia es “una” alrededor de un mismo Cristo. El “Hijo Unigénito del Padre”²⁵⁴ está presente en ella en los esplendores de la gloria; pero también bajo los velos eucarísticos, en las oscuridades de la fe. El misterio de la Misa une la iglesia militante con la Iglesia triunfante en un mismo culto de adoración, de ruego y de alabanza, que encuentra su expresión perfecta, de valor infinito, en la oblación interior y continua del Corazón de Jesús, presente en el Centro de su Iglesia, Mediador único, nuestro Sacerdote para la eternidad.

SACRIFICIO DE EXPIACIÓN

Cuatro fines principales dominan el misterio de la misa: la expiación, la adoración, la acción de gracias y la suplicación.

²⁵² I Corintios XV, 24.

²⁵³ I Corintios XV, 28

²⁵⁴ Juan I, 14.

El hombre moderno ha perdido el sentido del pecado. Mucho le cuesta concebir un Dios que venga a este mundo ante todo para expiar. La fe cristiana, por lo contrario, tal lugar concede a la reparación de la ofensa infinita inferida a Dios por el género humano, que, en su concepción del mundo, descubre en ella el motivo inmediato de la Encarnación.

En el evangelio de la Anunciación, el ángel, mensajero de la Trinidad reduce todo el papel de Cristo al de un Salvador: “Él salvará a su pueblo de sus pecados”²⁵⁵. San Juan nos dice con su sencillez habitual: “Él apareció para quitar nuestros pecados”²⁵⁶. Y nos invita a que, teniendo fe en la infinita ternura del Padre para con sus hijos de adopción, contemplemos este misterio de Dios Salvador: Dios nos ha enviado a su Hijo “en propiciación por nuestros pecados”²⁵⁷. “Cristo ha venido para la destrucción del pecado en el mundo”²⁵⁸. Mas la expiación no se opera sino en la sangre: “No hay remisión de los pecados sin efusión de sangre”²⁵⁹, nota San Pablo. “Ahora bien, Cristo no nos ha redimido con sangre ajena de animales, sino con su propia sangre”²⁶⁰. “Él se dio a Sí mismo por nuestros pecados”²⁶¹. “Nosotros hemos encontrado nuestra redención en su sangre”²⁶². Y el Apóstol hace de este tema la verdad fundamental del misterio de nuestra redención. “Yo os he enseñado, en primer lugar, como yo mismo lo aprendí, que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras”²⁶³. En su lengua un poco ruda, pero tan realista, recordábalo San Pedro a los primeros fieles: “Él llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre la cruz. Por sus heridas fuisteis curados”²⁶⁴.

Santo Tomás no es, pues, sino el eco de la doctrina evangélica y paulina, de la enseñanza común de los Padres de la Iglesia y de los teólogos de la Edad Media, cuando, a la luz de este dogma cristiano, hace resaltar con vigoroso relieve la primacía de la expiación en el alma sacerdotal de Cristo²⁶⁵. Día y noche, esta necesidad de reparación ocupaba el primer plano en el alma mediadora de Cristo. Bajo la presión de su inconmensurable caridad para con su Padre, consideraba Jesús en el pecado ante

²⁵⁵ Lucas I, 77,

²⁵⁶ I Juan III, 5.

²⁵⁷ I Juan II, 2.

²⁵⁸ Hebreos IX, 26.

²⁵⁹ Hebreos IX, 22.

²⁶⁰ I Pedro I, 19.

²⁶¹ I Timoteo II, 6.

²⁶² Efesios I, 7.

²⁶³ I Corintios XV, 3.

²⁶⁴ I Pedro II, 24.

²⁶⁵ “Cum igitur praecipua causa videatur divinae Incarnationis expiatio peccatorum” (Summa contra gentes, IV, 55).

todo, no la privación de nuestra beatitud divina y la necesidad de un castigo eterno, sino la ofensa de gravedad verdaderamente infinita hecha a Dios por la rebelión del hombre. En su lugar, Jesús ofrecía a su Padre su propia vida de Verbo encarnado de dignidad igualmente infinita. La Trinidad entera obtuvo tal gloria en esta oblación de Cristo, de una Hostia igual a Dios mismo y que procedía de una personalidad divina, que a causa de esta ofrenda incomparablemente superior a todas las ofensas de los hombres –y aun de los ángeles– fue acordado el perdón total a la universalidad de los hombres, miembros del cuerpo místico de Cristo²⁶⁶. Dios Padre no vio ya en el hombre pecador sino el rostro de su Hijo bien amado, “primogénito de una multitud de hermanos”²⁶⁷. Tal fue el sacrificio de Cristo en la cruz: un Dios, ofreciendo un Dios. Un Dios-Sacerdote ofreciendo un Dios-Hostia.

Este sacrificio redentor no tiene que ser renovado. “En una oblación única” Cristo ha ofrecido a su Padre un sacrificio propiciatorio por todos los pecados del mundo hasta el fin de los siglos; y, “en esta sola oblación, ha procurado para siempre la santificación de todos los santificados”²⁶⁸. “En adelante sentado en los cielos, a la diestra de su Padre”²⁶⁹; no le queda sino esperar que los hombres culpables se acerquen con confianza al trono de su misericordia, para recibir su perdón de Dios”²⁷⁰. “Mantiénese ahora, por nosotros, ante la faz del Padre”²⁷¹. Esta frase de San Pablo, tan evocadora de la actitud de Cristo ante el Padre en favor de todos los miembros actuales o futuros de su cuerpo místico, señala el papel de perpetua intercesión y de propiciación del Cristo de la eternidad junto a su Padre, mientras la Iglesia militante celebra el sacrificio eucarístico. Sus sentimientos de Crucificado perseveran para siempre en su alma sacerdotal de Cristo. Sin duda, no hay ya que ofrecer a Dios una expiación actual por los pecados del mundo. Cristo, en el término de la gloria, está ya fuera de la vía del mérito. La expiación redentora, cumplida en el Calvario, permanece adquirida para siempre. Pero falta aplicar sus efectos a las generaciones que se suceden: es la razón de ser, en la Iglesia militante, de un sacrificio perpetuo de expiación o más bien de propiciación. Esta última palabra menos evocadora, es más exacta. La expiación recae

²⁶⁶ “Que esta ofrenda, os lo suplicamos, Señor, nos purifique de todos nuestros pecados, ella, que fue en el altar de la Cruz: expiadora de la ofensa cometida también por el mundo entero”. “Haec oblatio, quaesumus Domine, ab omnibus nos purget offensam, quae in ara Crucis etiam totius mundi tulit offensam” (Secreta de la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, según el rito dominico).

²⁶⁷ Romanos VIII, 29.

²⁶⁸ Hebreos X, 14.

²⁶⁹ Colosenses III, 1.

²⁷⁰ Hebreos IV, 16.

²⁷¹ Hebreos VII, 25.

sobre la culpa; la satisfacción sobre la pena; la propiciación depende de Dios. Se expía una falta; se satisface una pena; se vuelve a Dios propicio apaciguando su justa cólera mediante la oblación de un sacrificio agradable a sus ojos, de un valor infinito.

Al ofrecer Cristo a su Padre, la Iglesia militante vuelve a poner ante los ojos del Padre la eficacia sin límites de su expiación sobre la cruz. Ofrece ella a Dios, en verdadero sacrificio, la Hostia cruenta del Calvario, ahora sacramentalmente inmolada, “Hostia santa, Hostia pura, Hostia inmaculada”²⁷², reparadora de todas las infidelidades de las almas. Dios Padre experimenta, a la vista de este mismo Hijo “otrora crucificado, ahora resucitado y ascendido al cielo”, el mismo gozo divino que en el día de la expiación del Calvario, que dio a la Trinidad una gloria infinita. “Por enormes que sean los pecados”²⁷³ de los hombres sobre la tierra, aunque se tratara de la suma de los crímenes más grandes, causados por su fragilidad o su malicia –piénsese solamente en todos esos refinamientos del vicio cometidos en una sola noche en nuestras capitales modernas– todo ello, nada es junto a la gloria infinita que proporciona a Dios en compensación de nuestros egoísmos, de nuestros sacrilegios, de nuestras apostasías, de todas nuestras cobardías, la inmolación personal de Dios oculto en la Hostia. Cuando la Iglesia militante toma al Cristo de la misa para ofrecerlo a la Trinidad Santa en expiación de todos los pecados del mundo, si los hombres supieran unirse con el fervor requerido para esta oblación del sacrificio eucarístico, cesaría el pecado de habitar la superficie de la tierra, el purgatorio ya no existiría y el infierno mismo desaparecería, si del infierno pudiese surgir el más pequeño acto de amor. La misa, ofrenda de un Dios crucificado, reviste el valor infinito de la ofrenda de Cristo en la cruz; la Iglesia participa de ella según el grado actual de su devoción. Aun el pecador más miserable puede acercarse sin temor a la majestad del Padre. Apropiándose, por la fe y por el amor, los méritos y las satisfacciones infinitas del Corazón de Jesús, si muriese en ese instante, oiría la voz del Cristo del Gólgota repitiéndole como al buen ladrón: “Hoy mismo, estarás conmigo en el Paraíso”²⁷⁴. *Lex orandi, lex credendi*. La oración de la Iglesia expresa su fe. Los textos de la liturgia de la Misa señalan esta universal eficacia del sacrificio del altar. Cada uno puede ofrecer este sacrificio “por sus innumerables pecados, por todas sus ofensas y negligencias personales, por todos los asistentes, por

²⁷² Canon de la Misa

²⁷³ “Hujus quippe oblatione placatus Dominus gratiam et donum poenitentiae concedens, crimina et peccata etiam ingentia dimittit” (Conc. de Trento, sesión XXII, cap. II).

²⁷⁴ Lucas XXIII, 43.

todos los fieles vivos y difuntos”²⁷⁵. Pide la Iglesia la “redención de las almas”²⁷⁶, “la liberación de todos los pecados, de todos los males pasados, presentes y futuros”²⁷⁷. “Que en ningún alma quede la menor huella de pecado”²⁷⁸, y que la Trinidad Santa, apaciguada por este sacrificio, nos sea propicia²⁷⁹. Cuando la Iglesia de la tierra, pecadora y cubierta de las mil manchas de la humanidad, se acerca al trono de Dios, teniendo a Cristo en sus manos, Dios es apaciguado. La Purísima Trinidad perdona a todo ser culpable, pero arrepentido, en la medida misma de su buena voluntad.

La Iglesia militante no está sola junto a Cristo en la hora del sacrificio eucarístico: toda la Iglesia triunfante asiste con ella a la misa, pero en la visión al descubierto de Cristo, que se inmola sobre el altar. Hacia el mismo Cristo es a quien se vuelven todas las miradas de la Iglesia y del cielo y de la tierra, en tanto que el alma de Cristo ofrece a su Padre por manos de sus sacerdotes, el mismo sacrificio que sobre la Cruz. Ni la visión de su Padre, ni su vida bienaventurada en el seno de la Trinidad, lo apartan de su tarea de Cristo. Jefe de la Iglesia, Él piensa continuamente en nuestras miserias, en nuestra salvación. No descansará sino al final de los tiempos, cuando esté completo el número de los elegidos. Mientras tanto, no cesa de ofrecer a su Padre sus méritos redentores y su inmolación en la cruz. Aun en medio de los esplendores de la gloria, mantiénese de pie en la actitud de un Cordero inmolado: Sacerdote y Hostia para la eternidad.

La misa: es la ofrenda de la perpetua oblación del corazón de Cristo a su Padre, en reparación de la gloria divina lesionada por el pecado, en adoración de su naturaleza increada y de sus perfecciones infinitas, en acción de gracias por todos sus beneficios, en intercesión por todas las necesidades de las creaturas. La misa: es la Iglesia entera en súplica adoradora y reparadora con su Cristo. La indivisible unidad del cuerpo místico nos impide separar a Cristo de su Iglesia. La Iglesia no hace sino uno con Cristo. Ante la faz del Padre, no hay sino una Iglesia, un solo Cristo en adoración, en acción de gracias y en ruego: el Cristo total. Mientras en medio de las oscuridades de la fe, la Iglesia de la tierra celebra el santo sacrificio de la misa: el Verbo encarnado, presente

²⁷⁵ “Pro innumerabilibus peccatis et offensionibus et negligentis meis, et pro ómnibus circumstantibus, sed et pro omnibus fidelibus christianis vivis atque defunctis” (Ofertorio).

²⁷⁶ “Pro redemptione animarum” (Canon: Memento de los vivos).

²⁷⁷ “Libera nos, quaesumus, Domine, ab omnibus malis praeteritis, praesentibus et futuris” (oración que sigue al Pater).

²⁷⁸ “Ut in me non remaneat scelerum macula” (al recibir la segunda ablución).

²⁷⁹ “Placeat Tibi, sancta Trinitas... ut sacrificium... tibi sit acceptabile, mihique et omnibus pro quibus illud obtulit, sit, te miserante, propitiabile” (al final de la misa, antes de la bendición de los fieles).

ante la faz del Padre, ofrece Él mismo a la Trinidad Santa su humanidad antaño inmolada en la cruz, llevando aún sus estigmas de Crucificado en su cuerpo glorioso. Todos los santos de su Iglesia triunfante unen a su ofrenda de Cristo sus méritos pasados: las vírgenes, su pureza maravillosamente conservada intacta; los sacerdotes y confesores, sus infatigables trabajos al servicio de las almas; los doctores, sus vigiliyas y sus obras; los mártires, sus sufrimientos heroicos y sobrehumanos; en fin, la multitud anónima de los santos desconocidos presenta a Dios la historia de todas las tribulaciones de la tierra, las formas indefinidamente variadas de las crucifixiones de la vida.

Por sobre los ángeles y los santos, una mujer de pureza inmaculada, más radiante que los doctores, más fuerte que los mártires, más luminosa que los querubines y los serafines, con la mirada fija en Dios y su Hijo, se contenta, con un gesto sencillo y sublime, con mostrar la universalidad de sus hijos: es la Madre de Cristo, la Corredentora del mundo, cuya dolorosa maternidad nos valió, a todos, la salvación, más poderosa por sí sola sobre el corazón de Dios que el conjunto de los ángeles y de los santos.

Pero, en presencia de la pureza totalmente divina de la adorable Trinidad, todo el cielo de la gloria se siente impotente para reparar la ofensa hecha a Dios aun por el menor pecado mortal. ¡Entonces, como ancianos del Apocalipsis que “arrojan sus coronas ante el trono del Cordero”²⁸⁰, toda la Iglesia del cielo, unida a la Virgen, siente la necesidad de refugiarse y desaparecer en el alma de Cristo para ofrecer a la Trinidad Santa una Hostia expiadora de pureza y gloria infinitas!

La Iglesia de la tierra, unida a la Iglesia del cielo, vuélvese hacia su Cristo para desaparecer en la oblación personal del eterno crucificado. Entonces Jesús, Sacerdote y Hostia, se ofrece con todos los “suyos”. Cristo y la Iglesia no son ya sino una sola hostia. Una sola oblación elévase hacia Dios. Entre Dios y nosotros no podría haber ya cuestión de pecado. Todos los méritos de la expiación cruenta del Calvario, perpetuada sobre el altar, pertenecen a la Iglesia y a cada uno de nosotros, según la medida de nuestro fervor.

Tal es el primer gesto de la Iglesia en la misa: toma a Cristo y lo ofrece a Dios Padre en expiación de sus infidelidades. La misa: es la ofrenda de un Dios a un Dios, en expiación de todos los pecados del mundo.

²⁸⁰ Apocalipsis IV, 10.

SACRIFICIO DE ADORACIÓN

El lugar primordial, pero accidental, de la expiación en el alma de Cristo se explica por la historia real de nuestra humanidad culpable. Mas al fin de los tiempos, en la Ciudad eterna, otro sentimiento dominará toda la actividad de nuestra virtud de religión: nuestra necesidad de adorar. La adoración es la actitud fundamental de una creatura frente a Dios. Amar y adorar: he ahí la esencia de la religión cristiana. “¡Oh, Dios mío, Trinidad que adoro y que amo, ayúdame a olvidarme enteramente para perderme en la alabanza de gloria de vuestras perfecciones infinitas!”

El Verbo encarnado fue sobre la tierra el gran adorador del Padre, Él, cuya mirada contemplativa reposa en la visión constante de la inmutable Trinidad. Día y noche, una continua y silenciosa adoración ascendía hacia Dios de su alma de Cristo. En su nombre personal y en nombre de toda creatura, Él expresaba a Dios el homenaje de reverencia debido a su majestad infinita. En definitiva, vino a la tierra a borrar el pecado solamente para preparar para el Padre un pueblo “adorador en espíritu y en verdad, pues el Padre busca tales adoradores”²⁸¹. Ahora, por su sacrificio eucarístico, Él quiere asociar a su Iglesia militante a su propia vida de adoración y a la de los bienaventurados. Tal es el sentido de la misa: síntesis viviente de la vida adoradora de la Iglesia unida a Cristo.

En la cruz, Cristo, adorador del Padre, en un movimiento de dilección infinita y en señal de dependencia total, ofrece a la Trinidad el sacrificio de su vida. Nada podía manifestar mejor los derechos absolutos de Dios sobre toda creatura que la inmolación de este Verbo encarnado, que recapitulaba en Sí todas las perfecciones del universo. Esta oblación sin reserva de todas sus riquezas de Hombre-Dios al Todopoderoso, fue el acto inaugural del nuevo culto adorador en espíritu y en verdad predicho por Jesús a la Samaritana, y perpetuado en sustancia en el sacrificio eucarístico, en el cual el Cristo de la misa se ofrece aún a su Padre, bajo signos sacramentales de una misma inmolación adoradora.

Ante la faz del Padre, y al descubierto, Jesús es el adorador perfecto. Nada le distrae de este oficio eterno de glorificación del Padre. Su visión beatífica le revela en una luz de gloria, que sobrepuja toda la de los bienaventurados, los insondables abismos

²⁸¹ Juan IV, 23

de la Divinidad. Él contempla, en una claridad sin sombra, el acto creador que, desde los orígenes del mundo, produce los millares y millares de seres del universo, que el soberano poder de Dios mantiene como recreándose fuera de la nada. Su mirada beatífica penetra en las profundidades de la esencia divina. Manifiéstasele Dios en la infinita majestad de su ser, de su poder y de su gloria, en todo el brillo de su naturaleza en tres personas y de sus atributos eternos. En una admiración maravillada contempla Él la trascendente grandeza de Aquel que es. La sabiduría divina no tiene secretos para Él. Lee como en un libro abierto en el misterio de la Providencia divina. Ve esas multitudes de mundos, cuya inmensidad se despliega en espacios infinitos que nos aterran y que aparecen, en presencia del Ser supremo, como una pura nada. ¿Qué es la generación temporal de todas esas creaturas fugitivas al lado de la generación eterna que oculta a un Dios en el seno del Padre? El Hijo Unigénito descubre en el Padre su Principio sin principio, el Origen primero del que parte todo el misterio de los Tres en la Unidad, la Fuente increada de fecundidad inextinguible de donde proceden las dos otras Personas divinas: el Verbo igual y consustancial a su Padre, su Amor común, coeterno y consustancial, que posee en el interior de esta misma vida íntima de la Trinidad: la misma naturaleza, las mismas propiedades que el Padre y el Hijo en un mismo gozo sin fin, su igual en todo, principio con ellos de todos los seres del universo. “Nadie conoce al Padre a no ser el Hijo”²⁸². En el cielo, no hay misterio para el Hijo Unigénito del Padre y, en plena luz, su humanidad de “Verbo hecho carne”, su mirada contemplativa de Cristo, ante el espectáculo de la belleza de Dios y de las maravillas de su omnipotencia, conviértese espontáneamente en amor adorador. La vida del Cristo de la eternidad ante la faz del Padre es una adoración sin fin.

Toda la Iglesia está unida al alma adoradora de Cristo: la Iglesia triunfante, en la deslumbrante visión de la gloria; la Iglesia de la tierra a través de las sombras y oscuridades de la fe. La liturgia de la misa señala con insistencia esta comunión de la Iglesia entera alrededor de Cristo, en una misma alabanza adoradora. El sacerdote del altar evoca “en primer lugar el recuerdo de la Virgen, Madre de Dios”²⁸³; y, también, el de todos los que están con Ella ante el trono de Dios: los apóstoles, los mártires, los santos de todos los tiempos, fijos para siempre en la inmutable “visión de paz”²⁸⁴.

²⁸² Mateo XI, 27.

²⁸³ Canon de la Misa.

²⁸⁴ “Himno de la Dedicación” (Primeras Vísperas).

Para mejor alabar a su Dios, la Iglesia de la tierra, en el momento del prefacio, con un tono solemne, hace un llamado a la innumerable multitud de los espíritus angélicos. No todos son nombrados, lo mismo sucede con los santos “venidos de la gran tribulación de la tierra”²⁸⁵; sabemos sin embargo que allí están todos, unidos en un mismo culto de homenaje y de adoración. Mas, ¿qué es una alabanza humana o angélica frente al Eterno? Los más puros serafines deben velarse la faz con sus alas, no pudiendo soportar el brillo de la majestad de Dios, en la imposibilidad absoluta de dar a Dios una alabanza infinita, digna de su naturaleza increada. Como los otros bienaventurados que coparticipan de su gloria, ante la grandeza sin límites de un Dios que permanece por sobre toda alabanza creada, en su impotencia en expresar dignamente su alabanza adoradora, los puros espíritus vuélvense hacia Cristo, Sacerdote único de este cuerpo místico del que ellos mismos forman parte. Es “por Él”²⁸⁶ por quien los Ángeles como los hombres hacen ascender hacia Dios sus adoraciones; “por Él” por quien alaban la majestad de Dios, temblando delante de su poder. Le ofrecen el homenaje de su reverencia y de su admiración. “Por Él”, por quien todo el mundo de los puros espíritus: ángeles, arcángeles, tronos y dominaciones, principados, potestades y virtudes de los cielos no cesan de repetir de consuno con los querubines y serafines: “Santo, Santo, Santo, es el Señor, Dios de los ejércitos. El cielo y la tierra están llenos de su gloria”. A Él, alabanza, honor, homenaje y adoración por los siglos de los siglos.

Hay una alabanza que sobrepuja en fervor a la de todos los ángeles y todos los santos: es la alabanza purísima de la Virgen adoradora, cuya mirada maternal descubre a Dios en su Hijo. Su amor de Madre es el único que puede llegar hasta la adoración. Pero su propia alabanza no proporciona, en el concierto universal, una nota aislada. ¿Más que toda otra creatura, no está acaso ligada al conjunto de los hombres, de los que sigue siendo Madre, y a todas las jerarquías de los ángeles, de los que su maternidad divina y su plenitud de gracia la constituyen Reina? Más que nadie, Ella sabe que una sola alabanza adoradora es digna del Eterno: la del Verbo oculto en el seno del Padre, encarnado en Ella para hacerse el Pontífice sumo de toda la creación y ofrecer a la Trinidad Santa un culto de adoración de valor glorificador infinito. En presencia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, la Madre de Dios tiene sólo un deseo: desaparecer con toda la Iglesia en la alabanza adoradora de su Hijo.

²⁸⁵ Apocalipsis VII, 14.

²⁸⁶ Prefacio de la Misa.

¿Cómo la Iglesia de la tierra, para rendir a Dios el culto de adoración que le es debido, no se refugiaría, ella también, en el alma de Cristo? Esta creación visible, en la que ella “camina todavía lejos del Señor”²⁸⁷, manifiéstale con brillo las infinitas perfecciones de la Divinidad. La fe hace surgir ante nuestros deslumbrados ojos todo un mundo sobrenatural en el cual habita Dios en la luz inaccesible de las Tres Personas divinas, de donde irradia, sobre todo el universo de la redención, el poder del Padre, la sabiduría del Hijo, la misericordia del Espíritu. “¿Quién, pues, es como Dios?” - “Quis ut Deus?” Sábelo la Iglesia: aun en esplendores de la gloria, la infinita plenitud del Ser divino sigue siendo incomprensible para todos los bienaventurados. La mirada de Cristo es la que puede medir mejor la infranqueable alteza del misterio de Dios. Sólo el alma de Cristo, unida al Verbo, puede presentar a Dios una adoración de valor infinito.

Solícita en el cumplimiento de este deber primordial de adoración, la Iglesia de la misa murmura, primeramente, su alabanza personal a Dios omnipotente: “Te alabamos, Te bendecimos, Te adoramos” - “Laudamus Te, bendecimus Te, adoramus Te”. Pero, en seguida, siéntese impotente para cantar por sí misma la grandeza sin límites del Dios Trinidad. Entonces, en un gesto sencillo y sublime, en el instante mismo de la consagración, una vez que tiene a Cristo en sus manos, lo ofrece a la Trinidad. Presenta a Dios Padre su propio Hijo, bajo los signos de su inmolación sobre la cruz: Cristo se ha hecho su adoración. Así, la obligación de la Iglesia reviste el valor infinito de los actos mismos del Verbo encarnado, que adora en su nombre. Tal es la Hostia adoradora del sacrificio del altar.

¿Quién piensa en este aspecto contemplativo de la Iglesia de la tierra, que, cada mañana, antes de trabarse en los duros combates de Iglesia militante, se recoge en la oración silenciosa y adoradora de su Cristo? Este minuto de silencio da su verdadero sentido divino a toda su jornada de labor. Es en el alma de Cristo donde la Iglesia adoradora de la misa aprende a hacerse apostólica y corredentora con Él. Amar, adorar y servir. El fiel, que se acerca al Cristo de la misa con los mismos sentimientos, ya no tiene sino un deseo: ser él también adorador del Padre; en todo el curso de su jornada nutrirse de su voluntad e inmolarse por su gloria con Cristo.

²⁸⁷ II Corintios V, 6.

SACRIFICIO DE ACCIÓN DE GRACIAS

Sacrificio de expiación y de adoración, la misa es también suprema acción de gracias de la Iglesia unida a Cristo. Este sentimiento de agradecimiento brilla particularmente en el canto solemne del Prefacio: “Verdaderamente es digno, justo, equitativo y saludable que Te demos gracias en todo tiempo y lugar, Señor santo, Padre omnipotente”. A través del desenvolvimiento y en la admirable variedad de sus fiestas y de sus épocas litúrgicas, la Iglesia agradece a Dios los innumerables beneficios recibidos por los principales misterios de la redención. En Navidad, es la acción de gracias por “el misterio del Verbo encarnado que hace brillar ante los ojos de los fieles un nuevo rayo de su esplendor divino, a fin de que a través de ese Dios hecho visible sus corazones sean arrebatados de amor por las realidades invisibles”. Durante la Cuaresma, el recuerdo del Calvario domina todo. Es el momento de agradecer a Dios por habernos dado a su Hijo en la cruz. En Pascua, el agradecimiento de la Iglesia exprésase en la alegría y redobla su intensidad: “Sí, digno es, justo, equitativo y saludable, sobre todo en esta noche bienaventurada de la Resurrección, exaltar a Dios en acción de gracias por este “Cristo inmolado y hecho Pascua nuestra, vencedor de la muerte con su muerte, resucitado para devolvernos la vida”. En Pentecostés, “en un regocijo sin límites, el mundo entero exulta de alegría por la efusión del Espíritu de Dios sobre los de adopción”, mientras las Virtudes de lo alto y las Potestades angélicas cantan en su gloria un Sanctus sin fin. La Trinidad es una fiesta de silencio y de adoración. La Iglesia se recoge en la contemplación de este misterio de misterios, que no ha podido hacerse accesible sino por revelación: un Dios en Tres Personas, “un solo Dios y un solo Señor, no en la unidad de una sola persona, sino en la Trinidad de una sola sustancia, divinidad verdadera y eterna, sin diferencia de naturaleza, pero en distinción de personas”; un mismo Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, de majestad igual, dignas todas, las Tres, de un mismo agradecimiento y de una misma adoración.

De repente la voz de la Iglesia enmudece; el Verbo encarnado está ahí con su alabanza infinita. De su alma de Cristo sube hacia Dios una gratitud no solamente igual, sino incomparablemente superior a la suma global de todos los beneficios recibidos por la universalidad de las creaturas. A la luz de su visión beatífica, Cristo Sacerdote descubre la soberana magnificencia de Dios sobre todos los seres surgidos de sus manos creadoras y mantenidos, por su omnipotencia, fuera de la nada. Beneficios de la redención, beneficios de la gracia y de la gloria, beneficios de orden hipostático. Cristo

aprecia todos los dones de Dios en su justo valor, del más elevado de los serafines hasta el más imperceptible de los átomos del universo. Habría que penetrar en el alma de Cristo para darse cuenta del agradecimiento sin límites que brota de ella, revistiendo a los ojos de su Padre un valor infinito. El Hijo de Dios le agradece con la luminosa certeza de que Él mismo es quien más ha recibido: sus gracias personales de Verbo encarnado, con todas las virtudes y los carismas que ellas comportan; las inagotables riquezas de su gracia capital, que le permiten obrar sin cesar y a su agrado sobre todos los miembros de su cuerpo místico. Cristo sabe bien que la bondad del Padre y su amor y su omnipotencia y su misericordia y todos sus atributos divinos no se han desplegado sino para hacer de Él el Ser más rico del universo, del cual compendia todas las perfecciones situándole más alto que toda creatura, a la diestra del Padre, en la cumbre de la creación. El primer motivo del agradecimiento de Cristo es, pues, Él mismo, todos los dones naturales y sobrenaturales que lo acompañan en su oficio de Cristo.

En segundo lugar, Jesús agradece a Dios por todas las gracias y todos los privilegios acordados a su Madre: una maternidad divina de una grandeza que toca por un aspecto lo infinito; una plenitud de gloria que la constituye con Él, por Él y en Él, Mediadora de todas las gracias y de la redención. Después de ello, es la visión agradecida de todas las maravillas de Dios en el mundo de los puros espíritus y en el alma de los santos: pureza de las vírgenes, luz de los confesores, fortaleza de los mártires, fidelidad heroica de los grandes servidores de Dios, perseverancia de sus predestinados. Jesús agradece a su Padre por sus beneficios sin número sobre su Iglesia militante, purgante y triunfante.

Hostia de alabanza y de acción de gracias ante la faz del Padre en el deslumbramiento de la gloria. Cristo agradece a Dios en nombre de todos los suyos. San Pablo nos revela cómo este sentimiento de agradecimiento del alma de Jesús se manifestará al fin de los siglos, cuando Cristo, al recibir su reino, lo ofrezca a su Padre en un gesto supremo de gratitud infinita.

Todo el cielo de los bienaventurados se modela sobre el alma de Cristo, dando gracias al Padre. La Virgen es la primera en unirse a Cristo en un Magnificat eterno. Ella exalta al Omnipotente, cuyos designios de misericordia se derraman de edad en edad sobre las generaciones para colmarlas de los bienes de Dios. Los ángeles y los elegidos comulgan con ardor con los sentimientos de gratitud del alma de la Virgen del Magnificat. Pero todos, sintiéndose impotentes para traducir dignamente su

agradecimiento hacia Dios, tanto la Virgen como los ángeles y los santos refúgianse en la acción de gracias del alma sacerdotal de Cristo.

Tal es el espectáculo de eternidad que se desarrolla en el cielo, mientras en el altar y oculto en la Hostia, el mismo Cristo adora y agradece, unido a su Iglesia de la tierra. ¿Qué sería de ella sin Él? Su alabanza se reduciría a pobres balbuceos humanos. Entonces volviéndose hacia el altar del sacrificio, la Iglesia toma a Cristo para ofrecerlo a su Padre. Su Cristo hácese las “gracias” vivientes de su reconocimiento. Por fin su gratitud descubre el secreto de igualar, y hasta de exceder, el beneficio recibido. Por esta Hostia del sacrificio, la Iglesia hace subir hacia Dios una acción de gracias de valor sin límite. Todas sus deudas de criatura redimida son colmadas por la ofrenda de su Cristo. Dios le ha dado su propio Hijo. La Iglesia le devuelve su Hijo: la gratitud iguala el beneficio. Dios obtiene con ello gloria infinita.

Así la misa realiza el tercer fin del sacrificio: el reconocimiento debido a Dios por los dones gratuitos de su soberana bondad. Nadie está exento de esta deuda de agradecimiento. La pobreza espiritual no es excusa: poseemos a Cristo que podemos ofrecer a Dios.

SACRIFICIO DE IMPETRACIÓN

Sacrificio de expiación, de adoración y de acción de gracias, la misa constituye también el ruego más poderoso que la humanidad religiosa puede elevar a Dios. La Iglesia ofrece en ella a la Trinidad el ruego mismo de Cristo. La Iglesia unida a Cristo, adquiere en ella un poder irresistible de suplicación. El alma cristiana que supiera identificarse con los sentimientos de la Iglesia en la hora del sacrificio de la misa encontraría en él, para su propia vida interior, las formas más variadas y más ricas de la vida de oración. Humilde confesión de sus faltas y llamados suplicantes a la misericordia divina en las oraciones del comienzo y el Kyrie. Oración de alabanza y de acción de gracias durante el canto del Gloria. Formulación de sus necesidades diarias mediante las oraciones del día o imperadas según los tiempos y los lugares. Pedido sencillo y sublime de ser divinizado por Cristo en el instante en que el sacerdote echa la gota de agua en el cáliz. Invitación del celebrante a todo el pueblo cristiano a fin de que el sacrificio de la Iglesia se haga su propio sacrificio: “orate fratres”, con las grandiosas

perspectivas que evoca la respuesta de los fieles: “Que el Señor reciba este sacrificio para alabanza y gloria de su Nombre, para utilidad nuestra y de toda su Iglesia”. He aquí, finalmente, a la Iglesia militante llamando en su ayuda a toda la Iglesia triunfante e implorando a Dios que se digne admitirla para cantar con todos los coros de los ángeles, de los bines y de los serafines: “Sanctus, Sanctus, Sanctus”. Después de este supremo llamado a los santos del paraíso, no le queda a la Iglesia sino sumergirse en la oración misma de Cristo.

En efecto, desde que Cristo está allí, la Iglesia de la tierra cambia de actitud. Detiene su propia oración, suplicando a Dios Padre no considere sino al que está allí, oculto en la Hostia y cuyo sacrificio es más agradable a Dios que todos los sacrificios de la antigua ley. La Iglesia se eclipsa ante Cristo. Parece que dijera: “Padre, en adelante, escuchad la voz de vuestro Hijo”. Ella misma está segura de ser escuchada, puesto que posee sobre el altar la oración misma de Cristo. ¡Y qué oración! En los días de su vida mortal, se veía al Hijo de Dios irse a menudo lejos de la muchedumbre, y retirarse al desierto para orar. El Evangelio ha conservado el recuerdo emocionado de esas oraciones nocturnas del Cristo de Galilea y de Getsemaní.

¿Qué mirada humana osaría penetrar el secreto de ese encuentro íntimo del Hijo con el Padre, en medio de las maravillas de la creación? ¡Noches de Palestina, noches de plegaria y de adoración, repetidnos la ardiente alabanza y las apremiantes súplicas del alma de nuestro Cristo, nuestro Sacerdote, nuestro Pontífice sumo, cumpliendo en nombre de toda creatura viviente o inanimada su misión mediadora de ruego y de glorificación sin fin! Todos nosotros estábamos presentes en ese “clamor” redentor de Cristo que Él dirigía a su Padre por cada uno de nosotros, “con grandes gritos y en medio de lágrimas”, nos afirma San Pablo²⁸⁸. Su ruego de Cristo no ha disminuido en el cielo. Por lo contrario, el mismo San Pablo nos revela que ha llegado a ser el instrumento por excelencia de su acción redentora sobre nosotros. Ahora que la hora del mérito y de la expiación pasaron para Él, queda a nuestro Salvador la tarea de aplicarnos los frutos de su sacrificio. En esta nueva fase de la economía de la redención, la plegaria de Cristo desempeña un papel en adelante primordial. Por la oración Jesús obtiene de su Padre todas las gracias de salvación, adquiridas por su sangre en la cruz. He ahí por qué se mantiene siempre ante la Faz de su Padre, nos dice San Pablo, a fin de interceder continuamente en nuestro favor. Los mismos sentimientos animan su Corazón de

²⁸⁸ Hebreos V, 7.

Cristo: el cuidado de la gloria del Padre y el deseo de nuestra redención. Tal es el objeto de su incesante ruego ante Dios.

Nada desvía su mirada de Cristo de la necesidad de glorificar a su Padre. Ahora bien, esta gloria del Padre, es la salvación del mundo, el tránsito de la Iglesia militante a la eterna ciudad de Dios. Ni un instante deja Jesús de cubrir a su Iglesia con su plegaria, suplicando a su Padre, hasta en medio de los esplendores de la gloria le recuerda todas las gracias, todos los auxilios de que tiene ella necesidad cada día para sus combates de Iglesia militante. La Iglesia es: la ciudad de Dios en marcha y en vía de realización. El enemigo vela, rondando alrededor de los hombres para arrastrarlos lejos de Dios. Jefe de la Iglesia, el Cristo de la gloria continúa cubriéndola con su oración todopoderosa. Hay en la certeza de la plegaria incesante de nuestro Cristo, un motivo de confianza que debería darnos ánimo, sean cuales fueren nuestras dificultades. Cada uno de nosotros puede decirse en verdad: en este momento, ante la faz del Padre, Cristo Jesús intercede por mí. ¿Cómo podría no ser oído Él? El Verbo encarnado, jefe espiritual de toda la Iglesia, día y noche nos acompaña con su mirada y con su plegaria de Cristo. Él ve nuestra flaqueza y nuestros peligros. Conoce nuestras cobardías y nuestros sinceros deseos de bien. Él nos quiere santos y su oración vigilante nos guarda de todo mal. “Padre, no te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del mal”²⁸⁹. Guarda mis apóstoles, guarda mis vírgenes, guarda mis mártires, sobre todo guarda mis sacerdotes. Guárdalos a todos en la pureza, el fervor y la fidelidad.

Todo el cielo de los ángeles y de los bienaventurados ora por nosotros con Cristo. En primer lugar, la Madre de todos los hombres, la Mediadora universal de todas las gracias, Aquella cuya omnipotente súplica, como la de su Hijo, siempre es escuchada. La Iglesia posee tal convicción de que la Madre de Cristo vela eficazmente sobre cada uno de los cristianos, que ni siquiera detalla sus necesidades, contentándose con decir a la Madre de Dios: “Ruega, ruega por nosotros pecadores”, sabiendo muy bien que Dios accederá para nuestro mayor bien a lo que interceda la Madre de Dios, que lo es también nuestra.

Todos los elegidos, en posesión ya de la gloria, no cesan con Cristo y la Virgen de rogar por nosotros. El dogma de la Comunión de los santos nos lo muestra colaborando en “la formación de Cristo” en el mundo, con toda la fuerza de su caridad, según el poder de sus méritos y de conformidad con los designios de Dios sobre

²⁸⁹ Juan XVII, 15.

nosotros. Mientras la Iglesia militante corre a sus combates cotidianos y prosigue sobre la tierra la batalla de Dios, todo el cielo está en oración y combate con nosotros. La misa es el momento supremo en el que todas las fuerzas suplicantes de la tierra y del cielo se unen en Cristo para obtener la victoria de Dios. Qué espectáculo para el hombre de fe, la oración común del Pater, murmurada en nombre de toda la Iglesia por el sacerdote del altar. Todos los hijos de Dios, agrupados, juntos, para obedecer al Señor, en una misma ternura y en una misma confianza, “osan decir” con el Hijo: “Padre nuestro”.

Es en la hora de la misa, sobre todo, cuando esta oración del Señor adquiere todo su sentido, en el momento en que Jesús mismo, presente en el altar, viene a formularla con nosotros, en medio de nosotros. Ese Pater de la misa es más que una oración de petición, es la expresión total de nuestra vida en Cristo. En él encuentra la Iglesia su razón de ser y todo su ideal, su vocación suprema de glorificar a Dios: “Santificado sea tu Nombre”, que tu nombre sea conocido por todo el universo; su propio deseo de santidad: “Venga a nos el tu reino”, a cada uno de nosotros; su resolución de servir a Dios según las solas miras de la Providencia: “Hágase tu voluntad”; su grandeza de alma frente a sus enemigos: “Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores”; la conciencia de su propia debilidad, mas también su esperanza de recibir de Dios las gracias de luz y de fortaleza necesarias para su vida de combate: “Danos el pan de cada día” que sostiene a los fuertes: su temor enteramente filial de disgustarle: “Y no nos dejes caer en la tentación”; su abandono apacible en medio de los imprevisibles peligros de su existencia en la tierra: “Líbranos de todo mal”. Sí, “líbranos Señor de todos males: de los del pasado, del presente y de lo por venir. Por la intercesión de la Virgen, Madre de Dios, de los apóstoles y de todos los santos, a fin de que, apoyados en tu misericordia, seamos libres del pecado. Acuérdanos tu inmutable paz”²⁹⁰.

Todo está incluido en esta oración sublime que la Iglesia, unida a Cristo, dirige a Dios Padre. La misa: es el Cristo total orando ante la faz de Dios.

²⁹⁰ Oración que sigue al Pater.

“SUSCIPE SANCTA TRINITAS”

Los cuatro fines inmediatos del sacrificio: expiación, adoración, acción de gracias, oración de súplica, están ellos a su vez ordenados a una finalidad más alta: la gloria de la Trinidad. La misa es la expresión suprema del culto cristiano para con la adorable Trinidad.

No se reflexiona lo bastante en el sentido trinitario de todos los misterios cristianos. Sin embargo, sabemos muy bien que la Santísima Trinidad es el misterio principal de nuestra religión, del cual dependen los otros: Encarnación, Redención, misterio de la Iglesia y Comunión de los santos en la unidad del cuerpo místico de Cristo.

Dios creador, lo confesamos en el Credo de la misa, es el Padre todopoderoso cuyo Hijo se ha encarnado y que conduce a las almas hacia la más alta santidad por su Espíritu de amor. Así, nuestros dogmas fundamentales nos ponen en presencia de un Dios Padre, de un Hijo que se hizo hombre para salvarnos, de un Espíritu santificador que procede del Padre y del Hijo. Y los tres no son sino Uno en la unidad de una misma naturaleza en tres Personas, en una indivisible esencia, poder y sabiduría, en una misma vida.

Somos bautizados en nombre de la Trinidad; confirmados por la recepción del Espíritu que el Hijo nos envía de la diestra del Padre; comulgamos con una Hostia que nos da el Verbo; ofrecemos a Dios el sacrificio de Cristo para gloria de la Trinidad.

El primer gesto del sacerdote en el altar: la señal de la cruz, y sus primeras palabras, nos advierten solemnemente que todo en este sacrificio será hecho “en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”. Todas las oraciones de la misa, todas las doxologías, todas las fórmulas litúrgicas, confiesan nuestra creencia en la Trinidad. El Kyrie dirige sucesivamente una triple súplica a cada una de las tres Personas divinas. El Gloria canta la gloria del “Padre omnipotente y Rey del cielo”, del “Hijo Unigénito, Cordero de Dios, que borra los pecados del mundo”, solo santo y Señor con el “Espíritu Santo en la gloria del Padre”. El Credo es una profesión de fe trinitaria que florece en seguida en alabanza en el triple Sanctus. La admirable oración que precede a la comunión del sacerdote señala la colaboración íntima de las tres Personas de la Trinidad en la obra común de nuestra redención: “Es por la voluntad del Padre y la colaboración del Espíritu Santo que el Hijo de Dios vivo dio la vida a los hombres muriendo por

ellos”. La Iglesia declara que “para agradar a esta Trinidad ofrece ella este sacrificio en nombre de todos”.

Pero hay un gesto litúrgico que manifiesta con más luz el sentido trinitario del misterio del altar, y es cuando, en nombre de la Iglesia, el sacerdote, teniendo en sus manos el cáliz y la patena, los ofrece a Dios con la mirada elevada hacia el cielo, mientras sus labios de sacrificador murmuran: SUSCIPE SANCTA TRINITAS. Es, para la Iglesia, una manera más explícita de indicar a los fieles todos que el sacrificio de la misa: es la ofrenda de Cristo a la Trinidad.

No es ese, sin embargo, sino el rito exterior del misterio de la misa. El simbolismo sacro debe conducirnos allende las fórmulas sacrificales de la doble consagración hacia esa misteriosa presencia real de Cristo, convertido en su humanidad en: Sacerdote y Hostia de la Trinidad.

Comprendamos bien ese misterio del sacerdocio de Cristo. Guardémonos de situar a un Cristo Sacerdote frente a la Trinidad, como si no fuese Él mismo Uno de los Tres. Aquel que reposa como Hijo en el seno del Padre y de quien procede el Espíritu que los consuma en la Unidad.

Nunca mantendremos suficientemente fija la mirada de nuestra fe en la divinidad de Cristo, sobre todo en el misterio de su muerte que perpetúa el sacramento de la Eucaristía. Cristo es Dios, igual a su Padre en su divinidad; la encarnación, revistiéndolo de nuestra naturaleza y de nuestras miserias, nada le ha quitado de sus prerrogativas divinas. Sigue siendo Hijo de Dios en carne, y Principio, a título igual que el Padre, de un Espíritu que es Dios con Ellos. Es menester entrar sin reservas en esta divinidad de nuestro Sacerdote para captar la infinita grandeza de su sacerdocio eterno. “Tenemos por Pontífice al Hijo mismo de Dios”, nos recuerda San Pablo²⁹¹. Con Jesús estamos, pues, en presencia de un Dios Sacerdote, no en virtud de su naturaleza divina, sino en su humanidad; Sacerdote para nosotros, Mediador único de todas las gracias que descienden de la Trinidad sobre los hombres, intermediario de todos los sentimientos de los miembros de su cuerpo místico, teniendo acceso por Sí mismo junto al trono de Dios, pudiendo tratar en nuestro lugar en los consejos de la Trinidad todo lo relativo a nuestra salvación. Su doble mediación, ascendente y descendente, lígalo constantemente con Dios y con los hombres. Fue su sacerdocio de tal perfección, que le bastó ofrecer una sola vez en el Calvario un sacrificio cruento, mas de tanta riqueza que su valor

²⁹¹ Hebreos IV, 14.

infinito y perdurable para todos los siglos no admite ya la renovación del sacrificio redentor.

Cristo Dios mantiénese ante la faz del Padre, no ya en la actitud humillada de sus días mortales de Getsemaní y del Gólgota, sino en la irradiación de su omnipotencia y en el triunfo de su redención: en adelante, sentado a la diestra del Padre y, para lo que aún falta, a la espera de que el desarrollo de los siglos de la historia del mundo venga a traerle la sumisión completa de todos los hombres y de todas las naciones.

Ya no hay, hablando propiamente, sacrificio en el cielo, sino la consumación de todas las cosas en dependencia de los frutos de su sacerdocio eterno. No ya víctima cruenta como en el Calvario. No ya inmolación en figura y en sacramento como en la Cena y en el altar, sino “un Cristo que no muere más” y la contemplación al descubierto de todos los sentimientos de su alma de Verbo encarnado. Él es el adorador del Padre, el Mediador siempre acogido, que obtiene la aplicación de todo los méritos pasados, el Suplicante, que continuamente se mantiene ante la faz del Padre para darle gracias en nombre de todos los bienaventurados y también a fin de interceder en nuestro favor hasta que llegue la hora de la plenitud del Cristo total en la que, entrando el universo mismo en la gloria de Dios, sea todo en todos.

Los elegidos contemplan con admiración esta gloria suprema del Hijo Unigénito, quien, después de haber descendido, en la hora ignominiosa de su pasión, “un poco por debajo de los ángeles”²⁹², se les manifiesta ahora en todo el esplendor de su majestad divina, reposando en el seno del Padre y Principio con Él de un Dios que es su amor eterno. Ven ellos, en la claridad sin sombra de la visión beatífica, cómo el Hijo de Dios, igual a su Padre, es al mismo tiempo, en su plenitud de gracia de Verbo encarnado, el Sacerdote único de la humanidad rescatada y aun de toda la creación, puesto que los puros espíritus mismos hacen ascender “por Él” todo el culto de adoración, en espíritu y en verdad, hacia la bienaventurada Trinidad. Toda la religión del paraíso pasa por Cristo. Con Él, por Él y en Él los santos y los ángeles adoran, agradecen y ruegan; mientras Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, recibiendo en su divinidad las alabanzas de todos, permanece en medio de ellos sometido a su Padre desde la encarnación, Mediador y Sacerdote para la eternidad.

La Iglesia de la tierra, comulgando por la fe con esta liturgia eterna, se encuentra asociada a este culto único que se eleva de toda la creación por Cristo hacia Dios

²⁹² Hebreos II, 7.

Trinidad. La misa, sacrificio sacramental adaptado a su medida de Iglesia militante que aun camina lejos del Señor, le proporciona el medio por excelencia para unirse ella misma a todos los sentimientos del alma religiosa y sacerdotal de Cristo. Todo lo que los bienaventurados cumplen en la luz de la visión, la Iglesia de los fieles lo realiza a su manera a través de las oscuridades de la fe. Pero es el mismo culto adorador que sube de toda la Iglesia de Cristo.

Como la de los ángeles y santos del cielo, la mirada de la Iglesia militante permanece inmutablemente fija en la Trinidad: *Suscipe Sancta Trinitas*. Su gesto de expiación, de adoración, de acción de gracias y de suplicación: es la ofrenda de Cristo a la Trinidad. Todo su culto encuéntrase expresado en ella, idéntico en sustancia al único sacrificio de la religión cristiana, inaugurada por Jesús sobre la cruz y perpetuada en la Hostia. ¡Con cuánto fervor elevaríase hacia Dios nuestro ruego y nuestra alabanza si supiésemos hacer de nuestra misa: la ofrenda del Cristo total a la Trinidad! Allí está Jesús, Jesús que se inmola por la gloria de su Padre y que nos ofrece también con Él. Todo el secreto de la asistencia a misa consiste en ofrecerse con Él. Vivir la misa: es ofrecerse a Cristo, por las manos de la Iglesia, como hostia de la Trinidad.

HOSTIA DE LA TRINIDAD

Una Hostia de la Trinidad es un alma de fe, que, sobrepujando a todas las cosas visibles, ha fijado su morada en Dios, en la sociedad de las tres Personas divinas, habitando con Ellas en una misma vida de luz, de amor y de gozo. A la luz de su fe, se le aparece todo, en la historia del mundo y en los acontecimientos de su propia vida, como manifestación de aquella voluntad divina que, hasta en los más mínimos detalles del universo, realiza sus designios eternos. Ella sabe que la cruz es la gracia suprema de nuestra configuración con Cristo y que, a través de todas las noches de la Iglesia militante, prosigue la ascensión luminosa de las almas hacia la inmutable y beatífica Trinidad.

Una hostia de la Trinidad es un alma que vive en un total abandono, sin inquietud y sin pereza, presta a ejecutar, cada día, todo el bien, grande y pequeño, que esté en su poder, afanosa únicamente por la gloria del Padre en la gozosa libertad y en la confianza sin límites de los verdaderos hijos de Dios.

Una hostia de la Trinidad es un alma que vive de puro amor, pero en la cruz. El puro amor: es la intimidad de todos los instantes con Dios sin que nada venga a distraer al alma de este oficio de amar. Haga lo que haga: humilde tarea cotidiana o acción brillante, nada tiene valor ante sus ojos sino el grado de amor. Está convencida de ello: en el atardecer de su vida será juzgada acerca del amor. ¿El mandamiento supremo de su Dios acaso no es: “Diliges” - “Vivirás de amor”? El Evangelio es su libro favorito, porque es por excelencia el libro del amor. En la escuela de San Pablo, ha comprendido con certidumbre que nada es obstáculo para los que quieren “vivir de amor”. Pero también ha oído de su Maestro que el verdadero amor es el que se inmola y se da todo. He ahí por qué su ideal es la Hostia, el don de sí por amor.

Una hostia de la Trinidad es un alma apostólica y redentora, que sueña en participar en todos los sufrimientos de Cristo para salvar al mundo con Él, hostia para la Iglesia con Cristo.

Una hostia de la Trinidad es un alma de luz que bebe sus decisiones en la ciencia de la cruz. El don de consejo le da la seguridad de que la santidad no está: ni en los éxtasis ni en las cosas extraordinarias, sino en el cumplimiento de sus deberes de estado, por amor. A través de las inextricables complicaciones de una existencia humana, sabe siempre descubrir y realizar el plan de Dios. Nada la desconcierta, nada puede amenguar su ascensión hacia la santidad. Las almas, que dependen de ella, síguenla en esta marcha hacia Dios. Bajo la guía de la Iglesia, avanza con toda seguridad, siguiendo los pasos de Cristo por los senderos de Dios. Su vida es una incesante subida hacia la Trinidad.

Una hostia de la Trinidad es un alma adoradora y reparadora, un alma de súplica y de alabanza que, cada mañana, en la comunión en el sacrificio eucarístico, viene a identificarse con todos los movimientos del alma de Cristo. Su programa de vida le es dictado por estas palabras de San Pablo, que expresan el aspecto central del misterio de la Redención: “Cristo se ofreció como hostia”. También ella quiere ofrecerse a la Trinidad: hostia con la Hostia.

Una hostia de la Trinidad es un alma crucificada, fiel a Dios aún en las cosas más pequeñas, sin espíritu de minucia, pero sin negligencia, buscando como Cristo el cumplimiento de la voluntad del Padre hasta en la más mínima iota. A ejemplo de la Reina de los mártires, cumple ella su deber hasta el fin. Prefiere al heroísmo de grandeza, el heroísmo de pequeñez, más adaptado a su debilidad, a menudo más glorioso a Dios porque brota de un mayor olvido de sí. Su sueño supremo es “vivir de

amor, para morir de amor”. Entre todas las formas de sufrimiento, elige el abandono total del Crucificado en las manos del Padre: el martirio de amor.

Una hostia de la Trinidad es un alma pura, separada del mal, un ser virgen, del cual todas las potencias del amor se mantienen intactas para Cristo. Es un alma de silencio a quien no llegan a agitar las cosas de la tierra, y que se conserva, como la Virgen, santa e inmaculada en el amor, bajo la mirada de Dios.

Una hostia de la Trinidad, en fin, es un alma mariana a quien Dios ha revelado el secreto de vivir en María para vivir mejor a Cristo.

Ser hostia de la Trinidad: es realizar a fondo la gracia del Bautismo y, a través de todo, dejarse divinizar por Cristo. Nada puede impedir a un alma que, en todos los instantes, comulgue con la vida íntima de la Trinidad. Basta ser cristiano en cada uno de los actos y emprender todo con alma de Cristo.

Ser hostia de la Trinidad: es desaparecer en el alma de Cristo.

Ser hostia de la Trinidad: es pasar por la tierra como la Virgen de la encarnación, crucificada y corredentora con Cristo: identificada con todos los sentimientos del Hijo Unigénito del Padre, y, por Ella, dejarse consumir en Él en la UNIDAD de la TRINIDAD²⁹³.

ACTO DE OFRENDA COMO HOSTIA DE LA TRINIDAD

¡Oh, silenciosa y beatífica Trinidad, fuente suprema de luz, de amor y de inmutable paz, todo en el cielo, en la tierra y hasta en los infiernos está ordenado a la alabanza y a la gloria de vuestro Nombre!

A fin de unirme a la incesante alabanza del Verbo, que sube hacia Vos desde las profundidades del alma de Cristo, yo me ofrezco por Él, con Él y en Él, a imitación de la Virgen de la encarnación y por sus manos purísimas: como hostia de la Trinidad.

Padre muy amado, la gracia de adopción de mi bautismo me ha hecho vuestro hijo. Guardadme. Que ninguna falta voluntaria venga a empañar, ni siquiera levemente,

²⁹³ Publicadas por anticipado estas líneas, que fijan un programa de vida como “hostia de la Trinidad”, rápidamente se difundieron en numerosos monasterios y en el pueblo cristiano. Se nos pidió que les añadiéramos un acto de ofrenda que pudiese servir de fórmula de oblación como “hostia de la Trinidad”, cada mañana en unión con el Cristo de la misa. Se notará en ellas el afán primordial de hacer girar la más alta vida mística sobre el eje necesario de las virtudes cristianas: fe, esperanza, caridad, prudencia, justicia, fortaleza, templanza.

la pureza de mi alma; antes bien que mi vida cada día más fiel se eleve hacia Vos, en el abandono filial y sin límites del hijo que se sabe amado por la ternura de un Padre omnipotente.

Oh, Verbo, pensamiento eterno de mi Dios, figura de su sustancia y esplendor de su gloria, no quiero ya otra luz que Vos. Iluminad mis tinieblas con vuestra luz de vida. Que marche firme en la fe, cada vez más dócil a las iluminaciones de vuestra sabiduría, de vuestro entendimiento y de vuestra ciencia, a la espera del día en que toda otra luz se desvanezca en presencia de la fulgurante claridad de vuestra divina Faz.

Espíritu Santo, que unís al Padre y al Hijo en una beatitud sin fin, enseñadme a vivir todos los instantes y a través de todo en la intimidad de mi Dios, cada vez más consumado en la Unidad de la Trinidad. Sí, sobre todo, concededme vuestro Espíritu de amor para animar con vuestra santidad hasta los menores actos de mi vida, a fin de que verdaderamente sea en la Iglesia, para la redención de las almas y la gloria del Padre: una hostia de amor para alabanza de la Trinidad.

Padre, Hijo y Espíritu Santo, Trinidad ardiente y creadora, que conducís a todos los seres del universo con fuerza y suavidad hacia su destino eterno, asociadme a la fecundidad de vuestra acción. Dadme un alma de Cristo redentor.

Que mi vida se desenvuelva toda entera en el plano de la redención con plena conciencia de que a través de los detalles más minúsculos de una existencia humana, se realizan vuestros designios eternos. Que a la luz de vuestras inspiraciones y con el auxilio de la santa gracia, escoja ser, en el puesto en que Vos me habéis colocado, redentor con Cristo, colaborando con Él en la acción maravillosamente fecunda de vuestra Trinidad en el mundo.

Que todos mis actos estén llenos de esa justicia que ante todo deja a salvo todos los derechos de Dios, a fin de que, en toda circunstancia sea Él “servido primero”. Que todas mis acciones estén animadas de ese sentimiento fraternal para con todos los hombres que da a cada uno lo que se le debe, pero con la sonrisa de la caridad, como conviene entre los hijos de un mismo Padre que nos espera en el cielo.

Dadme una fortaleza de ánimo invencible. Que mi amor por Vos sea más fuerte que la muerte. Que mi voluntad no se doblegue jamás ante el deber. Que nada amengüe mi ardor en vuestro servicio. Inspiradme la audacia de las grandes empresas y dadme la fuerza para realizarlas, si es preciso, hasta el martirio, para la mayor gloria de vuestro Nombre.

Os pido un alma límpida como cristal, digna de ser templo vivo de la Trinidad. Dios santo, guardad mi alma en Cristo en la unidad, con todo su poder de amar, ávida de comulgar incesantemente con vuestra pureza infinita. Que ella atraviere este mundo corrompido, santa e inmaculada en el amor, en vuestra sola presencia, bajo vuestra sola mirada, sin la menor mancha, sin la menor ajadura que empañe en ella el brillo de vuestra belleza.

Y Vos, oh, Virgen purísima, Madre de Dios y del Cristo total, que tenéis siempre como misión esencial dar Jesús al mundo, formad en mí un alma de Cristo. Que asociado como Vos a todos los sentimientos del Verbo encarnado, pueda yo, en cada uno de mis actos, expresar a Cristo ante los ojos del Padre.

Como Vos, quiero ser hostia para la Iglesia, amándola hasta dar mi vida por ella, queriéndola con el mismo amor con que la quiere Cristo.

Hija del Padre, Madre de Dios, Esposa del Espíritu Santo, unidme en la medida en que mi alma sea capaz de ello, todo el misterio de vuestra propia vida, identificada con la de Cristo. Vos sois, después de Jesús, el modelo supremo de toda santidad, el ideal de todas las almas que quieran ser en la Iglesia, para la redención del mundo y la mayor gloria de Dios, hostias de la Trinidad.

Después de este mundo que pasa, cuando las sombras de la tierra se hayan desvanecido para mí, que mi vida de eternidad transcurra ante la faz de Dios, en la alabanza incesante de gloria de Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

COMO LA GOTITA DE AGUA DEL CÁLIZ

Cuán diferente valor adquiriría nuestra misa si, en la fe, las miradas fijas en la Trinidad, supiésemos identificarnos, por amor, con todos los movimientos del alma del Crucificado. La misa se nos aparecería entonces lo que en realidad es: el único sacrificio de la redención, perpetuado bajo forma litúrgica en medio de los hombres, para hacerlos santos “a imagen del Hijo”, y también y sobre todo para hacer subir hacia Dios desde el seno de la Iglesia militante, la plegaria continua, la acción de gracia, la expiación y la adoración sin fin del alma de Jesús y de la Iglesia del Verbo encarnado.

¿Quién piensa, en la hora del santo sacrificio, en esos grandiosos horizontes, más vastos que este mundo visible, que une toda la Iglesia de la tierra y del cielo al acto

supremo del sacerdocio del Verbo, ofreciendo a su Padre el Cristo total en una obra común de glorificación de la Trinidad?

Allí está Cristo, en el centro de su Iglesia, supliendo con su sacerdocio eterno nuestra impotencia para glorificar a Dios. ¿Qué hacer en el momento sublime del sacrificio del altar? ¿Cuál es la mejor manera de asistir a misa? La Iglesia nos lo indica en un gesto litúrgico de simbolismo maravillosamente evocador y tradicional: como la gotita de agua del cáliz, desaparecer en el alma de Cristo, perderse en los sentimientos íntimos del Verbo encarnado, y allí, como la Virgen al pie de la cruz, “por Él, con Él y en Él” ofrecerse como hostia de alabanza a la adorable Trinidad.

Capítulo Quinto

EL PERDÓN DE CRISTO

La Penitencia es el sacramento de las misericordias divinas que mantiene permanentemente a Cristo en medio de los pecadores.

El Bautismo, la Confirmación, la Eucaristía bastarían para nuestra vida espiritual si no fuéramos pobres “pecadores”²⁹⁴. El cristiano, hecho hijo de Dios y admitido en la intimidad de la familia de las tres Personas divinas por el Bautismo, revestido de la fortaleza misma del Espíritu de Dios por el sacramento de la Confirmación, que hace de él un “soldado de Cristo” y un campeón de la fe, debería ir, de progreso en progreso, avanzando más y más en cada comunión eucarística hasta la consumación de su unión transformante con Cristo.

NUESTRA CONDICIÓN DE PECADORES

Una simple mirada sobre el mundo de las almas revela en seguida que la realidad es muy otra. Pertenecemos a una raza pecadora, a un universo de pecado. La sombra gigantesca del mal extiéndese de arriba abajo de la creación, cubriendo toda la obra de Dios. El más puro de los espíritus. Lucifer, queriendo bastarse a sí mismo, al igual que Dios, y fijándose orgullosamente en su propio yo, desde el origen del mundo, arrastró en su caída a una multitud de ángeles. Todos estos ángeles de luz, transformados en espíritus de tinieblas y, desde entonces, eternos enemigos de Dios,

²⁹⁴ Del Avemaría: “ora pro nobis peccatoribus”.

agítanse en una continua revuelta contra Él, haciendo de cada una de sus acciones un acto de rebelión: un pecado mortal. Desde la falta de Adán y Eva, de la que estos espíritus siguen siendo principales responsables, ellos se esfuerzan en conducir a la perdición a toda su posteridad. La Escritura nos muestra al demonio “rondando” alrededor de cada uno de nosotros “buscando a quien devorar”²⁹⁵. Y el apóstol San Pablo nos advierte que “el combate espiritual en el que estamos todos empeñados nos traba en lucha, no sólo con nosotros mismos y nuestros enemigos visibles, sino también con los demonios y las potestades invisibles del mal”²⁹⁶.

Felizmente, Dios permanece con nosotros en esta lucha contra el pecado.

EL PECADO ORIGINAL

Sabemos, por la fe, que el pecado original es la fuente más lejana, pero más profunda, de todo el mal que hay en nosotros. Heredamos de nuestros primeros padres una naturaleza caída cuyo peso de pecado importa precisar,

La doctrina de la Iglesia nos pone en guardia, en este punto, contra un doble peligro. No se debe: ni exagerar con Lutero y los jansenistas, ni minimizar como los pelagianos, las consecuencias de esta falta original. El mundo moderno, yendo muchísimo más lejos, tiene tendencia a no tenerlo en cuenta para nada en su apreciación de la naturaleza humana. Es un error inmenso.

La teología católica enseña comúnmente que, de este pecado original, derivan cuatro heridas profundas, que quebraron el equilibrio nativo de la naturaleza humana: la ignorancia en la inteligencia, la malicia en la voluntad, la debilidad y los deseos desordenados en la sensibilidad. El hombre no posee ya la integridad en su naturaleza. Nace “hijo de ira”²⁹⁷, en una condición de pecador. El papel principal de la redención y de la gracia será venir a curar en nosotros, progresivamente, todas las secuelas de las heridas de este pecado.

La inteligencia del hombre ya no se inclina espontáneamente a la evidencia. Camina a tientas hacia la luz, en medio de los mil peligros del error. El conocimiento de Dios es una conquista que permanece prácticamente inaccesible para la mayoría de los

²⁹⁵ I Pedro V, 8.

²⁹⁶ Efesios VI,12.

²⁹⁷ Efesios II, 3.

hombres, por incapacidad, por pereza, por falta de tiempo y de gusto en vacar en la contemplación de las cosas divinas.

Su voluntad, en lugar de inclinarse con fervor hacia el bien, es tironeada hacia el mal. Es imposible para el hombre caído no resbalar perpetuamente en una multitud de negligencias de detalle y hasta, sin la gracia, evitar prácticamente las caídas graves que comprometen sus relaciones de amistad con Dios.

Su cobardía retrocede ante las tareas difíciles. Por temor al peligro, no se atreve a lanzarse a grandes empresas. Frente a una muerte inminente, en lugar de elegir el heroísmo: rehúsa servir.

Su sensibilidad es juguete de las malas concupiscencias. No que sea vicioso por naturaleza, mas el foco del mal habita en él bajo forma de tendencias malsanas que el espíritu no domina ya, que la gracia del estado de inocencia no mantiene ya en total dependencia de la ley de Dios. Después de la caída de Adán, cada uno puede experimentar en sí mismo su propia fragilidad sin límites. Esta vigorosa conciencia de la universal corrupción del hombre constituye uno de los rasgos característicos de la moral cristiana.

LOS PECADOS DE LA RAZA HUMANA

Ese estado de desequilibrio, que inclina al hombre hacia el mal, es considerablemente aumentado por todas las faltas actuales de la raza humana en el curso de su historia. Sobre cada uno de nosotros gravita una pesada herencia de pecado. Por su nacimiento: unos son arrastrados hacia la lujuria, o la embriaguez, otros hacia la violencia, la pereza o las demás pasiones. Basta entrar en un laboratorio médico o en un hospital para formarse una idea suficientemente evocadora de las taras de nuestra raza de pecado.

NUESTRAS FALTAS PERSONALES

Nuestras faltas personales vienen a agravar nuestra condición de pecadores. Toda culpa grave deja en el alma un rastro cruel, una resonancia dolorosa. ¡Cuántos

seres humanos llevan en lo secreto de su alma hasta el ocaso de su vida, los estigmas de su primera falta: el pecado llama al pecado! Es preciso haber comprobado los estragos espantosos de la impureza, del homicidio y de la ambición conjugados, para darse cuenta de la decadencia moral y de la abulia del pecador inveterado frente al bien. En presencia de ciertas naturalezas viciosas o desquiciadas, se tiene la imprevisión de encarar monstruos de inmoralidad. Nada los mueve: ni el cielo ni el infierno, ni la consideración de las afecciones de familia más profundas, ni sentimiento alguno natural. Compréndese, entonces, a qué grado de perversión puede descender la conciencia humana sin la gracia de Dios. ¡Cuántos hombres y mujeres, de rostro sonriente y perfumado, cuyas manos se han empapado en la sangre de un homicidio clandestino! Si la vida de un hombre honrado a menudo está llena de vicios ocultos, qué decir de la licencia desenfrenada en la que tantas existencias mundanas se precipitan con frenesí, no teniendo en la boca más que una palabra: gozar y gozar. Si se pudiese hacer surgir de repente, para exponerlas a plena luz, la suma de los crímenes de toda laya que se cometen en los bajofondos de nuestras capitales modernas: París, Londres, Nueva York, que ellas velan bajo capa de civilización refinada, nuestra mirada humana retrocedería con espanto. San Juan comprobaba con dolor que “el mundo entero está hundido en el mal”²⁹⁸, y vive bajo el signo del pecado. Cuánto más no será en nuestros días: paganismo multiforme que, a manera de una sombra inmóvil, cubre las inmensas multitudes humanas no evangelizadas: herejías y cismas, que en el curso de la historia han desgarrado la túnica inconsútil de la Iglesia de Cristo; materialismo universal y apostasía creciente de las naciones, en este mundo moderno tan ufano de sus invenciones científicas, en que las almas se arrastran en la miseria moral, “sin Cristo y sin Dios”²⁹⁹. Quisiérase un cuadro menos sombrío de nuestra civilización corrompida, mas, ¿cómo escapar a la verdad implacable? Aun en país católico, ¿quiénes son los y las que viven fieles a Cristo? Fuera de los niños que una muerte misericordiosa viene a segar en su inocencia, ¿cuáles son las almas cristianas que atraviesan la vida sin violar la pureza de su bautismo y sin recaídas multiplicadas? Si hubiera de proscribirse de él a todos los hombres y a todas las mujeres culpables de faltas graves, el paraíso estaría casi desierto. Tras de San Pedro, que renegó a su Maestro en la noche de su sacerdocio, de María, la pecadora de Magdala, de la cual arrojó Cristo siete demonios, después de los Jerónimos y de los Agustines, cuántos santos no encontraron la vida de Cristo sino a

²⁹⁸ I Juan V, 19.

²⁹⁹ Efesios II, 12.

través de las lágrimas de la penitencia... Y en cuanto a nosotros mismos, si queremos ser sinceros, ¿qué somos, sino pobres “pecadores” mucho más culpables que otros, a quienes sólo la misericordia ha podido venir a buscar como a ovejas perdidas lejos del redil de Cristo? Titubeos de nuestra fe, y endurecimiento de nuestras inteligencias frente a Dios; presunción temeraria o falta de confianza en la bondad divina; egoísmo y repliegue sobre sí en vez de vivir de puro amor para la sola gloria de Dios; organización de nuestra vida fuera del espíritu del Evangelio y de las luces que descienden de la cruz; injusticias para con el prójimo; cobardías cotidianas ante las exigencias del deber; sensualidad, glotonería, lujuria, amor propio: cometemos las mismas bajezas que los demás hombres, llevamos en nosotros las mismas pasiones infames, participamos con todos de la misma condición de pecadores.

Y con eso es con lo que Dios quiere hacer santos.

LAS MISERICORDIAS DE CRISTO

Cristo sabía muy bien con qué piedras edificaría su Iglesia y cuán frágiles siguen siendo las voluntades humanas. ¿Acaso no es la gloria de la Iglesia hacer santos de pobres pecadores? Toda la economía de nuestra redención está colocada bajo el signo de la misericordia. Desde la tarde de su caída, Adán recibió ya de la boca del mismo Dios las primeras confidencias sobre ella con la promesa de un Redentor. Profetas y libros del Antiguo Testamento henchidos están del recuerdo de las misericordias divinas sobre el hombre culpable y arrepentido. Pero, con la venida de Cristo, brilla la misericordia de Dios para con los pobres pecadores. “Los pueblos sentados en las tinieblas y en las sombras de la muerte vislumbran una gran luz”³⁰⁰. “He aquí mi Servidor bien amado en quien Yo he puesto mis complacencias. Mi Espíritu reposará sobre Él. Él anunciará la justicia a las naciones. No disputará, ni gritará. Nadie oirá su voz en las plazas públicas. No quebrantará la caña cascada. No apagará la mecha todavía humeante. Todas las naciones esperarán en Él”³⁰¹. El Mesías será “manso y humilde de corazón”³⁰². Llamará misericordiosamente hacia Él a todos los que sufren y

³⁰⁰ Mateo VI, 16.

³⁰¹ Mateo XII, 18, 20.

³⁰² Mateo XI, 29.

cuyo “corazón está destrozado”³⁰³. “Venid a Mí vosotros que os doblegáis bajo la carga de la vida y que estáis fatigados, y Yo os consolaré... Encontraréis en Mí el reposo para vuestras almas”³⁰⁴. Se verá al Hijo de Dios con la muchedumbre de los pobres y familiarmente abordado por los enfermos, los desdichados y hasta por las mujeres de mala vida; sus enemigos, escribas y fariseos escandalizados, murmuraban con desprecio ante los discípulos de Cristo: “¿Por qué vuestro Maestro come con los publicanos y los pecadores?” Lo que les valió esta respuesta sublime de Jesús: “No son los sanos los que tienen necesidad de médico, sino los enfermos. Yo he venido a llamar no a los justos, sino a los pecadores”³⁰⁵. Es todo su misterio de Salvador. El misterio de Cristo es, ante todo, un misterio de misericordia. Jesús mismo nos lo ha dicho: “el Hijo del hombre ha venido para buscar y salvar lo que estaba perdido”³⁰⁶. ¿Hay, acaso, otra palabra del Evangelio que haga penetrar más profundamente en el secreto designio de las misericordias divinas? Dios mismo es quien se abaja hasta nosotros: “Él ha venido”: “venit”. Firme está su voluntad: Él ha resuelto salvar todo, porque todo estaba perdido. He ahí su único objetivo: la salvación. Y he aquí la manera como se propone realizarlo. Él mismo se pone a la “búsqueda” de sus ovejas perdidas, a fin de que ni una siquiera escape de sus manos. Corre tras aquellas que se han descarriado, las llama “a cada una por su nombre”, las pone sobre sus hombros y las vuelve así a los prados de la vida. Dios mismo, descendido hasta nosotros por la encarnación del Verbo, ha venido “a buscar y a salvar lo que estaba perdido”. Es todo el sentido de la encarnación redentora. El nombre mismo de Jesús resume todo su misterio de Cristo: “Lo llamarás Jesús, porque Él salvará a su pueblo de sus pecados”³⁰⁷.

La actitud del Verbo encarnado con los pecadores revela las inefables misericordias de Nuestro Salvador: perdona a la mujer adúltera, a la Samaritana, a María de Magdala. Elige a sus apóstoles y a sus discípulos de entre hombres carnales, “tardos para creer”³⁰⁸, quienes, en la noche de la Pasión, le abandonarán todos cobardemente. Pedro mismo lo renegará con impropio a la voz de una sirvienta; y sin embargo Cristo edificará su Iglesia sobre él, esa Iglesia inmutable contra la cual “las puertas del infierno no prevalecerán”³⁰⁹. Toda la historia de la redención está llena de

³⁰³ Lucas IV, 18.

³⁰⁴ Mateo XI, 28-29.

³⁰⁵ Mateo IX, 11-12.

³⁰⁶ Lucas XIX, 10.

³⁰⁷ Mateo I, 21.

³⁰⁸ Lucas XXIV, 25.

³⁰⁹ Mateo XVI, 18.

estas predilecciones gratuitas del Hijo de Dios por los pobres pecadores. Mas cuando Él encuentra en una de esas almas extraviadas una voluntad amante y resuelta, prodiga en ella las maravillas de su gracia y de sus misericordias. A la mujer adúltera que conducen a su presencia, no le dirige ningún reproche, antes bien, conociendo su fragilidad, le recomienda simplemente “no pecar más”³¹⁰. A la Samaritana, que se vuelve hacia Él con el deseo de esa agua misteriosa de la gracia cuya fuente es Él, le revela en confianza su personalidad de Cristo: “¿El Mesías?” - “Yo soy, el que te habla”³¹¹. Y hace de esta alma trivial una adoradora del Padre “en espíritu y en verdad”. En cuanto a la pecadora de Magdala, no se la ha arrastrado a la fuerza junto a Él, como a la mujer adúltera; Cristo no la ha encontrado al azar como la Samaritana; no, Magdalena ha corrido hacia Él, impelida por el amor, y el Hijo de Dios ha hecho de ella, después de la Virgen María, la obra maestra de su redención.

Vuelve a encontrarse en los apóstoles y en los primeros discípulos de Cristo el mismo sentido de la misericordia divina que en el Evangelio. “En el tiempo señalado por las Escrituras, nos afirma solemnemente San Pablo en su “Epístola a los Romanos”. Cristo murió por los pecadores. Apenas hay quien quisiese morir por un justo. Pero lo que hace brillar el amor de Dios por nosotros: es que entonces mismo cuando aún estábamos en el pecado, Cristo murió por nosotros. Él nos ha hecho justos en su sangre. Hemos sido reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo”³¹². El mismo pensamiento fundamental se vuelve a encontrar bajo formas diversas en las otras epístolas paulinas: “Cuando aún estábamos en el pecado, Dios que es rico en misericordia, a causa de su exceso de amor por nosotros, nos ha dado vida en Cristo. Nos ha salvado por su gracia, nos ha resucitado con Él, y ya, en Él, nos ha asociado a su gloria, a fin de manifestar a los siglos venideros las sobreabundantes riquezas de su gracia para con nosotros en Jesucristo”³¹³. “Hemos hallado la redención en su sangre y la remisión de nuestros pecados en las riquezas de su gracia”³¹⁴. “Extraños a la vida de Dios, sin Cristo y sin Dios, ahora tenemos acceso, en Él, junto al Padre en un mismo Espíritu”³¹⁵. Los cristianos ya no son “hijos de ira”, “ni extraños o huéspedes de paso, sino

³¹⁰ Juan VIII, 11.

³¹¹ Juan IV, 26.

³¹² Romanos V, 6-10.

³¹³ Efesios II, 4-7

³¹⁴ Efesios I, 7.

³¹⁵ Efesios II, 12, 18.

conciudadanos de los santos y familiares de Dios”³¹⁶. En verdad, “Cristo se ha hecho nuestra sabiduría, nuestra justicia, nuestra santificación y nuestra redención”³¹⁷.

El Apóstol San Pedro recordaba a los primeros cristianos la misma doctrina de salvación, con su vigor un poco rudo y su autoridad infalible de jefe de la Iglesia: “Sabedlo bien: no habéis sido rescatados con oro ni con plata corruptibles, sino por la sangre preciosísima del Cordero sin tacha”³¹⁸.

San Juan, a su vez, retomaba el mismo tema con emocionante ternura: “Hijos míos, os escribo esto a fin de que no pequéis. No obstante si a alguno de entre vosotros le sucede la desgracia de caer en pecado, nosotros tenemos como abogado junto al Padre: a Jesucristo, el Justo. Él se ha hecho propiciación por nuestros pecados, no sólo por los nuestros, sino por todos los del mundo entero”³¹⁹. “Vosotros no lo ignoráis, Cristo apareció para quitar nuestros pecados”³²⁰.

EL SACRAMENTO DE NUESTRA RECONCILIACIÓN

Cristo Jesús, “después de habernos purificado de nuestros pecados en su sangre, se mantiene ahora a la diestra de la majestad de Dios, en lo más alto de los cielos”³²¹. “Su oblación única”³²² sobre la cruz ha borrado todos los pecados del mundo. Pero, Sacerdote para la eternidad, “conserva el poder de salvar a todos los que se acercan a Él”³²³. En particular, continúa junto al Padre cumpliendo una de las funciones más importantes de su potestad de orden: la remisión de los pecados. Prosigue desde lo alto del cielo, la misma misión de salvación que Él vino a comenzar en la tierra; pues el Calvario mismo no fue sino una etapa en la obra de nuestra redención, que se desarrolla a través de los siglos de la historia del mundo. La economía sacramental nos aplica sus méritos infinitos, permitiendo a Nuestro Señor de una manera súper histórica y súper espacial alcanzar Él mismo a cada uno de sus redimidos. A través de los sacramentos de la Iglesia, es Jesús mismo quien viene a divinizarnos. Cristo está siempre en acción en

³¹⁶ Efesios II, 19.

³¹⁷ I Corintios I, 30.

³¹⁸ I Pedro I, 18-19.

³¹⁹ I Juan II, 1-2.

³²⁰ I Juan III, 5.

³²¹ Hebreos I, 3.

³²² Hebreos X, 14.

³²³ Hebreos VII, 25.

el mundo de las almas. Una fe luminosa y ardiente nos mostraría al Salvador, no sólo ejerciendo sus funciones adoradoras en una actitud de ruego ante la faz del Padre, sino desplegando su actividad sacerdotal en medio de nosotros para nuestra salvación, inspirando por su espíritu todas las decisiones de su Iglesia, animando a cada una de los “suyos” con su gracia capital y, a través de los ritos externos de los sacramentos obrando en persona por su influencia secreta en lo más íntimo de las almas para justificarlas, redimir las y salvarlas.

El ministro del sacramento de la Penitencia no está allí sino en lugar de Cristo. Como para el misterio de la misa, es preciso saber descubrir por la fe, más allá del sacerdote visible, la mano invisible de Cristo que nos absuelve. “¿Quién puede perdonar los pecados sino Dios solo?”³²⁴ La Iglesia no es más que mandataria. Ella ha recibido de su Maestro el poder sin límites de “atar y desatar” las conciencias. “En verdad, en verdad os digo: todo lo que desatareis en la tierra desatado será en el cielo. Todo lo que atareis en la tierra atado será en el cielo”³²⁵. He aquí las llaves del reino de los cielos. Fue en la noche de Pascua, cumplida ya la redención, cuando Cristo, apareciendo a sus apóstoles en su gloria de resucitado, les comunicó este formidable poder que sólo pertenece a Dios: “Recibid el Espíritu Santo, serán perdonados los pecados a quienes vosotros los perdonareis y a quienes se los retuviereis les serán retenidos”³²⁶. Manifiestamente, esto excede las posibilidades del hombre. La purificación de las conciencias, el abrir o el cerrar el cielo dependen de la omnipotencia de Dios. He ahí por qué Jesús mismo, para manifestar a las muchedumbres que Él poseía el poder de perdonar los pecados, se contenta con mostrarles que Él disponía a su agrado de la omnipotencia milagrosa de Dios. “A fin de que se sepa que el Hijo del hombre ha recibido de su Padre el poder de perdonar los pecados, dijo al paralítico: toma tu camilla y anda”³²⁷.

Ahora bien, el sacramento de la Penitencia perpetúa en la Iglesia esta obra de reconciliación de las almas con Dios por la remisión de los pecados. Cuando un alma cristiana se ha hecho culpable de una falta grave después de su bautismo, no queda otro refugio para su salvación que la misericordia de Dios, de la cual el sacramento de la Penitencia sigue siendo instrumento privilegiado. Le proporciona, si es sincera en su arrepentimiento, la plenitud del perdón de Cristo. La justicia divina exigiría el castigo

³²⁴ Marcos II, 7.

³²⁵ Mateo XVIII, 18.

³²⁶ Juan XX, 22-23.

³²⁷ Mateo II, 10-11.

eterno. Pero, en la raíz de todas las obras de Dios está su misericordia infinita. Este amor misericordioso explica todas las intervenciones redentoras de Dios en el mundo: el envío de su Hijo para salvarlo, el motivo determinante de la encarnación y de la maternidad divina, la fundación de la Iglesia, la elección de los escogidos. Nada escapa en la acción divina sobre el mundo, a la universal influencia de este atributo fundamental. La misericordia de Dios atempera los rigores de su justicia aun en los infiernos. Todas las maravillas de la encarnación redentora toman su origen en este amor divino, que se inclina con complacencia sobre nuestra miseria para salvarla. Una verdadera visión del mundo sobrenatural nos descubriría una inmensa y perpetua efusión de gracias, que descienden desde los abismos de la Trinidad, de la cual la humanidad de Cristo no fue sino el órgano visible y cuya acción se prolonga en medio de nosotros, en la Iglesia, por los sacramentos. Cristo continúa pasando cada día en medio de los pecadores. El Padre envía, en todos los instantes, a su Hijo junto a las almas para rescatarlas. Les comunica su Espíritu, a fin de retirarlas del mal, convertirlas y encaminarlas, a través de las expiaciones necesarias, hasta la pureza de los santos. Cuanto mayor es la miseria de un alma, tanto más atrae la misericordia de Dios.

Con la luz de la fe hay que enfocar el sacramento de la Penitencia como una presencia permanente, a disposición de los pecadores, del perdón de Cristo. Sí, en la hora de la absolución sacramental, quisiéramos abandonarnos a la acción redentora y todopoderosa de Cristo Salvador, en una sola confesión, el alma más miserable se elevaría infaliblemente a la más alta santidad, como la pecadora de Magdala a los pies de Cristo o como el buen ladrón en la cruz. La sangre de Jesús corre aún sacramentalmente sobre nuestras almas con el mismo poder de redención. Siempre habrá en la sangre de Cristo, aun en los temibles tiempos del Anticristo, suficiente virtud redentora para salvar a todos los que quieran, con fervor, refugiarse en Él. La absolución hace descender sobre los pecadores todos los beneficios de la redención de Cristo. Por graves que sean los crímenes de una conciencia humana, la sangre de Cristo, infinitamente más eficaz que toda la malicia de los hombres y de los ángeles, viene con la absolución del sacerdote, a perdonarlos totalmente. Cada cual obtiene con ella su perdón en la medida misma de su fervor personal en dejarse purificar por la sangre redentora.

Así, el sacramento de la Penitencia prosigue en las almas la obra de reconciliación de los hombres con Dios en la sangre de Cristo.

El sacramento de la Penitencia comprende esencialmente, de parte del penitente: la confesión integral de sus faltas, la contrición de todos sus pecados, el firme propósito de cumplir la penitencia impuesta por el confesor; de parte del sacerdote: un acto decisivo: la absolución o la denegación del perdón si el penitente no reúne las condiciones requeridas. Este sacramento es administrado bajo forma de juicio, cuya sentencia es pronunciada en nombre de Cristo, sólo juez de las conciencias. He aquí por qué se habla del tribunal de la penitencia.

LA CONVERSIÓN DEL ALMA

Para los bautizados —¡cuán numerosos!— infieles a la gracia de su regeneración, no quedaría ya esperanza de salvación, si Dios, que es tan rico en misericordia y conoce nuestra fragilidad no hubiese instituido un nuevo remedio para curar las heridas mortales del pecado. He ahí por qué, según San Jerónimo, la tradición de los Padres y de los Doctores se complace en llamar al sacramento de la Penitencia: “una segunda tabla de salvación”.

La mayoría de los cristianos se forma una idea bastante superficial sobre el sacramento de la Penitencia, reduciéndolo a una penosa confesión de las faltas cometidas. La Iglesia, con un sentido profundo de la penitencia cristiana, lo vincula con la gran doctrina de la justificación, de la que no es sino un caso de aplicación. Toda la sangre de Cristo corre sobre el alma para purificarla. Confesarse: es convertirse.

Pero, qué diferencia entre el “pascatino” apurado, que viene una vez por año al confesionario, y que en seguida recae en sus hábitos de vida culpable, y los esfuerzos hacia la perfección de una monja en su claustro o de un alma ferviente que, semana tras semana, viene a beber con ardor, en la sangre de Cristo, el secreto de una pureza absoluta y de una fidelidad cada vez más grande a todas las exigencias del amor. Santa Catalina de Siena acostumbraba decir, cuando iba a recibir el sacramento de la Penitencia: “Voy a la sangre”. Más que nunca, sobre todo en la recepción de este sacramento en el que los actos del penitente desempeñan el papel de materia sacramental causa de la gracia, deberíamos nosotros tener en cuenta las disposiciones personales que gradúan sus efectos.

Dos casos pueden presentarse: el de la simple “atrición” o el de la “contrición perfecta”.

Ciertos pecadores se acercan al tribunal de la penitencia con el deseo de ser perdonados, pero sin otro pesar que el de haber perdido el cielo y los otros bienes sobrenaturales, o por otras consideraciones humanas que vienen a mezclarse en gran parte a esos sentimientos de semiarrepentimiento. Su resolución de no pecar más es sincera, pero es el temor servil el que los impele más bien que el amor. Sin embargo, Dios, cuya misericordia sobrepuja infinitamente a nuestra malicia, inclínase con condescendencia sobre esas buenas voluntades vacilantes, sin gran ímpetu sobrenatural. No hay hipocresía de parte de ellos, sino flaqueza e ignorancia. La omnipotente bondad de Dios ayuda con su gracia preveniente a esos pobres seres de pecado, en quienes esta contrición imperfecta nace muy a menudo de la vergüenza y de la fealdad del mal o del temor de su castigo. De suyo, estos sentimientos no serían suficientes para devolver al pecador la amistad de las Personas divinas. Pero sí, a la esperanza del perdón y a la voluntad de no pecar más, se añade la absolución sacramental, la sangre de Cristo les proporciona el perdón de Dios y les restituye el estado de gracia. ¡En cuántas almas pecadoras la misericordia divina ha devuelto así la vida de Cristo!

Un mínimo no es un ideal y más útil es al hombre mantener fija su mirada en las cumbres. Mas, aquí también, ¡cuánta distancia entre las almas que se acercan con piedad a un mismo sacramento de perdón!

En los casos ordinarios, el cristiano culpable, reanimando en él el espíritu de fe, comienza a detestar su pecado: primero por temor servil, después, aproximándose con confianza a la misericordia divina, suplica a Dios con toda humildad que le perdone sus extravíos. Entonces la gracia de Dios desciende a su alma con la caridad y todas las virtudes. Ahora por temor filial y con un corazón amante, tiene pesar de todas sus faltas, no a causa de sus consecuencias sobre él, sino a causa de la ofensa infinita inferida contra la majestad de Dios tan bueno. Repite con el hijo pródigo: “Padre mío, he pecado contra Ti. No soy ya digno de ser llamado hijo tuyo”. Así se acaba su conversión en un movimiento de arrepentimiento perfecto. Dios, el más tierno de los padres lo toma en sus brazos y, apoyándolo en su corazón, le hace entender que le perdona todo.

Existe, finalmente, el caso de las grandes conversiones, cuyo tipo siguen siendo la pecadora del Evangelio o el Apóstol San Pablo; pero que se renuevan a través de los siglos de la historia de la Iglesia, manifestando esplendorosamente las inagotables riquezas de la misericordia divina y de la gracia capital de Cristo, revelándonos también

las leyes profundas e inmutables de la conversión de las almas, porque Dios no nos salva sin nosotros.

En esas milagrosas transformaciones, como en toda conversión, las tres Personas de la Trinidad toman la iniciativa de la salvación. Un cambio tal de vida depende, en primer lugar, no de los esfuerzos del hombre o de sus deseos, sino de Dios que usa de misericordia “para alabanza de su gracia”³²⁸. “Conviértenos, Señor, y nos convertiremos”³²⁹. No se merece un favor de esta clase, se lo obtiene por la oración de la liberalidad de Dios.

El papel del hombre consiste en aceptar esta gracia totalmente gratuita, en consentir en la acción de Dios sobre él. Esta intervención divina, que trastoca una vida, reviste las mil tonalidades de la psicología individual. Existen tantos casos particulares cuantas conversiones. La Iglesia, inspirándose en un análisis genial de la justificación efectuado por Santo Tomás, traza así sus líneas esenciales: primeramente, un acto de fe que pone al alma en contacto con Dios y frente a Cristo; en seguida: un movimiento de temor servil, debido a la consideración de los suplicios preparados para castigo de la falta; después, un sentimiento de confianza en la misericordia divina con la conciencia de la propia nada, por fin, la aparición del primer acto de caridad con el aborrecimiento del pecado “a causa de Dios mismo”³³⁰.

Este amor de preferencia, colocando a Dios sobre todas las creaturas, produce, en presencia del mal moral un sentimiento análogo a la tristeza del alma de Cristo en Getsemaní a la vista de los pecados del mundo. Este movimiento de tristeza enteramente divina constituye uno de los actos más elevados de la caridad. Fue el sentimiento más doloroso de Cristo en la cruz y causa todavía tormento a las almas más puras, que saben ya, en la tierra, elevarse hasta las más altas cumbres del matrimonio espiritual y de la unión transformante. Lo afirma Santa Teresa en la séptima morada de su Castillo Interior. El pecado mortal se les aparece verdaderamente lo que en realidad es: el mayor mal del universo y, si nos atreviésemos a decirlo: el mal de Dios. Esta divina tristeza de la caridad es la clave de toda la psicología de la contrición. La caridad inspira el temor filial que licita el acto de arrepentimiento; la expiación fluye como una necesidad del amor³³¹.

³²⁸ Efesios I, 6.

³²⁹ Trenos V, 21.

³³⁰ Concilio de Trento, sesión VI, cap. VI, y Sto. Tomás, op. cit., III 85, 5.

³³¹ De los seis principios de la contrición perfecta enumerados por Sto. Tomás de Aquino, los cuatro primeros (acción primordial de Dios, fe, temor servil, esperanza). pueden solos preceder a la justificación;

Ese esbozo es sólo un esquema conductor. Es preciso tener en cuenta las circunstancias indefinidamente variadas de cada conversión. En concreto, todas las virtudes y todos los dones del Espíritu Santo concurren, según las circunstancias, para este movimiento, tan complejo, del retorno de un alma a Dios.

La fe muestra el camino y revela el término, descubriendo a la inteligencia, con una luz totalmente divina, ese mundo sobrenatural que nos espera y que el misterio de nuestra redención en la sangre de Cristo vuelve accesible a nuestra esperanza. El pecador penitente ve con certeza que en méritos sin límites de la pasión del Verbo encarnado, ocúltase un poder de expiación y de purificación, que excede infinitamente a toda la malicia pecaminosa de hombres y aun de los ángeles. ¿Cómo un alma, que contempla esos abismos de la gracia capital y de la misericordia de Cristo, no extraería de ellos una confianza ilimitada? Aun cuando hubiese cometido todos los crímenes del mundo, ella sabe: Dios la perdonará ante el menor signo de arrepentimiento. Entonces todas las virtudes vienen a ponerse al servicio de su amor penitente. La prudencia cristiana organiza la vida del recién convertido a la luz de la cruz. Su justicia frente a Dios adquiere forma reparadora. La virtud de la fortaleza la mantiene fiel en el sendero de la expiación. La templanza la aleja, en adelante, de toda flaqueza de sensibilidad y la conserva pura y fiel a Cristo.

En ciertas conversiones privilegiadas, la actividad de los dones del Espíritu Santo desempeña un papel primordial, con la infinita suavidad de la acción de Dios, que, en el gobierno del mundo con su Providencia, sabe atraerse las almas sin violentarlas. En unos, los toques del don de sabiduría los hace saborear la infinita dulzura de Dios y la vanidad de toda creatura: son las almas predestinadas a una gran vida mística en la intimidad de la Trinidad. En otros, el don de entendimiento, por una iluminación súbita, hace resplandecer a su espíritu la luz del Cristo: los ritos católicos manifiestan su sentido simbólico: las Escrituras descubren su secreto, eliminando todas las dudas contra la fe. En muchas almas, el don de ciencia viene a murmurarles la nada de toda vida fugitiva, de todo placer que pasa. En ciertos convertidos, el don de consejo revela bruscamente la nueva orientación que deben dar a su vida: todo debe cambiar, tanto en lo externo como en lo interno. Otras almas, hasta entonces frágiles aun en las

los dos últimos (caridad y temor servil) derivan, con una posterioridad de naturaleza no de tiempo, de la infusión de la gracia santificante, término de la conversión en sentido estricto. La actividad de dones del Espíritu Santo que acompaña a veces los primeros pasos de convertidos sigue, en rigor de término, al instante de su justificación. En estas perspectivas de psicología concreta, no en la pura línea de la esencia del proceso de la conversión, nos hemos colocado nosotros en las reflexiones ulteriores.

menores ocasiones de pecado, sienten una fortaleza divina que en adelante las pone al abrigo de todo mal. El Espíritu de Dios, que habita en ellas, afirmará su perseverancia en el bien.

Los caminos de Dios varían al infinito. Una de las grandes alegrías del paraíso consistirá en descubrir, a través de los meandros de las existencias humanas y de la historia del mundo, la mano de Dios conduciendo infaliblemente a los “suyos” hasta Él. Veremos entonces que fue Dios mismo, en Cristo, quien púsose primero a la búsqueda de sus ovejas perdidas, conduciéndolas al redil después de haberlas llamado “a cada una por su nombre”³³². Toda alma humana tiene su sendero de conversión, que se manifestará a los ojos de los elegidos, cuando brille, en la luz de Dios, el misterio de nuestra predestinación.

Se podría ilustrar estos principios de la teología de la conversión con innumerables ejemplos de santos, que fueron pobres pecadores como nosotros y que la gracia misericordiosa y omnipotente de Cristo condujo, a menudo con rapidez, desde los abismos del pecado hasta las más altas cumbres de la perfección cristiana.

La pecadora del Evangelio, convertida por Cristo mismo, proporciona el ejemplo más ilustre. Esta “mujer de mala vida”, “célebre en toda la ciudad” por sus desórdenes y su mala conducta, vio pasar a Cristo en su vida: y eso terminó. Con una confianza audaz, corre a la casa de Simón el Fariseo en la que ha sabido que Él come y, despreciando todo respeto humano y todo amor propio femenino, va a arrojarse a los pies de Jesús, implorando su perdón con su actitud humillada, con sus gemidos y sus sollozos. Tomada de sorpresa por la explosión de su llanto, se la ve, en un gesto sencillo y sublime, soltar su magnífica cabellera para secar con ella los pies de Cristo, que cubría incesantemente con sus besos. En el alma de la pecadora de Magdala domina un solo sentimiento: Cristo amado sobre todas las cosas. He ahí el secreto de esta conversión fulminante y definitiva, que hará de esta “mujer de mala vida” la eterna gloria de la misericordia de Cristo. Con cuánto reconocimiento debió oír Magdalena las palabras de Jesús a Simón: “Ves esta mujer... Ella ha amado mucho”³³³. El amor es la ley suprema y la medida de toda conversión. La pecadora de Magdala acaba apenas de encontrar a Cristo y ya el Maestro, que conoce el fondo de los corazones y que es la Verdad misma, no vacila en proclamar a la faz del mundo, en este Evangelio que será predicado a todas

³³² Juan X, 3.

³³³ Lucas VII, 36-50.

las naciones, que esta mujer, ayer todavía en el vicio, ha puesto un ímpetu tal en su amor, que ni largos años de penitencia la habrían elevado más alto en la santidad. En verdad, en verdad “ella ya ha amado mucho”, pues el valor del amor se mide, no por su duración, sino por la intensidad del movimiento del corazón. Tal es el nuevo Evangelio de Cristo: amar a Dios sobre todas las cosas y referir todo el cumplimiento de la ley a este mandamiento único.

Cuántas almas han hallado en esta página del Evangelio el secreto de su propia conversión y, después de una vida de pecado, movidas por la misericordia de Cristo para con la pecadora de Magdala, han abandonado todo a su vez para seguir a Cristo, no queriendo otro amor sino el suyo.

Este amor, que todo mide en el cielo, fija ya en la tierra la proporción de las gracias de perdón, de transformación en Cristo que nos proporciona el sacramento de la Penitencia. Cada alma pecadora extrae de la sangre de Cristo un grado de gracia correspondiente a sus disposiciones actuales. De ahí la importancia capital de esta doctrina en la economía de nuestra vida espiritual en la cual la práctica de la confesión frecuente constituye uno de los medios más eficaces de nuestra conversión a Dios.

Tres casos pueden presentarse.

El alma culpable se acerca al tribunal de la Penitencia con disposiciones menos elevadas que antes de su caída: resucita a la vida de la gracia en un grado menor de santidad. Las buenas obras cumplidas precedentemente continúan adquiridas, el alma las volverá a encontrar en el cielo; pero le faltará ese grado superior de beatitud esencial, que la hubiera mantenido por toda la eternidad en una más alta contemplación de la faz de Dios.

A grado igual de generosidad en su retorno a Dios, recobra el mismo estado de gracia.

Pero, si su arrepentimiento excede en fervor a sus disposiciones anteriores, encuentra ella en la sangre de Cristo, que la purifica y diviniza, una gracia de transformación que la configura de más cerca con la santidad de Cristo. Levántase incomparablemente más santa que antes de su caída. El caso de estos convertidos no es quimérico. ¡Con qué dolor Pedro, encontrando la mirada de Cristo en el curso de la pasión, se volvió definitivamente a Él!

Existen almas culpables que se acercan al confesionario con tales sentimientos de arrepentimiento que la absolución del sacerdote, proporcionándoles el perdón de Cristo, las eleva de inmediato a muy alta santidad. Dios se da en la medida en que se le

quiera recibir. La menor gota de sangre redentora, cayendo sacramentalmente sobre un alma, es capaz de borrar todas las iniquidades de una vida humana y transformar un mísero pecador en un santo muy grande.

Esta doctrina, de un alcance práctico incalculable, nos revela con qué cuidado hemos de prepararnos para la recepción del sacramento de la penitencia mediante una contrición tan ferviente como sea posible, puesto que las gracias del sacramento se miden normalmente de acuerdo a ese grado de fervor. Santo Tomás ha condensado esta doctrina en un texto capital: “Sucedee que la gracia a la cual se proporciona la intensidad del movimiento del penitente es a veces igual, a veces superior, o inferior al grado de gracia del cual se había caído. Síguese que el penitente resurge a veces con una gracia igual o aún inferior, otras veces con una gracia mayor. Y lo mismo acaece respecto de las virtudes que derivan de la gracia”³³⁴.

EL SENTIDO DE EXPIACIÓN

No se comprende bien la necesidad y la naturaleza de la expiación sino a la luz de la teología del pecado mortal, que la tradición católica define con una palabra terrible: un alma que “se aparta de Dios” para fijarse en la creatura. “Aversio a Deo et convertio ad creaturas”. El pecador hace de su propio yo el centro de su vida. Subordina a él todo el universo, lo que es un atentado directo contra la infinita nobleza de Dios, principio y fin de todas las cosas. Claro que no se opone siempre inmediatamente a Dios, persiguiendo esta finalidad, lo cual es propio del odio a Dios, el más grave de todos los pecados; sino que se adhiere de una manera culpable y definitiva a un ser transitorio de quien simplemente debiera servirse. Prácticamente el hombre prefiere la creatura al Creador, renegando de su cualidad y de sus deberes de hijo de Dios.

La reparación de tal injusticia y de tal ingratitud exige, por la naturaleza de las cosas, el pesar de la falta y una expiación.

La virtud de la penitencia, en efecto, no consiste solamente en convertirse. Implica un profundo dolor de la ofensa hecha a Dios. Este sentimiento de pesar por su

³³⁴ “Contingit autem intentionem motus poenitentis quandoque proportionatam esse majori gratiae quam illa a qua cecidit per peccatum; quandoque autem aequali, quandoque autem minor. Et ideo poenitens quandoque resurgit in majori gratia quam prius habuerat; quandoque in aequali; quandoque etiam in minori. Et eadem ratio est de virtutibus quae ex gratia consequuntur” (op. cit., 3, 89, 2).

falta “a causa de Dios”, es el que predomina. Todo el resto deriva de él, como los actos secundarios de una virtud acompañan al acto principal. El Concilio de Trento se ha detenido a señalar esta primacía de la contrición sobre los otros sentimientos y actos del penitente: “La contrición que ocupa el primer lugar entre esos diversos actos del penitente, consiste en un pesar doloroso del alma, acompañado de la detestación del pecado cometido y del firme propósito de no pecar más en lo futuro”³³⁵. La contrición del corazón engendra la conversión del alma, la confesión de palabra y la satisfacción de las obras exteriores. De ahí la importancia de la penitencia cristiana; ella consolida en las almas el triunfo sobre el mal, destruyendo todas las consecuencias del pecado: injuria a Dios, estragos considerables en nuestra vida espiritual, disminución de las riquezas sobrenaturales del cuerpo místico de Cristo.

El dolor, causado por el pesar de la falta cometida, constituye la esencia de esta contrición perfecta. Dolor de la voluntad, no de la sensibilidad. El alma descubre, a la luz de su fe, la malicia infinita de todo pecado mortal. Ella ve que Dios, por sus perfecciones sin número y sin límite, merece de parte de toda criatura inteligente: adoración y amor. El pecado es una negativa práctica a reconocer esta infinita trascendencia de Dios. El hombre egoísta se prefiere al Dios del amor. Cuando, después de la caída, adquiere conciencia de su culpabilidad, por instinto trata de restituir a Dios la infinita alabanza que se le debe. No descubriendo en sí sino nada y pecado, vuélvese hacia Cristo, suplicándole que sea Él mismo junto al Padre su expiación, su reparación, su justicia y su redención.

El cristiano culpable, que se refugia en el alma de Cristo, encuentra, en los abismos de caridad del corazón de Jesús, una reparación de amor para su Padre, que sobrepuja infinitamente a la ofensa de todos sus pecados. La sangre que corre sobre su alma apacigua la justicia de Dios. La misa acaba de conducir a su perfección las gracias del sacramento de la Penitencia: el pecador arrepentido ofrece a la Trinidad el amor sin límites del Corazón de Jesús, con la firme confianza de que este sacrificio de propiciación restituye a Dios una gloria infinita.

Como en los otros sacramentos, todo se hace en Cristo. La absolución del sacerdote pone al alma del pecador bajo la influencia actual y redentora de Cristo,

³³⁵ “Contritio, quae primum locum inter dictos poenitentis actus habet, animi dolor ac detestatio est de peccato commiso, cum proposito non peccandi de cetero”.

identificándola con los sentimientos íntimos de amor y de expiación que animaban día y noche, en la tierra, al Verbo encarnado, a vista de todos los pecados del mundo.

La gracia propia del sacramento de la Penitencia es una gracia de conformidad con Cristo, expiando todos pecados del mundo y reparando la gloria divina menoscabada por nuestras iniquidades.

La gracia sacramental de la Penitencia nos da, además, el que podamos participar en el misterio de las satisfacciones infinitas del corazón de Jesús, triturado a causa de nuestros pecados. El mundo moderno, que ha perdido el sentido de la expiación al mismo tiempo que el sentido del pecado, tiene necesidad de volver a encontrar también este sentido de la reparación, necesaria por el desorden llevado a cabo en el mundo aun por el menor de los pecados. Toda violación de cualquier orden exige un justo retorno al equilibrio de valores. El hombre que peca, lesiona a Dios, a su conciencia y a la sociedad entera. Un triple castigo deriva de allí: una pena eterna en el infierno o temporal en el purgatorio, y el remordimiento en el alma; una sanción social si el crimen fue público, o, en la vida futura, y la vergüenza de los pecadores que no se arrepintieron, en el juicio final, en presencia de todas las naciones.

Justo es que quien se adhiera a una creatura con una complacencia excesiva, con desprecio de la ley de Dios, sea reducido al orden mediante una penitencia que lo castigue en las facultades y órganos mismos del pecado. La equidad exige esta sanción. Toda alma culpable lo siente por instinto, como aquel joven de Tolosa condenado a muerte, conducido a la guillotina que, frente a la muerte, pronunció estas sublimes palabras: “He pecado, expío”.

Cristo ha expiado por nosotros con su sangre, y el sacramento de la Penitencia tiene por objeto aplicarnos los inagotables méritos de la satisfacción penal de Cristo. Dios, perdonando al pecador, le remite, pues, la pena eterna o temporal en la medida misma de su unión a Cristo, por el fervor de su caridad. Un texto magnífico del Concilio de Trento nos revela esta maravillosa comunicación de la plenitud infinita de la gracia capital de Cristo a cada uno de los miembros de su cuerpo místico, acordándoles una participación sin límite en el misterio de la expiación del Verbo encarnado, y dando a la más pequeña penitencia sacramental, unida a Cristo, un valor satisfactorio infinito. “En Él vivimos, en Él merecemos, en Él satisfacemos, produciendo dignos frutos de

penitencia que obtienen de Él todo su valor, ofrecidos por Él a Dios Padre y aceptados por el Padre a causa de Él”³³⁶.

La absolución del sacerdote, que nos proporciona todos los beneficios de la pasión de Cristo, borra las faltas y remite las penas debidas al pecado según el fervor de cada penitente. Después de una confesión perfecta, entre Dios y el hombre, ya no hay cuestión de pecado ni de castigo. Dios Padre está dispuesto a acoger al hijo pródigo y a hacerle sentar a su banquete eterno. Si el hombre se corrige de su falta, seguramente que Dios no se la echará en cara. Todo está perdonado.

HACIA LAS CUMBRES

La piedad cristiana, que se ha empeñado con amor en la consideración de los beneficios sobrenaturales del Bautismo, de la Confirmación y de la Eucaristía, no concede, habitualmente, el lugar que le corresponde a la práctica de la confesión frecuente.

Exáltase la grandeza del Bautismo, que nos hace hijos de Dios y miembros de Cristo, futuros coherederos de su gloria. Exhórtase a los militantes de Acción Católica a que adquieran conciencia de sus responsabilidades de cristianos frente a un mundo apóstata, y a que luchen como valientes “soldados de Cristo” para recristianizarlo, contando para su apostolado de conquista con las gracias de su confirmación. La Eucaristía aparece verdaderamente para todos los fieles como el gran sacramento de la vida de Cristo en nosotros, como el centro de unidad de la cristiandad. No se sabe sacar todo el provecho posible de la gracia sacramental de la Penitencia. Y, sin embargo, después de la Eucaristía, la Penitencia es el sacramento que desempeña el papel más activo en el progreso de nuestra vida espiritual. Los santos profesaban una gran devoción a la Confesión, y la Iglesia, se ha empeñado en subrayar, con extraordinario vigor, el alcance universal del sacramento de la Penitencia para el mantenimiento de una alta vida moral en la sociedad cristiana: “TODO LO QUE SE HA CONSERVADO

³³⁶ “Omnis gloriatio nostra in Christo est, in quo vivimos, in quo movemur, in quo satisfacimus, facientes fructus dignos poenitentiae, qui ex illo vim habent, ab illo offeruntur Patri et per illum acceptantur a Patre” (Concilio de Trento, sesión XIV, cap. VIII).

HOY EN LA IGLESIA DE SANTIDAD, DE PIEDAD Y DE RELIGIÓN ES EFECTO, EN GRAN PARTE, DE LA CONFESIÓN”³³⁷.

Además de la gracia fundamental del perdón de Cristo, el sacramento de la Penitencia ejerce considerable influencia en la formación de las conciencias³³⁸. Juez, pero también padre, médico, doctor, director de almas, el sacerdote forma en ellas a Cristo. Despiértales su sentido de responsabilidad, las vuelve atentas a las inspiraciones de Dios, y esos hábitos de análisis, de vigilancia y de dominio de sí les ayuda a una perfecta transformación en Cristo. Compruébase que la práctica de la confesión frecuente desarrolla, en las poblaciones católicas, una delicadeza y una rectitud de sentido moral que no se encuentra en otras partes. Así, realizando su misión divina de juez y árbitro de las conciencias, encargado de formarlas según la ley de Dios, la Iglesia ha trabajado poderosamente en el mejoramiento de las costumbres y en la santificación de todo el cuerpo místico de Cristo.

¡Cuántas almas han obtenido en la confesión, así comprendida, una gracia que ha triunfado sobre una muchedumbre de pecados e imperfecciones!

Sin la absolución y la dirección del sacerdote, ellas habríanse arrastrado toda su vida en la mediocridad. Purificadas en la sangre de Cristo, siguiendo los consejos de un sacerdote, han seguido a su Maestro por el “sendero estrecho del Evangelio que conduce hacia las cumbres”.

Tal es el lugar del sacramento de la Penitencia en la economía de la redención aplicada a nuestra vida cristiana.

Dios, que conoce nuestra flaqueza, ha preparado en este sacramento un remedio maravillosamente apropiado a nuestra cualidad de hombres y a nuestra condición de pecadores. La sangre de Cristo, corriendo sacramentalmente sobre las almas culpables, obra en ellas una renovación profunda, imprimiéndoles una nueva gracia de

³³⁷ “Quidquid hoc tempore sanctitatis, pietatis et religionis in Ecclesia summo Dei beneficio conservatum est, id MAGNA EX PARTE confessioni tribuendum esse” (Catecismo del Concilio de Trento, 2a parte, Núm. XLV).

³³⁸ Lo que el autor dice acerca de la Confesión está admirablemente tratado en la encíclica de S. S. Pío XII (“Del Cuerpo Místico de Cristo”) sobre la vida espiritual, en la que dice el Sumo Pontífice: “...para progresar cada día con más fervor en el camino de la virtud, queremos recomendar con mucho encarecimiento el piadoso uso de la confesión frecuente, introducida por la Iglesia no sin una inspiración del Espíritu Santo, con el que aumenta el justo conocimiento propio, crece la humildad cristiana, se desarraigan las malas costumbres, se hace frente a la tibieza e indolencia espiritual, se purifica la conciencia, se robustece la voluntad, se lleva a cabo la saludable dirección de las conciencias y aumenta la gracia en virtud del sacramento. Adviertan, pues, los que disminuyen y rebajan el aprecio de la confesión frecuente... que acometen una empresa extraña al Espíritu de Cristo y funestísima para el Cuerpo místico de nuestro Salvador”. (Nota del Traductor).

configuración con Cristo. ¡Cuántos santos, hoy en los esplendores de la gloria, recobraron en él la vida de Cristo después de haber perdido su inocencia bautismal!

Así, a la luz de la fe, este sacramento de la misericordia se nos aparece como una prolongación de la encarnación redentora y de la continua acción purificadora de Cristo, que permanece a disposición de los pecadores y que aun viene a nosotros a “buscar y salvar lo que estaba perdido”.

¿No consiste todo el papel de la Iglesia, precisamente, en hacer santos con pecadores como somos nosotros? Si Cristo ha querido confiar las llaves del reino de cielos a Pedro el renegado, es para manifestarle que deberá perdonar no siete veces, sino setenta veces siete, es decir, sin límite.

Puesto que Dios, en Cristo, Él mismo se ha hecho nuestro redentor, que nadie desespere de su salvación. ¿Acaso no lo desea Dios infinitamente con más ardor que nosotros? Si Caín y Judas hubieran recurrido como Pedro a la misericordia de Cristo, hubieran llegado a ser grandes santos, como los otros justos del Antiguo y del Nuevo Testamento.

En una página célebre de la “Historia de un alma”, aquella a quien Pío X llamaba “la santa más grande de los tiempos modernos”, Teresa de Lisieux, ha expresado con irresistibles acentos su confianza audaz en el amor misericordioso del Salvador. “No porque haya sido preservada del pecado mortal me elevo a Dios por la confianza y el amor. ¡Ah!, lo siento, aun cuando pesasen sobre mi conciencia todos los crímenes que se puedan cometer, nada perdería de mi confianza; iría, con el corazón destrozado de arrepentimiento, a arrojarme en los brazos de mi Salvador. Yo sé que ama al hijo pródigo, he oído sus palabras a Santa Magdalena, a la mujer adúltera, a la Samaritana. No, nadie podría aterrorizarme, sé que toda esa multitud de ofensas desaparecería en un abrir y cerrar de ojos, como una gota de agua en una hoguera ardiente”.

Esto es Evangelio puro, del cual la teología más tradicional ha descubierto los fundamentos dogmáticos en las riquezas infinitas de la gracia capital del Verbo encarnado. Hay en la sangre de Cristo, que nos proporciona el sacramento de la Penitencia, un poder de redención capaz de elevar en un instante el alma más pecadora hasta la más alta santidad.

Los pecadores, que se acercan al tribunal de la Penitencia, encuentran en esa sangre redentora la fuente y el océano infinito de las misericordias. Sus pobres almas, manchadas por el pecado, son de nuevo transformadas en Cristo, recobrando en Él todos

los esplendores y todas las esperanzas de su vocación divina. La gracia del perdón les devuelve el sentido de las cumbres y el deseo ardiente de hacer de su vida una continua ascensión hacia Dios.

Las almas tibias, avergonzadas de su cobardía y de la sangre de Cristo malgastada vuelven a adquirir conciencia de sus responsabilidades cristianas y se muestran resueltas a llevar una vida más fervorosa.

Las almas fervorosas elévanse rápidamente a una alta perfección. La sangre de Cristo las purifica de sus manchas veniales, llevando a las más fervientes y más fieles hacia el heroico destino de los santos.

¿Y qué decir de las almas santas sobre las cuales viene a derramarse sacramentalmente la sangre de Cristo? Más todavía que todas las otras, estas almas se benefician con esas gracias de purificación y de fuerza que triunfan del pecado. Estas almas llegan a ser la obra maestra de la redención y, ya en esta vida, Dios las conserva en su inmutable paz.

En el día de Cristo, cuando brille la infinita misericordia del Salvador para con los pobres “pecadores”, veremos a plena luz la innumerable multitud de santos, que faltarían en su paraíso si Jesús no hubiese instituido este sacramento del perdón.

Capítulo Sexto

NUESTRA VIDA FAMILIAR EN CRISTO

El Matrimonio es el sacramento de toda nuestra vida familiar en Cristo.

Cristo, al fundar su Iglesia, tuvo en cuenta el carácter eminentemente social del ser humano.

Dos sacramentos, excediendo los horizontes personales de una vida humana, desempeñan en la Iglesia una verdadera función social de amplitud excepcional. Son el Matrimonio y el Orden.

Se llega a ser padre o madre para su país y en vista de la Ciudad de Dios, como se llega a ser sacerdote para toda la Iglesia de Cristo. Visto a la luz de la fe, en esas grandiosas perspectivas de la economía de la redención, el Matrimonio, en la Iglesia, reviste el sentido y la grandeza de un sacerdocio: “este sacramento es grande”.

En el pensamiento de Dios, la unión del hombre y la mujer posee un carácter sagrado. La amistad conyugal, llamada a florecer en paternidad y en maternidad, permanece ordenada, ante todo, a la propagación del cuerpo místico de Cristo, a poblar de elegidos el cielo, a multiplicar los eviternos adoradores de la Trinidad. El hogar cristiano es el almacén de los santos en el cual se prepara la ciudad de Dios³³⁹.

³³⁹ “Copulatio igitur maris et feminae, quantum adinet ad genus mortaliū, quoddam seminarium est Civitatis” (De Civitate Dei, XVI, 6).

I. EL AMOR CRISTIANO

¿Hay acaso necesidad de subrayar hasta qué punto de desviación se ha hundido el mundo moderno en su concepción de la comunidad familiar, con su individualismo materialista y burgués? La encíclica del Papa Pío XI sobre el matrimonio³⁴⁰ expone las tachas y las doctrinas perversas de nuestra civilización corrompida sobre este punto capital de la moral cristiana. Basta abrir los ojos al espectáculo de los innumerables seudomatrrimonios que pululan hasta en nuestros pueblos más apartados, para comprobar la decadencia de las costumbres familiares hasta un grado al cual probablemente aún no se había llegado desde la caída del imperio romano. Las naciones cristianas mismas, en sus legislaciones y en sus costumbres, han seguido, en su mayoría, de hecho o de derecho, la misma curva de decadencia.

Razón de más para afirmar en su integridad –y su esplendor– el ideal humano y cristiano del Matrimonio, del que han vuelto a encontrar pleno sentido las élites de nuestros movimientos de Acción Católica, queriendo a Cristo en el hogar como en toda su vida.

IDEAL HUMANO

¡El ideal humano del matrimonio es ya tan hermoso! Dos seres unen su personalidad, cuerpo y alma, para no hacer sino “uno” en la vida, comulgando en un mismo ideal de pensamiento y de amor, asociados de la manera más íntima posible en este mundo en las mismas alegrías, en las mismas esperanzas y en los mismos dolores.

En la estructura misma del hombre y de la mujer es donde hay que saber descubrir el origen de esa atracción misteriosa de dos seres que el Creador, en su sabiduría, ha querido distintos y complementarios; maravillosamente creados para ayudarse mutuamente en todos los planos: físico, intelectual, moral y religioso. La naturaleza humana: no es el hombre o la mujer, sino los dos reunidos en una invisible unidad, aportando a esta común naturaleza un mutuo enriquecimiento.

³⁴⁰ “Casti connubii”, del 31 de diciembre de 1930.

Dos sensibilidades se encuentran y se atraen, aspirando a fundirse en esta unidad, que ningún legislador humano ha sabido expresar con tanta fuerza y delicadeza como Cristo en el Evangelio: “Serán dos en una sola carne”³⁴¹. Este acuerdo fundamental en el plano físico –se quisiera poder escribir fisiológico– debe ser infinitamente superado por personas espirituales dotadas de alma inmortal, creadas para la sola Belleza de Dios.

Cuidémonos, sin embargo, de despreciar o de subestimar este contacto de dos seres de carne, a fin de no caer en una mística desencarnada en la cual las atracciones legítimas de la naturaleza correrían el riesgo de un terrible desquite, frecuentemente adúltero. Todas las desviaciones antihumanas y anticristianas de las diversas concepciones del matrimonio han procedido del hecho de no haber querido mantenerse, por exceso o por defecto, en el maravilloso equilibrio humano formulado por la sabiduría misma de Cristo.

En plena conformidad con la razón, el Evangelio condena, a la vez, toda mutilación de las tendencias afectivas del ser humano y toda exaltación perversa de las pasiones animales. Siempre que se subordine la carne al espíritu y el amor conyugal a la amistad de Dios: todo está en orden.

La sensibilidad en el hombre y la mujer debe permanecer bajo el contralor y al servicio de la razón: es la primacía de lo espiritual. El matrimonio es, ante todo, una comunión de las almas en un mismo ideal de vida³⁴². Cada uno de los cónyuges aporta para ello su inteligencia, su voluntad, todas sus cualidades intelectuales y morales, vale decir, sus dotes personales.

No es lugar este donde debemos ocuparnos del análisis de las semejanzas y diferencias entre la inteligencia o la voluntad del hombre y las facultades femeninas, dos formas complementarias de una misma naturaleza. Sobre este tema, que ha llegado a ser un lugar común, los psicólogos de todos los países modulan infinitas variaciones, a veces un tanto facticias. ¡Tantas son las tonalidades que distinguen a los millares de seres humanos, tan diversos según las razas, los climas, el estado de cultura, las épocas, las formas de civilización! En realidad, el Creador ha dotado a esas dos inteligencias y a esas dos voluntades humanas de aptitudes diferentes, ordenadas a funciones distintas en

³⁴¹ Mateo, XIX, 6 (“Recuerdo del Génesis”, II, 24).

³⁴² “Conjugio igitur animi junguntur et coalescunt, hique prius et arctius quam corpora” (encíclica “Casti connubii”).

la vida y destinadas por Dios a mantenerlos asociados en una tarea común primordial: la fundación de una comunidad familiar en la cual cada uno de los dos debe desempeñar su papel, en provecho mutuo y en el de los hijos que habrán de elevar hasta Dios.

Todo es puesto en común con ese objeto: sólido razonamiento y juiciosas decisiones del hombre, intuiciones de la mujer y su genio de amor, trabajo encarnizado del padre e incansable abnegación de la madre, el sentido social, que lleva al hombre fuera y el instinto del hogar al cual le vuelve una ternura que lo descansa de las fatigas de la jornada. Todas las preocupaciones del hombre desaparecen en presencia de la sonrisa y del afecto de una esposa fiel, su “ayuda”, dada por Dios para sostenerlo en la vida.

Los hijos, a su vez, con la nota gozosa y cándida de sus fiestas, acaban de desarrugar las frentes preocupadas o angustiadas. En medio de las inevitables vicisitudes de una existencia siempre en lucha por el pan cotidiano, la familia es el refugio y el santuario de la dicha.

Si en ella Dios es “servido el primero”, el orden familiar realiza en todos los planos el ideal humano.

IDEAL CRISTIANO

Sin destruir nada de esos valores humanos, la ley de Cristo ha venido a dar al matrimonio una nueva dignidad, de elevación infinita.

El Génesis nos refiere cómo, desde que se trata de la creación del hombre y de la mujer, Dios nada ha querido dejar librado al azar. Es preciso volver a leer, en su frescura totalmente bíblica, el relato de la formación de Adán y Eva, para comprender con qué amor de predilección se ha inclinado el Creador sobre la primera pareja humana.

Dios, surgiendo de su eternidad y recogimiento, dijo: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza”.

Pensaba ya en ese rostro de hombre del Verbo encarnado, venido a habitar entre nosotros. Agregó Dios: “No es bueno que el hombre esté solo. Démosle una compañera que sea su auxiliar en todas las cosas”³⁴³. Y Dios creó la primera mujer, haciéndola

³⁴³ Génesis II, 18.

surgir del costado del hombre, como una creatura sacada de su propia sustancia que debía conservar, de este misterioso origen, una necesidad de retorno a esa profunda unidad. Ya el Hijo de Dios pensaba también en su futura Madre: la Virgen María.

El primer hombre, volviéndose con ternura a esta primera mujer, murmuró su dicha: “He aquí el hueso de mis huesos y la carne de mi carne”³⁴⁴. ¿No era acaso la mujer la creatura más íntima que el Creador le había asociado? Conocemos el maravilloso estado de inocencia y de felicidad pura, la plenitud de ciencia y de sabiduría, la rectitud moral y los dones preternaturales que hicieron de esta primera pareja, antes de su caída, el tipo perfecto, el ideal anticipado del matrimonio cristiano.

A su vez, Cristo, venido no para abolir la ley sino para conducir a todos los seres del universo a su perfección suprema, ha elevado el contrato del matrimonio a la dignidad de sacramento: símbolo y fuente de la gracia divina.

El pensamiento cristiano debe a San Pablo la revelación de ese simbolismo tan audaz, que nos descubre en la intimidad de los esposos el signo de la unión de Cristo con su Iglesia³⁴⁵.

Como en los otros sacramentos, un triple simbolismo relaciona el matrimonio con el misterio de Cristo. Nos recuerda la dilección suprema del Crucificado muriendo por su esposa la Iglesia. Significa el sentido profundo del amor conyugal entre los cristianos: un amor a imagen del de Cristo por su Iglesia y, a imitación suya, el don de sí hasta morir por ella. Prefigura, en fin, la unión consumada de Cristo con su Iglesia en los esplendores de la gloria.

Así, el menos espiritual de los sacramentos por sus efectos en el alma, los sobrepuja a todos por la sublime audacia de su simbolismo. Nada en el mundo traduce con más fuerza el amor ardiente de Cristo por su Iglesia como la apasionada ternura que mantiene unidos al hombre y a la mujer “en una sola carne”.

Como los otros sacramentos de la nueva Ley, el matrimonio es, a la vez: signo y causa de la gracia.

En el instante mismo en que los dos esposos cambian de manera visible, ante el sacerdote, el don mutuo de sus personas y de sus vidas, allí está Cristo, en medio de ellos, como instrumento de su gracia redentora, dándose Él mismo a ellos, por ellos. Hace pasar por sus palabras y sus gestos su acción personal de Cristo, uniendo a estos bautizados ante la faz de su Padre con un amor indisoluble con vistas a la fundación de

³⁴⁴ Génesis II, 23.

³⁴⁵ Efesios V, 25-32.

un nuevo hogar. El sacerdote está allí a mero título de testigo, en nombre de la Iglesia. Los verdaderos ministros de Cristo, obrando en reemplazo suyo, “in persona Christi”, son los esposos mismos. Por ellos alcanza Cristo lo más íntimo de las almas para divinizarlas, tal como en el altar realiza, por intermedio del sacerdote, su milagrosa presencia eucarística. En el momento en que los esposos pronuncian el “sí” sacramental, comunican uno a otro la gracia redentora que va a transfigurar, para toda una vida, su amor humano en amor cristiano. Cristo es lo que mutuamente se dan, que viene a animarlos, a los dos, con sus propios sentimientos de tierna dilección por su Iglesia. Estos cristianos casados tendrán gracia de estado para amarse en Cristo. La vida divina de su bautismo continúa, abriéndose en una gracia nueva, que los configura de más cerca con el Verbo encarnado.

Esta gracia sacramental, según la enseñanza de la Iglesia, da a los esposos el que se amen en Cristo sin infidelidad y para siempre. “Que ningún poder en el mundo intente, en adelante, separar a los que Dios ha unido”³⁴⁶. El sacramento del Matrimonio confiere un derecho riguroso a todas las gracias actuales, necesarias para una vida conyugal cristiana; un derecho también a todos los auxilios materiales y espirituales exigidos para la fundación de un hogar. Esta gracia sacramental acompaña a los esposos durante todos los días de su existencia en la tierra, hasta la muerte. Aún después de largos años de extravío, pueden siempre volver, por la Penitencia, a sumergirse en esta gracia sacramental, como en una fuente inagotable de santificación y encontrar en ella el sentido de las cumbres. El Matrimonio proporciona a los esposos y a los padres todas las gracias de Nazaret, modelo de los hogares cristianos. Es el sacramento de toda la vida familiar en Cristo.

EL AMOR CONYUGAL EN CRISTO

Cristo bendice los gozos del matrimonio. Él mismo ha querido asistir a las bodas de Caná y su presencia nunca está fuera de su lugar, aun en los instantes de mayor intimidad conyugal. En lo que concierne al uso de los bienes de la naturaleza y de todos

³⁴⁶ Mateo XIX, 6.

los bienes de este mundo, la ley de Dios es simple: “Ora bebáis, ora comáis, en todas vuestras acciones, haced todo a gloria de Dios”³⁴⁷. Así, todo permanece en el orden.

La doctrina de Cristo escapa de ese falso misticismo, tan peligroso, que, por reacción, conduce siempre a los peores desarreglos. Las relaciones del hombre y de la mujer son reconocidas legítimas y el acto conyugal laudable, hasta meritorio³⁴⁸, muy aconsejable en ciertos casos para evitar la fornicación, el adulterio y las otras formas de la lujuria. “Que el marido pague su débito y la mujer el suyo”³⁴⁹. “No os rehuséis el uno al otro, a no ser por mutuo consentimiento, y por un tiempo, a fin de vacar a la oración. Después, volved a estar juntos como antes, no sea que vuestra incontinenencia dé lugar a Satanás para tentaros”³⁵⁰. “El cuerpo de la mujer no es de ella, sino de su marido. El cuerpo del marido tampoco es de él, sino de su mujer”³⁵¹.

Pero, no todo está permitido. El hombre y la mujer no pueden darse uno a otro sino en la castidad. Sus cuerpos pertenecen, antes que a ellos mismos, a Cristo. El Bautismo ha consagrado el ser humano, todo entero, cuerpo y alma, como templo vivo de la Trinidad.

En su Epístola a los Efesios, que todos los casados deberían leer a menudo juntos, el Apóstol San Pablo ha trazado para los esposos el célebre programa que quedará para siempre como el código ideal del matrimonio cristiano: “Maridos, amad a vuestras mujeres como amó Cristo a su Iglesia, hasta morir por ella. Mujeres, estad sujetas a vuestros maridos como la Iglesia lo está a Cristo”³⁵². Tal es el sentido profundo del matrimonio cristiano: el amor conyugal florece en una amistad en Cristo.

Dos seres humanos unen su destino en la presencia de Dios, bajo la mirada de la Iglesia, para mejor caminar juntos hasta la Trinidad. El sacerdote hace descender sobre ellos la bendición del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. La gracia de su unión los conserva, en adelante, orientados hacia Dios. Con vistas a esa vida de eternidad, comenzada en el Bautismo, a la que se encamina cada instante, todo es puesto en común: los bienes del cuerpo y del alma, las cualidades intelectuales y morales, el gusto por la acción y por el hogar, el sentido artístico, social y religioso. Dos cristianos no pueden unirse sino para rezar juntos, para comulgar juntos, para amar, gozar y sufrir juntos. El matrimonio es una vida de dos en Cristo.

³⁴⁷ I Corintios X, 31.

³⁴⁸ Sto. Tomás (Suppl., 49, 5).

³⁴⁹ I Corintios VII, 3.

³⁵⁰ I Corintios VII, 5.

³⁵¹ I Corintios VII, 4.

³⁵² Efesios V, 22-25.

Entre cristianos, realízase el matrimonio para llegar a ser santos. El precepto de Cristo: “Sed perfectos como vuestro Padre celestial”³⁵³, dirígese indistintamente a todos, aun a los casados. Es una profunda sorpresa y una fuente de inmensa alegría para los cristianos saber, a veces después de muchos años de matrimonio, que Dios los llama verdaderamente, a marido y mujer, a muy alta santidad. Si son fieles a Dios, sin abandonar el cuadro trivial de una vida de casados, la gracia de su unión en Cristo transforma aun las menores acciones de su vida conyugal o familiar en actos de puro amor.

Frente a las erróneas doctrinas del mundo moderno y a todos los peligros de minimización del ideal del matrimonio cristiano, la Iglesia, depositaria del pensamiento de Cristo, viene a recordarnos la verdad liberadora del Evangelio. Aun en el estado matrimonial, los cristianos son llamados a la más alta santidad. El amor divino sigue siendo la regla suprema de su amor humano. No se trata entre ellos de camaradería o ficción alguna, sino de verdadera caridad: de amistad en Cristo. A través de todos los acontecimientos de su vida cotidiana, aun en sus menores gestos familiares y en sus relaciones más íntimas, debe proseguirse la ascensión de las almas a Dios. Hacerse santos: he ahí la finalidad dominadora de todo amor conyugal. La Trinidad de su bautismo está siempre allí, acompañando a los esposos en cada paso de su vida, guardándolos, bajo la protección de la gracia redentora, al abrigo de todo mal. Este ideal es raramente realizado, pero permanece para todos como una ley absoluta. Nada debe desviar a un alma cristiana de su Cristo; todo, en Cristo, debe acercarnos a Dios. La Iglesia nos lo recuerda con insistencia: “Todos, en efecto, de cualquier condición que sean, y cualquiera que sea el género de vida honesta que lleven, todos pueden y todos deben imitar aquel Ejemplar absoluto de toda santidad que Dios señaló a los hombres, Cristo Nuestro Señor, y, con la gracia de Dios, llegar a la cumbre más alta de la perfección cristiana, como la prueba el ejemplo de tantos santos”³⁵⁴.

³⁵³ Mateo V, 48.

³⁵⁴ La encíclica “*Casti connubii*” ha recordado con fuerza las enseñanzas de la Iglesia sobre la santificación del matrimonio: “La fidelidad conyugal exige que el hombre y la mujer estén unidos por un amor singular, por un santo y puro amor. No deben amarse a la manera de los adúlteros, sino como amó Cristo a la Iglesia”. Esta es la regla que prescribió el Apóstol cuando dijo: “Esposos, amad a vuestras esposas como Cristo amó a su Iglesia”; y Cristo ciertamente envolvió a su Iglesia con inmensa caridad, no para su ventaja personal, sino proponiéndose únicamente la utilidad de su esposa (Catecismo Romano, II, cap. VIII, q. 24). Caridad, decimos, no fundada en una inclinación puramente carnal y muy pronto disipada, ni que se limita a palabras afectuosas, sino que reside en los sentimientos íntimos del corazón, y también –pues el amor se prueba por las obras– manifestada mediante la acción exterior. Esta acción, en la sociedad doméstica, no comprende sólo el apoyo mutuo: ella debe apuntar más alto –y esto debe ser

Este impulso interior hacia la santidad, este cuidado mutuo de alcanzar la más alta perfección moral constituye asimismo, según el Catecismo del Concilio de Trento, la razón primordial del matrimonio cristiano, si se considera la unión del hombre y de la mujer, no en el sentido estricto de una institución ordenada al nacimiento y educación de los hijos, sino en toda su amplitud humana, como la puesta en común de dos vidas, como una verdadera sociedad entre dos personas espirituales y cristianas, llamadas a eternizarse en Dios en la Unidad de la Trinidad. “Dios servido primero” y todo el resto en dependencia de este primer amor.

Corresponde al hombre, jefe del hogar, dar, él primero, el ejemplo de este amor cristiano. ¡La mujer se modela en él, tan espontáneamente! Que se guarde de todo egoísmo sensual, confiscando en provecho suyo los gozos del matrimonio sin asumir sus responsabilidades. ¡Deslealtad indigna de un hombre!

“Maridos cristianos”, os exclama San Pablo, “amad a vuestras mujeres como Cristo amó a su Iglesia... Se sacrificó por ella a fin de santificarla y purificarla”, para obtener, por su expiación y sus méritos, una Iglesia radiante de gloria “sin mácula ni arruga, ni cosa semejante, sino santa e inmaculada”³⁵⁵, digna, así, de su belleza de Cristo.

“Como Cristo amó a su Iglesia”: he aquí el ideal sublime del amor conyugal. El pensamiento humano jamás se hubiera atrevido a elevarse tan alto. Después de su bautismo, el cristiano lleva en el fondo de sí mismo la imagen de Cristo. Según el plan divino, todos los acontecimientos de su existencia están destinados a grabar, cada vez más, esta divina semejanza de las almas con el Verbo encarnado.

El hombre debe acercarse a su esposa con los sentimientos de Cristo. Su ternura humana, tan legítima, debe transfigurarse en amistad cristiana. El don mutuo de los cuerpos pide la consumación de las almas en la unidad en Dios. El matrimonio cristiano

aún su objetivo principal—, ella debe propender a que los esposos se ayuden recíprocamente a formar y a perfeccionar en ellos, cada día más, el hombre interior. Sus relaciones cotidianas los ayudarán así a progresar, día a día, en la práctica de las virtudes, a crecer, sobre todo, en la caridad para con Dios y para con el prójimo, caridad ésta en la que se resume, en definitiva, toda la Ley y los Profetas. Todos, en efecto, de cualquier condición que sean y cualquiera que sea el género de vida honesta que lleven, todos pueden y todos deben imitar aquel Ejemplar perfecto de toda santidad que Dios señaló a los hombres. Cristo Nuestro Señor, y, con la gracia de Dios, llegar al hecho la perfección cristiana, como lo prueba el ejemplo de tantos santos”. “OMNES CUJUSCUMQUE sunt CONDITIONIS et quaecumque honestam vitae rationem inierunt, possunt ac debent imitari atque, Deo adjuvante, AD SUMMUM quoque CHRISTIANAE PERFECTIONIS FASTIGIUM, ut complurium sanctorum exemplis comprobatur, pervenire” (encíclica “Casti connubii”, del 31 de diciembre de 1930).

³⁵⁵ Efesios, V, 24-27.

es, ante todo, unión de almas. El marido debe querer a su mujer como Cristo amó a su Iglesia, velar celosamente por su alma; desearla cada vez más cristiana, cada vez más divina a imagen de la Iglesia; enaltecerla con él hasta Dios.

A su vez, la mujer cristiana, rivalizando en ternura con su marido, debe quererle un alma cada vez más semejante a la belleza de Cristo. Ella mira a su esposo como la Iglesia contempla a Cristo, sintiéndose unido uno al otro por un mismo ideal sobrenatural. “Que las esposas estén sujetas a sus maridos como la Iglesia a Cristo”. La mujer cristiana no es una esclava, sino una compañera fiel, como la Virgen María estuvo asociada a Cristo. ¡Se adivina a qué delicadeza –totalmente divina– puede elevarse un amor tal! ¡La influencia de un alma femenina es tan poderosa sobre el corazón del hombre para darlo a Cristo y a Dios! En ella se oculta el secreto de tantas silenciosas conversiones, que no tuvieron otros testigos que el amor de un hombre y una mujer en un hogar. Después de los primeros años de matrimonio, en los cuales el amor fue más bien una ardiente búsqueda de placer, aparecieron las horas de íntima profundidad de la madurez, coronadas a menudo por los gozos muy puros de dos seres que se vuelven a encontrar en el atardecer de su vida. La mujer cristiana, supo enseñar a su marido a superar los goces fugitivos de este mundo, para eternizarse juntos en Cristo, antes de comparecer ante Dios.

Y he aquí la ley fundamental del amor cristiano, como de todo su amor: el don de sí. Amar, es darse. San Pablo advierte a los esposos que el modelo del amor conyugal como de toda vida cristiana perdura siendo Cristo crucificado. Si tantos hogares se destruyen, ¿no es, acaso, porque ha faltado en la base de su amor, el espíritu de sacrificio? El hechizo de los primeros impulsos pasa pronto. La existencia cotidiana, transfigurada e idealizada en un instante por el amor, vuelve a tomar bien pronto su curso, opaco y monótono. Los rasgos del carácter se manifiestan. Los defectos se acentúan. El matrimonio se hace un yugo soportado por dos: “con-jugium”. Si Cristo no está en el alma de los esposos para exhortarlos a la paciencia, a la dulzura, a la sonrisa de la caridad, al sostén mutuo, la fusión primera de los corazones amenaza terminar en soledad de dos. Es menester que Cristo eucarístico visite a menudo el hogar para mantener la unión en una oración común: en un perdón recíproco a causa de Él, en una expiación común si es preciso, y hacer desaparecer los gérmenes de división que amenazan la intimidad del hogar. En contacto con la vida real –a menudo brutal– el sueño de dicha se desvanece. Encuéntrense los esposos frágiles, egoístas, capaces de traición y hasta de olvido. Se descende de lo divino hacia lo humano, hasta lo animal.

El hombre y la mujer corren riesgo de dejarse llevar adonde los empuja su instinto: lejos del hogar, lejos del verdadero amor. Por lo contrario, el amor conyugal que florece en amistad en Cristo, participa de las propiedades del amor del Salvador por su Iglesia: unidad e indisolubilidad en una fidelidad hasta la muerte.

Sólo la ley de Cristo es capaz de conservar, en este amor conyugal, la fuerza siempre en aumento de una fidelidad absoluta. Jamás una mirada sobre otra mujer, jamás el pensamiento de otro hombre. “Aquel que considera con codicia a una extraña ya ha cometido adulterio en su corazón”³⁵⁶. Como la Iglesia de Cristo, la esposa fiel conserva su corazón en la unidad.

Ya nada puede separar a un hombre y a una mujer, llegados a este punto de unión en Cristo. Todo es alegría, libertad y abnegación mutua, porque su unidad toma el ritmo del amor de Cristo por su Iglesia. Juntos ruegan, sufren, y esperan en Dios. Nada puede detener, ni aun retardar, el vuelo de este amor siempre fiel: ni las alegrías que unen a los esposos, ni las tristezas y sufrimientos de la vida que acercan a Dios. Después de los años de juventud –de gozos a veces marcadamente humanos– sucede una llama cada vez más pura, en la que domina la vida del alma. Cuando se ama en Cristo, nada puede destruir un amor más fuerte que la muerte, porque el amor está en el alma y el alma no muere. Después de la muerte, los esposos se vuelven a encontrar unidos para siempre en Dios: “compañeros de eternidad”.

II. LA EDUCACIÓN DE LOS HIJOS

El amor conyugal que, en los bautizados, viene a florecer en amistad en Cristo, conduce normalmente a los esposos a una superación de sí mismos en otro ser, síntesis viva y fruto de su amor: el hijo. En la vida del hogar, el hijo polariza todo. Es su razón de ser suprema. En el plan del Creador la familia es el hogar natal de los elegidos: en ella se origina la Ciudad de Dios³⁵⁷.

³⁵⁶ Mateo V, 28.

³⁵⁷ 19 La doctrina tradicional distingue dos fines en el matrimonio:

- -El fin primordial: la generación o procreación y la educación de los hijos.
- -El fin secundario: o más bien los fines secundarios: apoyo mutuo, apaciguamiento de la concupiscencia, etc...
- -“Primum inter matrimonii bona locum tenet proles” (encíclica “Casti connubii”) -“Matrimonii fini primarius est procreatio atque educatio proles” (Codex 1013, I). (Continua).

NACIMIENTO DE LOS HIJOS DE DIOS

Dios hubiera podido por sí mismo llenar el cielo con sus predestinados. Ha querido asociar al hombre y a la mujer a su fecundidad creadora. Les pide se unan con mira a una obra común en la cual, cada vez, las tres Personas divinas se dignan intervenir Ellas mismas. Toda la Trinidad está en acción en el nacimiento de los hijos de Dios. Los padres proporcionan el cuerpo: Dios es quien da el alma. Así, el misterio de la paternidad y de la maternidad hácese colaboración consciente en la obra creadora de Dios. De ahí la grandeza de este acto que perpetúa la vida. Si los padres se penetran de su misión sublime, entran en los designios de la inteligencia creadora. Las tres Personas de la Trinidad esperan su consentimiento para desplegar su omnipotencia y hacer surgir un alma de la nada, como realizaron Ellas la Encarnación del Verbo pero con el concurso del “Fiat” de María.

A los ojos de Dios todo es santo y santificante en esta unión de dos seres de carne que anima un mismo ideal cristiano, una misma voluntad de comunicar la vida. En verdad, este sacramento es grande, este sacramento que contribuye, en la tierra, al nacimiento de los hijos de Dios.

EDUCACIÓN DE LOS HIJOS DE DIOS

La generación exige la educación como su complemento natural. Santo Tomás tiene una expresión magnífica para formular la acción educadora de los padres: ella es “una generación continuada”. No se es verdaderamente padre y madre sino cuando

· -Los fines secundarios permanecen esencialmente subordinados al fin primordial: “In prole” non solum intelligitur procreatio prolis, sed etiam educatio ipsius, ad quam sicut ad finem ordinatur TOTA communicatio operum que est inter virum et uxorem, in quantum sunt matrimonio conjuncti: quia patres naturaliter thesaurizant filiis. Et sic in “prole” quasi in principali fine alius quasi secundarius includitur (Sto. Tomás, Supl., 49, 2 ad 1).

· -La respuesta del Santo Oficio (A. S. S., tom. 36, p. 103, Núm. del 20 de abril de 1944) ha venido a confirmar esta doctrina clásica: ¿Puede admitirse la opinión de ciertos autores modernos que niegan que el fin principal del matrimonio es la generación y la educación de los hijos, o que enseñan que los fines secundarios no están esencialmente subordinados al fin principal, sino que son igualmente principales e independientes? - NO.

después de haber dado la vida del cuerpo, se hacen esfuerzos para comunicar la vida del alma. En el plano sobrenatural, la educación no es sino un prolongado alumbramiento a la vida de Dios.

Confundiendo a los padres un ser inmortal, el Creador les impone la carga de velar por el destino de un alma llamada a la visión eterna de Dios. Educar hijos es “elevarlos”³⁵⁸ hasta Dios, es decir, asegurarles en la tierra todos los auxilios materiales y espirituales que les son necesarios para el pleno desenvolvimiento de la gracia de su bautismo y enseñarles a conducirse, en medio de los hombres, como hijos de Dios camino de la casa del Padre.

En clima cristiano, toda la obra de la educación consiste, en resumen, en “formar a Cristo” en el alma del hijo³⁵⁹. En las perspectivas actuales del plan de la redención, todo, en efecto, en los acontecimientos de este mundo debe contribuir a modelar a Cristo en nosotros. La familia es el lugar privilegiado para esta primera configuración con este “Hijo Unigénito del Padre”, modelo de nuestra filiación divina. Los padres tienen la misión de procurar al recién nacido el Bautismo, que hace de él “una nueva criatura en Cristo”, y todo el esfuerzo del medio familiar deberá tender a grabar cada vez más, en el alma del hijo esta imagen viva de Cristo.

El naturalismo moderno nos ha hecho perder ese sentido profundamente sobrenatural de toda educación verdadera. Sólo se tiene en vista formar hombres y no cristianos a imagen de Dios. Olvidase que el sujeto real de la educación no es un ser humano cualquiera compuesto de un espíritu y de un cuerpo, sino un hijo de Dios, un redimido por Cristo. Sería sin embargo capital situarse con exactitud ante el estado concreto de esta humanidad pecadora que deberá “elevarse” hasta Dios. En particular, la ignorancia del pecado original y de sus consecuencias físicas, intelectuales y morales impide a la pedagogía contemporánea que obtenga éxito en el campo de la realidad. Nosotros, los cristianos, sabemos que el hijo, para educar, lleva en sí el peso de los

³⁵⁸ Educar, del latín educo, entre otras acepciones (sacar, criar; alzar, llevar, etc.) tiene la de elevar. En francés elevar es sinónimo de educar.

³⁵⁹ “El fin propio e inmediato de la educación cristiana es cooperar con la acción de la gracia en la formación del verdadero y perfecto cristiano, es decir, en la ‘formación de Cristo’ mismo en los hombres regenerados por el Bautismo”, según la viva expresión del Apóstol: “Hijos míos por quienes experimento de nuevo dolores de parto hasta que Cristo esté formado en vosotros”. El verdadero cristiano, en efecto, debe vivir su vida sobrenatural en Cristo... Síguese que la educación cristiana abarca la vida humana en todas sus formas: sensible y espiritual, intelectual y moral, individual, familiar y social, no ciertamente para disminuirla en manera alguna sino para elevarla, regularla, perfeccionarla, según los ejemplos y la doctrina de Cristo” (encíclica “Sobre la educación cristiana” de S. S. Pío XI: “Divini illius magistri”, del 31 de diciembre de 1929).

pecados de su raza; que todo nacimiento a la vida del Espíritu es una “re-generación” en Cristo; que toda educación integral es una obra de enderezamiento, de re-educación; que, en fin, no puede pensarse en devolver al niño su completo equilibrio humano y sobrenatural a no ser con el auxilio de la gracia redentora del Verbo encarnado, la única capaz de sanar en él todas las heridas del pecado y hacerle perfecto a imagen de Cristo.

DISCIPLINA DE LA SENSIBILIDAD

Todo en el hombre está llamado a esta configuración con Cristo: cuerpo y alma.

La sensibilidad, primero, debe recibir esta disciplina, que asegurará en todos los actos del hombre la primacía de lo espiritual. Una madre vigilante inclínase sobre todos miembros de su hijo aún antes del despertar de la razón. La conciencia moral, ciertamente, está todavía lejos de aparecer en el “pequeñuelo”, pero la orientación de esta personalidad humana, en germen en el niño, depende en gran parte de los primeros hábitos del cuerpo. Es un axioma fundamental en psicología que la vida, aun la más espiritual del hombre, comienza y se acompaña siempre en él, por una actividad de los sentidos. De ahí la importancia de la educación de los reflejos de la sensibilidad.

Dos grandes virtudes cristianas tienen la misión de mantener la sensibilidad bajo el imperio de la razón y de la fe: la fortaleza y la templanza.

Lejos de suprimir las pasiones, la virtud las utiliza para servir a Dios. Todo el arte de la educación, sobre todo en el período de la infancia y de la adolescencia, consiste, precisamente, en saber dirigir estas maravillosas fuerzas del alma que son las pasiones y que dan a una vida ese vuelo irresistible que realizan las grandes vidas de los héroes y de los santos. Una sensibilidad de delicadeza exquisita y de ardor exultante animaba la naturaleza de Cristo; pero todo en Él: amor, tristeza y gozo, permanecía sometido a la voluntad del Padre y le servía para el cumplimiento del mandato de la redención.

La templanza somete las pasiones de nuestra sensibilidad al dominio de la razón y a la ley de Dios: en todos sus movimientos, la carne obedece al espíritu. El que adquiere esta virtud se muestra en toda ocasión sobrio y casto.

Por modesta que sea la virtud de la sobriedad, desempeña un papel básico en la economía de la formación moral. Lejos de fomentar, mediante el ejemplo y la completa

libertad, los excesos en el beber y en el comer, una educación familiar vigilante lucha contra la gula y las formas precoces de la glotonería. La salud física ganará con ello y se dará a los hijos esa moderación que los ciñe y los hace resistentes, manteniendo el cuerpo en estado de servir a las tareas superiores del alma.

Es evidente que el esfuerzo principal de la templanza recae sobre la educación de la pureza. Aquí, la misión de los padres, de la madre sobre todo, es irreemplazable. Desde la cuna el niño aprende a conservarse puro. Sobre este punto, desde hace veinte siglos el cristianismo realiza verdaderos milagros. Y hasta tal punto estamos acostumbrados, entre nosotros, a esta victoria del Espíritu de Dios sobre la carne, que la pureza brilla a la vista del mundo entero como una virtud específicamente cristiana, como una cumbre a la que no llegan las almas sino con la gracia de Cristo. La virginidad es un lirio que florece a la sombra de la cruz.

En realidad, la castidad evangélica se extiende más lejos: a todos los estados de la vida. Existe la castidad de los y las jóvenes antes de su entrada en el matrimonio; la castidad conyugal, que conserva a los esposos en una fidelidad recíproca bajo la mirada de Dios; la castidad de los viudos y de las viudas, que los libra del peso de la carne y del recuerdo de un amor efímero para fijarlos en Dios; existe, en fin, la pureza de las vírgenes que guarda a las almas para Cristo “en la unidad”. Sólo en terreno cristiano se ve resplandecer este triunfo absoluto del espíritu sobre la carne; y los sacerdotes, que saben leer en las almas el secreto de una pureza tal, no se asombran de descubrir sus orígenes, con la mayor frecuencia, en las admirables delicadezas y gracias de preservación de un hogar cristiano. ¡Cuántas almas sacerdotales o religiosas deben a su madre, al mismo tiempo que al Cristo de su bautismo y de todas sus comuniones eucarísticas, el milagro de una pureza inviolable!

Hay otra virtud, auténticamente cristiana, de la cual muchos cristianos de nuestros días parece que ni siquiera sospecharan su absoluta necesidad y su misión decisiva en la vida: la fortaleza y sus virtudes anexas. Muchísimos hogares “religiosos”, afeminados por un ideal burgués, carecen de vigor en la formación moral de sus hijos. Parece que ya no nos acordamos que la Iglesia naciente, durante más de tres siglos, fue una Iglesia perseguida, una Iglesia de mártires. Nos hemos doblegado. En lugar de todos esos seres muelles, afeminados, ávidos únicamente de bienestar y de placer, la Iglesia en marcha ha menester que la familia le proporcione caracteres resueltos y apóstoles animados de irresistible espíritu de conquista, prontos a todos los heroísmos

para el triunfo de la causa de Dios. La fortaleza es la virtud que más le falta a nuestra generación.

La virtud cardinal de la fortaleza tiene un inmenso campo de acción: se extiende a todas las situaciones de la vida. Dos actos esenciales nos manifiestan su existencia: una valentía indomable para emprender grandes cosas para gloria de Dios, una incansable perseverancia para proseguir en sus propósitos, a pesar de todas las dificultades. El fuerte hace triunfar una causa o muere por ella.

La grandeza de ánimo y la valentía se relacionan con el primer tipo de las virtudes anexas, que permiten a la fortaleza desplegarse con toda libertad en su movimiento de conquista. La magnanimidad nos libra de la mezquindad y de la estrechez de horizontes. Ella mira con amplitud. Ella es la que inspira esos vastos propósitos cuya realización cambia el destino de una ciencia o de un país. El alma magnánima quisiera poder ayudar a la Iglesia y al mundo entero a salvarse del mal y de la mediocridad, para elevarse hasta Dios.

El carácter de catolicidad de nuestra religión debería hacernos amar una virtud tan bien hecha para secundar los horizontes inmensos de nuestra fe. ¿Por qué ha sido preciso que una timidez culpable y el miedo a la acción nos hayan mantenido, durante tantos años, alejados del gobierno del mundo, en un “conservadorismo” perezoso y congelado? Gran número de padres y educadores cristianos, so pretexto de humildad y de recato, han paralizado en el alma de sus niños el sentido de la audacia y del esfuerzo que necesitan los apóstoles encargados por Cristo de conquistar el mundo. Es tiempo ya de volver a encontrar, en este punto, el verdadero espíritu del Evangelio y de adquirir conciencia, definitivamente, de que Cristo ha venido a la tierra a traer no una lánguida paz, sino la espada; sólo “la violencia”, es decir, la audacia de la fe, y la intrepidez de los santos “arrebatan el reino de los cielos”³⁶⁰.

Es muy cierto que no es la Iglesia, tan magnánima en su acción misionera, la que ha inducido a los católicos a retirarse de la acción y a replegarse en el aislamiento. Por lo contrario. Escuchamos su voz que nos invita a la “Acción católica”, que nos urge a restablecer a Cristo en todos los medios sociales y a luchar contra todas las formas del mal para la reconstrucción de una nueva cristiandad.

No basta emprender grandes cosas: es preciso perseverar, no dejarse desviar del deber ni por las amenazas, ni por los placeres ni por las dificultades, ni por los reveses:

³⁶⁰ Mateo XI, 12.

hay que mantenerse hasta el fin. La fortaleza reviste entonces su forma suprema, que es el espíritu de sacrificio hasta la muerte. ¿Hay algo más cristiano? Todo el Evangelio nos pregona que el discípulo de Cristo debe, cada día, tomar su cruz y seguir a su Maestro. Es importante que, desde la infancia, se habitúe al “pequeñuelo” a este espíritu de sacrificio, quinta esencia del cristianismo, alma de toda santidad. Una educación recia es el mayor de todos los beneficios. Muy pocos padres hablan a sus hijos el lenguaje viril que hace a los pueblos fuertes y fieles a Dios, si es menester hasta el martirio. Sin embargo nada grande se hace en la tierra si no es con sacrificio. Más que nunca el mundo moderno, hundido en su materialismo ávido de placer, tiene necesidad de aprender de la familia cristiana ese sentido de inmolación total que constituye la grandeza de una vida.

FORMACIÓN DE LA INTELIGENCIA

La razón profunda de la desaparición de la fortaleza de ánimo y de las otras virtudes cristianas, que hacen a los santos, debe buscarse, ante todo, en la creciente apostasía de las naciones. Ahí se oculta la verdadera raíz del mal: la inteligencia moderna ha perdido el sentido de Dios y ha renegado de Cristo. El Evangelio ya no es la luz del mundo. En lo que concibe la mayoría de los hombres Dios es puesto de lado completamente. Ya no es el fin supremo de la vida, y las almas, sumergidas en la materia, ya no son capaces de levantarse por sobre los “alimentos terrenales”.

La familia de antaño, con sus creencias tradicionales y sus prácticas de piedad, mantenía los espíritus en una atmósfera cristiana, en la cual la fe, lentamente, arraigaba en el alma de los niños. Ya podía llegar la hora de las pasiones: encontraba almas fuertes, apoyadas en Dios. Es verdad que nuestros padres, pecadores como nosotros, no estaban exentos de faltas; conocían nuestras caídas y extravíos; pero la fe permanecía en ellos como indestructible principio de resurrección y de vida. Después de los momentos de locura pasajera del pecado, sabían caer de rodillas para pedir perdón a Dios. La ofensa inferida a éste seguía siendo a sus ojos vituperable; mientras que el niño de nuestros hogares y escuelas descristianizados, la juventud de nuestros cinematógrafos y dancings ya no conserva ni siquiera el sentido del mal. Las almas modernas han perdido el ideal de la fe.

Despertar y desarrollar el sentido de la fe constituye la gran misión del hogar cristiano. Nadie se imagine que las verdades eternas de nuestro Credo no ejercen influencia sobre la vida práctica. La experiencia de las almas muestra pronto que las más altas verdades religiosas pasan de la inteligencia a la vida de una persona, para convertirse allí en las fuerzas más poderosas de su acción. Son los dogmas que forjan a los pueblos y explican su dinamismo en medio de las naciones, como son las convicciones las que dirigen en detalle cada una de nuestras vidas. Dios es la gran idea que domina y divide el mundo. Si los santos hablasen, nos dirían, los más, que deben a los primeros años de su formación familiar los principios que labraron la grandeza de sus vidas.

Es de máxima importancia para el pleno desarrollo del espíritu de fe en las inteligencias, que la enseñanza profana, ella misma, se imparta en clima cristiano; y con justo título la Iglesia, guardiana de la fe en las almas, ha reivindicado su derecho absoluto de contar con escuelas, colegios y universidades. La neutralidad es un mito de la enseñanza primaria, que mata la fe en las almas y las vuelve contra Dios. O bien se viene a parar en esta anomalía tan característica de tantos espíritus modernos: una amplia cultura científica sin el desarrollo paralelo –sin embargo necesario– de una ciencia religiosa de igual valor. Nuestros ingenieros y nuestros sabios preséntanse como gigantes en el dominio del saber profano y como enanos en el plano religioso: un niño de catecismo sabe más que ellos. Vienen las objeciones o un violento ataque de las pasiones y esa fe inculta se desvanece en una inteligencia no armada para los grandes combates de la fe al servicio de Cristo. Las culturas religiosa y profana deben crecer simultáneamente. Incumbe a los padres el deber riguroso de seguir velando sobre sus hijos hechos ya estudiantes de las grandes escuelas y universidades, a fin de que su formación religiosa permanezca a la altura de su cultura profana. No le es permitido a un cristiano el ignorar el sentido profundo de los dogmas fundamentales del cristianismo. La teología no es una ciencia reservada a los clérigos; constituye una necesidad y un despliegue normal de la inteligencia humana que reflexiona acerca de los misterios de fe y acerca de sus repercusiones en la vida práctica. Todo cristiano culto debería recibir una sólida formación teológica, adaptada a su vocación personal y a su función social. Algunas almas están ávidas, para su vida interior, de escrutar el misterio de la Trinidad; muchas deberían ser dirigidas en sus lecturas para adquirir una inteligencia más profunda del misterio de Cristo, una comprensión más sobrenatural de la misión de la Iglesia, una certidumbre más luminosa de la vida del más allá.

Corresponde a los padres desarrollar en el alma de sus hijos ese gusto por la verdad religiosa y ese amor al Evangelio, que deberá ser su guía hasta el anochecer de su vida.

Cuando se educa a un niño, hay que pensar siempre en el hombre de mañana. En lugar de mantenerlo bajo tutela, enséñesele a dirigirse a sí mismo bajo la mirada de Dios. Tocamos aquí una de las lagunas más graves de nuestra educación religiosa. Impónense prácticas, no se procura, suficientemente, arraigar convicciones y principios de acción. ¿Es para asombrarse, pues, que salidos de su medio familiar o de nuestros institutos de enseñanza, nuestros niños no apliquen ya el Evangelio en la conducta de su vida? Se han adiestrado autómatas, no se han formado cristianos.

Muchos padres y educadores, en fin, no sospechan siquiera la influencia universal de una virtud de mayor influencia aún, encargada de dirigir toda nuestra vida moral: la prudencia, reina de las virtudes cardinales. Su papel esencial consiste, precisamente, en trasladar a las mil contingencias de la vida, las más altas luces de la fe, contribuyendo por ahí, bajo su contralor y en gran parte, a la formación del “sentido cristiano” en las almas. Virtud de la inteligencia práctica, la prudencia ayuda a los hombres a escoger siempre el sendero que conduce a Dios, a pesar de las inextricables complicaciones de la ruta. Indica en toda circunstancia el camino del deber. Se guarda, a la vez, de toda lentitud y de toda precipitación, escucha los consejos, consulta a los competentes, sabe esperar el momento favorable para la acción y después, realiza su acto supremo: el orden imperioso que hace pasar la ley de Dios a su propia vida y a la de sus subordinados. Aunque así se lo piense comúnmente, su actitud fundamental no es la preocupación de conciliar todo o de contemporalizar, sino el espíritu de decisión y de mando. Jesús fue un incomparable modelo de prudencia sobrenatural cuando, en lugar de una vida fácil y sonriente, escogió, para trabajar por la gloria de su Padre, la lucha abierta contra el mal, y el sendero de la redención que le llevó al suplicio del Gólgota. Formada en la escuela de Cristo, la inteligencia cristiana extrae sus luces y sus decisiones de la ciencia de la cruz.

EDUCACIÓN DE LA VOLUNTAD

La voluntad es la pieza maestra que debe vigilar la educación cristiana. Va en ello el destino del niño. La santidad o la malicia de una vida humana depende de la

actitud moral de la voluntad. Los ángeles de Belén, que lo sabían, vinieron a cantar entre nosotros: “Gloria a Dios en lo más alto de los cielos y paz, en la tierra, a los hombres de buena voluntad”³⁶¹, a las almas fijas en el amor de Dios.

La voluntad es la sede de la más alta de las virtudes cristianas: la caridad; el teatro principal de nuestra vida moral. Dotada de libertad, esta facultad espiritual preside todas las acciones. Ninguna actividad humana se produce en nosotros sino bajo su impulsión y con su consentimiento. Se es santo o miserable, según que la voluntad esté por o contra Dios. Las disposiciones de la sensibilidad o el genio de su inteligencia poco cuentan ante Dios, que juzgará a los hombres acerca del amor.

Es de la mayor importancia que –desde sus primeros pasos hacia Dios– mucho se ejerza el alma en amar, a fin de que rápidamente consumada, llegue pronto a ver a su Dios “cara a cara”³⁶². Este consejo que San Juan de la Cruz daba a las almas contemplativas ávidas de elevarse hasta las altas cumbres de la unión transformante es aplicable, en la debida proporción, a las almas cristianas llamadas, ellas también, a la misma visión divina, que las introducirá en la unidad de la Trinidad. La soberana perfección del amor es el ideal hacia el cual deben tender todos los hombres que, en la tierra, caminan hacia Dios. El precepto de la caridad no reconoce límite: “Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas las fuerzas de tu voluntad”³⁶³. Que los padres y los educadores consideren a sus hijos o educandos como hijos de Dios, a los que tienen misión de introducir en la familia de la Trinidad.

Si su tarea educadora los pone en la obligación de velar por la disciplina de la sensibilidad y por la formación intelectual de los hijos, mucho más los constriñe a trabajar por la educación de la voluntad, esta facultad del amor que nos fija en Dios o nos separa de Él para siempre.

Santa Teresa de Lisieux, “la más grande santa de los tiempos modernos”, siempre quedará agradecida a sus padres y a su gran hermana Paulina, por haberle enseñado desde su infancia a “hacer todo por amor”. De la misma manera, cuántas madres cristianas toman a pecho el sugerir a sus “pequeñuelos” que multipliquen los pequeños sacrificios por amor, “para dar gusto a Jesús”. No hay método educativo más eficaz para el alma de los niños –y en forma semejante para la de los adultos– que esta escuela del amor. Podemos fiarnos absolutamente en la enseñanza de Cristo sobre este

³⁶¹ Lucas II, 14.

³⁶² I Corintios XIII, 12.

³⁶³ Mateo XII, 30.

punto capital, de Cristo educador supremo de los hombres. “El amor es el primero y más grande de los mandamientos, del cual derivan todos los otros”³⁶⁴.

Cuando más crece en un alma infantil el amor de Dios, más fuerte será en la vida y más fiel a todos sus deberes. Educar: es enseñar a amar, es “elevar” las almas en la perfección del amor de Dios y de los hombres. Lo sabemos por experiencia: nada rehúsa el amor. Cuando se ama a Dios, toda la vida se consagra a su gloria; y aquel que ama a los hombres en Cristo emplea todas sus fuerzas en procurarle a Dios, fuente de dicha verdadera. Así el amor es la escuela de todas las abnegaciones, del desinterés absoluto y del olvido de sí. Enseñar a un alma de niño a amar a Dios sobre todas las cosas, es ponerla en posesión de la fuerza más poderosa para enaltecer una vida.

SENTIDO SOCIAL

También es en la familia donde debe despertarse ese sentido social tan necesario hoy para la conquista de las almas para Cristo. El amor de Dios acompaña al amor al prójimo. “Quien pretende amar a Dios y no ama a su hermano es un mentiroso”³⁶⁵, afirma San Juan. ¿Acaso Jesús mismo no nos ha indicado este amor fraterno para con todos los hombres como señal característica de sus verdaderos fieles? “Se reconocerá por esta señal que vosotros sois mis discípulos, si os amáis unos a otros”³⁶⁶. Sobre este punto, hay que hacer justicia a nuestros movimientos especializados de Acción católica que han sabido recobrar, en la escuela del Evangelio y de la vida, este sentido primordial de la caridad y de nuestra solidaridad en el inmenso cuerpo místico de Cristo. El hogar familiar no ha de quedar como un medio cerrado. La caridad cristiana lo quiere ampliamente abierto para las influencias del exterior, incansablemente acogedor de la miseria ajena, irradiando a su alrededor mediante su acción benéfica y conquistadora. La familia por sí sola no es suficiente para formar integralmente el sentido social, que sólo se desarrolla en su plenitud con la vida, al contacto de los hombres y de las instituciones; con todo ya en ella los niños deberían descubrir en el ejemplo y consejos de sus padres el germen de las dos grandes virtudes sociales, las únicas capaces de establecer y mantener en el mundo el orden y la paz: la justicia y la

³⁶⁴ Mateo XXII, 38-40.

³⁶⁵ Juan IV, 20.

³⁶⁶ Juan XIII, 35.

caridad, que dan a cada uno lo que se le debe y enseñan a los hombres a amarse unos a otros, como que son de un mismo Padre que espera en el cielo.

III. CRISTO EN EL HOGAR

Cuando un hombre y una mujer se unen ante Dios por el sacramento del Matrimonio, Cristo entra con ellos en su hogar. La gracia sacramental se convierte para ellos –y por ellos– en fuente de agua viva, que les acompañará en el transcurso de su existencia, proporcionándoles, todos los días y a cada instante, los socorros materiales y espirituales de que la familia tiene necesidad para nacer y desarrollarse en Cristo. El “sí” sacramental, como una fórmula de profesión religiosa o como el “Fiat” de la Anunciación, los alista ante Dios y la Iglesia en una vocación estable, definitiva. Si son fieles, encontrarán en esta gracia fundamental de su vocación y en todas las gracias actuales que de ella derivan a la manera de una corriente continua, la fuerza sobrenatural que los elevará progresivamente hasta la más alta santidad. Gracias de santificación personal y de sostén mutuo, gracias de educación de sus hijos, todas las gracias de la vida familiar contiénense en germen en esta gracia sacramental recibida en el día del casamiento, que los mantiene unidos ante Dios para siempre.

LA FAMILIA: ESCUELA DE SANTIDAD

La unión del hombre y la mujer, bendecida por Dios, los orienta a ambos hacia la santidad. Cada uno de los actos de los esposos, cada gesto del padre o de la madre pertenece a Dios. El desmoronamiento de las costumbres del mundo moderno nos ha desacostumbrado a considerar la vida de matrimonio en su ideal divino y en su papel providencial. Sin embargo, a los ojos de Dios, la familia es una escuela de santidad. En ella, como en un santuario, están llamados a nacer y a crecer todos los redimidos por Cristo, verdaderos hijos de Dios, coherederos del Verbo encarnado por la gracia de su bautismo, conciudadanos de los ángeles y de santos, predestinados a vivir en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. La familia de la tierra prepara la familia de los hijos de Dios en los esplendores de los santos.

ESPIRITUALIDAD CONYUGAL

Esta misión de santidad de la familia comienza por los esposos. En el día de su casamiento, se han dado mutuamente a Cristo, símbolo de aquello que debería ser su unión: una ascensión de los dos, juntos, hacia Cristo. Toda una espiritualidad conyugal brota de la gracia del sacramento, con sus leyes propias que no pueden reducirse a las otras formas de la santidad cristiana. Tal vez no se ha reparado suficientemente en el carácter propio de esta espiritualidad. Los casados no tienen que pedir prestado a los religiosos sus métodos de santificación. Vivan según las exigencias de sus deberes de estado y serán santos, grandes santos.

La ley de Dios aprueba los gozos legítimos de los sentidos, los testimonios de afecto, de sostén mutuo. Ella quiere que la mujer, ser frágil y afectivo, se apoye en un brazo de carne. Ella comprende al hombre que encuentra en la compañera de su vida la ternura y el amor de que ha menester su corazón y que le descansa de las rudas labores cotidianas. Pero, más todavía, la ley divina impulsa a las almas a elevarse a la amistad en Cristo, como conviene entre bautizados. El hombre y la mujer deben, juntos, rogar, sufrir y morir, en presencia de Cristo.

No es difícil separar los principios fundamentales de una espiritualidad conyugal: ella implica los elementos comunes a toda vida cristiana, a los que se añaden los deberes especiales de los esposos. Nadie se engañe, sin embargo, sobre esto. Sería un error concebir las diversas fórmulas de la espiritualidad cristiana como una simple adición, a un fondo de elementos comunes, de algunas prácticas particulares, variables según las diversas exigencias de los deberes de estado. Una concepción tal no revelaría la originalidad, la cohesión y la profunda unidad que anima cada forma de santidad cristiana. En realidad, es todo el cristianismo el que debe volver a ser pensado y vivido por cada uno, en función del lugar que ocupa en la Iglesia y según su vocación en el mundo o en la vida religiosa. Todo es sacerdotal en la vida del sacerdote. Todo es religioso en la vida de un benedictino o de un dominico. Todo debe ser penetrado por el espíritu de Cristo en la vida conyugal de los cristianos.

El hombre y la mujer están llamados a santificarse uno al lado del otro, uno por el otro, en el interior de un mismo hogar. El matrimonio es una vida de dos en unidad.

Todo es puesto en común: comunidad de pensamientos y de sentimientos, oración, sufrimiento, mesa, lecho y vida entera hasta la muerte. Una verdadera espiritualidad conyugal se inspira en esta concepción realista. Menester es poner en común, bajo la mirada de Cristo, la vida del cuerpo y la del alma, los cuidados materiales y morales, todas las esperanzas y todos los impulsos hacia Dios, teniendo en cuenta el carácter incomunicable de cada individualidad, porque en todos los planos: fisiológico, psicológico y místico, el hombre y la mujer siempre serán dos seres complementarios, cuya vida comunitaria debe respetar la personalidad, al mismo tiempo que producir para cada uno de ellos un enriquecimiento mutuo.

¿Quién podría enumerar las riquezas que la mujer puede así llevar al hogar con las intuiciones de su fe y de su amor, que el hombre, a su vez, fortifica asentándolas sobre las sólidas reflexiones de una certeza apacible y de una inquebrantable confianza en la Providencia? La vida teologal se desenvuelve de más en más en esas dos almas cristianas por haber puesto en común una misma fe, una misma esperanza y un mismo amor. Un mismo ideal de santidad anima sus vidas. Un progreso continuo se realiza en la práctica de todas las demás virtudes. El instinto de la mujer ayuda al juicio del hombre a desenmarañar, en toda circunstancia, el sentido del deber; la oración de los dos juntos sube más libre, más espontánea, más humana, enriquecida con el amor de dos almas que se elevan juntas hacia Dios. Entre dos, siéntense más fuertes frente a las dificultades de la vida, y el sentido de la pureza, grabado en el fondo de su ser por el Bautismo, los conserva castos y fieles como templos vivos de la Trinidad.

Se encuentran algunas veces estos hogares excepcionales, para los cuales esta vida conyugal es una continua ascensión hacia Dios en Cristo. Todo en ellos es común: los bienes del cuerpo y del alma. El “vivir juntos” se realiza entre dos seres humanos, bajo la mirada de Dios y para mejorar ir hacia Él. El Cristo de su matrimonio vela sobre su amor.

ESPIRITUALIDAD FAMILIAR

Cuando Dios bendice la unión, la sociedad conyugal no tarda en extenderse en la fundación de un hogar. La gracia del matrimonio, hecha hasta entonces de intimidad de dos en Cristo, trócase en gracia de fecundidad. El hombre y la mujer, venidos a ser

padre y madre ante Dios, reciben cura de almas. Un maravilloso acrecentamiento espiritual cúmplase en virtud del sacramento de su unión. Dios los ha elegido no sólo para su santificación mutua, sino para “formar a Cristo” en otros seres y encaminarlos hacia Él.

La sociedad conyugal, dilatada en comunidad familiar, ve nacer una nueva atmósfera de espiritualidad. El hombre y la mujer no piensan ya sólo en ellos, sino en todos sus hijos. Se transforma todo. El hombre ve en la mujer, compañera de su vida, la madre de sus hijos. La esposa ama tiernamente al padre, jefe y guardián del hogar. Revestido de la dignidad de padre, asume el hombre la dirección de la familia. La mujer, ahora madre, hácese alma del hogar. La espiritualidad conyugal florece en espiritualidad familiar.

Una nueva corriente espiritual circula en el interior del medio familiar. Cada uno ocupa allí su lugar como en un monasterio bien regido. El padre y la madre sienten el peso de sus nuevas responsabilidades. Pasó ya la hora de entregarse, un poco egoístamente, a los solos gozos del amor. Otras almas esperan ahora de su ejemplo y de su influencia una vida eterna en Cristo. Su amistad conyugal se hace más pura, más profundamente cristiana. Se opera en ellos un cambio inesperado. Un verdadero padre no vive ya sino para sus hijos. Una madre olvídate de sí. Su amor de hombre y de mujer reviste ahora la nobleza de un sacerdocio, que tiene cura de almas.

No es raro, sobre todo, en país cristiano, asistir a esa transformación profunda que hace de una jovencita algo superficial o de una mujer frívola una madre seria, a quien las responsabilidades de la vida maduran y acercan a Dios.

En los ambientes más católicos, el padre y la madre sienten la necesidad de vivir más intensamente de Cristo, para mejor irradiarlo en su hogar. Confiesan y comulgan más a menudo; rezan más y con mayor fervor. Quieren resueltamente elevarse en santidad para elevar las almas de sus hijos hasta Dios. Los consejos que dan a sus “pequeñuelos”, las advertencias más graves que dirigen a los mayores, les recuerdan a ellos mismos los preceptos del Evangelio y las exigencias de la ley de Dios. Inclinaos sobre sus hijos que son “carne de su carne” y en quienes Dios ha infundido un alma inmortal, su amor tiembla por ellos a la vista de los peligros de la vida. No los pierden de vista y por todas partes síguenlos con el pensamiento. Cuántas veces, cuántas, sus reflexiones acaban en oración: “Señor, Jesús, guárdalos”.

Verifícase así la doctrina de San Pablo: “Que la mujer se santifica por los hijos que da al mundo”³⁶⁷. Por un admirable retorno de las cosas, en el plan de la Providencia, los hijos llegan a ser para sus padres verdaderos maestros de espiritualidad. Es evidente que los hijos resultan los grandes beneficiarios de la vida de hogar. En él todo es para ellos, con vista a su crecimiento intelectual y moral. La familia es el molde en que se forman los hijos y las naciones: todo se debe a esta primera escuela de la vida. Para el hijo aun el menor consejo del padre o de la madre es palabra de Dios. Las ideas, los juicios de sus padres conviértense rápidamente en sus ideas y juicios. Participa espontáneamente de las preferencias y antipatía de los suyos. Su personalidad moral y religiosa se deja modelar, día a día, por el medio familiar. Si en un hogar circula una corriente intensa de vida cristiana, su alma adquirirá en él, en todo, el sentido de Dios y la voluntad de irradiar a Cristo. Tal como un monasterio que tiene sus horas de rezo, de trabajo y de recreación, la familia, respondiendo de otra manera, con muchísima más libertad, a las grandes necesidades del hombre, tendrá sus momentos de ocupación y de alegre solaz, sus horas de oración y de asistencia a la santa misa, sus minutos de silencio, también, para permitir a las almas que se encuentren con Dios.

Corresponde a la prudencia del jefe de familia organizar con flexibilidad y equilibrio, según las circunstancias tan variables de la vida, la existencia de todos en el hogar. Debe haber en éste alternación de trabajo y de distribución, de horas de alegría y de abandono íntimo, de tristeza común, de esperanza y de comunión entusiasta en un mismo ideal. Así se forman las almas día a día, sin nada rígido ni convencional, al ritmo de la vida y del Espíritu de Dios, respetando siempre la personalidad de cada uno. Basta una nonada para santificar todo gozo y todo dolor; tal ese sencillo pensamiento colocado junto al lecho de una niña que habitaba en magnífica mansión: “Que esta casa de la tierra no te haga olvidar la del cielo”. ¡Allí moraba Dios!

Cuando llegan para el adolescente las horas de crisis o de desarreglo, un consejo de padre o de hermano viene a curar sin herir, y un corazón de madre está presente para sufrir con paciencia, a la espera del momento favorable de la vuelta a razón. Después, todo se olvida: cada uno reasume su deber.

¡Cuántos hombres y mujeres, envueltos a su vez en las dificultades de la vida, por mucho tiempo aún se sienten sostenidos por los ejemplos recibidos en el hogar que los vio nacer y crecer! A menudo lo mejor de nosotros mismos lo debemos al recuerdo

³⁶⁷ I Timoteo II, 15.

de un padre o de una madre. Todavía oigo a un anciano magnífico exclamar, con lágrimas en los ojos: “¡Si soy sacerdote, lo debo, después de Dios, a mi madre!”

LA FAMILIA EN LA CIUDAD

Una contraprueba, fácil de percibir, de la importancia primordial de la familia en la formación de los pueblos, nos proporciona la descomposición moral de la sociedad moderna. Muy a menudo el niño crece en ella en una familia dividida y sin fidelidad. A su vez, no tiene él sino una mira: correr a los placeres, ganar dinero para gozar. En lugar de una casa honesta y propia, evadiéndose de los deberes más esenciales, vase tras las diversiones facticias: el café y el bar, el cine, el teatro y los dancings. El matrimonio de ensayo y la unión libre, rápidamente seguidos de separación y divorcio, han reemplazado a las uniones legítimas y fecundas que hacen fuertes a los pueblos. La esterilidad voluntaria es objeto de mil precauciones y de cálculo sistemático. El encuentro del hombre y la mujer no constituye ya un foco de intimidad y fecundidad. Nunca hemos tenido tantos egoístas y degenerados. Fácil resultaría remontarse a las causas estudiando el proceso de los innumerables estragos debidos a esas multitudes de hombres y mujeres errantes, sin hogar. En nuestras grandes urbes pululan estos seres desarraigados y desquiciados a quienes la voluptuosidad convierte en malhechores, no obstante el refinamiento de sus maneras, las señales de cortesanía, los gestos de civilidad. Sus vidas criminales continuamente se sacuden con la risa del mal. La dicha no habita ya en sus almas creadas para Dios. Les ha faltado una madre que les enseñara a rezar a Dios. Nada es más triste que crecer huérfano, o ser testigo diario de un hogar dividido. Inmensas excusas habrá, en el juicio final, para los que se hayan internado en la vida carentes de padre o de madre.

Por el contrario, en la atmósfera saludable de la vida familiar, espontáneamente el hijo modela sus gestos en los del padre o la madre, un hermano o una hermana. Se desarrolla imitando a los que ama. Como su padre, él quiere ser leal y fuerte; su madre le revela el don de sí sonriente, pero llevado hasta el heroísmo; un hermano mayor lo impulsa en los actos de generosa abnegación, la presencia de una hermana le permite descubrir el secreto de una pureza conquistadora, la delicadeza de corazón, el sentido de

la plegaria y del verdadero amor. Aprende, de todos, a servir a Dios y a los hombres con fidelidad.

Sería candidez creer que la educación familiar hace todo. Se ha visto a padres admirables tener hijos egoístas y hasta asesinos. Una vigilancia de todos los instantes acaba a veces en lamentables fracasos. Es menester que se tengan en cuenta los diversos temperamentos; la libertad de cada uno que Dios mismo respeta, la fidelidad a la gracia y, también, ciertas circunstancias exteriores de la vida social, en particular la inevitable promiscuidad de un mundo apóstata y pútrido como es el nuestro. Por regla general, sin embargo, sigue válido el axioma popular: de tal padre tal hijo; de tal madre tal hija. La familia es la que forma a los criminales o a los santos.

Se prevé la repercusión inmensa de tal verdad en el plano social. De ahí el esfuerzo de los buenos legisladores en proteger y organizar la familia: almacigo de los futuros ciudadanos del estado. Un gobierno firme, que durante cincuenta años practicase una política familiar conforme con las exigencias de la naturaleza y de la ley de Dios, obraría mayor bien en pro de su país que mediante todas las otras reformas sociales. He ahí por qué la Iglesia se muestra tan vigilante en la salvaguardia de los derechos de la familia. Los padres son los primeros educadores de sus hijos. La escuela debe estar al servicio de la familia, que le delega sus poderes. El niño pertenece a la familia antes de ser del estado. En esta época de laicismo totalitario, importa sobremanera tener presente el derecho primordial de la familia por sobre la escuela y el estado. Pende de él el bien común de un país. Una legislación, que asegure a todos los hogares el pan cotidiano y una educación conforme con las legítimas aspiraciones de la familia, constituye una de las bases más sólidas de la grandeza de las naciones y de la paz social.

La penetración de los principios cristianos en cada hogar y el triunfo del Espíritu del Evangelio en el mundo, en una amplia comprensión de las necesidades varias de los diversos pueblos, conduciría a la unión de todos los hombres en una misma fe y una misma caridad. Esto sería ya en la tierra la consumación de todo el cuerpo místico de Cristo en la unidad. Sueño humanamente irrealizable; pero la Iglesia, por misión divina, con todas sus fuerzas y sin ilusión, tiende hacia la realización de este ideal cristiano.

En la medida de su influencia, trata de recordar a los gobernantes la influencia preponderante que ejerce la primera educación familiar sobre la orientación de los espíritus y la formación de las conciencias: el árbol crece para el lado al que se le inclina. Sabe ella, por experiencia, que las virtudes familiares conducen a las virtudes sociales y que en la familia de hoy se prepara la cristiandad de mañana.

Hace algunos años se podía leer en el cementerio de Lisieux, en la tumba del padre y la madre de Santa Teresa del Niño Jesús, escritas con lápiz y letra poco cultivada, estas palabras sublimes: “¡Gracias, queridos padres cristianos, por habernos dado una santa para protegernos!” Realmente es así. Para la fe, la familia sigue siendo el lugar providencial donde florece la santidad. Ella da nacimiento a hijos de Dios, “forma a Cristo” en las almas y suministra elegidos a la Ciudad de Dios.

LA SAGRADA FAMILIA

La santidad más sublime que contempló la Trinidad sobre la tierra tuvo por marco exterior la vida tranquila y necesitada de un hogar obrero.

El oficio de padre en él es ejercido por un hombre “justo”, que ama a su Dios, a su esposa y a su hijo adoptivo. Ningún boato en esta vida modesta. Ese hombre se asemeja a todos los hombres de Galilea, su alma excede en pureza y esplendor. Es el servidor fiel. Su amor a Dios sobrepuja incomparablemente al de los serafines y al de todos los bienaventurados. Su santidad gira alrededor del orden hipostático, y sin alcanzarlo por sí mismo, con él se relaciona familiarmente por sus funciones de padre junto al Hijo Unigénito de Dios. Es el Esposo legítimo de la Madre del Verbo encarnado; y, después de Ella, ninguna creatura acercase tanto como él a la intimidad de Dios. Se llama José. Entre los hombres de su pueblo que viven todo el día con él, nadie conoce su historia ni su origen real. ¡Qué importa! Lo conoce Dios, eso basta. El Padre eterno le ha confiado a su Hijo y a la Madre de su Hijo. Su patronato extenderáse más tarde a toda la Iglesia, a todo el cuerpo místico de Cristo. No es todavía la hora de la gloria, sino del trabajo, de la oscuridad, del silencio de Nazaret.

Junto a él, una mujer que es la Madre. Su nombre es María. En Ella todo es virginal y material. Es la Inmaculada, la perfecta Virgen, aquella cuya deslumbrante pureza ha prendado el corazón de Dios y a quien el Padre ha elegido desde toda la eternidad para ser la Madre de su Hijo. Nada en el mundo de la gracia y de la gloria, iguala la dignidad de esta maternidad divina, que la introduce por su término en el interior mismo del orden hipostático. Por esta maternidad, toca al Verbo en persona, ese Verbo encarnado que ha surgido de su seno. Un misterio tal la arrebató hasta el secreto

de la vida trinitaria: Hija privilegiada del Padre, Madre del Hijo, Esposa del Espíritu Santo.

Dios la ha colmado de una plenitud tal de gracia, que su santidad deja muy por debajo de Ella a todos los ángeles y santos reunidos. Constituye, por decirlo así, Ella sola un mundo aparte. Si la fe no nos asegurase que es una creatura como nosotros, estaríamos tentados a ir a buscarla más cerca de su Hijo que del resto de los hombres. Alcanza por su maternidad divina las más lejanas fronteras de la divinidad: es todopoderosa ante su Hijo y tiene libre acceso junto a la Trinidad.

Al verla en su humilde casa, nada permite adivinar su supereminente grandeza a los ojos de Dios. Lleva la vida más común, semejante en todo a la de las otras mujeres de Nazaret. Ni éxtasis, ni milagros; sino modestia, sencillez, una actitud de caridad siempre atenta a las necesidades de los demás como en Caná, urgida en prestar servicio a su prima Isabel y a todos sus vecinos. Cuando las niñas y las mujeres del pueblo se encuentran con “Myriam”, camino Ella también de la fuente en busca de agua para los menesteres de la casa, sonríenle al pasar, sin sospechar que acaban de saludar a la omnipotente Madre de Dios y de los hombres, a la Corredentora del mundo, a la Madre del Verbo encarnado, a la Reina de los ángeles y de todos los santos.

Junto a José y a María, hay un Hijo que se llama Jesús. Ha crecido, mezclado con todos los niños de la aldea. Su vida se asemeja exactamente a la de los otros habitantes de Nazaret. Como ellos, gana su pan cotidiano con el sudor de su frente. Sus manos están callosas, pero su alma es recta. Asiste regularmente a las ceremonias religiosas de la sinagoga. Es servicial con todos. Jamás fue visto en trance de pecado. Cuando por vez primera, un sábado, se adelantó para tomar el rollo de Isaías y comentarlo con autoridad en medio de sus conciudadanos, no pudieron éstos ocultar su asombro: “¿De dónde le viene tal sabiduría? ¿No es acaso el obrero que conocemos muy bien, el hijo de María, cuyos parientes viven entre nosotros?”³⁶⁸.

Tal fue el misterio del Verbo encarnado. ¿Quién hubiera podido sospechar en este hombre de Galilea, en este oscuro trabajador, al Verbo Creador igual a su Padre, Obrero omnipotente de la redención de los hombres, Juez supremo de los vivos y de los muertos, Dueño de la historia, verdadero Dios del universo?

Se comprende por qué la Iglesia ha querido presentar a los hombres el hogar de Nazaret como modelo de toda vida de familia. El trabajo, la plegaria, las alegrías de la

³⁶⁸ Marcos VI, 2-3.

intimidad de las almas y la abnegación por el prójimo, la presencia continua de Cristo en el hogar, en fin, Dios ocupando verdaderamente el primer lugar y animando todo con su amor: tal fue la vida de la Sagrada Familia de Nazaret.

¿Dónde podrían los cristianos encontrar un modelo más perfecto y más accesible para su vida familiar? Cada uno cumple allí su deber sencilla y fielmente. Sucédense en él los días apacibles y gozosos en la presencia de Cristo y en la paz de Dios. Pues verdaderamente Cristo es el centro de esta vida de Nazaret: es Él quien atrae todas las miradas e inspira todas las decisiones. Nada extraordinario, pero todo se hace por Él, con Él y en Él para la gloria del Padre y la redención del mundo.

Así debería vivir toda familia que se encamina a Dios: el padre y la madre, con el afán de “formar a Cristo” en el alma de sus hijos; éstos, a su vez, “sometidos” como Jesús a la autoridad de sus padres. Mañana, cuando hayan crecido, a ellos también les espera una obra de redención.

Capítulo Séptimo

NUESTRO SACERDOCIO EN CRISTO

El Orden es el sacramento que nos hace sacerdotes de Cristo: adoradores del Padre y salvadores de almas.

El Verbo encarnado ocupa un lugar central en la economía del mundo. No sólo compendia en su Ser todas las perfecciones creadas e increadas, sino que su acción personal extiéndese a todo. Dios ha puesto el gobierno del mundo en sus manos de Cristo. Todo el movimiento de los puros espíritus en el cielo, así como los acontecimientos en la tierra, dependen de su impulsión rectora y de su dominación de Jefe. Tiene poder sobre toda la creación. Su imperio es tan vasto como el de Dios. Ni el bien, ni el mal, nada acaece sino por su voluntad o por su permisión. No hay ni un átomo en el universo, ni un acto humano que pueda sustraerse a su omnipotente influencia de Cristo. Podemos estar tranquilos, Jesús vela por su iglesia, conduciendo a todos los pueblos hacia la Ciudad de Dios.

I. SACERDOCIO Y REALEZA DE CRISTO

Jesús realiza esta obra de universal reconciliación del mundo con Dios por su sacerdocio y por su realeza.

Sumo Sacerdote: su doble mediación lo mantiene continuamente ante la faz del Padre para adorarlo, agradecerle, rogarle, rendirle en nombre nuestro el culto de glorificación debido a su Majestad infinita, pero también para hacer descender sobre

nosotros las gracias divinas, todas las mercedes de la Trinidad de que los hombres tienen necesidad.

Rey: a través de los duros combates de su Iglesia militante, conduce a los “suyos” hacia la beatitud eterna, en la inmutable “visión de paz”.

Sacerdocio y Realeza proporcionanse mutuo apoyo. Todo está al servicio de Cristo Sumo Sacerdote. Cristo es Rey para cumplir su oficio de Sacerdote.

CRISTO SACERDOTE

La vocación sacerdotal de Cristo se identifica con el motivo de la encarnación. El sacerdocio no es un privilegio accidental, sino la prerrogativa más esencial del Verbo encarnado: toda su razón de ser ante Dios y junto a los hombres. Cristo es sacerdote por todo lo que Él es. Sin duda, es a su humanidad y a su gracia capital a las que se vincula “formalmente” su sacerdocio; pero la unión hipostática nos descubre los orígenes profundos de éste. La Epístola a los Hebreos, que ha suministrado a la Iglesia la doctrina clásica sobre el sacerdocio de Cristo, nos invita a contemplar en la filiación divina de Jesús “la raíz suprema” de este sacerdocio sustancial³⁶⁹. No ha sido a Moisés ni a los ángeles, sino a Cristo solo a quien Dios Padre ha podido decir: “Tú eres mi Hijo”³⁷⁰, engendrado desde siempre, Sacerdote para la eternidad. “Nosotros tenemos verdaderamente por Pontífice al Hijo de Dios”³⁷¹ Mismo, a ese Jesús, “Hijo unigénito del Padre”³⁷², “Figura de su sustancia y esplendor de su gloria”³⁷³, por quien Dios ha creado todos los siglos, con quien Él gobierna todas las creaturas, “obras de sus manos”. Tenemos como Sacerdote, a una de las tres Personas de la Trinidad. “El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros”³⁷⁴ para ser el “Mediador único”³⁷⁵, haciendo subir hacia

³⁶⁹ Licet Christus non fuerit sacerdos secundum quod Deus sed secundum quod homo, unus tamen et idem fuit sacerdos et Deus (III, 23, 3 ad 1).

La teología de la encarnación ha precisado proporcionando su distinción clásica: el sacerdocio de Cristo encuentra su fundamento supremo, su “raíz” (radicaliter) en la unión hipostática; pero está constituido “formalmente” por la gracia capital de la humanidad de Cristo. Sucede lo mismo con la realeza de Cristo (III-22, 1 ad 3).

³⁷⁰ Hebreos I, 5.

³⁷¹ Hebreos IV, 14.

³⁷² Juan I, 14.

³⁷³ Hebreos I, 3.

³⁷⁴ Juan I, 14.

³⁷⁵ I Timoteo II, 5.

el Padre, en nombre de toda la humanidad redimida, el solo culto “en espíritu y en verdad”³⁷⁶, en adelante acepto a Dios.

Toda la vida de Cristo no fue sino un continuo ejercicio de sus funciones sacerdotales. Ya en los días de su vida mortal, en la luz de su visión beatífica, manteníase perpetuamente ante el Padre, tratando junto a Él todo lo concerniente a nuestra salvación, obrando nuestra reconciliación con Dios por su plegaria y sus méritos infinitos.

El acto principal de su sacerdocio: la ofrenda del sacrificio redentor, Jesús no lo ejerció sino “una sola vez” sobre el Calvario, pero con una plenitud tal de amor, con una eficacia soberana tal, que en esta “oblación única” salvó al mundo, conduciendo de un solo golpe a su suprema perfección su obra redentora, “consumando” a todos los rescatados en la unión divina. Méritos infinitos, satisfacción adecuada, sobreabundante para todos los pecados del mundo, adoración, plegaria, acción de gracias, toda la actividad de Cristo en cruz, de hecho, ha revestido el modo sacerdotal de su sacrificio redentor.

Tal nos aparece, según las Escrituras, el plan actual de la Providencia. En sus decretos eternos, Dios ha querido un Cristo sacerdote y hostia. El sacrificio del Calvario fue el acto decisivo de nuestro rescate, el acto inaugural del nuevo culto cristiano. Poseyendo en Sí mismo un valor infinito, no ha sido renovado, sino simplemente perpetuado. El sacrificio cotidiano de la Iglesia, idéntico en sustancia a la inmolación de la cruz, mantiene, bajo las formas eucarísticas, al Crucificado siempre presente ante la faz del Padre para adorarlo y purificar a los hombres en su sangre redentora.

Jesús ejecuta igualmente por Sí mismo algunos de los actos secundarios de su sacerdocio. Ya lo vimos: perdonar los pecados, consagrar como sacerdotes a sus apóstoles, santificar las almas que se le acerquen, predicar “el reino de los cielos”.

CRISTO REY

Hay una segunda prerrogativa del Verbo encarnado que encuentra, como el sacerdocio, su fundamento supremo y su grandeza totalmente divina en la unión hipostática: su realeza universal.

³⁷⁶ Juan IV, 23.

Cristo es Rey: como Dios, con su Padre y el Espíritu Santo, por un poder de dominación soberana y creadora sobre todos los seres visibles e invisibles. Es Rey también, por la plenitud de su gracia capital, como Hijo de Dios Encarnado. En fin, lo ha llegado a ser a título de Redentor, por derecho de conquista; y sabemos por la Escritura que “su reino no tendrá fin”³⁷⁷. La Iglesia nos enseña que Él posee hasta una realeza temporal que lo constituye directamente propietario de todas las riquezas del universo³⁷⁸.

En el curso de su paso por este mundo, el Verbo encarnado no ha querido usar habitualmente de esta dominación temporal, prefiriendo consagrar todos los esfuerzos de su vida al ejercicio de su realeza espiritual, con la mira sola de encaminar a los hombres hacia su beatitud eterna en la ciudad de Dios. “Aquel que acuerda a sus elegidos el ser reyes en el cielo, no ha querido arrebatar a los hombres sus posesiones de la tierra”³⁷⁹. Nos lo advierte Él mismo: “Mi reino no es de este mundo”³⁸⁰. Jesús se dedicó solamente a la conquista de las almas para conducir las a la casa del Padre y eternizarlas en Dios.

Así, la realeza de Cristo está ordenada al fin de su sacerdocio: “consumar a los hombres en la unidad con su Padre”³⁸¹.

II. SACERDOCIO Y REALEZA DE LA IGLESIA

Ahora “el Cristo de la gloria” mantiénese en favor nuestro ante la faz del Padre, en medio de su Iglesia triunfante, teniendo acceso por Sí mismo junto a Dios, puesto que es Una de las tres Personas de la Trinidad.

¿Podríamos concebir aunque fuera por un instante que Él se haya retirado lejos de su Iglesia militante en una inaccesible eternidad?

¿Cómo nos atreveríamos a pensar que el Verbo encarnado, una vez en los esplendores del más allá, ha echado en olvido a sus rescatados?

³⁷⁷ Lucas I, 33.

³⁷⁸ “Turpiter, ceteroquin, erret, qui a Christo homine rerum civilium quarumlibet imperium abjudicet, cum is a Patre jus in res creatas absolutissimum sic obtineat, ut omnio in suo arbitrio sint posita” (encíclica “Quas Primas” de Pío XI, del 11 de diciembre de 1925).

³⁷⁹ “Non eripit mortalita Qui regna dat caelestia” (Himno de las Ilas. Vísperas de la Epifanía).

³⁷⁹ Juan XVIII, 36.

³⁸⁰ Juan XVII, 23.

Por el contrario, sabemos por la fe que el Cristo de la eternidad ahora inclínase más que nunca sobre los suyos, aplicando a cada una de nuestras almas los méritos infinitos adquiridos en la cruz, y encaminando infaliblemente a sus predestinados, a través de los combates de la Iglesia militante y de las crucifixiones cotidianas, hacia la inmutable y beatífica Trinidad.

EL SACERDOCIO DE LA IGLESIA

Hacia este Cristo de la gloria, sacerdote para la eternidad y en ejercicio siempre actual de su sacerdocio mediador, la Iglesia de la tierra vuelve sus miradas, para contemplar en Él su propia grandeza divina y la naturaleza íntima del sacerdocio cristiano. Lo sabe por la Escritura: No hay sino un solo sacerdote, Jesucristo. Sabe, también, que desde la encarnación del Verbo, posee el mundo en adelante el solo sacerdote de la creación: el Hijo de Dios mismo, que ahora se mantiene ante Dios en medio de los elegidos, y que también permanece presente y activo en su Iglesia militante por la actividad no interrumpida de su sacerdocio eterno. Después de su resurrección y de su ascensión, cumplida la redención, Cristo no ha abandonado a su Iglesia, más suya que nunca. La acompaña en cada uno de sus pasos en medio de las naciones, asistiéndola con su Espíritu, comunicándole la vida del Padre, sosteniéndola por sus méritos y su omnipotencia de Cristo, vivo y operante continuamente en ella por su sacerdocio y su realeza. Cristo, Él mismo, solo sacerdote eterno, ofrece a título principal el sacrificio de su Iglesia. Cristo está ahí, en medio de nosotros, Cristo que bautiza, absuelve, confirma, casa, consagra a sus pontífices y unge a sus moribundos, santifica las almas a través de la acción sacramental de sus ministros, continuando “por” ellos, de manera siempre actual, su oficio de “Mediador único”.

El mismo gobierno de la Iglesia continúa bajo la influencia siempre actual de su realeza.

A fin de aplicar a los hombres hasta el fin de los tiempos los méritos infinitos de su sangre redentora, Jesús ha dotado a su Iglesia de todos sus poderes de Cristo: sacerdocio sacrificador y santificador, realeza encargada de dirigir y gobernar al pueblo de Dios.

No se debe concebir el sacerdocio real de la Iglesia como sumándose al sacerdocio de Cristo. Como la cabeza y los miembros de un mismo cuerpo místico: Cristo y su Iglesia no hacen sino uno. La Iglesia es: Cristo continuado y difundido a través de los siglos, para conducir a los pueblos a la vida de la Trinidad. Un solo sacrificio: el de Jesucristo, hecho sacramentalmente presente por los ministros de la Iglesia. Un solo culto, que pasa enteramente por el alma sacerdotal de Cristo para gloria del Padre y la redención del mundo. Una sola Iglesia, una sola vida: la de la Trinidad, que se derrama en el Cristo total.

A través del largo desarrollo de la historia de los hombres, Cristo Sacerdote prosigue sin descanso la misma obra de salvación. “El Verbo hecho carne”³⁸², el Hijo Unigénito del Padre habita siempre entre nosotros para hacernos participar de su plenitud y darnos ese maravilloso poder de llegar a ser, como Él y a su imagen, los hijos de un mismo Padre que está en los cielos. De la misma gracia capital de Cristo descende a la Iglesia la vida divina y el sacerdocio cristiano.

EL CARÁCTER SACERDOTAL

El sacerdocio cristiano tiene como elemento constitutivo el carácter sacramental que imprime en nuestra alma de sacerdote una inefable configuración con Cristo, comunicándonos todos los poderes sacerdotales del Verbo encarnado. Esto debe entenderse con todo el vigor y el realismo que la fe nos descubre en los otros misterios cristianos. Así como la gracia santificante transforma nuestro ser y todas nuestras facultades hasta volverlas deiformes y capaces de participar de la vida íntima de la Santísima Trinidad, asimismo el carácter sacerdotal acuña nuestra alma con la efigie de Cristo Sacerdote, permitiendo a nuestra inteligencia ser un instrumento consciente de su sacerdocio y asociando a la Iglesia eterna, por el sacerdote, a los actos personales de religión del Verbo encarnado.

En virtud de su carácter sacramental, el sacerdote es “otro Cristo” por su poder sacrificador y santificador. Cada uno de sus actos se convierte en un gesto de Cristo mediador.

³⁸² Juan I, 14.

EL PODER SACRIFICADOR

El poder espiritual del sacerdote alcanza su máximo de eficacia y de identificación con Cristo en la misa. Nada, aquí abajo, iguala la sublimidad del sacerdote en el altar. En el momento que, inclinado sobre el pan y el vino, murmura, como en su nombre personal, las mismas palabras de Cristo: “Este es mi cuerpo”, “Este es el cáliz de mi sangre”, deja el sacerdote de ser él para hacerse Cristo sacramentalmente. En él desaparece el hombre: ante el altar no queda ya sino el Verbo encarnado en persona, ofreciéndose a su Padre por su Iglesia en el acto supremo de su sacerdocio sobre la cruz. “He aquí mi cuerpo”, “He aquí mi sangre”; todavía se ofrece Jesús por la gloria del Padre y la aplicación de la redención a los hombres: “verdaderamente es el cáliz de la sangre derramada por un gran número para la remisión de sus pecados”. Cada mañana, el sacerdote del sacrificio eucarístico cumple el más grande de todos los milagros después del de la encarnación del Verbo: hace presente a Cristo en la tierra.

Si ya, por la gracia, la simple elevación de un alma al orden sobrenatural constituye un prodigio que excede en dignidad a la reacción de todo el universo, ¿qué decir de una acción que perpetúa en la iglesia todos los beneficios de la encarnación redentora? La acción consagrante del sacerdote aventaja, por su término, a todas las obras realizables por una simple creatura como instrumento de la omnipotencia de Dios. La transustanciación nos hace entrar en el interior mismo del orden hipostático, puesto que su término integral, por concomitancia, se identifica con todo el Verbo encarnado, importando con Él la inseparable presencia sustancial de las tres Personas de la Trinidad.

Así la acción sacramental del sacerdote obra un doble efecto: hace presentes el sacrificio y el sacerdocio de Cristo.

El milagro, permanente en la Iglesia, de la transustanciación mantiene a la Hostia del Calvario en estado de perpetuo sacrificio en vista de los mismos fines glorificadores y redentores que en la inmolación de la cruz. La misa: es la ofrenda de Cristo a la Trinidad, con su poder infinito de glorificación del Padre y de redención de las almas. Toda la grandeza del sacerdote deriva de esta posibilidad para él de hacer

presente en la tierra al crucificado del Gólgota y de perpetuar, en medio de los hombres, la eficacia sin límites del sacrificio de la cruz.

El carácter sacerdotal realiza al mismo tiempo la presencia de Cristo Sacerdote, en el acto supremo de su sacerdocio: la oblación actual, por Jesús mismo, de su propia vida bajo un modo en adelante no cruento. Las leyes fundamentales del orden sacramental vuelven a hallar aquí su máximo de simbolismo y de eficacia. El sacerdote de la Iglesia “representa” a Cristo Sacerdote y lo “hace presente” sacramentalmente como Sumo Pontífice, ofreciendo Él mismo, a título principal, el mismo sacrificio que en la cruz. El ministro del altar habla y obra “en la persona misma de Cristo”: “In persona Christi”. Las palabras sacramentales, por una misteriosa sustitución, realizan la presencia real aunque invisible de Aquel del cual el ministro, puro instrumento, “ocupa el lugar”. A través de las apariencias visibles de este representante humano, la fe nos asegura que el Sacerdote eterno está allí, ofreciéndose a su Padre en un acto de amor perfecto y dando un valor infinito a todo el culto cristiano, penetrándolo de sus sentimientos personales de religión de su alma sacerdotal de Cristo.

Además, el sacerdote en el altar dirige a Dios en sus oraciones y ofrenda del sacrificio “en nombre de la Iglesia entera”: “In persona totius Ecclesiae”³⁸³, mediador de la Iglesia ante el Mediador.

Nada iguala su actividad sacrificial “en la persona misma de Jesús”. Magnífica función del sacerdote sacrificador, que puede, a voluntad, hacer presente en la tierra al Verbo encarnado: Sacerdote y Hostia.

EL PODER SANTIFICADOR

La Iglesia ha recibido de Cristo no sólo el poder de ofrecerlo a su Padre en sacrificio: “Haced esto en memoria mía”, sino también de darlo a las almas por la administración de los sacramentos. “Id, bautizad a todas las gentes en el nombre de la Trinidad”³⁸⁴. “Recibid el Espíritu Santo: A quienes perdonareis los pecados, perdonados les serán; a quienes los retuviereis, retenidos les serán”³⁸⁵.

³⁸³ “Sacerdos in missa, in orationibus quidem loquitur in persona Ecclesiae... sed in consecratione sacramenti loquitur in persona Christi cujus vicem in hoc gerit per ordinis potestatem” (III, 82, 7, ad 3).

³⁸⁴ Mateo XXVIII, 19.

³⁸⁵ Juan XX, 22-23.

El sacerdote es el hombre de Dios y de las almas. Un doble gesto del sacerdote en el altar expresa acabadamente esos dos aspectos del sacerdocio cristiano. Después de haber elevado hacia Dios, en el momento de la consagración, la hostia del sacrificio, el sacerdote, volviéndose hacia los fieles, los hace comulgar con esta misma hostia. Tal es el doble papel mediador del sacerdote en la Iglesia: ofrecer Cristo a la Trinidad y dar este mismo Cristo a las almas.

“Estos dos poderes se completan y se fundan uno en el otro. El poder secundario sobre el cuerpo místico deriva del poder principal sobre el cuerpo real de Cristo”³⁸⁶. El mismo sacerdocio dispone de la cabeza y de los miembros. Es natural que el Verbo encarnado haya pensado depositar en las mismas manos: su alma de Cristo para ofrecerlo a su Padre y el alma de los “suyos” para consumarlas con Él en la unidad del Padre. El orden sacramental todo entero está ordenado al orden sacrificial. El sacerdote no santifica las almas sino para ofrecerlas a Dios. En definitiva, Dios ha confiado al sacerdote: el Cristo total.

Tales son las grandiosas perspectivas de la economía de la gracia en el plan del mundo. La vida divina descende de la Trinidad a las almas por Cristo y se derrama en toda la Iglesia por las manos del sacerdote. La humanidad de Cristo, unida al Verbo, continúa siendo el órgano principal y privilegiado de esta santidad comunicada a las almas por la gracia capital de Verbo encarnado. Pero, a su vez, Jesús ha querido utilizar otros intermediarios dependientes de su acción mediadora. Ha elevado a otros hombres a la dignidad de santificadores de sus hermanos. Después de la ofrenda de Cristo a la Trinidad por el santo sacrificio de la misa, nada hay más grande sobre la tierra que participar con Cristo en la divinización de las almas. El sacerdote es el instrumento de Cristo y de la Trinidad en esta comunicación a los hombres de la vida íntima de las tres Personas divinas. Es por la virtud de Cristo y en “nombre de la Trinidad”, que habla y obra él en la administración de los sacramentos de la fe. Bautiza, confirma, absuelve, borra toda huella de pecado: “en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”.

El sacerdote conviértese en colaborador directo de Cristo, asociado con Él en la acción más divina de la Trinidad en el mundo: la redención de las almas. El sacerdote es “otro Cristo”, trabajando para la gloria del Padre en una misma obra de salvación. Gracias al sacerdocio, la Iglesia realiza la misión suprema que le ha encargado la

³⁸⁶ “Sacerdos habet duos actus: unum principalem supra corpus Christi verum; et alterum secundarium supra corpus Christi mysticum. Secundum autem actus dependet a primo sed non convertitur” (Supl., 36, 2 ad 1).

Santísima Trinidad: el acabamiento en la tierra del cuerpo místico de Cristo y el encaminamiento de este Cristo total hacia la ciudad de Dios.

LA REALEZA DE LA IGLESIA

Causa maravilla ver con cuánta infinita flexibilidad, la Sabiduría de Dios, bajo los aspectos multiformes del misterio de Jesús en su Iglesia, ha sabido adaptar la redención de Cristo a las exigencias materiales y espirituales de nuestra naturaleza humana.

El Salvador allégase a nosotros y nos sana: tales como somos, con cuerpo y alma, siguiéndonos en toda la complejidad de nuestra existencia individual y social, ora obrando en otros en secreto, ora manifestándose a nuestra conciencia cristiana mediante la autoridad exterior de la jerarquía.

Cristo Jesús penetra por su influencia personal en lo más íntimo de las conciencias, al mismo tiempo que gobierna exteriormente el mundo cristiano mediante su Iglesia, conduciendo hasta, en el plano temporal, todo el juego de las naciones, el alma de los príncipes y de los reyes. Todos los acontecimientos de este mundo, grandes o pequeños, dependen de las libres decisiones de su realeza universal. Todo obedece a Cristo como a Dios³⁸⁷.

En nombre de Cristo, la Iglesia ejerce en medio de pueblos este doble poder del sacerdocio y de la realeza. Pero, mientras que en la consagración de la hostia del sacrificio y en la administración de los sacramentos, es decir, en la comunicación de la gracia, el sacerdote no es sino un puro instrumento de Cristo y de la Trinidad, en cambio en su participación en el gobierno de los hombres, la Iglesia desempeña un papel personal de causa principal, aunque subordinada, a fin de que en todas las cosas y de todas maneras sea mantenida la primacía de Cristo.

En el ejercicio de su sacerdocio, la Iglesia ocupa un segundo plano ante Cristo como una sierva al servicio de señor, en tanto que en su gobierno la Iglesia es Reina.

³⁸⁷ “Sic ergo potest dici aliquis caput alicujus multitudinis, vel secundum utrumque, scilicet secundum interiorem influxum et exteriorum gubernationem, et sic est Christus caput Ecclesiae” (3, 8, 7, cf. también 3, 8, 6).

Con todo, su soberanía sobre los hombres deja intacta y dominante la soberana realeza de Cristo.

No se lo hace notar bastante: este gobierno totalmente espiritual de la Iglesia sobre las almas constituye un privilegio complementario de su sacerdocio, un poder anexo y necesario para extender sus beneficios sobre todos los pueblos. Si la Iglesia es Reina en medio de las naciones, si ella gobierna en nombre de su Señor los pueblos como los individuos, es únicamente para llevar las almas a comulgar con la vida íntima de Dios.

En la Iglesia, como en Cristo, la realeza está al servicio de su sacerdocio.

No hay por qué asombrarse de esta nueva prerrogativa de la Iglesia de Cristo. Encargada, por su sacerdocio, de divinizar a los hombres, debe poder seguirlos en todo el desenvolvimiento de su vida cristiana y suministrarles un cuadro capaz de permitirles que alcancen su pleno desarrollo. De poco serviría bautizar un alma de niño, si la Iglesia no poseyese poderes para conducirla eficazmente en medio de los peligros de la sociedad humana hasta la ciudad de Dios. Como toda otra sociedad perfecta, la Iglesia posee pues, por la voluntad de Cristo y de conformidad con la naturaleza de las cosas, las posibilidades de dirigir los espíritus y mantener las voluntades enderezadas al bien común de la sociedad cristiana.

Tiene la misión de instruir y gobernar a los hombres mediante instituciones a la vez divinas y humanas, divinas por su origen sobrenatural, humanas por sus formas adaptadas a las condiciones de existencia de los cristianos en este mundo.

EL MAGISTERIO

La obra primordial, que se impone a la Iglesia en la misión de dirigir a los hombres hacia Dios, es la formación de las inteligencias.

Ya su sacerdocio prescribe a la Iglesia el deber de transmitir la verdad divina a los hombres. Pero es más bien bajo su aspecto de vida interior y mística que esta enseñanza religiosa procede del sacerdocio de la Iglesia, encargada de transmitir a los hombres la revelación del misterio de Dios. Los fieles esperan de las mismas manos mediadoras, del mismo sacerdote, el Cristo de la Hostia y el Cristo del Evangelio. ¿Acaso el papel esencialmente mediador del sacerdocio no consiste, precisamente, en

dar a los hombres a ese Cristo que los conducirá al Padre para consumarlos en Él en la unidad Dios?

La formación de las inteligencias depende también de la realeza de Cristo y de la regencia de la Iglesia, por el aspecto más exterior de un gobierno de los espíritus orientándolos hacia la posesión de un mismo bien común de orden social. Es difícil precisar las fronteras de estos dos modos de enseñanza. De buen grado diríamos que la enseñanza del sacerdote dirige a las almas en su unión a Dios por Cristo, y que el magisterio de la Iglesia prepara los espíritus e instituciones en vista de la organización de una civilización cristiana a la luz del Evangelio, pero con una amplia comprensión de todas las necesidades de una cultura humana, en la que la verdad de Cristo reine sobre todas las inteligencias. Es decir que prácticamente el campo de este magisterio es ilimitado. Alcanza directa o indirectamente toda la actividad intelectual del hombre, en la historia de su evolución y sus progresos a través de los siglos: pudiendo extenderse esta actividad a todas las formas del pensamiento humano en el plano científico o artístico, moral, político, económico y social, susceptible de revestir a través de la historia las formas indefinidamente variables de un auténtico humanismo cristiano. ¿Quién podría decir hasta dónde puede legítimamente extenderse un contralor doctrinal tal de parte de la Iglesia? ¿Todo el plano cultural del pensamiento humano no es capaz, acaso, de recibir un aumento de evidencia de la luz de Cristo? Sabemos, según la promesa de Jesús, que el Espíritu de verdad debe “acompañar”³⁸⁸ a la Iglesia hasta el fin de los tiempos, impidiéndole caer en el error, guardándola en infalible verdad. Quien escucha a la Iglesia, poseedora del mensaje de Cristo, no anda en tinieblas, sino que tiene la “luz de vida”³⁸⁹.

Así, el magistrado de la Iglesia docente, tan atenta ella misma a las reacciones de la Iglesia discente, dirige y fiscaliza, a la luz de la fe, todo el trabajo del pensamiento cristiano en su marcha hacia Dios, bajo la del Espíritu.

³⁸⁸ Juan XIV, 26.

³⁸⁹ Juan VIII, 12.

EL GOBIERNO ESPIRITUAL

En el momento de dejarlos definitivamente en la tierra, en un adiós solemne, Cristo ha confiado a sus apóstoles y a sus sucesores, es decir a su Iglesia, un triple poder: santificar las almas por el Bautismo, anunciar a todos los pueblos los misterios de Dios, conducirlos, finalmente, al cielo mediante la observancia de los mandamientos de su Evangelio: “Enseñadles a practicar todo lo que Yo os he enseñado”³⁹⁰. Sacerdocio santificador, magisterio doctrinal, autoridad de gobierno sobre todos los hombres en nombre de Cristo: he ahí todo el misterio de la Iglesia. Su misión espiritual se confunde con el fin mismo de la encarnación redentora: la edificación del cuerpo místico de Cristo, la constitución progresiva del “reino de los cielos y del Cristo total”.

En el plano del gobierno, Dios la ha dotado de las prerrogativas necesarias a toda sociedad perfecta: poder legislativo, judicial y coercitivo. Pero su acción totalmente sobrenatural, prolongación de la de Cristo, a través de lo temporal, no tiene puesta su mira sino en lo eterno. Nada terreno le interesa. “Su reino, como el de Jesús, no es de este mundo”³⁹¹. “Ella no tiene acá abajo ciudad permanente”³⁹². “Espera” la beatitud sin fin de la ciudad de Dios. Como el Verbo encarnado, en cada uno de sus gestos hace sólo lo eterno y lo divino. A través de toda su legislación y hasta en las más minúsculas ramificaciones de sus engranajes administrativos, circula el Espíritu de Dios. Hay quienes se escandalizan de la forma jurídica tan evolucionada de la organización de la Iglesia. ¿Comprenden acaso todo el sentido de la mística de la encarnación? Las realidades más divinas ocurren en nosotros bajo ropaje humano. ¿El Cristo de Palestina no llevaba acaso en toda su persona las señales de un oriental? Caminaba, en todo semejante a los otros hombres de Nazaret, entre las muchedumbres de Judea y de Galilea, mientras su personalidad de Verbo reposaba inefablemente en Dios “en el seno Padre”³⁹³. Así, la Iglesia de Jesús avanza en medio de las naciones, ocultando el misterio de su vida totalmente divina bajo rostro humano.

Como las otras sociedades, ella posee leyes, instituciones temporales, cuadros de gobierno y un jefe visible, que imprime a todo el cuerpo sacerdotal y episcopal, unido a la congregación de los fieles, la vida misma de Cristo. El Papa es quien, por la virtud del Hijo de Dios y en su nombre, hace convergir todas las voluntades cristianas hacia

³⁹⁰ Mateo XXVIII, 20.

³⁹¹ Juan XVIII, 36.

³⁹² Hebreos XIII, 14.

³⁹³ Juan I, 18.

este bien supremo de la Iglesia: la santidad de Cristo comunicada a las almas y la conquista de las naciones para la vida de Dios Trinidad. Poder de sumo sacerdocio, de magisterio infalible y de gobierno de la Iglesia entera: todo reside con plenitud en la persona del Pontífice de Roma. Mas él mismo no se llama sino “siervo de los siervos de Dios”, Vicario de Cristo, representante de Dios. La Iglesia es Cristo continuado por el sacerdocio. La Iglesia: somos nosotros.

III. EL SACERDOCIO DEL PRESBITERO

A propósito hemos relacionado continuamente el sacerdocio cristiano con el misterio de Cristo. El sacerdote y Cristo hacen uno solo. “El sacerdote es otro Cristo” - “Sacerdos alter Christus”. El sacerdote es el Cristo de todas las almas que Dios pone en su camino. El Párroco es el Cristo de su parroquia; el Obispo, el Cristo de su diócesis; el Papa, el Cristo de la tierra. En verdad, todo sacerdote es “otro Cristo”.

EL SACERDOTE AL SERVICIO DE DIOS

La función principal del sacerdote es ofrecer el Cristo a la Trinidad, mantenerle continuamente presente en estado de víctima en medio de los hombres, por entero “ocupado en las cosas de su Padre”³⁹⁴, tratando junto a Él la obra de nuestra salvación. El sacerdote realiza esta misión suprema de su sacerdocio por la ofrenda del sacrificio. “Todo pontífice, nos recuerda la epístola a los Hebreos, es elegido de entre los hombres para todo lo que mira al culto de Dios, a fin de ofrecerle oraciones y sacrificios”³⁹⁵. Ministro del culto cristiano, todos los días eleva el sacerdote hacia Dios a Cristo. En nombre de todos los hombres ofrece a Dios la única Hostia adoradora y reparadora, la única Hostia de alabanza y de súplica, que procura a las tres Personas divinas una glorificación infinita y hace descender sobre el mundo entero todos los beneficios de la redención, en la medida del fervor actual de la Iglesia.

³⁹⁴ Lucas II, 49.

³⁹⁵ Hebreos V, 1.

Ningún acto de su vida sacerdotal da al sacerdote un poder tan grande sobre Dios y sobre los hombres como la ofrenda silenciosa del sacrificio. En el altar, el más humilde de los sacerdotes es igual al Papa³⁹⁶. Dispone en favor de todo cuerpo místico de las infinitas riquezas de la gracia capital de Cristo. Al activismo moderno resúltale penoso comprender este sentido primordial del sacerdocio católico. No concibe al sacerdote sino en la acción y en la abnegación por los hombres. Olvida los derechos de Dios a una adoración sin fin. Allí está el sacerdote de la misa, con Cristo en sus manos, ofreciendo a la Trinidad santa la expiación adoradora del Crucificado, siempre inmolado en medio de los hombres, para hacer subir hacia Dios el homenaje de toda la creación.

El sacerdote mantiénese en el altar en nombre de Cristo y en nombre de toda la Iglesia.

Cuando, pronunciando las palabras sacramentales, hace presente en la tierra al Verbo encarnado, él habla y obra “la persona misma de Cristo”, solícito en identificarse con Él para unirse a esa alabanza del Verbo, que da a la Trinidad una gloria infinita y obtiene para el mundo todas las gracias de salvación.

Allí está el sacerdote, también “en la persona de toda Iglesia”, haciendo pasar por su voz mediadora todo el culto de alabanza y de súplica de la esposa de Cristo. Sabemos que esta voz siempre es escuchada, porque, ante Dios, la oración de la Iglesia va a sumergirse en la plegaria misma de Cristo.

¿Es asombroso que en la hora del sacrificio y en ese gesto supremo de ofrenda de Cristo a su Padre, la mediación del sacerdote adquiere una amplitud universal tan vasta como el mundo de la redención? Nada en el cielo o en la tierra viene a detener la mirada del sacerdote en el altar. El Cristo, en sacrificio para la gloria de toda la Trinidad, en unión con los ángeles y los santos de la Iglesia triunfante, para alivio de las almas del purgatorio y en favor de todos los miembros de la Iglesia militante. Piensa hasta en los enemigos. Nada le impide rogar por todos los hombres como Cristo en la cruz. Una misa posee un valor infinito.

El poder mediador del sacerdote extiéndese a la Iglesia entera, a todo el cuerpo místico de Cristo, sin límite de espacio ni de tiempo. Podremos apreciar la omnipotencia del sacerdote en el altar solamente a la luz de la eternidad.

³⁹⁶ “Quantum ad illum actum (consecrare corpus Christi) non est aliqua potestas superior” (Supl., 40, 4 ad 2).

En fin, al sacerdote es a quien debe cada fiel la posibilidad, en uniéndose al sacrificio de la misa, de hacer suya la ofrenda de Cristo a la Trinidad, esencia del culto cristiano.

¡Qué espectáculo sublime en nuestros pueblos más pequeños y hasta en las más remotas misiones en países paganos, el de un simple sacerdote rodeado de fieles, ofreciendo como hostia al Dios del universo: a su propio Hijo! Gracias al sacerdote de la misa, todo cristiano puede unirse a los sentimientos más íntimos del alma sacerdotal del Verbo encarnado y participar, mediante su colaboración personal, en la obra misma de la redención del mundo.

La grandeza sin par del sacerdocio cristiano viénele de su ordenación esencial a ofrecer hasta el fin de los siglos el sacrificio mismo de la cruz, acto supremo del sacerdocio de Cristo. “Nada es más grande sobre la tierra que Jesucristo. Nada es más grande en Jesucristo que su sacrificio”. Nada es más grande en el mundo que el sacerdote en el altar, que el sacerdote que perpetúa entre los hombres todos los beneficios de la redención.

El sacerdote, que tiene en su poder hacer presente a Cristo en la tierra y que, en el momento del sacrificio, une toda la Iglesia al Verbo encarnado, también hace descender a las almas la vida íntima de Dios. Así se acaba, por el ministerio del sacerdote el retorno del Cristo total a la unidad de la Trinidad.

Esta acción mediadora del sacerdote al servicio de las almas se reduce, al fin de cuentas, a divinizarlas por la gracia, a transformarlas en la imagen misma de Cristo. Su doble mediación no tiene otro sentido.

EL SACERDOTE AL SERVICIO DE LOS HOMBRES

El sacerdote, que ofrece el Cristo a la Trinidad, “forma ese mismo Cristo” en las almas a fin de constituir, con los miembros unidos a su cabeza, un solo cuerpo de “verdaderos adoradores del Padre en espíritu y en verdad”³⁹⁷.

La divinización de las almas en alabanza de gloria para la Trinidad sigue siendo, pues, después de la ofrenda del sacrificio eucarístico, la obra por excelencia del sacerdocio en la Iglesia. El sacerdote hace circular en la vida de los hombres la santidad

³⁹⁷ Juan IV, 24.

misma de Dios. Esta acción santificadora, comenzada en el Bautismo, prosigue a lo largo de una existencia humana, mientras dure para ella la marcha oscura de la fe en su tránsito por la Iglesia militante. Pero, lo sabemos, como el germen que con todas sus fuerzas tiende a su completo desenvolvimiento, la vida de la fe busca la visión eterna.

Tal es la función del sacerdote en la Iglesia: encaminar a los hombres desde la Trinidad de su bautismo a la Trinidad de la gloria, a través de todas las crucifixiones de la vida. Ayuda a las almas a ir a Dios, en Cristo.

En el Bautismo es donde comienza junto a los hombres la misión del sacerdocio cristiano. Este primer gesto del sacerdote sobre la frente del niño, para darlo a Cristo, no es sino la toma de posesión de un alma por la Iglesia en nombre de Dios Trinidad. En adelante, la Iglesia tiene el deber de velar sobre esta gracia divina que ella deposita en el alma del niño como un tesoro divino que no le pertenece y que ella debe hacer fructificar. Todos los derechos y deberes de la Iglesia y por consiguiente, del sacerdocio, fluyen de esta primera comunicación de la gracia. El sacerdote tendrá en adelante la misión y el deber de velar por el pleno desenvolvimiento de esta gracia divina en todas las facultades del hombre, a través de todas sus situaciones sociales y todas las circunstancias de su vida. La Iglesia, que toma posesión de las almas en nombre de Cristo, debe conducir las en su nombre a la ciudad de Dios.

Corresponde pues al sacerdote “formar a Cristo”³⁹⁸ en esa inteligencia de niño, en esa voluntad y en todo ese ser herido por el pecado original, que lleva en sí una pesada herencia de tachas morales. A él toca dirigir a “ese otro Cristo” de conformidad con el Evangelio de su Maestro, y de hacerle en todos sus actos dócil al soplo del mismo Espíritu. Entrar en el detalle de esta acción del sacerdote sería rehacer toda la historia del sacerdocio en la Iglesia. Constituirá uno de los asombrosos deslumbramientos de la Visión contemplar cómo Cristo ha realizado la santidad en las almas, por los ministros de su redención.

¿Puede acaso haber siquiera un solo acto humano que pueda escapar a la influencia sobrenatural del sacerdote en la vida? Vela él sobre la educación cristiana de los niños; forma militantes de Cristo que la Iglesia designa oficialmente para la defensa de la fe; penetra en la familia para bendecir a los esposos, inculcándoles el sentido de ese amor conyugal que debe florecer en amistad en Cristo. Vela sobre la formación de las conciencias cristianas de todos los miembros del hogar. Es el confidente de los que

³⁹⁸ Gálatas IV, 19.

crecen, el consejero de los padres, el sostén de los adolescentes en las horas de crisis en que se orientan y se fijan en la vida. Después de las caídas, es Cristo que perdona y reconduce al cumplimiento del deber. Es el compañero de toda la vida del cristiano, al que conduce a Dios en nombre de Cristo. Cada mañana, da a las almas la luz y fortaleza del Dios escondido en la Hostia. Después, cuando llega la hora del supremo adiós a un mundo que ya se desvanece, se acerca por última vez, con el poder de su Maestro para decir: “Puedes partir, alma cristiana, allí está el Cristo de tu bautismo que quiere eternizarte en Él en el amor”.

Con el sacerdote, Cristo es el que pasa aún al servicio de las almas, para comunicarles todos los beneficios de su redención. Jesús mismo las diviniza por la gracia que fluye de los sacramentos. Las ilumina con su luz de Cristo por la enseñanza de su sacerdocio. Él mismo las conduce hacia la más alta perfección por la dirección espiritual del sacerdote. En todos los puestos de la Iglesia, junto a todas las almas: allí está Cristo con sus sacerdotes, ministros de su gracia, de su palabra, de su función de jefe. Sin la institución del sacerdocio desde hace mucho tiempo el mundo habría cesado ya de ser cristiano. El sacerdote es Cristo sacramentalmente presente en la tierra, que continúa de manera invisible su misión de salvar almas. Él las bautiza, las absuelve, las nutre, las conserva en la vida de Dios. Por la actividad multiforme y prodigiosa del sacerdote la Iglesia defiende la fe en las almas, las hace crecer en la luz y el amor de Dios y hace que la ley de Cristo pase a informar las instituciones de los pueblos. Clero parroquial y clero religioso, clero devorado por el celo de las obras y clero sapiente, sacerdocio contemplativo y sacerdocio misionero: nada se hace en la Iglesia sin el sacerdote. En verdad, la Iglesia en marcha a la conquista de las naciones, es el sacerdocio mismo de Cristo, continuando en medio de los hombres su obra de redención. El pensamiento cristiano no se ha equivocado ciertamente, a pesar de las fragilidades y hasta de las caídas; el sacerdocio: es Cristo que aún pasa por la tierra, en medio de nosotros. Todo sacerdote es otro Cristo: “Sacerdos: alter Christus”.

IV. LA FUNCIÓN SOCIAL DEL OBISPO

El sacerdocio no realiza su plenitud sino en el obispo, imagen perfecta de Cristo, Sacerdote y Rey.

El sacerdote tiene por función principal la ofrenda del sacrificio y, por misión secundaria, la santificación de las almas con la mira de unir las almas al Cristo de la Hostia. Su carácter sacerdotal lo destina inmediatamente al culto divino. Es el hombre de la Eucaristía: Sacerdote para Dios.

El obispo por entero y directamente es consagrado para el gobierno espiritual de los fieles. Rige el cuerpo místico de Cristo. Su consagración episcopal no imprime en su alma ningún carácter sacramental, pero le confiere en la Iglesia un poder jerárquico de jefe³⁹⁹.

El sacerdote es “otro Cristo”, adorador del Padre y santificador de las almas. El obispo es un Cristo, Doctor y Rey, que conduce al pueblo de Dios hacia su felicidad eterna. En la sociedad cristiana, el obispo tiene cargo de bien común: es jefe.

EL CRISTO DE SU DIÓCESIS

De este principio fundamental derivan todas las funciones, todos los poderes del obispo en la Iglesia de Cristo.

El obispo es el Cristo de su diócesis. El Hijo de Dios le ha concedido, para cumplir su cargo de Pastor, todos los poderes de su sacerdocio y de su realeza, con

³⁹⁹ No es lugar éste para entrar a discutir acerca de la esencia del episcopado. Nosotros nos atenemos a la doctrina de Santo Tomás que nos parece la más profunda y más conforme con la constitución jerárquica de la Iglesia, y, también, la más fecunda en sus consecuencias prácticas relativa al papel social que desempeña el obispo en la vida de la comunidad cristiana y, en particular, a la cabeza de nuestros movimientos de Acción Católica.

El obispo desempeña en la Iglesia un papel jerárquico de jefe: “Est quasi princeps in Ecclesia” (op. cit., 3, 65, 3, ad 2). El episcopado añade al sacerdocio presbiteral un poder de jefe sobre el cuerpo místico: “episcopus accipit potestatem ut agat in persona Christi super corpus ejus mysticum, id est, super Ecclesiam: quam quidem potestatem non accipit sacerdos in sua consecratione, licet possit eam habere ex episcopi commissione. Et ideo ea quae non pertinent ad dispositionem (legislación, organización) corporis mystici, non reservantur episcopo: sicut consecratio humus sacramenti (Consagración del cuerpo de Cristo; poder sobre el cuerpo real de Cristo). Ad episcopum vero pertinet tradere non solum populo sed etiam sacerdotibus ea ex quibus possunt propriis officiis uti. Et quia benedictio chrismatis et olei sancti et olei infirmorum et aliorum quae consecrantur, puta altaris, ecclesiae, vestium et vasorum praestat quamdam idoneitatem ad sacramenta perficienda quae pertinent ad officium sacerdotum: ideo tales consecrationes episcopo reservantur tanquam principi totius ecclesiastici ordinis” (Idem, 3, 82, 1, ad 4). “Potestas episcopalis habet se ad potestatem ordinum inferiorum sicut politica quae coniectat bonum commune ad inferiores artes et virtutes quae coniectant aliquod bonum speciale”. (Suplemento 38, I).

El sacerdocio presbiteral ciertamente que posee un cierto poder de orden y de santificación sobre el cuerpo místico de Cristo, pero de una manera radical, imperfecta e incompleta: “Sacerdos non habet completam potestatem in hierarchicis officiis, sicut episcopus” (Supl., 38, 1, ad 5). El episcopado añade, pues, a título de diferencia específica, al sacerdocio presbiteral un poder jerárquico de jefe. Sólo el obispo posee en plenitud el sacerdocio y el poder de regir el cuerpo místico de Cristo, por otra parte en dependencia jerárquica del Papa, cuyo poder episcopal se extiende a toda la Iglesia.

sobreabundante liberalidad, en excepcional plenitud. Jefe de su Iglesia, el obispo santifica a sus sacerdotes y fieles por su poder de orden: enseña las más sublimes verdades cristianas aun a los perfectos; es el defensor de la fe contra todos los ataques de la herejía o de la incredulidad. En fin, por sus leyes y sabias instituciones, encamina la sociedad cristiana hacia la ciudad de Dios. Todo conduce él a la perfección.

Pastor supremo de su diócesis, el obispo lleva su rebaño a los prados de la verdadera Vida. Mientras que los jefes políticos dirigen la sociedad humana hacia la posesión de los bienes temporales, el obispo no se prodiga sino en vista de los bienes eternos. Es Cristo que pasa en medio de su pueblo, predicando a las muchedumbres el “reino de los cielos”, desapegando las almas de las riquezas de la tierra, recordándoles el mandamiento supremo del Evangelio: la ley de amor. Es Cristo, volviendo los descarriados al redil y perdonando a los pecadores, atento a aliviar todas las miserias físicas y morales, inclinándose sobre los enfermos y los moribundos, bendiciéndolos y “sanándolos a todos” con su omnipotente bondad. El obispo es una imagen viva de Cristo fundador de su Iglesia⁴⁰⁰, eligiendo sus apóstoles para colaborar con Él en la obra de la redención, consagrándolos sacerdotes para perpetuar el sacrificio del nuevo culto cristiano, delegándoles su poder de remitir los pecados y de salvar las almas, confiándoles la misión de enseñar a éstas la verdad divina y la observancia de su ley, prometiéndoles, a ellos sus obreros de la redención, asistirlos con su Espíritu y su gracia, asegurándoles su amistad de Cristo: “Ya no os llamaré siervos... sino amigos”⁴⁰¹. El obispo rodeado de sus sacerdotes: es Cristo en medio de los apóstoles, unidos a Él en una misma obra de salvación. Con ellos, en medio de ellos, el obispo desempeña el oficio mismo de Cristo.

Y no se crea que se trata de una simple analogía, en un paralelismo ingenioso de las funciones del obispo con los sentimientos del Hijo de Dios cumpliendo el mandato de su Padre. Sabemos muy bien, por la fe, que el episcopado toca a la esencia del cristianismo, que los obispos, sucesores de los apóstoles, se nos presentan en nombre y en la persona misma de Cristo. A través de ellos todavía el “buen Pastor” vela sobre su rebaño; aún está Jesús presente en medio de los “suyos”, según su solemne promesa de permanecer con su Iglesia hasta el fin de los siglos.

⁴⁰⁰ Supl. 40, 4, ad 3.

⁴⁰¹ Juan XV, 15.

El obispo es el continuador del Verbo encarnado. Sacerdote y Rey, la prolongación viva de Cristo fundador y organizador de su Iglesia. Allí donde está el obispo, allí está la Iglesia, allí también se encuentra Cristo. Más aun que el sacerdote, el obispo es Jesús obrando en las almas y en la sociedad cristiana por el poder soberano de su sacerdocio y de su realeza. En su diócesis, el obispo es “otro Cristo”.

LA PLENITUD DEL SACERDOCIO

Dios no ha revestirlo al obispo de la plenitud del sacerdocio sino para hacerle mediador de su pueblo, capaz de presentar, en su nombre, oraciones y sacrificios, a fin de obtener que descienda del trono de Dios sobre sus fieles el perdón de los pecados y todas las gracias de salvación. En la vida del obispo, como en la del sacerdote, la misa es el punto culminante, el instante supremo de su omnipotencia mediadora cerca de Dios. Cada mañana, eleva a Cristo sobre su diócesis en homenaje de adoración y de súplica infinita. Hombre frágil y pecador, lleno de desfallecimientos personales y envuelto en imperfecciones, acércase a la santidad de Dios, consciente de que tiene, él mismo, mucho de que ser perdonado. Esta vista cotidiana de su propia miseria en presencia de su Creador le vuelve misericordioso para con los pecadores que lo rodean. Padre de sus sacerdotes y de sus fieles, su oración, su amor vigilante, en todos piensa.

Pontífice de su Iglesia, su mirada contemplativa largamente fija en Cristo, bebe cada día en el acto principal de su sacerdocio la fuerza necesaria para inmolarse por la redención de su pueblo y para ser, a ejemplo de su Maestro crucificado, no solamente rey, sino también sacerdote y hostia.

Después, vuélvese hacia los hombres para consagrarles su vida de jefe. A este título, utilizará, primeramente, su poder de orden para constituir, organizar y dirigir el cuerpo místico de Cristo, en marcha hacia la ciudad de Dios. Forma su Iglesia como el pastor su rebaño, señalando a cada una de sus ovejas con la señal de Cristo, alimentándolas, sirviéndoles de guía en todo. Verdad es que a causa de una extrema necesidad, habiéndolo permitido Dios a fin de realizar mejor los fines misericordiosos de la encarnación redentora, todo sacerdote, todo cristiano, hasta todo hombre puede venir a ser ministro del Bautismo, sin embargo en la Iglesia primitiva, en tiempos de San Ignacio de Antioquía, sólo el obispo, o un sacerdote con su permiso, administraba

este sacramento de la iniciación cristiana, de la incorporación a Cristo y a la vida de la Iglesia. En nuestros días todavía el obispo consagra los santos óleos que serán mezclados con el agua bautismal, lo que indica cabalmente el imperio del obispo sobre todos los bautizados de su diócesis. Los sacerdotes mismos no ejercen válidamente su poder de absolver los pecados si el obispo no les da jurisdicción sobre el rebaño de Cristo. La administración de todos los sacramentos, sin excepción, cae bajo las directivas generales del obispo.

En definitiva, todos los actos exteriores de la vida católica y todas las funciones sacerdotales, que atañen al bien común espiritual de la Iglesia, dependen del obispo: jefe visible de la sociedad cristiana. Hasta ciertos sacramentos, a causa de que directamente están ordenados a ese bien común de la Iglesia, no son administrados sino por el obispo solo. Le pertenece, como jefe en la cristiandad, constituir el ejército de los “soldados de Cristo”, suministrar los cuadros subalternos y superiores que dirijan a esos “milитantes de Cristo”, en el momento que sea menester trabar combate. En esta hora de apostasía general de las naciones, bajo el impulso del Papado, la Iglesia moderna ha vuelto a encontrar el sentido de la lucha y de la conquista. La Acción Católica ha vuelto a dar a los cristianos y a la jerarquía este sentido militante de toda vida cristiana y de la Iglesia aquí abajo.

Jesús lo había advertido en su Evangelio: sólo “la violencia heroica”⁴⁰² arrebatara por asalto la santidad. La Iglesia de la tierra es esencialmente militante y cada día para ella es un día de combate. Ahora bien, dos sacramentos reclutan para la Iglesia y la sociedad cristiana esos “soldados de Cristo” y los cuadros que los conducirán al combate de Dios: la Confirmación y el Orden. El obispo, solo, los administra en su calidad de príncipe y de jefe en el ejército de Cristo.

Así, toda la administración de los sacramentos en la diócesis y el poder de orden en el obispo mismo, bajo el aspecto social que lo orienta hacia el bien común de la Iglesia, sufren la influencia rectora de su realeza. Por el Bautismo, el obispo admite a los hombres en el número de los miembros del Cuerpo místico de Cristo y de su Iglesia visible, él los acepta o no a la comunión eucarística, los somete al poder de las llaves que él posee en plenitud, designa oficialmente por la confirmación los “milитantes de Cristo”, los defensores de la fe y del bien común de la sociedad cristiana, consagra el óleo de los enfermos que servirá de bálsamo purificador para los moribundos. Él asiste a

⁴⁰² Mateo XI, 12.

todos los cristianos por sí mismo o por sus sacerdotes, colaboradores de su poder de santificación y de su acción jerárquica sobre las almas. Si bien el poder de ofrecer el sacrificio no depende en su eficacia sino de Cristo, el obispo hácelo lícito, bendiciendo los ornamentos litúrgicos, consagrando las iglesias y los vasos sagrados. Él posee la plenitud del sacerdocio porque es jefe.

EL GUARDIÁN DE LA FE

Existe un segundo papel cuyo desempeño Cristo confía al obispo y que deriva de su poder de orden: el ser, para los fieles, su padre en la fe y su guía en la vida. Cristo Sacerdote santifica las almas, Cristo Rey conduce las naciones a Dios. Como Cristo: el obispo es pontífice y rey.

Esta realeza se despliega simultáneamente en el plano del pensamiento y del gobierno. El obispo está encargado de conducir el cuerpo místico hacia su verdadera felicidad, por su papel de rector y de jefe espiritual. La naturaleza humana demanda este doble concurso de la sociedad para encaminar nuestra personalidad espiritual hasta su suprema perfección. El Estado tiene el deber de velar por la formación de las inteligencias y sobre todo de las voluntades. Así, la Iglesia debe asegurar el total desenvolvimiento intelectual y moral de cada uno de los miembros de Cristo. Tarea es del obispo proveer, en los límites de su diócesis, a la creación y desarrollo de todas las instituciones necesarias para este fin.

Su misión primera es formar las inteligencias en la luz de Cristo. El obispo es “otro Cristo”, revelador del Padre y de los misterios de Dios, enseñando a los hombres el camino del “reino de los cielos”, enseñándoles a trasladar los principios del Evangelio: desde las más altas especulaciones religiosas a las más humildes tareas de la vida.

Esta misión doctrinal del obispo reviste, hoy, una gravedad excepcional. La ignorancia religiosa es el mayor mal del mundo moderno que se muere por falta de verdad. Cuántos pueblos “sentados en las tinieblas y sombras de la muerte”⁴⁰³ en vano esperan que se les muestre la luz de Cristo, la sola capaz de salvarlos. Esta misión de la

⁴⁰³ Lucas I, 79.

Iglesia, misionera de la verdad, constituye, a la vez, una de las prerrogativas y uno de los deberes mayores del episcopado.

Esta enseñanza religiosa puede revestir una doble forma: la exposición y la defensa de la verdad católica.

Una exposición positiva y constructiva de la síntesis de la fe seguirá siendo, en todas las épocas, la obra primordial de una formación cristiana. Una sólida armadura doctrinal es la salvaguardia intelectual más poderosa, a menudo la única áncora de salvación de una vida cristiana, en un mundo donde afluyen las corrientes erróneas más contradictorias. Más que nunca, se requiere en el fondo de las conciencias religiosas de nuestros días las convicciones razonadas e indarraigables de la fe. Por lo demás, la experiencia cotidiana lo prueba, nada conduce las almas a la luz del Evangelio como una presentación directa e integral de las enseñanzas de Cristo.

En esta tarea gigantesca, que excede las posibilidades de un hombre, el obispo debe recurrir al esfuerzo dirigido de los catequistas, de los educadores en todos los ciclos de la educación, de los diversos organismos de formación doctrinal de nuestras élites, de los teólogos, de los pensadores y de los artistas cristianos. Recurre a la colaboración necesaria de todos los que, por la palabra, por la prensa, o de cualquiera otra manera pueden concurrir a la difusión del pensamiento cristiano. El campo de investigación y de penetración seguirá siendo inmenso, pues se trata, no de conservar tímidamente al pueblo fiel en la integridad de su fe, sino más aún de conquistar intrépidamente todos los espíritus para la verdad de Cristo. “¡Ay de mí si no predico el Evangelio!”⁴⁰⁴, decía San Pablo. He ahí, en resumen, el programa de todo episcopado en vista de la evangelización del mundo.

Otra tarea se impone al episcopado en presencia de todas las falsas místicas al asalto del mundo: la defensa de la fe. Aquí los objetivos de combate, varían al infinito, según las épocas y los lugares, en una civilización esencialmente móvil en la que se suceden las más variadas formas de cultura y climas espirituales, económicos y sociales. Cada diócesis tiene sus problemas doctrinales particulares. La fe, comprometida bajo tal o cual forma de cultura, en este o aquel pueblo, provoca reacciones diferentes, a menudo en vinculación con corrientes más vastas de orden nacional o bajo la presión del complejo internacional al que nos vinculan, a todos, las facilidades actuales de comunicación. Depende de la vigilancia del obispo descubrir esas necesidades y esos

⁴⁰⁴ I Corintios IX, 16.

peligros. No está solo para esto. Su clero está asociado en la misma tarea de difusión de la verdad y de formación de la inteligencia cristiana. Participa con el obispo de las mismas responsabilidades. La historia de las herejías y de las grandes luchas doctrinales de la Iglesia a través de los siglos testimonia las intervenciones decisivas del episcopado en la defensa de la fe. Los grandes nombres de Atanasio, de Cirilo de Alejandría, de Ambrosio, de Agustín, de San Juan Crisóstomo y de tantos otros, ¿no son, acaso, viva evocación del papel del obispo en la Iglesia: padre y doctor de la fe?

EL JEFE ESPIRITUAL

Toda sociedad tiene necesidad de un jefe. En la Iglesia, es el obispo. Lugarteniente de Cristo, su misión espiritual consiste en conducir los hombres a su fin último: el reino de Dios. El Verbo encarnado le ha comunicado, para esto, la plenitud de sus poderes de Sacerdote y de Rey.

Bajo las directivas doctrinales de su magisterio, el Evangelio de Cristo tiende a llegar a ser la norma de las inteligencias; una civilización se prepara bajo el signo del ideal cristiano.

Jefe religioso de la diócesis, el obispo dispone de un poder legislativo, judicial y coactivo que le proporciona los medios más variados para dirigir eficazmente los hombres hacia su beatitud eterna. Tiene la misión de velar por la aplicación de los principios cristianos en todas las almas, en todos los hogares, en todos los grupos sociales, situados en el territorio de su jurisdicción. Dios ha confiado a su celo un vasto sector de la redención. Los cristianos le deben obediencia filial y colaboración efectiva. Los otros hombres y los poderes públicos, ellos también deben favorecer su acción sobrenatural y trabajar, en todos los planos, subordinados a su poder espiritual, que se extiende tan lejos como el de la Iglesia en nombre de Cristo. En el ejercicio de su cargo pastoral, no depende sino del Papa, Jefe supremo de la catolicidad.

Esta misión de jefe espiritual le impone tremendas responsabilidades: la obligación de promover eficazmente el bien común de la sociedad cristiana mediante sabias instituciones o intervenciones rápidas, mediante una legislación prudente y resuelta, mediante órdenes claras y decisivas, a veces mediante una acción fulminante, victoriosa y libertadora, según las múltiples e imprevisibles circunstancias en que se

halle comprometido el destino eterno de los bautizados. ¿Quién osaría fijar límites a esta acción del episcopado? ¿Por ventura hay un acto humano, un solo gesto siquiera, que no dependa directa o indirectamente de la moral de Cristo? No nos corresponde fijar aquí los límites de una jurisdicción, llamada a desplegarse en todo el dominio de la redención. Puede establecerse, como principio, que la prudencia real del obispo debe dirigir toda la organización religiosa en el interior de la Iglesia y en sus relaciones con los poderes públicos, de tal manera que los fieles, por lo demás tan frágiles y tan susceptibles de ser influidos por el medio en que desenvuelven sus actividades, puedan vivir en el clima cristiano que sus almas necesitan para la salvaguarda de su fe. Acción individual, acción familiar, acción social bajo todos los aspectos y en todos los grados de la actividad humana, en amistosa relación con los poderes públicos o en vigorosa reacción contra sus avances usurpadores, la acción episcopal debe mantenerse vigilante como la de un pastor que guarda su rebaño no pocas veces en medio de los lobos. Esto excede las fuerzas ordinarias del hombre, pero el obispo sabe que él puede contar con la omnipotencia de Cristo.

LA IGLESIA EN MINIATURA

La diócesis es una pequeña iglesia en marcha, donde se reproducen todos los problemas y todas las dificultades de la Iglesia militante de Cristo, caminando en medio de las naciones.

Su jefe espiritual, el obispo, con la mirada fija en la beatitud eterna, está animado del deseo de conducir su pueblo hasta la ciudad de Dios. Su fe le descubre sus perspectivas de infinita felicidad. Él contempla, a la luz de la sabiduría divina y en su armoniosa unidad, esa Jerusalén celestial en la que su iglesia particular habrá de ser ubicada, entre las piedras vivas de la Ciudad eterna. En esta visión anticipada de la única Iglesia de Cristo en los esplendores de la gloria, bebe la inspiración hasta de sus menores gestos y de todas sus decisiones. Él sabe que tiene misión de conductor de almas en nombre de Cristo.

Sacerdote, ofrece las almas a Cristo y, por Él, a la Trinidad. Pontífice y jefe del culto cristiano, facilita a todos los miembros de Cristo el acceso a los sacramentos, que

les comunicarán todas las gracias de la Encarnación redentora y los unirán a la vida divina de su Salvador.

Doctor de la fe, explica él a la congregación de los fieles la revelación del misterio de Dios, manifestándole los senderos del Evangelio, los únicos que encaminan a los individuos y a los pueblos hacia la beatitud divina de la vida eterna.

Su prudencia de jefe indica a cada uno su puesto de combate en la Iglesia militante y su tarea de colaboración en la salvación de sus hermanos. Su gobierno clarividente, y firme sostiene a los débiles, endereza errores y faltas, inclina las voluntades a la conquista de Dios. En las horas difíciles, humanamente insuperables, encuentra su amparo en las promesas de Jesús a sus apóstoles, poseyendo por la fe la certidumbre de que el Maestro siempre está presente en medio de su Iglesia, supliendo la fragilidad de sus ministros, obrando Él mismo en lo más íntimo de los miembros de su cuerpo místico, salvando a sus redimidos amenazados de los peligros de este mundo, cubriéndolo día y noche con su plegaria omnipotente de Cristo: “Padre, Yo no Te pido que los saques del mundo, sino que los preserves de todo mal”⁴⁰⁵.

Por su parte los fieles, agrupados alrededor de sus sacerdotes y de su obispo, saben que desde el cielo “el Pastor supremo” vela por la salvación de sus almas y que Él permanece presente en medio de su Iglesia hasta la consumación de los siglos.

LA CATEDRAL

La catedral es el símbolo de la vida de la comunidad cristiana, como la persona del obispo es la representación viva y completa del misterio de la Iglesia.

Esta iglesia de piedra en la que el obispo preside la asamblea de los fieles, nos hace pensar en aquella Iglesia invisible, totalmente espiritual, compuesta de las almas santas que aman a Cristo y viven “con Él, por Él y en Él”, en la unidad de la Trinidad.

Este templo exterior lleva nuestros pensamientos y nuestra atención hacia esa Jerusalén celestial, que no está construida por mano de hombre y de la cual habremos de llegar a ser piedras vivas, hacia esa ciudad eterna a la que tienden todos nuestros deseos y todas nuestras aspiraciones, donde con los puros espíritus cantaremos sin fin, en Cristo, la gloria infinita de Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

⁴⁰⁵ Juan XVII, 15.

Así, aun los signos materiales más humildes de nuestra fe nos elevan hasta la contemplación de las más altas realidades divinas.

El pontífice, en el altar, celebrando el santo sacrificio: es Cristo aun presente y ofreciéndose a Sí mismo en medio de su Iglesia, para perpetuar en ella ante el Padre y entre “los suyos” su culto personal de Verbo encarnado, uniendo a sus sentimientos adoradores de Hijo Unigénito del Padre la alabanza y adoración de todos los hijos de Dios.

En su catedral es donde, por el Bautismo y la Confirmación edifica el obispo en la tierra la Iglesia de Dios, militante para Cristo. En su catedral es donde confiere a los nuevos sacerdotes, con el poder del sacerdocio, la misión de salvar las almas, prolongando sobre ellas la acción personal y redentora del Verbo encarnado.

La “cátedra” de la catedral, desde donde el obispo habla a los fieles como un padre a sus hijos, exponiéndoles con simplicidad y profundidad los misterios de Dios ocultos en el Evangelio, da testimonio de su cargo de padre y de doctor de la fe.

¿No es también desde su catedral que el jefe de diócesis promulga las decisiones del sínodo, que vendrán a ser regla de vida, dando a todos las consignas de acción de la Iglesia, testigo de Cristo en medio de las naciones?

La catedral resume toda la vida del obispo y de la comunidad cristiana, agrupada a su alrededor. Ubicada en medio de la ciudad y abierta a todos los hombres, afirma la catolicidad de la Iglesia de Cristo. Es para los fieles, que pueden participar en ella todos los días en el mismo sacrificio, el signo de su viviente unidad en Cristo y de su comunión con todos los santos en la vida de la adorable y beatífica Trinidad.

En fin, este edificio de piedra, siempre erguido e idéntico a sí mismo en medio de la sucesión de los pastores y de la vicisitud de los tiempos, constituye una poderosa evocación de la inmutable perpetuidad de la Iglesia, que posee la presencia real de su Cristo que vive en ella hasta la consumación de los siglos.

V. EL PAPA

En la cúspide de la jerarquía de la Iglesia, está el Papa: Vicario de Jesucristo en la tierra, representante de Dios.

EL CRISTO DE LA TIERRA

Ubi Petrus, ibi Christus. Pedro: es Cristo siempre presente en medio de su Iglesia para ofrecerla a su Padre, para santificarla, iluminarla, y conducirla a través de sus luchas y tribulaciones a la eterna ciudad de Dios. Nunca el Papa se expresa en su nombre personal. Habla y actúa “en la Persona misma de Cristo”.

Pontífice, doctor y rey, su sacerdocio y su realeza derivan de la plenitud de gracia del Verbo encarnado, jefe supremo de la Iglesia. Como sacerdote, es el instrumento de Cristo. Como doctor y rey, es asistido por el Espíritu de Jesús en los actos de su magisterio y de su gobierno. Todo gesto, toda palabra del Papa es una prolongación de la acción de Cristo sobre su Iglesia. Lo afirmaba Jesús a Pedro, en Galilea: “Todo lo que tú ates o desates en la tierra, atado o desatado será en el cielo”⁴⁰⁶. Dios ratifica en el cielo todo lo que el Papa decide en su nombre sobre la tierra. El Hijo de Dios le ha confiado sin límite todos sus poderes de redención.

Sin caer en ingenua exageración, como sería creer en la impecabilidad del Papa en su vida privada y en los menores actos de su gobierno, veinte siglos de existencia y las seguridades que nos proporciona nuestra fe nos garantizan esta presencia continua y vigilante de Jesús en medio de los “suyos”, conduciendo Él mismo “su Iglesia” a su destino eterno, supliendo las deficiencias de sus ministros mediante su omnipotencia de Cristo, asistiendo al Papa en su actividad apostólica ante las naciones. Guiada por las intuiciones de su fe, Santa Catalina de Sena, complacíase en llamar al Papa, familiarmente: “el dulce Cristo de la tierra”. Toda la teología del papado está en germen en esta célebre expresión: el Papa “el Cristo de la tierra”.

EL SUMO PONTÍFICE

Lo que impresiona a primera vista en la personalidad del Papa, es el carácter de soberanía de su sacerdocio. Es en la tierra el mediador supremo entre los hombres y

⁴⁰⁶ Mateo XVI, 19.

Dios. Él ofrece el sacrificio por toda la Iglesia y santifica las almas comunicándoles, por los sacramentos, la gracia de Cristo.

La ofrenda de Cristo a su Padre también es, para él, el acto principal de su sacerdocio. Es verdad que, en la oblación del sacrificio eucarístico, el Papa no goza de un poder superior al de los otros ministros, ningún poder en el mundo sobrepuja al del sacerdote en el altar; pero, ¡cuán profunda es la diferencia “psicológica” entre la oblación del sacrificio por un simple sacerdote y la misa del Papa! Mientras sus manos sacerdotales elevan a Cristo por sobre las naciones, el alma del Papa, identificada con la de Cristo, eleva en su oración adoradora a la Iglesia entera de la que está encargado. “Por Él, con Él, en Él”, ofrece la Iglesia unida a su Cabeza en un mismo sacrificio de expiación y de adoración, que contiene en sustancia toda la religión cristiana. En la vida del Papa, como en la de todos los sacerdotes del mundo, la misa es el instante supremo de su identificación con Cristo y de su amistad con Dios.

Asimilado a los otros ministros del altar en la ofrenda del sacrificio, el Papa, jefe de la Iglesia, los supera a todos por su poder de orden, que se extiende sin reserva a todos los miembros del cuerpo místico de Cristo. Su jurisdicción universal de Pontífice supremo está al servicio de este poder mediador de santificación, como la realeza en Cristo está ordenada a su sacerdocio. Pertenece al Papa: incorporar como miembros vivos del Verbo encarnado a todos los hombres de la tierra y hacer de ellos los “soldados de Cristo”, bendecir la unión del hombre y de la mujer en vista de la fundación de un nuevo hogar; purificar en la sangre de Jesús todos los pecados cometidos en este mundo y borrar sus rastros aun imperceptibles que pudieran retardar en la hora de la muerte el vuelo del alma hacia Dios; ordenar sacerdotes y designar los templos y lugares del culto, en fin, consagrar en todos los grados de la Jerarquía los jefes de la comunidad cristiana. El Sumo Pontífice ejerce en la Iglesia todas las funciones sacerdotales de Cristo.

EL DOCTOR DE LAS NACIONES

A imagen de Cristo: el Papa es sacerdote, doctor y rey. Sacerdote, mantiénese ante Dios en el cuidado continuo de su gloria, inclinándose también sobre las almas para divinizarlas. Doctor y Rey, dirige sus esfuerzos para el establecimiento del imperio de

Cristo sobre las inteligencias y las voluntades; sobre todos los pueblos y el conjunto de sus instituciones. No existe en la tierra ni siquiera un alma que no dependa de la solicitud del Pastor supremo de la Iglesia, encargado de conducir todos los hombres a Dios.

Doctor de la fe, anuncia el Evangelio a las naciones. La elevación del hombre al orden sobrenatural exige en adelante que él se dirija no ya solamente según los principios de la razón, sino que se adhiera a Dios por la fe. Todo está orientado a la mayor gloria de Dios Trinidad. El Dios del Evangelio no es ya el Dios abstracto de los filósofos y de los sabios del siglo, aislado del mundo en su esencia inaccesible, sino el Dios de amor que se hizo hombre para salvarnos, el Buen Pastor que ha venido a nosotros todos en busca de las ovejas descarriadas. El “Credo” de la Iglesia de Roma nos pone frente a un Dios: Padre e Hijo y Espíritu Santo, que ha predestinado a sus criaturas inteligentes a vivir en sociedad con Él en la unidad de las tres Personas divinas. Después de caminar en la oscuridad de la fe y que la gracia se desenvuelva totalmente en gloria, el hombre está llamado a eternizarse en Dios en una vida de pensamiento y de amor, asociado al gozo de la adorable Trinidad. Tal es la sublime visión del universo cristiano, la gran luz que el Papado hace brillar sobre el mundo.

Jamás los maestros del pensamiento humano, a pesar de tantos siglos de esfuerzo colectivo, han podido elevarse siquiera al menor grado de la luz de la fe; participación en el pensamiento íntimo de Dios en el secreto de la generación del Verbo. El más mínimo de los pequeñuelos que conoce su catecismo posee, sobre el conjunto de las verdades religiosas más fundamentales, más claridad y certeza que la inteligencia de los genios más poderosos. Para darse cuenta de los inapreciables beneficios del magisterio de la Iglesia, basta comparar las luminosas enseñanzas del Papado a las naciones cristianas con los balbuceos sobre Dios y sobre el sentido de la vida, de los pueblos privados de la luz del Evangelio, y “sentados en las tinieblas y las sombras de la muerte”.

Sería peligroso error minimizar esta gran misión de la Iglesia, mensajera de la revelación ante pueblos, limitándola a las definiciones infalibles “ex cathedra” en las cosas tocantes al dogma o a la moral. El magisterio de la Iglesia alcanza las más lejanas perspectivas accesibles al pensamiento del hombre, bajo las luces de la fe. La indefectible asistencia del Espíritu de verdad prometida por Jesús a su Iglesia se adapta a todos los meandros de la inteligencia humana, que a tientas se encamina hacia la luz. Al lado de las solemnes declaraciones de Pontífices romanos y de las grandes encíclicas

dirigidas a la Iglesia universal, preséntase toda la matizada gama de las directivas de la Santa Sede: aprobación o rechazo de las conclusiones conciliares, decisiones de las Congregaciones romanas, cartas al episcopado, censuras diversas y advertencias secretas, breves laudatorios, normas generales o particulares a los exégetas, a los teólogos, a los filósofos, a todos los pensadores y sabios cristianos, impulso dado a las universidades católicas e instrucciones transmitidas para todos los grados de la enseñanza cristiana, alocuciones consistoriales o simple palabra del Papa, preferencia manifestada en favor de los sistemas científicos que juzga más en armonía con el dato revelado. Con infinita sabiduría, el Espíritu de Dios conduce la Iglesia de Cristo hacia la plenitud de la verdad.

Doble tarea impónese a la misión doctrinal de la Iglesia: la exposición metódica de las verdades cristianas y, secundariamente, la defensa de la fe.

Para la exposición de sus dogmas y de sus repercusiones prácticas en la vida de las almas, la Iglesia apela a todas las disciplinas humanas y a la ayuda de todos sus doctores. ¡Mas cuánta libertad de búsqueda y de utilización de los datos de la revelación divina en el interior de las perspectivas de una misma fe! ¿Hay, acaso, genios más diversos que los de un San Agustín, un Orígenes, un San Jerónimo, un San Bernardo, un Santo Tomás de Aquino, un San Juan de la Cruz, un Dante, un Bossuet, un Pascal?, sin embargo, todos, pudieron desenvolverse en un mismo clima cristiano.

En el pensamiento de la Iglesia, hay lugar para todas las formas históricas de cultura. Por definición, la síntesis cristiana permanece en estado de inacabamiento: prenda de su inagotable riqueza. La Iglesia de Jesucristo avanzará a través de los siglos, proporcionando a las diversas naciones principios de civilizaciones siempre nuevas, variadas en sus modalidades exteriores, todas auténticamente cristianas. En el Evangelio están, en germen, todas las cristiandades del mañana. La Iglesia de Dios está siempre en marcha hacia una nueva estructura del mundo. En lugar de contemplar la suma ya adquirida de las verdades cristianas como una vasta catedral de contornos inmutablemente definidos, tal vez sería más verdadero considerar la teología en estado de perpetua edificación. El Evangelio proporciona principios eternos a los hombres de todas las generaciones, pero es menester ajustarlos, bajo la dirección de la Iglesia, a la solución de sus problemas actuales. El adaptarse a todos los espíritus y a todos los tiempos es la esencia misma de su catolicidad. Mientras que, bajo la mirada del contemplativo, los dogmas cristianos se armonizan y se sintetizan de más en más

alrededor del misterio central de la Trinidad, la doctrina social de la Iglesia, bajo el empuje de la economía mundial, se desenvuelve inmensamente.

Los laicos de la Acción católica, a su vez, colaboran con la jerarquía en la adquisición de una inteligencia verdadera de las condiciones temporales de la ciudad cristiana. Uno de los papeles esenciales del magisterio de la Iglesia consiste, precisamente, en promover esta marcha vigorosa de todos los espíritus hacia una comprensión más profunda y más precisa de la doctrina católica y de sus consecuencias prácticas en cada una de nuestras vidas. ¿Es acaso preciso subrayar la trágica actualidad, la amplitud y también la infinita fecundidad de tal trabajo? Basta consultar la asombrosa variedad de los documentos pontificios de este último siglo, para adquirir conciencia del esfuerzo gigantesco cumplido por el Papado para permanecer fiel a la misión doctrinal que Jesús ha confiado a su Iglesia: “de enseñar a todas las naciones”. León XIII, Pío XI, Pío XII, todos estos nombres evocan el recuerdo de magistrales encíclicas y de directivas preciosas sobre las preocupaciones más actuales del mundo moderno y en dominios más diversos: enseñanza eucarística y mariana, moral individual o familiar, problemas de educación, de espiritualidad, de cultura, cuestiones económicas y sociales, cuestiones internacionales con recuerdo de los principios fundamentales de justicia y de paz entre los pueblos. Causa maravilla la fuerza de universal penetración del Evangelio hasta en las aplicaciones más prácticas de la vida corriente.

Sabemos que el Maestro ha orado para que la fe de Pedro no desfallezca. A través de la palabra del Papa oímos la voz de Cristo. Lejos de tener a los espíritus en abusiva tutela, el magisterio de la Iglesia los guarda con prudencia y sabiduría en la línea de la verdad. El Papa es para nosotros todos, la gran luz de Dios.

EL JEFE SUPREMO DE LA IGLESIA

El magisterio pontifical realiza sólo uno de los aspectos de la misión divina de la Iglesia, encargada por su fundador de conducir todos los hombres a la beatitud eterna. Cuando se escruta el misterio de la Iglesia, hay que ver en grande, en la medida misma de Dios. Es preciso saber contemplar la Iglesia descendiendo de los esplendores de la vida trinitaria en la que ella encuentra su origen “en el seno del Padre”⁴⁰⁷, para florecer

⁴⁰⁷ Juan I, 18.

en el cielo y en la tierra en esa innumerable multitud de los hijos de Dios, unidos al Hijo Unigénito del Padre como miembros de un mismo cuerpo a su cabeza. La Iglesia es el Cristo total en marcha hacia la Ciudad de Dios.

A esa multitud, Cristo ha dado un Jefe: el Papa, su vicario y su representante en la tierra. Como Cristo, el Papa es rey.

Su realeza espiritual sobre los individuos y las naciones sitúa a la Iglesia por encima de todas las agrupaciones humanas, en un plano divino. Sobrenatural por su destino y por su fundador mismo, Dios encarnado, su misterio escapa a toda mirada humana. No se penetra su esencia íntima sino por la fe: pues el misterio de la Iglesia, es el misterio mismo de Cristo. Se descubre simultáneamente en ella todas las grandezas y todos los achaques de una auténtica mística de la encarnación.

Como su Maestro, la Iglesia es a la vez: humana y divina, visible e invisible, compuesta de hombres frágiles y mortales, que son en su mayoría pobres pecadores; pero posee en ella todos los medios para divinizarlos. Mezclada con los gobiernos de este mundo, los “trasciende” por su misión superior. Ella sola encamina inmediatamente los hombres hacia su fin último: la visión de Dios. Todo en ella, tanto en su constitución íntima como en su vida exterior, está ordenado a este objetivo sublime: la salvación de las almas, la santidad. Las otras sociedades de la tierra permanecen subordinadas a este fin supremo, y a causa de ello sometidas a la Iglesia de Cristo.

No quiere esto decir que la Iglesia se identifique con un teocratismo absoluto, que suprimiría la autonomía legítima de los poderes públicos en el orden temporal. César conserva su poder frente a la tiara, siempre que César obedezca a Dios. Pero toda la actividad temporal de las ciudades de la tierra depende de la realeza espiritual de la Iglesia, cada vez que el interés superior de las almas, directa o indirectamente, se halle comprometido.

El Papa ejerce este poder real en nombre de Cristo, en el plano legislativo, ejecutivo, judicial y coercitivo. Sociedad perfecta, la Iglesia debe poseer todos los medios necesarios a una vasta comunidad en vista de la realización integral de su bien común: a la vez material y espiritual, temporal y eterno.

Este bien común en toda sociedad está constituido por el establecimiento y el mantenimiento de la paz. Esta tranquilidad del orden social existe en un estado, cuando, en medio de la infinita variedad de los intereses y necesidades, una concordia perfecta une los diversos ramos de actividad de la nación: industria, agricultura, comercio, servicios públicos, ciencias y artes. El bien común no es la suma material yuxtapuesta

de los bienes individuales, sino un bien superior de orden social, síntesis de todos los bienes del hombre en todas sus aspiraciones legítimas.

La realización perfecta del bien común en la Iglesia obraría “la tranquilidad del orden” y la paz de la cristiandad: haciendo cada individuo a la comunidad don de todas las riquezas de su persona, acordando con liberalidad cada familia y cada nación a las otras familias y a los otros pueblos que se beneficien con los tesoros de su cultura y de su genio propio, en una mutua ayuda fraterna, organizada en todos los dominios de la vida: económico, intelectual, artístico, moral y místico, al servicio de los fieles de Cristo y de todos los hombres.

El espectáculo del mundo moderno presenta –¡ay!– una realidad muy diferente. El jefe de la Iglesia lucha con dificultad para el establecimiento y mantenimiento del reino de Cristo en las almas y en las instituciones. Los pueblos, apartados por sus jefes de su vocación común, corren como ovejas extraviadas. El sucesor de Pedro, el Vicario de Cristo, no por ello cede en su papel de Pastor supremo. Desde las alturas del Vaticano, día y noche, vela por la salvación del mundo. ¿Acaso Cristo no le ha confiado todas las naciones?

Su primacía soberana se extiende a todos los pueblos como a todos los individuos. Nada escapa a su universal jurisdicción: ni lo espiritual, ni aun los intereses materiales, en la medida en que los bienes de la redención estén en juego. Sabemos con cuánta solicitud la Iglesia siempre se ha mostrado solícita por la felicidad eterna y temporal de sus hijos. Se inclina sobre los cuerpos para salvar las almas. No administra las riquezas de este mundo sino en vista del “reino de Dios”. Este gobierno real de la Iglesia, que vive en medio de las naciones, no mira sino a formar santos.

En el ejercicio de su triple poder: legislativo, judicial y coercitivo, a través de los innumerables engranajes de la administración de la Iglesia, el Papa no tiene sino un cuidado, hacer que se dé un clima de santidad, que se realice en la tierra el pleno desarrollo de una cristiandad.

Tal es el sentido de todo el esfuerzo del Papado, en colaboración con el episcopado y los poderes públicos. La realeza del Papa, es la realeza de Cristo. Este poder es soberano. No en vano lleva la tiara triple corona: el Papa es responsable de la salvación del mundo; le corresponde dirigir hacia Dios el alma de los pueblos y de los reyes. Verdadero “Cristo de la tierra”, fijada su mirada contemplativa en la bienaventurada e inmutable Trinidad, a través de las vicisitudes de la Iglesia militante, el Papa conduce a todos los hombres hacia la ciudad de Dios.

EL SANTO PADRE

El sentido cristiano ha sabido formular, en una expresión familiar, su inteligencia profunda del misterio del jefe de la Iglesia: “Papa”, se decía en antiguo latín popular, es decir, para nosotros: “el Santo Padre”. A los ojos de los hombres: el “Papa” es el padre de todos. Encarna en la tierra la imagen más impresionante de la paternidad de Dios.

Todos los poderes del Papa están impregnados de este sentido paternal. Su sacerdocio hace nacer las almas a la vida. Su realeza gobierna la familia de Dios. La misión soberana del Papa consiste en formar a Cristo en el mundo, en incorporar los hombres al Verbo encarnado, en ayudarlos a que lleguen a ser, por la gracia, los hijos de Dios. Así la soberanía del Pontífice de Roma reviste el significado de una función espiritual de paternidad.

En su actividad multiforme de “Cristo de la tierra” todo paternal. La acción del Papa es generadora de vida. Sacerdote: por el Bautismo, hace nacer los hombres a la vida de Dios. Por la Confirmación, los hace crecer en esta vida hasta su perfecta semejanza con Cristo. Cada día, distribuye a los cristianos, en nombre del Padre celestial, el verdadero “Pan de vida”, el Cristo oculto en la Hostia. Su bendición se extiende a todos los hogares destinados a multiplicar los hijos de Dios. Por la Penitencia y por la Extremaunción arranca las almas de la muerte, restituyéndoles, en la medida de su fervor, la plenitud de salud. Su soberano sacerdocio, en fin, constituye a los sacerdotes y a los obispos, que continúan siendo en la Iglesia los grandes propagadores de la vida.

El Papa no abandona las almas que su sacerdocio alumbra a la vida de Cristo. Por el ejercicio de su realeza espiritual, las encamina hacia el completo desenvolvimiento en ellas de la vida divina. Su magisterio guarda las inteligencias en el camino de la verdad y las conduce a la luz del Verbo. Su legislación de jefe de la Iglesia hace entrar toda la actividad de los cristianos en el movimiento de la voluntad de Dios. No hay ni un solo acto humano que no sea susceptible de ser dirigido por la ley de Cristo, de la cual el Papa permanece siendo el intérprete auténtico. Si, en ciertas ocasiones, es preciso castigar, hágelo siempre como un padre que quiere corregir a sus

hijos. La Iglesia es una madre para nosotros. El Papa es en la tierra el padre de la familia de Dios.

VI. LA MÍSTICA DEL SACERDOCIO

Toda una espiritualidad sacerdotal se desprende de esta concepción del sacerdocio cristiano. Toda vez que la moral encuentra su fundamento en el dogma y sobre él regula todas sus aplicaciones, basta extender la teoría de la causalidad instrumental del plano dogmático al plano moral y espiritual para descubrir allí el principio fundamental de toda la mística del sacerdocio: instrumento de Cristo, el sacerdote debe identificarse con todos los sentimientos del Sacerdote principal, cuyo lugar ocupa: debe cumplir sus gestos de Cristo con un alma de Cristo.

Puesto que el sacerdote es “otro Cristo” por su poder, séalo también por su alma. “Que Viva, pues, como otro Cristo”. “Vivat ut alter Christus”. Vivir como otro Cristo, he ahí todo el ideal de la santidad del sacerdote⁴⁰⁸.

IDENTIFICACIÓN CON CRISTO MEDIADOR

Obrar “en la persona de Cristo”, identificado con todos los sentimientos del alma mediadora de Cristo: estamos aquí en el punto central de la teología mística del sacerdote.

Instrumento inteligente y voluntario, el sacerdote debe poner en su papel de Cristo todos los recursos intelectuales y morales de su propia personalidad. La naturaleza de las cosas exige la conformidad del servidor con las intenciones de su

⁴⁰⁸ “El sacerdote es ministro de Jesucristo; por ende, instrumento en las manos del divino Redentor para la continuación de su obra redentora en toda su universalidad mundial y su divina eficacia. Mucho más, como se acostumbra decir: “el sacerdote es otro Cristo”, porque continúa en cierto modo a Jesucristo mismo” (encíclica “Ad catholici sacerdotii”).

El sacerdote desempeña una misión en nombre de Cristo” (II Cor., V, 20), debe vivir de manera que pueda hacer suyas las palabras del Apóstol: “Sed mis imitadores como yo lo soy de Cristo” (I Cor., IV, 16). Debe vivir como otro Cristo que, por el fulgor de sus virtudes, iluminó y aún ilumina el mundo”. “Ita vivat ut alter Christus qui virtutis suae fulgore hominum universitatem collustrabat atque collustrat” (encíclica “Ad catholici sacerdotii fastigium”).

señor, la identificación del sacerdote con Cristo. La gracia especial que Dios acuerda al nuevo sacerdote en el momento de su ordenación y que lo acompaña todos los días de su vida en el ejercicio de su ministerio sagrado, hace de él “otro Cristo”. Sacerdote y Hostia.

Importa sobremanera detenerse en este punto decisivo. Todo depende de él para la determinación de una santidad específicamente sacerdotal. ¡Hay una diferencia tan grande entre la gracia propia del sacramento del Orden y los efectos del Bautismo y de la Confirmación!

La gracia bautismal es una gracia de incorporación a Cristo. Ella hace del hombre un “miembro” vivo del Verbo encarnado y, a imagen de Jesús, le da para con Dios un alma de hijo. Cristo hácese su expiación, su redención, su plegaria, su adoración, su vida, la fuente y la causa ejemplar de su santidad. El Bautismo nos introduce en la vida íntima de la Trinidad y nos hace hijos de Dios, a semejanza del Hijo Unigénito. En este sentido: todo cristiano es otro Cristo. “Christianus: alter Christus”.

La gracia de la confirmación, al traer a las almas la plenitud del Espíritu de Jesús, acaba de configurar a los cristianos con la perfecta semejanza del Verbo encarnado, haciéndolos conformes con Cristo: soldado de Dios y testigo de su Padre ante el mundo hasta el martirio en la cruz.

El sacramento del Orden marca al sacerdote con la efigie de Cristo –Sacerdote, Doctor y Rey– haciéndole otro Cristo Mediador encargado de darles Dios a las almas y de elevarlas hasta Él. El Bautismo nos da un alma de hijo de Dios, la Confirmación un alma de soldado, el Sacerdocio un alma de mediador y de jefe⁴⁰⁹. El Orden es un sacramento de un alcance social tan vasto como el universo de la redención. Se es sacerdote para la Iglesia toda, para todos los hombres. La acción aun del menor de todos los sacerdotes se extiende a todo el cuerpo místico de Cristo. Por las manos del sacerdote corre toda la sangre de la redención del mundo. “Ser sacerdote, decía Monseñor Olier, es llevar el mundo sobre los hombros”. El sacerdote tiene por oficio

⁴⁰⁹ La encíclica “Ad catholici sacerdotii fastigium” de S. S. Pío XI, del 20 de diciembre de 1935, ha señalado con insistencia este papel mediador del sacerdote: “El género humano siempre ha experimentado la necesidad de tener sacerdotes, es decir, de hombres que, por una misión oficial a ellos confiada, sean mediadores entre Dios y los hombres, y que, consagrados enteramente a estas oraciones oficiales y sacrificios en nombre de sociedad” [sic]. Se es ordenado sacerdote, ante todo, no para sí, para su santidad personal, sino para la Iglesia entera: “Ordo datur, non in remedium unius personae, sed TOTIUS Ecclesiae” (S. Tomás, Supl., 35, 1, ad 1).

divinizar a todos los hombres y elevar el universo hasta Dios. Con este objeto la gracia sacramental le comunica un alma de Cristo mediador: Pontífice y Rey.

Así, la espiritualidad sacerdotal es esencialmente una espiritualidad de mediador⁴¹⁰. El sacerdote ejerce en el mundo el oficio mismo de Cristo, Mediador entre el cielo y la tierra. “El sacerdote es en la Iglesia como un Jesucristo viviente”. Es Jesucristo oculto bajo el exterior de un hombre⁴¹¹. El sacerdote fiel a la gracia de su sacerdocio, en todos los movimientos de su alma, tiende a identificarse con los sentimientos del alma mediadora de Cristo.

IDENTIFICACIÓN CON LA EXPIACIÓN DE CRISTO

El pecado domina la historia religiosa de la humanidad, y el motivo principal de la encarnación del Hijo fue la reparación de la ofensa infinita hecha a Dios por el pecado. El primer sentimiento de Cristo al entrar en este mundo nos revela bien, en el orden actual de la Providencia, el primado de la expiación. “Tú no has querido víctimas y holocaustos de los hombres, entonces dije Yo: Heme aquí”⁴¹². Y Cristo consagró su vida a la expiación. El sacerdote no debe ser sino uno con Cristo y ofrecerse como víctima con Él. ¿No es, acaso, otro Él, “otro Cristo”? Su misa de cada mañana, acto principal de su mediación, debería encontrarle cargado de todos los crímenes de los hombres. ¡Tanto hay para reparar por una parroquia! ¡Tanto para expiar por el mundo entero! En la misa, como otro crucificado, el sacerdote manteniéndose de pie, con los brazos en Cruz, por encima de los hombres, entre la tierra y el cielo, para obtener perdón y misericordia, nuevo Cristo, mediador universal, responsable del mundo.

¿Quién podría medir, en recompensa, el poder de santificación de esos minutos extraordinarios, los más fecundos de su vida, que le dan cada día, durante algunos instantes, un alma de “Crucificado”? Todas las perspectivas de su ministerio cambian a sus ojos: mezquindades y oposiciones cotidianas se desvanecen. Bajo estos vastos horizontes de la redención, los acontecimientos humanos recuperan su sentido eterno. El

⁴¹⁰ “Efficiuntur medii inter Deum et plebem: et ideo debent bona conscientia nitere quoad Deum et bona fama quoad homines” (Idem., 36, 1 ad 2).

⁴¹¹ Fórmulas de la Escuela francesa.

⁴¹² Hebreos X, 5-7.

sacerdote no corre ya riesgo de dejarse arrastrar él mismo por la corriente fácil de un mundo que ha perdido el sentido del pecado, que lo comete riéndose, como si él no fuese la fuente única de todos los males de la humanidad. Una vez que descienda del altar en el que se ha identificado con Cristo, el sacerdote sabrá encontrar esos acentos irresistibles que devolverán a los hombres de nuestro tiempo aquel agudo sentido del pecado, el único mal que toca a Dios en el corazón y cuya presencia impune le es siempre intolerable en un mundo “surgido” de sus manos. Hará comprender a los hombres, sus hermanos, toda la malicia del pecado, descubriéndoles la faz de un Dios muerto en una cruz. Este odio al pecado, uno de los actos más elevados de la divina caridad, por lo demás alejará su alma de sacerdote de toda ocasión de caída y contribuirá poderosamente a realizar en él la condición negativa de toda santidad: la separación absoluta del mal. En fin, esta identificación cotidiana con el alma del Crucificado en la lucha reparadora contra el pecado desarrollará en él el espíritu de sacrificio, que forma los héroes y los santos.

IDENTIFICACIÓN CON EL ALMA ADORADORA DE CRISTO

La adoración es el movimiento más profundo del alma frente a la grandeza de Dios y, por así decirlo, la esencia misma de la virtud de religión. La muerte redentora de Cristo, en la cruz, fue la señal más expresiva de esta proclamación necesaria de los derechos absolutos de Dios y de su trascendencia infinita. En el sacrificio sacramental, bajo los mismos signos de muerte —separación del cuerpo y de la sangre—. Cristo continúa ofreciendo a su Padre, por intermedio de los sacerdotes, el homenaje de su adoración sin fin. Esta perpetua adoración del Corazón de Cristo, vivo aún en medio de su Iglesia, constituye la expresión suprema de nuestra profesión de fe en la grandeza sin límites de Dios: Padre e Hijo y Espíritu Santo, Principio y Fin de todas las cosas.

El sacerdote, en el altar, identificado con el alma mediadora de Cristo, adora en nombre de la Iglesia, de todos los hombres, de todas las creaturas, con ese culto “en espíritu y en verdad” que el Padre espera de nosotros. Esta misión adoradora del sacerdote “en la persona de Cristo” es el centro invisible, donde pasa todo el movimiento religioso de las almas hacia Dios. En medio de las tumultuosas agitaciones del mundo moderno, ¿quién piensa en esta vida contemplativa y silenciosa de la Iglesia

de la tierra, cuyo gesto primero, cada mañana, antes de trabarse en sus duros combates de Iglesia militante, es el de recogerse un instante en el alma adoradora de su Cristo? Después, apoyada en el Crucificado, bajo la conducción de sus sacerdotes, la Iglesia avanza hacia las naciones para ganarlas todas para Cristo.

¡Cuán inmenso beneficio para un alma de sacerdote esa media hora de identificación total con el alma contemplativa y adoradora de Cristo! El terrible enemigo del “activismo” aléjase de su vida. Todas sus actividades apostólicas se organizan según una auténtica jerarquía de valores. El sacerdote contemplativo lo sabe: un minuto de adoración silenciosa es más útil para la Iglesia y el mundo que todo el movimiento de los negocios humanos. La marcha del universo da a Dios menos gloria que el más imperceptible movimiento de puro amor. El sacerdote fiel en cumplir cada mañana, en nombre de la Iglesia, su oficio de adorador del Padre, desapareciendo en el alma de Cristo, está seguro de conservar en su ministerio ese sentido de la primacía de Dios que mantiene en medio de las múltiples obras de un apostolado sacerdotal a menudo sobrecargado, el triunfo del espíritu sobrenatural tan gentil y resueltamente formulado por Santa Juana de Arco: “Mi Señor Dios, servido primero”⁴¹³.

IDENTIFICACIÓN CON LA ACCIÓN DE GRACIAS DE CRISTO

Otra función mediadora del alma sacerdotal de Cristo consiste en hacer subir hacia Dios la acción de gracias de todos los seres del universo: “¡Padre, te doy gracias!”⁴¹⁴ Todo beneficio exige un agradecimiento sobre todo cuando se trata de Dios. El Santo Sacrificio de la Misa constituye esta acción de gracias, siempre actual, en la cual el Verbo encarnado se hace, Él mismo, nuestras “gracias”. Del alma mediadora de Jesús, oculto en la Hostia, se eleva hacia el Padre un movimiento de reconocimiento que sobrepuja y compensa al infinito toda la ingratitud de los hombres para con Dios. En su visión beatífica, Jesús ve, a plena luz, todos los beneficios materiales y espirituales en el orden de la naturaleza, de la gracia y de la gloria acordados por la soberana bondad de Dios todos los seres del universo desde el comienzo hasta el fin del mundo, su unión hipostática y la infinita plenitud de su gracia capital de Cristo, su Iglesia, sus ángeles y

⁴¹³ “Messire Dieu, premier servi”.

⁴¹⁴ Juan XI, 41.

sus santos, el imperio absoluto sobre toda creatura en el cielo, en la tierra, y hasta en el infierno, una Madre dotada de una pureza, de un poder, de una santidad dignos de su maternidad divina. Por todos esos beneficios, Jesús dirige a su Padre un reconocimiento infinito.

En nombre de la Iglesia, en el altar, el sacerdote hace subir hacia el Padre como hostia de alabanza la acción de gracias de su propio Hijo. ¡Cuánto poder de santificación para el sacerdote de la misa sentirse cada día mediador oficial de este reconocimiento universal, llevar en su alma, identificada con la de Cristo, el agradecimiento de todos los redimidos por todas las gracias de que la tierra de la redención es teatro continuo: gracias de pureza y de unión divina, gracias de conversiones repentinas o de liberación progresiva de una multitud de almas hundidas en el mal, gracias de luz, gracias de fortaleza, gracias de todas las vírgenes, de todos los confesores, de todos los mártires, de todos los santos, gracias de todo género que la misericordiosa Trinidad no cesa de hacer descender sobre el mundo de las almas en la Iglesia y, aun más allá, sobre todo ser de buena voluntad que, del seno de su angustia, vuelve a Dios una mirada suplicante! Cumpliendo este oficio de mediador universal, el alma del sacerdote, mediadora de todas estas miserias consoladas, siente la necesidad de desaparecer totalmente y de perderse en el reconocimiento infinito del alma de Cristo. Arrebatado así hasta los abismos de gratitud del Corazón de Jesús para con su Padre, el sacerdote se supera sin medida y toca a Dios en Cristo. En esta inmensa visión de los beneficios de Dios, día y noche, su voz mediadora quiere cantar las misericordias divinas. En adelante, ningún gozo transitorio puede retener cautiva a un alma sacerdotal que ha llegado a ser un alma de Cristo. La acción de gracias cuyo mediador en la Iglesia es el sacerdote de la misa, afirma en su alma, para irradiarla a su alrededor, la confianza audaz y filial en Dios que conduce a la santidad. Por grandes que sean las dificultades de su vida, él sabe que tiene como Dios, en el cielo, al más tierno de los Padres, e, identificado por la misa cotidiana con los sentimientos más profundos de Jesús para con su Padre, él también se acerca a Dios con alma agradecida de hijo.

IDENTIFICACIÓN CON LA PLEGARIA DE CRISTO

La oración desempeña un papel de primer plano en la fase actual de la economía de la redención: ella es la causa decisiva de la aplicación de todos los méritos de Cristo, ya adquiridos hace veinte siglos en la cruz. Para el Verbo encarnado la hora del mérito ha pasado definitivamente. Ya no le queda desde el cielo sino comunicar a las almas, que se suceden en el tiempo, los frutos de su pasión y de su muerte. No tiene ya Jesús que merecer o que expiar por nosotros; sino que, siempre Vivo ante su Padre, no cesa “de interceder en nuestro favor”⁴¹⁵. Día y noche, Jesús suplica a su Padre, que acuerde, en consideración a sus méritos redentores, todas las gracias de salvación necesarias a la Iglesia militante y a todos los seres humanos. La misa es un sacrificio de propiciación de adoración, de acción de gracias, y también de ruego y de súplica. La misa: es la plegaria misma de Cristo.

Toda la Iglesia de la tierra se hace suplicante con el Cristo de la misa, con plena conciencia de que las súplicas de los hombres no son escuchadas sino haciéndose la oración misma de Cristo: y todo el papel que desempeña el sacerdote en el altar consiste en hacer subir en nombre de la Iglesia, la oración de Cristo hasta Dios. Lo sabemos, el Padre siempre escucha a su Hijo bien amado, y nuestro sacerdocio tiene por objeto primordial mantener a Cristo en oración ante los ojos de su Padre, de hacerle presente en medio de los hombres, a fin de que la voz de la Iglesia, mezclada con la del Hijo, adquiera en Él un irresistible valor de súplica. El sacerdote es feliz al acercarse al altar con sus propias oraciones y las de toda la Iglesia; pero queda siempre dominado por el deseo de desaparecer en la oración, personal de Cristo como la gota de agua en el cáliz redentor a fin de que no haya ya sino un solo suplicante inmenso, perpetuo: el Cristo total en oración. Cuanto más la Iglesia se identifica con Cristo, tanto más el ministro secundario y visible se hace “uno” con el Ministro principal e invisible, tanto más la oración se hace “una” en Cristo, tanto más capaz se hace de ser oída por Dios y satisfecha.

El sacerdote obtiene un maravilloso poder de santificación de este contacto íntimo y cotidiano con el alma de Cristo en oración en la Hostia. No es un simple murmullo de los labios ese continuo interceder de Cristo en nuestro favor. San Pablo nos ha dejado acentos de la oración de Jesús en los días de su vida mortal. Una descripción patética, casi trágica, en la que se siente todo el drama de nuestra salvación

⁴¹⁵ Hebreos VII, 25.

que se desarrollaba, en Getsemaní y en el Gólgota, en el alma de nuestro Cristo. Su súplica había llegado a ser un verdadero “clamor” redentor, “acompañado de lágrimas”⁴¹⁶ “y de sangre”⁴¹⁷, añade el Evangelio.

Al corazón del sacerdote, en el altar, algo pasa de ese mismo tormento de la redención, que destrozaba el corazón de Jesús. En contacto con las innumerables miserias, físicas y morales, que cada día le descubre su ministerio sacerdotal, y ante las cuales se siente impotente, el sacerdote fiel se refugia por instinto en el alma mediadora y omnipotente de Cristo, cuya misma obra de redención continúa en nombre suyo entre los hombres. Queriendo ayudar a Cristo en la tarea de salvar el mundo, permanece en agonía con Él, con frecuencia hasta tarde en la noche: misteriosa prolongación en el cuerpo místico de la oración de Getsemaní.

Un alma que sabe orar es un alma que se santifica. ¿Qué decir de un sacerdote que sabe orar? Santifica a la Iglesia entera. El alma del sacerdote en oración eleva el mundo entero hasta Dios.

Así, el sacerdote de la misa que cada día se identifica con el alma sacerdotal y mediadora de Cristo es “otro Cristo” trabajando para la gloria del Padre y para toda la Iglesia, “otro Cristo” salvador.

IDENTIFICACIÓN CON CRISTO SALVADOR

La gracia del sacramento del Orden que da al sacerdote un alma de Cristo, adorador del Padre, le comunica también los sentimientos de Cristo Redentor para con cada una de las almas redimidas.

Glorificación del Padre y santificación de las almas: todo mantiénese en el plano de la redención. El Verbo encarnado, que une sin cesar la humanidad a Dios, por su gracia capital, diviniza las almas y las introduce en la vida íntima de la Santísima Trinidad. A su vez, el sacerdote ejerce en la Iglesia el mismo oficio de mediador. Prolonga en la tierra la acción glorificadora y santificadora del Verbo encarnado. Debería desempeñar su papel de mediador con alma de Cristo. Consciente de la tarea redentora que cumple en nombre de Cristo, le corresponde desaparecer en presencia del

⁴¹⁶ Hebreos V, 7.

⁴¹⁷ Lucas XXII, 44.

único Sacerdote eterno, que, por labios prestados, pero con sus propias palabras, bautiza, absuelve, confirma y consagra, y todavía administra de una manera invisible todos los sacramentos de su Iglesia. Para el sacerdote que quiere alcanzar la suprema perfección de su sacerdocio, no hay necesidad alguna de recurrir a expedientes de santidad, extraños a su deber de estado. Nada lo une a Dios como esta identificación con Cristo en todos los actos de su vida. Cuando se inclina sobre un alma para bautizarla, absolverla, consagrarla, alimentarla de Dios, cada vez que, por el ejercicio de su poder de orden, realiza un gesto de Cristo, si lo hace con alma de Cristo, identificado con sentimientos de glorificación del Padre y de la redención que actualmente anima al Verbo encarnado en el cielo, como antaño en la tierra, ello basta para conducirlo al pináculo de la santidad.

Cada forma de vida tiene su manera de servir a Dios y de unirse a Él. Dios pide a los sacerdotes que sean otros Cristos en cada una de sus acciones, que se identifiquen en cada uno de sus actos con los sentimientos íntimos del Verbo encarnado. Mientras los sacerdotes ejecutan sus gestos rituales y formulan las palabras sacramentales, que divinizan las almas en virtud de la omnipotencia redentora de Cristo, si son fieles a la gracia de estado que siempre acompaña el ejercicio de su sagrado ministerio, a su vez, hácelos Dios a ellos conformes interiormente a la imagen de Cristo y los transforma en Él.

El sacerdote que tiende a identificarse con Cristo en cada uno de sus actos, se eleva rápidamente a una alta perfección. La trivialidad, que acecha a tantas almas sacerdotales en medio de las realidades más santas, no amenaza ya sumergir su vida en la mediocridad. Ser sacerdote, para él: es ser otro Cristo, que se inclina sobre las almas para divinizarlas, y que encuentra, en esta acción santificadora junto a los hombres, el secreto de su propia santidad. ¿Quién no conoce a esos sacerdotes modestos y fervientes, que pasan haciendo el bien, aparición viviente de Jesús en la tierra, siempre ocupados en la gloria del Padre y, para las almas, verdaderos Cristos Salvadores?

IDENTIFICACIÓN CON CRISTO DOCTOR

El sacerdote es “otro Cristo”, no sólo en el altar cuando ofrece a la adorable Trinidad la “hostia pura, santa e inmaculada”, que ha redimido al mundo, o cuando se

inclina sobre los hombres para divinizarlos por los sacramentos, sino cada vez que, en el ejercicio de su sagrado ministerio, por la enseñanza y dirección de las almas, continúa en la tierra la misión santificadora confiada por Jesús a su Iglesia. La vida del sacerdote es una prolongación sobre la tierra de la vida redentora de Cristo. Pero, mientras que en el ejercicio de su poder de orden, el sacerdote es un puro instrumento de Cristo, en su ministerio de enseñanza y de dirección de las almas, su valor personal desempeña un papel preponderante. Cuanto más llena de Dios esté un alma de sacerdote, tanto más irradiará la luz de Cristo. El Cuerpo místico vegeta porque la Iglesia carece de doctores y de jefes. De ahí el grave deber, para el sacerdote, de identificarse con Cristo Doctor y Rey para beber en Él las luces y el espíritu de decisión, que le son necesarios en su oficio de Cristo junto a las almas; sobre todo ahora que la Iglesia, por delegación de los poderes del obispo, acuerda cada vez más a los simples sacerdotes la misión de enseñanza y el mandato de jurisdicción.

El estudio asiduo de la verdad divina constituye uno de deberes más imperiosos del sacerdote, en una época en la que el prestigio de la ciencia tan poderosamente afirmase sobre los espíritus. Una amplia cultura es requerida en el sacerdote, para permitirle hacer penetrar la luz de Cristo en ambientes más diversos. En una espiritualidad sacerdotal, el estudio ocupa necesariamente un lugar considerable. La sociedad humana cuenta más que nunca con el sacerdote para la solución de los grandes problemas de la vida en los que se juega nuestra eternidad. ¿Cómo Cristo Jesús no seguirá siendo, también en esto, el modelo del sacerdote, Él, que en su ciencia humana realizó rápidamente tan admirables progresos; mientras en la cúspide de su vida intelectual, su inteligencia, irradiada por la luz del Verbo, contemplaba sin velos, en la claridad de Dios, todos los seres de la creación y todos los misterios de nuestra redención?

A imitación de Cristo, el sacerdote debe ser un contemplativo a quien nada aparte de la visión del Padre, y que sepa encontrar el mundo de las almas en Dios. Ser sacerdote es mantener, como Cristo, fija la mirada inmovilmente en Dios y pasar como Él por la tierra irradiando la “luz de vida”. Los fieles, tan ignorantes y, a la vez, tan ávidos de los misterios de Dios, perdonan al sacerdote el no ser sabio en las ciencias de este mundo pero esperan de él el secreto de las cosas divinas, dóciles a su enseñanza como si procediese de los labios mismos de Cristo. “Quien a vosotros escucha, a mí me

escucha”⁴¹⁸. Para cumplir su misión de verdad precisaría el sacerdote una inteligencia de Cristo.

IDENTIFICACIÓN CON CRISTO REY

Se puede concebir un sacerdote sin más cargo en la Iglesia que la misión mediadora de su sacerdocio. Ello basta ampliamente para colmar una vida. Es el sacerdocio de la Cartuja o del puro contemplativo, de quien toda la acción sobrenatural júntese principalmente alrededor del misterio de la Misa: en la ofrenda de Cristo para alabanza de gloria de la Trinidad en nombre de la Iglesia entera. Ante todo, sacerdote para Dios, para hacer subir, hacia el Padre de todos los hombres, el culto religioso que se le debe y cuya expresión suprema realiza la obligación de Cristo en la misa. Apenas si el sacerdote del sacrificio se distrae del altar, en un gesto complementario de su sacerdocio, para dar ese mismo Cristo a los fieles a fin de que el Cuerpo místico entre, a su vez, en comunión con Cristo y se eleve por Él, con Él y en Él hasta Dios para ser consumado allí en la unidad.

Mas, urgida por las necesidades de las almas, la Iglesia confía a los sacerdotes, de más en más, el oficio de doctor y de jefe. Esta tarea de enseñar y gobernar, que depende directamente del cargo episcopal, lo atribuye la Iglesia a los simples sacerdotes, a quienes hace colaboradores del obispo en su misión de Jefe de la sociedad cristiana que él conduce hacia la ciudad de Dios.

No le basta ya al sacerdote ser santo para ofrecer el Cristo a Dios y a las almas, con manos puras, dignas de tocar, cada mañana, el Cuerpo, la Sangre, el Alma y la Divinidad del Verbo encarnado. Una santidad todavía mayor es requerida por parte del sacerdote, a quien la Iglesia confía nuevas cargas que exigen una caridad pastoral aún más intensa. El sacerdote de hoy debe modelarse no sólo sobre Cristo Sacerdote, sino también sobre Cristo Doctor y Rey.

Muy pocos sacerdotes tienen conciencia de esta tarea de jefe, que daba a Cristo, en grado excepcional, el sentimiento de ser el único responsable de la salvación del mundo.

⁴¹⁸ Lucas X, 16.

No se ha hecho destacar lo bastante, en beneficio de una santidad sacerdotal integral, estas cualidades complementarias de doctor y de jefe, absolutamente requeridas en el ejercicio concreto del sacerdocio en la Iglesia de nuestros días. Dos virtudes merecen, a nuestro parecer, recobrar un lugar eminente en la vida del sacerdote, como en la existencia de todo hombre que tiene misión de jefe: la prudencia y la fortaleza, con todas sus virtudes anexas: el espíritu de decisión, la grandeza de ánimo y el sentido de las responsabilidades. El estado episcopal es el que, sin duda, requiere una espiritualidad de doctor y de jefe. Pero, todo el sacerdocio católico participa en las mismas exigencias de santidad apostólica, en la medida misma en que un sacerdote participa con el obispo en la carga pastoral. Cuanto más elevado se esté en esta “cura de almas”, por una colaboración cada vez más vasta en la solicitud del obispo para con su rebaño, tanto más rigurosas serán las exigencias de santidad. Hasta podría decirse que aquí también, aun entre los obispos, siendo diversas las responsabilidades, las exigencias de perfección del estado episcopal varían según las sedes y en la medida en que el Papa los asocie a su cargo de Pastor supremo del rebaño de Cristo. Toca a cada uno examinar en la presencia de Dios y en la sinceridad de su alma el peso de sus responsabilidades. En el día del juicio cada pastor habrá de dar cuenta de las almas que Cristo le haya confiado.

Como jefe de almas es como el sacerdote de hoy, en la mayoría de los casos, está llamado a santificarse. Las cargas actuales del sacerdocio exigen de los presbíteros ese agudo sentido de sus responsabilidades de jefe y las virtudes especiales adaptadas a sus nuevos deberes. Toda una espiritualidad sacerdotal de inspiración tradicional y, a la vez, de proceder moderno, resultaría de este esfuerzo de poner a tono una forma de vida que prolonga, en la Iglesia la vida sacerdotal de Cristo al mismo tiempo que sus funciones de Doctor y de Rey. El sacerdocio moderno exige imperiosamente esas virtudes complementarias de jefe y la espiritualidad mediadora del sacerdocio debe florecer en una espiritualidad de acción. Sin disminución de vida interior claro está, sin “minimización” del sentido contemplativo en el sacerdocio, pero con el cuidado constante de modelar el ritmo de nuestra existencia en la vida misma de los apóstoles y, mejor aún, de imitar la vida de Cristo Sacerdote, Doctor y Rey a la vez. El sacerdote ha vivido demasiado tiempo confinado en la iglesia y en la sacristía. Como Cristo, el sacerdote debe penetrar en todas partes, mediante el poder santificador de su sacerdocio y la influencia iluminadora de su enseñanza, mediante su acción de jefe. Nada, ni en la existencia privada ni en el plano del bien público, escapa a esta influencia legítima del

sacerdote en la vida espiritual de las almas en nombre de Cristo. “Como mi Padre me ha enviado, Yo también os envío”⁴¹⁹. “Id, enseñad a todos los pueblos. Bautizad a todas las naciones en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Enseñándoles a observar mis mandamientos”⁴²⁰. El sacerdote es Cristo siempre presente en medio de los hombres por su representante visible, encargado en su nombre de divinizarlos, de instruirlos, de gobernarlos, en pocas palabras, de salvarlos conduciéndolos a Dios.

Un alma de sacerdote debería poseer en grado eminente todas las virtudes del alma de Cristo: Sacerdote, Doctor y Rey.

“EL SACERDOTE ES OTRO CRISTO”

Todo el dogma y toda la mística del sacerdocio se sintetizan en torno a la fórmula tradicional: “el sacerdote es otro Cristo”. Los poderes y las obligaciones del sacerdote fluyen de esta verdad fundamental, de esta intuición de fe, que explica y anima toda la teología del sacerdocio.

Mientras que el carácter sacramental comunica al sacerdote el poder sacerdotal de Cristo, la gracia del sacramento del Orden le da un alma de Cristo mediador.

El sacerdote es “otro Cristo” que ofrece a la Santísima Trinidad el único sacrificio redentor, que da a Dios Padre una gloria infinita y que hace descender sobre la humanidad entera todos los beneficios de la encarnación y de la muerte de Jesús en la cruz, en la medida misma en que los hombres quieran participar de él.

El sacerdote es “otro Cristo” que se inclina sobre los hombres para purificarlos y divinizarlos. Ninguna mancha queda, aun después de una larga vida de pecado, cuando, en nombre de Cristo, el sacerdote ha concedido a un ser humano el perdón de Dios y le ha devuelto, con la gracia, la amistad de Dios y todas las posibilidades de llegar a la más elevada santidad. Con el sacerdote, Cristo pasa todavía entre nosotros en la tierra, desempeñando su papel de redentor y salvador.

El sacerdote es “otro Cristo” que revela a los hombres todos los secretos del reino de Dios, que evangeliza a los pobres, que manifiesta a los pequeños y a los sabios

⁴¹⁹ Juan XX, 21.

⁴²⁰ Mateo XXVIII, 19-20.

los más altos misterios de la Trinidad, que enseña a todos a realizar, a través de las más humildes tareas cotidianas, la voluntad de Dios.

El sacerdote es “otro Cristo”, que conduce a los hombres a la ciudad de Dios. Papa, obispos y simples sacerdotes, por delegación de la Iglesia, organizan la sociedad cristiana y gobiernan el pueblo de Dios en nombre de Cristo Rey, supremo legislador y universal ejecutante de los designios eternos de la Trinidad.

En definitiva, el sacerdote es “otro Cristo”, Sacerdote, Doctor y Rey.

Como Cristo, el sacerdote fiel no piensa sino en la gloria del Padre y en la redención de las almas. Todo otro pensamiento debe ser desterrado de su corazón. Siempre presente ante el Padre mediante una vida de continua oración, su plegaria contemplativa ininterrumpida constitúyelo mediador entre Dios y los hombres, perpetuamente ocupado en tratar con la misericordiosa Trinidad lo relativo a su salvación. Un solo ideal en el alma del sacerdote: Cristo glorificador del Padre y Redentor del mundo. Un solo objetivo en su vida: el bien de las almas, para la mayor gloria de Dios. Tal misión exige una santidad trascendente muy superior a la de toda vida religiosa. Para ser un sacerdote digno, sería menester servir a Dios y a las almas con alma de Cristo. Cuanto las funciones del sacerdote aventajan, en el cuerpo místico de Cristo, a la condición de los simples fieles, tanto debería exceder su santidad personal a la santidad común de todos los cristianos, y aun de las almas religiosas consagradas a Dios mediante profesión solemne.

El más humilde de los curas de campaña debería ser más santo que todos los monjes y que todas las carmelitas del mundo. La pureza sacerdotal está por sobre la pureza virginal. Para ofrecer el Cristo a la Santísima Trinidad en nombre de toda la Iglesia y hacer descender sobre los hombres las gracias de salvación, sería menester al sacerdote la santidad misma del Verbo encarnado. Ya que su fragilidad humana no le permite alcanzar esta sublimidad, debe tender con todas sus fuerzas a esta identificación con Cristo. Cuando más se asemeje a Cristo, tanto más sacerdote será. Vivir como “otro Cristo” para la gloria del Padre y la redención del mundo, he aquí todo el ideal del sacerdote.

El sentido cristiano no se ha equivocado en esto: “El sacerdote es verdaderamente otro Cristo”. *Sacerdos alter Christus*⁴²¹.

⁴²¹ En una página vigorosa de su encíclica sobre el sacerdocio, el Papa Pío XI ha recordado la eminente santidad requerida por parte del sacerdote: “En verdad, todas las razones que nos hemos invocado más arriba para demostrar la dignidad del sacerdocio católico, vuelven aquí a ser como otros tantos

VII. SACERDOCIO E INTIMIDAD MARIANA

Una ley sin excepción rige toda la economía de la gracia, según el plan actual de la encarnación redentora: Dios no ha comunicado su Hijo al mundo, no lo continúa dando a las almas, sino por María. La misión providencial de la Madre de Dios, comenzada en la tierra en la hora de la encarnación del Verbo, se prolonga en la Iglesia por su acción mediadora sobre el Cuerpo místico. En cada uno de nosotros Cristo sigue siendo el fruto de María. La Madre de Jesús, habiendo concebido por su “fiat” la cabeza y los miembros, para siempre se ha hecho: madre de Cristo total. “Tal es la voluntad inmutable de Aquel que ha querido darnos todo por María”⁴²².

EL SACERDOTE Y LA MADRE DE CRISTO

Un corolario práctico, de aplicación cotidiana, deriva de esta verdad fundamental: nosotros nada podemos sin María. Querer ir a Dios sin María es tratar de volar sin alas. Nuestro sacerdocio tanto más fecundo será cuanto más se apoye en la

argumentos para demostrar el deber que incumbe a los sacerdotes de una sublime santidad. Porque, como enseña el Doctor angélico, “para desempeñar dignamente las funciones sacerdotales, no es suficiente una virtud cualquiera, sino que se requiere una virtud excelente, a fin de que, así como los que reciben las órdenes, están colocados en un rango superior a los otros, también sean superiores a ellos por el mérito de la santidad”. “Ad idoneam executionem ordinum non sufficit bonitas qualiscumque, sed requiritur bonitas excellens: ut, sicut illi qui ordinem suscipiunt, super plebem constituuntur gradu ordinis, ita et superiores sint merito sanctitatis” (Supl., 35, 1, ad 3).

Prosigue el Papa: “Sería error gravísimo y peligrosísimo, si el sacerdote, llevado por un falso celo, descuidase su propia santificación para sumergirse por entero en las obras exteriores, por buenas que sean, del ministerio sacerdotal... Es por eso que la Iglesia inculca abiertamente a todos los clérigos este gravísimo deber, incluyéndolo en el código de sus leyes: “Los clérigos deben llevar una vida interior y exterior más santa que los laicos y sobresalir como modelos de virtud y buenas obras” (Código, Canon 124). De la santidad del sacerdocio depende la santidad de la Iglesia.

Es conocido el célebre texto, que se ha hecho clásico, de Sto. Tomás de Aquino basando la trascendente santidad del sacerdote en disposiciones de alma exigidas por la trascendente grandeza de las funciones sacerdotales: “Si vero religiosus etiam ordine careat, sicut patet de conversis religionum: sic manifestum est excellere praeminentiam ordinis quantum ad dignitatem. Quia per sacrum ordinem aliquis deputatur ad dignissima ministeria, quibus Ipsi Christo servitur in sacramento altaris. Ad quod requiritur maior sanctitas interior quam requirat etiam religionis status” (op. cit., II-II, 184, 8). El sacerdote debe ser el más semejante a Cristo y el más semejante a Cristo y el más deiforme: “Deiformissimus et Deo simillimus”, dice, empleando una cita del pseudo Dionisio.

⁴²² San Bernardo: Sermón sobre la Natividad de la Stma. Virgen.

omnipotencia mediadora de María. ¡Tanta es la afinidad que acerca el sacerdote a la Madre de Dios! La misión del sacerdote como la de María, ¿no es acaso dar el Cristo al mundo, ofrecerle continuamente al Padre para la redención de los hombres y la gloria de la Trinidad? Una obra común une al sacerdote y a la Madre de Jesús: ofrecer el Cristo a Dios y darlo a las almas.

Hay quien se ha complacido en exaltar el poder y la grandeza del sacerdote parangonándolos con la maternidad divina. No hay que exagerar. El sacerdote está al servicio de Aquella que continúa siendo la incomparable Madre de Dios y madre nuestra en Cristo. Su misión en la Iglesia es infinitamente inferior a la maternidad universal de María. Es indudable que la Madre de Dios no ha recibido ese poder extraordinario de realizar a su voluntad la presencia de Cristo en la tierra pronunciando sobre el pan y el vino las palabras de la consagración; pero es la Madre de Cristo a quien el sacerdote debe este Verbo encarnado que la Iglesia, por él, hace presente sobre el altar. Ella sola lo ha dado al mundo para siempre proporcionándole un cuerpo tomado de su seno. Si María no hubiese pronunciado su “fiat”, la Iglesia no poseería: ni Cristo, ni sacerdocio, ni sacrificio, ni sacramento. Ella sola ha procurado al cuerpo místico de Cristo, el único Sacerdote del cual los otros sólo son ministros, la única hostia aceptada por Dios.

Es, pues, menester, resueltamente, concebir nuestro poder sacrificador y santificador como una función dependiente rigurosamente de esta maternidad divina, con vistas a extender sobre los hombres todos los beneficios de la encarnación. Sacerdotes de Cristo, no somos sino humildes servidores de María. Si es verdad que nada iguala la omnipotencia del sacerdote en el altar y en su oficio de “divinizador” de las almas, la fuente misma de esta eminente grandeza origínase en el “fiat” de María que, dando al mundo y al género humano el Verbo encarnado, elevó una simple creatura a la dignidad suprema de Madre de Dios.

Mas, en razón de los lazos de afinidad que acercan al sacerdote mediador a María Mediadora, el sacerdote es el privilegiado de María. Aquella que ha formado con su sangre al Sacerdote eterno, continúa formando en los sacerdotes la imagen de ese mismo Cristo. Cuanto más dócil a la acción de María es un alma de sacerdote, tanto más se asemeja al alma de Cristo: Sacerdote y Hostia.

OFRECER A CRISTO CON MARÍA

Sobre todo en la hora de la misa es cuando el sacerdote debe dejarse modelar por María en la imagen de Cristo. Si es fiel a la gracia de su sacerdocio, mantendrá en el altar como San Juan al pie de la cruz, muy cerca de María. ¡Cuán hermoso programa de vida sacerdotal es esta identificación con el alma mediadora de María! Cuanto más se identifique el sacerdote con los sentimientos íntimos de la Madre de Dios, tanto más se hará su alma expiadora, adoradora, agradecida y omnipotente para con Dios por su súplica. El corazón del sacerdote, no haciendo sino uno ya con el de la corredentora del mundo, entra en el movimiento de glorificación del Padre y de redención de los hombres, que alentaban en la cruz el Corazón de Jesús. Elevándose por sobre la trivialidad humana, el alma del sacerdote puesta frente a los vastos horizontes de la redención acaba por identificarse con el alma mediadora de María.

SALVAR LAS ALMAS CON MARÍA

La Madre de Dios, que modela al sacerdote a imagen de Cristo en su actitud íntima ante Dios, lo acompaña también en su ministerio junto a las almas. ¿Cómo podría Nuestra Señora desinteresarse de una acción sobrenatural que tiene por objeto “formar a Cristo” en el mundo, multiplicar los hijos de Dios que son sus propios hijos? Jamás el sacerdote hace descender la gracia a un alma sin la intervención cierta, aunque invisible, de nuestra Madre en Cristo. Gracias de luz y de fortaleza, gracias de pureza, de desasimiento y de fidelidad, todos los beneficios sobrenaturales que Cristo distribuye por nuestro sacerdocio a su Iglesia, primero pasan por las manos de María.

Cuanto más en dependencia de la Mediadora de todas las gracias obre el sacerdote, tanto más aumentará la eficacia de su acción sacerdotal. Es menester que el sacerdote, en la administración de los sacramentos, en su misión de enseñanza y de gobierno de las almas, viva su sacerdocio en una atmósfera totalmente mariana, adquiriendo conciencia de que verdaderamente está asociado a la obra corredentora de María, teniendo misión de completar “con Ella, por Ella y en Ella” el Cristo total para la mayor gloria de la Trinidad.

EL SACERDOTE DE MARÍA

El mundo cristiano todavía no está bastante imbuido del papel único y necesario que desempeña María en el orden de nuestra redención. “María no es bastante conocida”, repetía San Luis María de Montfort⁴²³. La liturgia nos ha hecho familiar esta fórmula que resume a las mil maravillas el lugar central de Cristo en nuestra vida divina: “Per ipsum, cum ipso et in ipso”. ““Por Él, con Él y en Él”, sube a Dios Padre, en unidad con un mismo Espíritu, todo honor y toda gloria” de parte de toda creatura. Pero, ¿quién piensa en el papel análogo desempeñado por María en la economía de nuestra salvación, en dependencia, por otra parte, de la mediación primordial del Verbo encarnado?

“Per ipsam et cum ipsa et in ipsa”; es por Ella, con Ella y en Ella que prosigue la ascensión de las almas a la adorable Trinidad.

Por María. - Dios no ha venido al mundo sino por Ella. El Verbo se hizo carne, vino a habitar entre nosotros, pero en María y por María. El decreto eterno de Dios no ha cambiado: todas las gracias de la encarnación redentora deben pasar por las manos de María. De Ella es de quien el sacerdote debe recibir a Cristo para darlo a las almas. Es por Ella, por quien debe ofrecer a Dios el Cristo total.

Con María. - La Madre de Cristo no se contenta con darnos su Hijo. Ella quiere quedarse con nosotros. Más que cualquier otro, el sacerdote debe vivir en la intimidad de María. En contacto con este modelo tan perfecto y tan accesible, el sacerdote aprende en la mejor escuela a imitar a Cristo. Cuanto más mariana es un alma, más se identifica con Cristo.

Para el sacerdote, vivir con María es asociar a la Madre de Cristo a todos los actos de su sacerdocio y apoyarse en todo instante en su misión de Mediadora universal para comunicar a las almas la gracia de Dios.

En María. - Existe una forma privilegiada de intimidad mariana. El alma de la Santísima Virgen y la del sacerdote parecen no formar ya sino una. Los grados ordinarios de devoción mariana son aquí incomparablemente superados: no es ya la imitación de un ideal lejano, es la unión transformante por María y en María. El alma

⁴²³ En su Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen, cuya edición, en su traducción castellana directa del manuscrito mismo del Santo (copia fototípica) efectuada por un grupo de “esclavos” de María en la Argentina, tiene en preparación la Editoria Plantín.

puede decir: “ya no soy yo quien vive, sino María en mí”. Para mí, vivir es María, para vivir mejor a Cristo en la unidad de la Trinidad.

El alma ya no vive en ella misma, sino en María. En ella se realiza en todas sus acciones el programa de santidad mariana, evocado por San Ambrosio en su comentario al Magnificat: “Que el alma de María esté en cada uno de nosotros para glorificar a Dios”. Un solo movimiento en esta alma: desaparecer en María.

Para María. - Todavía no es bastante. Es menester no vivir ya sino para María, como Cristo no vivía ya sino para su Padre. Nos allegamos aquí a las intenciones más secretas de los designios de Dios: todo el universo ordenado a la glorificación suprema de Cristo y de la Trinidad, permanece también por entero ordenado a la gloria de María.

No hay que temer que la Madre de Dios se apropie la más mínima partícula de gloria debida a la adorable Trinidad. Según la magnífica expresión de San Luis María de Montfort: “María es toda relativa a Dios”. Cuando nosotros exaltamos su gloria, la Virgen del MAGNIFICAT canta a Dios.

VIII. EL ÚNICO SACERDOTE ETERNO

Sólo la mirada de Dios penetra en sus profundidades la misteriosa unidad del sacerdocio de Cristo. Nuestros ojos de carne deberían saber descubrir, a través de los ministros de la Iglesia, al único Mediador entre Dios y los hombres, al único Sacerdote del mundo: Cristo Jesús.

Porque, no es la Iglesia, sino Cristo quien ofrece, a título principal, el santo sacrificio de la misa, quien bautiza, absuelve y administra los sacramentos⁴²⁴. A través de nosotros: es Cristo quien prosigue en el mundo su tarea adoradora y santificadora, su obra suprema de glorificación del Padre. No somos sacerdotes sino con Él y en Él, que obramos “en su nombre y en su Persona”, que somos sus mandatarios, que recibimos de su influencia siempre actual nuestro poder de redención. Mientras murmuramos las palabras del sacrificio, el Hijo de Dios viene, Él mismo, a ofrecerse por nuestras manos

⁴²⁴ “Ecclesiastica sacramenta ipse Christus perficit: Ipse enim est qui baptizat, Ipseest qui peccata remittit, Ipse est verus Sacerdos qui se obtulit in ara crucis et cujus virtute corpus ejus in altari quotidie conseeratur” (S. Tomás, Suma contra gentes, IV, 76).

a su Padre y a proporcionar a las generaciones que pasan todos los beneficios de su muerte en la cruz.

¿En qué pararía la Iglesia de la tierra sin esta presencia real de Cristo, siempre sacerdote y hostia? El pobre balbuceo de nuestros labios humanos resultaría impotente para hacer subir a Dios una alabanza digna de Él. Mas, el Verbo encarnado está ahí, en medio de su Iglesia, ejerciendo permanentemente su sacerdocio eterno, ofreciéndose con ella, por ella y en ella, desplegando, para glorificar a su Padre, las riquezas infinitas de su personalidad divina. Frágil y pecadora, la Iglesia militante siente la necesidad de refugiarse en Aquel que, por sí mismo, tiene acceso junto al Padre. Consciente de su debilidad y de su papel puramente ministerial, la Iglesia de la misa tiene un solo deseo: desaparecer en Cristo, como la gota de agua; dejarse ofrecer por Él, con Él y en Él para alabanza de gloria de la Trinidad.

Todo el culto de la Iglesia se eleva, pues, a Dios por Cristo oculto en la Hostia.

En forma semejante, todas las gracias de divinización descienden de la Trinidad a las almas por las manos sacerdotales de Cristo. A través de los ministros de su sangre, Él solo es quien santifica, no haciendo la Iglesia más que participar en su sacerdocio y no obrando sino bajo la moción constante de su Jefe.

Esta actividad sacerdotal de Cristo se ejerce continuamente sobre nosotros por su humanidad, unida personalmente al Verbo y lugar de paso de la universalidad de las gracias que fluyen de la Trinidad sobre el mundo. Todas las facultades de Cristo: inteligencia, voluntad, sensibilidad misma, todos sus privilegios de Hijo de Dios encarnado, concurren a esta incesante aplicación de los méritos de su redención. A través de la Iglesia, Cristo Sacerdote es quien se inclina todavía sobre las almas para salvarlas. Por su sacerdocio eterno, perdurable, por sobre todas las vicisitudes del espacio y del tiempo, Cristo es verdaderamente el centro del mundo, el vínculo vivo y permanente entre los hombres y Dios. Si pudiésemos contemplar este misterio del sacerdocio de Cristo con la mirada misma del Padre, se nos aparecería, ante todo, como un milagro de unidad. Desde la encarnación, el cielo y la tierra poseen como Sumo Pontífice: a Jesús, el Hijo de Dios, único Sacerdote de la creación. Si el Verbo encarnado retirase de nosotros su acción mediadora y siempre actual, nuestro sacerdocio haríase estéril junto a las almas y la Iglesia de la tierra quedaríase sin Cristo.

Sacerdote eterno, Jesús se mantiene ante la faz del Padre en medio de los elegidos, redimidos con su sangre y unidos a Él en una adoración sin fin. Sacerdote de los ángeles, querubines y serafines no reverencian la majestad de Dios sino por Él. La

Iglesia de la tierra, ella misma, poseyéndole como Sacerdote y Hostia, comulga “por Él, con Él y en Él”, en la misma vida de alabanza y de súplica de la Iglesia triunfante, asociada a todo el cuerpo místico, en un mismo culto para con Dios, de valor glorificador infinito. Cristo es el Sacerdote de su Iglesia, de todos los hombres y de todos los ángeles, el Sacerdote Único del universo.

Capítulo Octavo

NUESTRA PARTIDA HACIA CRISTO

La Extremaunción es el sacramento de nuestra partida hacia Cristo.

Cristo ha pensado en todo. Se inclina sobre la frente del niño a su nacimiento para comunicarle, por el Bautismo, las primeras gracias de salvación. Lo acompaña a todo lo largo de su existencia, mediante la economía de los otros sacramentos; después, cuando llega la tarde, en la hora de la partida, ahí está Cristo todavía, con un supremo sacramento, para ayudar al hombre que muere a dejar la tierra como cristiano.

EN EL ATARDECER DE LA VIDA

Las Santas Escrituras nos recuerdan, bajo mil formas diversas, la fulminante brevedad de la vida. “El hombre, se desvanece como una sombra”⁴²⁵. Por la mañana, se levanta gozoso; por la tarde, ya ha desaparecido sin dejar huella. He aquí su departamento, su oficina. He aquí la cama en la que hasta ayer dormía. Ahora: nada queda de él. “El tiempo es breve... La figura de este mundo pasa”⁴²⁶.

El cristiano que, en el día de su bautismo, prometía larga vida, muy pronto encuéntrase envejecido, maduro para morir. Su jornada de labor ha terminado. Le ha llegado su turno de partir. Piensa con amargura en los años de pecado, en todas las gracias desperdiciadas: ¡tantos hay en una vida de hombre o de mujer! El alma del

⁴²⁵ Job XIV, 2.

⁴²⁶ I Corintios VII, 29-31.

bautizado, creada para las cumbres de la vida divina y para la amistad de Cristo, se ha arrastrado en la tibieza, a menudo en el mal. Apenas algunos raros períodos de fervor y de fidelidad... Todas las gracias de la redención han pasado en vano sobre esta alma: gracias del Bautismo, de la Confirmación y del sacramento de la Penitencia, gracias de todas las comuniones eucarísticas, gracias del Matrimonio o del Sacerdocio, sin contar todas las prevenciones divinas, todos los socorros actuales, todas las mociones del Espíritu Santo que, sin cesar, interviene con el Padre y el Hijo, para proteger esta vida de hijo de Dios, llamado a vivir de más en más en la intimidad de las Tres Personas divinas, en sociedad con todos los ángeles y todos los santos.

¿Cómo no temblar, aun a la terminación de una vida fiel? Hase visto a grandes santos temer la hora del juicio de Dios. ¿No ha pedido Jesús, a los suyos, que sean “perfectos como su Padre celestial”?⁴²⁷ Abandonado a sus solas fuerzas, tentado estaría el hombre a desesperar; pero, en ese momento supremo, viene Cristo, Él mismo, a reconfortar a sus fieles con su omnipotencia redentora y con la proximidad de su presencia. Él ha instituido, para la hora de los últimos combates, un sacramento especial para acabar en nosotros su obra de purificación, para sostener a los “suyos” hasta el fin, para arrancarlos de la influencia invisible del demonio e introducirlos sin tardanza en la casa del Padre. La Extremaunción es el sacramento de la partida. Allí está el sacerdote, en nombre de Cristo, a la cabecera del enfermo para perdonarle sus faltas y conducir su alma al Paraíso⁴²⁸.

LAS PURIFICACIONES SUPREMAS

Prosiguiendo la obra de purificación comenzada por la Penitencia, la Extremaunción establece al hombre en una santidad sin tacha, que hace a su alma inmediatamente capaz de la visión de la Trinidad reservada a los corazones puros. Está ella pronta a comparecer ante Dios. La liturgia de la Extremaunción, en la admirable oración que sigue a las unciones, pide la remisión plenaria de los pecados y la vuelta a la plenitud de la salud para el alma y para el cuerpo: “Por la gracia del Espíritu Santo, curad, oh, Redentor nuestro, todas las dolencias de este pobre enfermo. Sanadle todas

⁴²⁷ Mateo V, 48.

⁴²⁸ El Concilio de Trento llama a la Extremaunción: “sacramento de los que parten”. “Sacramentum exentium” (sesión XIV, cap. III).

sus heridas; perdonadle sus pecados; haced cesar todos los dolores de su alma y de su cuerpo; devolvedle una perfecta salud espiritual y corporal –plenamque interius et exterius sanitatem misericorditer redde–, a fin de que por obra de vuestra misericordia, restablecida en la posesión de sus fuerzas, pueda volver al cumplimiento de todos sus deberes⁴²⁹. Aun después de una larga vida culpable, el cristiano que recibe con las disposiciones requeridas el sacramento de los moribundos, se va directamente al paraíso, sin pasar por el purgatorio. La Extremaunción obra con la misma plenitud de gracia que el sacramento de la Confirmación con respecto al Bautismo. Los padres y los Doctores de la Iglesia se han complacido en descubrir en él la “consumación” de la obra purificadora de Cristo. Ningún rastro de pecado ya: todo está perdonado y purificado⁴³⁰.

El simbolismo sacramental de la Extremaunción evoca maravillosamente esa obra de purificación radical de todo el ser humano manchado por el pecado. En nombre de Cristo, el sacerdote aplica las sagradas unciones sobre cada uno de los órganos de los sentidos, principios de todos los desfallecimientos morales.

⁴²⁹ Es la doctrina explícita de Santo Tomás y de los grandes doctores de la Edad Media. “Hoc sacramentum immediate hominem, ad gloriam disponit cum exeuuntibus a corpore detur” (III, Supl., q. XXIX, art. 1, ad 2).

Igual doctrina en la Suma contra gentes, lib. IV, cap. 73, San Alberto Magno enseña, igualmente, esta remisión plenaria de las consecuencias de todos los pecados de una vida humana: “Extrema Unctio, in qua significatur plena puritas corporis et animae per amotionem omnium impediens gloriam utriusque partis hominis” (In IV Sent., dist. 2, art. 2).

Y también: “Unctio propter hoc quod tollit reliquias valet ad immediatam evolutionem” (Dist. 23, art. 1).

Igual doctrina en San Buenaventura y los grandes escolásticos de la Edad Media.

Se encuentra el fundamento teológico de esta doctrina en la fórmula sacramental: “Per istam sanctam unctionem et suam piisiman misericordiam indulgeat tibi Dominus Quidquid deliquisti”.

Entre las diversas fórmulas sacramentales, sustancialmente idénticas, ya el Liber ordi-num, testigo de la antigua liturgia mozárabe, proporciona este precioso texto: “Propi-tietur Dominus cunctis iniquitatibus tuis et sanet omnes languores tuos”.

⁴³⁰ La Iglesia enseña que la Extremaunción, no sólo acaba la obra purificadora del sacramento de la Penitencia, sino que es el coronamiento de toda la vida cristiana.

“Non modo poenitentiae, sed et totius christianae vitae, quae perpetua poenitentia esse debet, consummativum existimatum est a Patribus” (Concilio de Trento, sesión XIV, cap. IX).

Santo Tomás de Aquino había escrito en el mismo sentido: “Hoc sacramentum est ultimum et quodammodo consummativum totius spiritualis curationis, quo homo quasi ad participandam gloriam praeparatur; unde et extrema unctio nuncupatur” (Suma contra gentes, IV, cap. 73). Esta remisión plenaria de la culpa y de todas las penas debidas al pecado, que es el efecto normal del sacramento de la Extremaunción, de hecho raramente es adquirido por los moribundos por falta de preparación. En ese momento decisivo la familia debe rodear al enfermo de oraciones y de sentimientos profundamente cristianos para ayudarle a comparecer ante Dios.

PURIFICACIÓN DE LOS SENTIDOS

Los ojos, primero, reciben el bálsamo purificador: son los más culpables. Casi todas nuestras caídas se originan en nuestras miradas. Todo es puro cuando la mirada es pura. ¿Quién podría calcular el número de los pecados que provienen de la vista? Espectáculos licenciosos y lecturas culpables, encuentros peligrosos y provocados u ocasiones de mal, esas mil relaciones individuales, familiares y sociales que pesan sobre nuestra moralidad; todo ese mundo de pecado entra en nosotros por la vista. En el atardecer de una vida humana, su suma es incalculable. No le queda al pecador otro refugio que abandonar sus faltas a la misericordia de Dios y al perdón de Cristo. La unción del sacerdote borra todo.

El oído humano ha aceptado también con excesiva complacencia palabras y proposiciones que arrastran al mal. ¿Acaso no han acogido a la ligera confidencias insinuantes y palabras demasiado suaves, escuchando con blandura y voluptuosidad el concierto de las creaturas, música que embriaga y alucina como un arrullo, pero en la cual, el alma del cristiano se enerva y muere? El oído del hombre es, a menudo, cómplice de la vista y de los otros sentidos. En lugar de estar atenta a la palabra de Dios y de escuchar al Verbo, el alma cristiana pasa su vida oyendo los vanos ruidos de la tierra y el tumultuoso escándalo del mal. Pierde su tiempo lejos de Dios. En la hora en que, para ella, todo empieza a callar en este mundo efímero, entonces, antes de entrar en la eternidad, el alma culpable pero arrepentida se vuelve hacia Cristo. La Extremaunción viene a purificarla de su excesiva complacencia en haber por tanto tiempo preferido el murmullo de las creaturas a la voz del Creador.

¿Cómo podrían permanecer puros los labios del hombre cuando su mirada ya no lo es? ¿No se convierten ellos, a su vez, en fuente de innúmeros pecadores? La enumeración de las faltas de la lengua y de labios haría estremecer. En el arrastramiento del mal, todos los sentidos del pecador se vuelven contra la ley de Dios, al servicio de su amor propio o de su egoísmo ávido de placer. El hombre, cada vez más hundido en el mal, conviértese en un ser de pecado. Palabras voluptuosas y complicidades de toda laya, juicios llenos de hiel, maledicentes y calumniosos, dichos sonrientes y equívocos, vastos complots contra la seguridad del Estado y aun mismo acción sobre el mundo entero mediante la radiotelefonía: todo se expresa por labios, y pecados de la lengua tanto en el hombre como en la mujer acusan singular tenacidad. “Todos ofendemos a

Dios por la lengua”⁴³¹. Quien, sobre este punto, supiera mantenerse vigilante viviría sin pecado. La Extremaunción viene a borrar todas estas debilidades culpables y a devolver a los labios cristianos la pureza de Cristo.

Las manos participan en todos los menesteres del hombre: ejecutantes diligentes de nuestros más íntimos pensamientos, ellas son en nosotros las operarias del bien y del mal. Como nuestro rostro, llevan impreso el sello de nuestra personalidad. Todas las facultades del hombre participan de las responsabilidades de su alma y traicionan su querer aun más secreto. ¡Dichosas las manos que nunca manchó el mal! ¡Cuántos pobres seres se sirven de ellas para las obras del pecado! Son el instrumento de todas las tareas del hombre: trabajos manuales, artísticos o intelectuales. Helas ahí siempre mezcladas con nuestros planes y resoluciones. En el atardecer de una vida, cuando ellas cesan de trabajar, la sangre de Cristo, en una suprema unción, viene a purificarlas de todo el mal en que consintieron; después, se las junta piadosamente sobre el cadáver del hombre en actitud de oración ante Dios.

Los pies del hombre tampoco son inocentes: lo han llevado durante su vida a los lugares del pecado. La Iglesia, que lo sabe, no se desdeña de cubrirlos con la sangre redentora. Todo en el hombre debe ser sanado por Cristo: cuerpo y alma. A la luz de la fe, lejos de sorprendernos de tal veneración por los miembros más humildes de nuestro cuerpo, admiramos el carácter tan humano y, a la vez, tan divino de los ritos sacramentales, expresión sublime de la lógica de la Encarnación cuyos canales son. La Iglesia, que besa con amor los pies de sus misioneros encargados de llevar lejos el Evangelio, pide a los sacerdotes que unjan, en nombre de Cristo, los pies de los moribundos que, tantas veces, acaso, les condujeron al mal. Y, después de la partida del alma, con respeto, ella junta esos pies uno contra otro, como los de Jesús en la cruz.

El simbolismo de la Extremaunción, de un realismo tan evocador, no se olvida de ninguna parte de las potencias del hombre, que haya podido en él colaborar para el mal. Inclínase la Iglesia sobre todas las fuentes del pecado. Ella quiere que, en el hombre que va a comparecer ante Dios, todo sea puro. Nada indica mejor su voluntad de borrar todas las manchas del pecado y de devolver al hombre su inocencia primera a imagen de Cristo.

⁴³¹ Santiago III, 8.

PURIFICACIÓN DEL ALMA

Es a todo el ser humano a quien purifica el sacramento: la imaginación, la memoria, todas nuestras facultades sin excepción, sobre todo las más espirituales: la inteligencia y la voluntad. La gracia redentora penetra “en el interior” de todas las potencias del alma, a las que los sentidos exteriores suministraban incesantemente el alimento de su vida. Cuanto más elevadas y susceptibles de autonomía moral son esas facultades, tanta más necesidad tienen de que este sacramento las purifique de sus faltas pasadas y de todas “las reliquias del pecado”. Bajo la gracia del sacramento, la imaginación vuelve a colocarse en el orden de la razón y al servicio de la fe; en la memoria, todo se calla. La proximidad de la muerte y de la eternidad obran en el alma un desasimiento total. Queda Dios solo. Todo lo efímero se desvanece. Los sacerdotes, a quienes su ministerio lleva a menudo junto a los moribundos, han comprobado todas esas gracias sacramentales, esas gracias de estado del que va a morir. Un velo cubre ya las cosas de la tierra ante sus ojos iluminados por las claridades del otro mundo. Cristo ha entrado en el alma en lo más íntimo de cada facultad, para borrar allí hasta las menores manchas del pasado y cortar las últimas ataduras que amenazan retenerla lejos de Dios. Bajo la influencia de estas purificaciones, el alma entra ya en una atmósfera de eternidad.

LOS ÚLTIMOS COMBATES

Es de la mayor importancia que el cristiano reciba la Extremaunción en plena lucidez, despierto en su fe, en un abandono consciente a la voluntad divina⁴³², en un acto de amor perfecto. En esta hora suprema, ya la Penitencia ha absuelto todos los pecados mortales. Si quedan en el alma algunas faltas veniales, el fervor de la comunión eucarística recibida como viático ha borrado todo. Mas, si aun hubiere, por descuido o de buena fe, otros pecados mortales pesando sobre la conciencia, el sacramento de los

⁴³² La Iglesia prescribe en el Código de Derecho Canónico, se emplee todo cuidado y toda diligencia para lograr que los enfermos reciban este sacramento en plena posesión de sus facultades, “salvo caso de necesidad grave de proceder de otro modo”. “Omni studio et diligentia curandum ut infirmi, dum sui plene compotes sunt, illud recipiant” (C. J. C., Núm. 944).

moribundos los hará desaparecer. Pero su efecto principal⁴³³, característico, no es éste, persigue otra finalidad. La Extremaunción no está directamente ordenada al perdón de la culpa; sino a la destrucción, hasta en sus raíces más tenaces, de las “reliquias de una vida de pecado”⁴³⁴.

Las cuatro grandes heridas causadas en el alma por el pecado original y enraizadas más profundamente en nosotros por cada una de nuestras faltas personales, dejan al moribundo en una verdadera languidez. A menudo el alma está más enferma que el cuerpo. La ignorancia obnubila la inteligencia frente al misterio de Dios. La malicia sobre todo ha infectado la voluntad, arrastrando la sensibilidad hacia el mal por desordenada concupiscencia o cobardía ante el deber. La Extremaunción viene, precisamente, a devolver a todas las facultades del alma su potencia originaria, la espontaneidad del amor hacia Dios propio de sus hijos, una fortaleza invencible en la hora de las últimas luchas por Cristo. Este sacramento proporciona al cristiano que muere una plenitud tal de gracia, que se curan todas las languideces del alma: puede él afrontar los combates de la agonía más abrumadora con indefectible vigor. Las inclinaciones al mal, dejadas por hábitos culpables y viciosos, no son necesariamente quitadas por la gracia del sacramento; pero la Extremaunción comunica al alma cristiana una participación tal en el poder victorioso de Cristo sobre el pecado y sobre la muerte, que el alma ya no se doblega.

Estabilizada en la fe, su mirada contempla con certeza apacible la eternidad que la espera; su confianza, aun recordando sus faltas pasadas, no disminuye; arrójase con abandono en la Misericordia divina, sabiendo que Dios es el más tierno de los padres y que ha llegado para ella la hora de amarlo cara a cara en un gozo sin fin.

Todas las virtudes cristianas adquieren el sentido de una partida hacia Dios. La prudencia, después de haber asegurado a los herederos legítimos la parte que les

⁴³³ Es preciso entender bien este punto capital de la teología de los sacramentos, de la mayor importancia para adquirir su sentido fundamental. Se debe establecer el principio de que cada sacramento está ordenado a un efecto principal, del cual derivan todos los otros: una gracia de regeneración en el Bautismo, una gracia de perfección en la Confirmación, una gracia de fervor actual para unirse a Cristo en la Eucaristía, una gracia de perdón y de recuperación de la vida divina en la Penitencia, una gracia de curación perfecta de todas las reliquias de una vida de pecado en la Extremaunción, una gracia de vida conyugal y familiar en el Matrimonio, un poder y un alma de Cristo mediador en el Orden. “Quodlibet sacramentum est institutum principaliter ad unum effectum, quamvis etiam alios ex consequenti inducere possit”(Supl., p. 30, a 1). “Hoc sacramentum non datur contra defectus quibus spiritualis vitatollitur, scilicet contra peccatum originale vel mortale, sed contra illos defectus quibus homo spiritualiter infirmatur, ut non habeat perfectum rigorem ad actus vitae vel gloriae. Et hic defectus nihil aliud est quam quaedam debilitas et ineptitudo quae in nobis relinquitur ex peccato actuali vel originali Et contra hanc debilitatem homo roboratur per hoc sacramentum” (Idem. 30, 1).

⁴³⁴ Concilio de Trento (sesión XIV, cap. 1).

corresponde de los bienes de la tierra, hace que el alma deje todo. Un solo afán entonces: la justicia debida a Dios, la reparación de sus faltas, la oración suplicante que implora el perdón para ella y el mundo; la acción de gracias, sobre todo, que agradece a Dios todos los beneficios y obtiene de Él la perseverancia final. Después sumérgese el alma en la adoración de la grandeza de Dios, de ese Dios completamente dispuesto a descubrirle la belleza de su Faz. Verdad es que pueden haber minutos de angustia, acaso instantes de lasitud y de doblegamiento; pero en el curso de la última enfermedad la gracia sacramental efectúa todavía enderezamientos necesarios, la Extremaunción obra cada vez más a medida que el hombre se acerca al fin, revistiéndolo de la fortaleza misma de Cristo.

HACIA LA CASA DEL PADRE

Así como el Bautismo es el sacramento de la entrada en la vida divina, la Extremaunción es el sacramento de nuestra partida hacia Dios. Entre el primero y el último de nuestros sacramentos, existe progreso continuo y unidad de vida en Cristo.

El Bautismo, poniendo en la base de nuestra vida divina la gracia de adopción, imprime un sentido filial a toda nuestra vida cristiana. Debemos vivir y morir como hijos de Dios. Este carácter filial de todas nuestras relaciones con Dios resplandece en las epístolas de San Juan y de San Pablo, los dos grandes maestros de la espiritualidad cristiana. “Mirad el amor que Dios Padre nos ha tenido hasta querer que nos llamemos hijos de Dios, y lo seamos realmente”⁴³⁵. Fue para esto que el Verbo se hizo carne y vino a habitar entre nosotros. El Hijo Unigénito ha venido a ser “el primogénito de entre una multitud de hermanos”, llamándonos a la misma herencia de vida divina en la casa del Padre. Ahora que somos sus hijos, Él quiere que nos dejemos conducir por este “Espíritu de adopción” y que en todas las circunstancias de nuestra vida sepamos volvernos hacia Él, como al más tierno de todos los padres. ¡Que nuestra oración mayor, como aquella de Jesús, se resuma siempre en el mismo grito de confianza y de abandono!: “¡Abba! ¡Pater!” ¡Tú eres nuestro Padre! La vida cristiana, que no es sino el desenvolvimiento pleno de la gracia bautismal, nos inspira, en todo, esta actitud filial en presencia de Dios.

⁴³⁵ I Juan III, 1.

Los otros sacramentos aumentan y confirman, en el mismo sentido filial, la gracia de adopción recibida en el Bautismo. El Espíritu de Dios, que desciende a nosotros plenamente el día de nuestra Confirmación, infunde en nuestros corazones, con el don de piedad, ese sentido de la paternidad divina que nos hace vivir como hijos de Dios en la intimidad de la Trinidad, en comunión con todos los otros miembros de la familia de Dios: los ángeles y los santos.

La Eucaristía es el sacramento del pan cotidiano, que Dios Padre distribuye como alimento a todos sus hijos de la tierra y que les trae el verdadero Pan del cielo que da la vida al mundo. La Penitencia es el retorno del pródigo a la casa paterna, de la que él mismo se había alejado por el pecado. La bondad de un Dios que es Padre, devuelve su título y sus privilegios de hijo al pecador extraviado. El hijo vuelve a ocupar su lugar en la mesa familiar; todo está perdonado. El Orden y el Matrimonio también entran en este movimiento de la vida cristiana, de una manera todavía superior, por una colaboración íntima con la paternidad de Dios sobre los cuerpos y las almas con miras a la ciudad de Dios.

La Extremaunción acaba de dar a toda nuestra vida cristiana este mismo sentido filial: nos prepara a morir como de Dios. Como la Eucaristía, la Extremaunción exige todo el ímpetu de nuestra amistad con Cristo, ahora para eternizarnos en Él. Todo nuestro destino humano está en juego en esos últimos momentos de nuestra vida.

Esta hora de los últimos combates, que debería ser la hora de las supremas victorias, hace de la muerte de los santos la obra maestra de su vida. Hay que haber asistido, como testigo, a esas luchas de los agonizantes para comprender hasta qué punto nuestra fragilidad de pecadores ha menester del auxilio de la gracia de Dios. El demonio redobla sus ataques para arrancar a Dios un alma inmortal. Allí está un pobre ser humano, abatido por la enfermedad, por la inminencia de la muerte y el peso de todas sus faltas pasadas. El sacramento de la Extremaunción llega oportunamente para devolverle la esperanza, levantar sus miradas hacia la misericordia divina y revestirlo de la fortaleza de ánimo del Crucificado frente a la muerte. Así, el Cristo del bautismo reaparece en el atardecer de cada vida que fenece, para sostener a los “suyos” en la hora de la muerte. En esos minutos terribles el cielo y el infierno se disputan la suerte eterna de los redimidos. Mas, toda la Iglesia ora por los moribundos y nuestra fe nos asegura que existe, en los tesoros de los méritos de Cristo y de la Comunión de los Santos, una fuente inagotable de gracia que debe darnos la certeza del triunfo sobre el mal.

La gracia redentora de Cristo viene a habitar en nosotros, comunicando, a unos, una fe luminosa y apacible, a otros, una esperanza invencible y un abandono perfecto. Algunos, pobres seres frágiles, tienen necesidad de ser librados de las tentaciones de la carne, de la blasfemia o del desaliento. La gracia sacramental se adapta maravillosamente a todos. La sabiduría de Dios varía al infinito los efectos de la Extremaunción, según las necesidades de cada uno. Causan maravilla los múltiples beneficios de este sacramento de los enfermos, que llega hasta devolverles la salud si ella es útil para la salvación del alma⁴³⁶. En efecto, no debe concebirse la gracia de la Extremaunción según un tipo rígido, para ser aplicado uniformemente a todos los casos. Santo Tomás lo hacía notar para la Eucaristía: “Ved, decía, qué diferencia grande de resultado en la multitud de cristianos que comulgan con un mismo Cristo”. “Vide paris sumptions quam sit dispar exitus”⁴³⁷. Sucede lo mismo respecto de todos los otros sacramentos. Algunas personas obtienen del Sacramento del Matrimonio la gracia de permanecer puras y fieles, otras encuentran en él gracias de apoyo mutuo y de educación cristiana de los hijos. Del mismo modo la Extremaunción viene en ayuda de los moribundos según sus respectivas necesidades. La gracia multiforme de la redención de Cristo, desarrolla, en unos, el espíritu de fe, en otros, el sentido de la justicia para con Dios o la fortaleza de alma, la confianza en el amor misericordioso o el reconocimiento por sus innumerables beneficios. A algunos privilegiados, prodiga los ímpetus del puro amor, las gracias supremas de la unión transformante y de la consumación en la unidad de la Trinidad. Algunas veces la vida de los santos acabase en la tierra en un éxtasis seguido de la visión eterna.

La fe, habitualmente desempeña un gran papel en esos últimos momentos. Cuando esta virtud es vacilante, lo que está en juego es la misma supervivencia con la existencia de lo sobrenatural. A estas almas atormentadas por la duda, la gracia de la Extremaunción les proporciona docilidad a la palabra de Dios y a las enseñanzas de la

⁴³⁶ Un precioso texto del Concilio de Trento sintetiza los diversos efectos del sacramento de la Extremaunción:

- El efecto accidental: es la remisión de los pecados mortales a los enfermos de buena fe.
- El efecto principal: es la desaparición de las reliquias del pecado, y por vía de consecuencia el crecentamiento de las fuerzas espirituales del alma, el pleno desenvolvimiento de la esperanza; en fin, el efecto sacramental subordinado al bien espiritual del enfermo: la salud del cuerpo y el alivio de los sufrimientos físicos. “Res etenim haec gratia est Spiritus Sanctis, cujus unctio delicta, si quae sint adhuc expianda, ac peccati reliquias abstergit, et aegroti animam alleviat et confirmat, magnam in eo divi-nae misericordiae fiduciam excitando, qua infirmus sublevatus et morbi incommoda ac labores levius fer et tentationibus daemonis ‘calcaneo insidiantis’ (Génesis, III, 15), facilius resistit, et sanitatem corporis interdum, ubi saluti animae expedierit, conse-quitur” (sesión XIV, cap. 1).

⁴³⁷ Oficio del Santísimo Sacramento: Lauda Sion.

Iglesia. Otras veces, en el alma de los santos todo se ilumina. Ahí está el cielo que les espera: sus almas ya no creen, ven, y su mirada, llena de luz, escruta ya las profundidades de la eternidad. Ante sus deslumbrados ojos la tierra no es más que una sombra. Para ellos, no queda ya sino una sola realidad: DIOS. Así murmuraba Teresa de Lisieux: “¡Pasó del mundo la fugitiva imagen... el cielo es para mí!”

Bajo la influencia de este sacramento de la partida, todas las otras virtudes cristianas ábrense en esplendor: la esperanza se hace certidumbre apacible y posesión anticipada de los gozos del paraíso. Tranquilamente se da cita en el cielo, cerca de la Trinidad. La muerte es sólo un alejamiento provisional. Se deja a los que se ama, diciéndoles: “Hasta luego”. ¿Quién no recuerda alguna de esas últimas palabras de moribundo, pronunciadas con sencillez después de la visita del sacerdote, cuando toda la familia todavía congregada y de rodillas se recoge junto a un padre o una madre que parten para Dios? Su vida ha pasado como una sombra, pero la fe descubre, a todos, el misterio y la realidad del más allá. La madre parte primero, dejando a todos la certeza de que la familia se reformará allí arriba. Nada de trágicamente desesperado en esas sublimes escenas de la vida cristiana animada por un gran espíritu de fe, donde se sabe que la muerte es el coronamiento en Dios de una vida que le pertenece. No es el llamado sin esperanza o la pesada angustia de la muerte del impío, angustiado por la nada o aterrorizado por el remordimiento ante la perspectiva del infierno. La muerte del cristiano es dormir en Cristo. El cuerpo pagará su deuda a la justicia divina, pero el alma sabrá transformar en holocausto de amor ese sacrificio supremo: “¡Dios mío, te doy mi cuerpo, mi espíritu y mi vida!” La Extremaunción es una gracia de suprema configuración con Cristo, muriendo por la gloria del Padre y la redención del mundo. Después que Jesús murió por nosotros en la cruz, la muerte es un tránsito a la vida eterna.

La Iglesia, que posee un sentido tan profundo de la vida y de la muerte, ha elegido como día de fiesta, para sus santos, el día supremo de su muerte. Ella tiene conciencia de que cuando todo se acaba en la tierra, todo vuelve a comenzar y se eterniza en Dios: “Vita mutatur, non tollitur”⁴³⁸. Se inclina sobre el moribundo para abrirle las puertas del cielo: “Puedes partir, alma cristiana: el Cristo de tu bautismo está allí, esperándote para introducirte con Él en la casa del Padre y hacerte gustar en ella los gozos del Señor”.

⁴³⁸ Prefacio de la Misa de Difuntos: “La vida se muda, no se quita”.

Capítulo Noveno

NUESTRA VIDA DE ETERNIDAD EN CRISTO

La eterna ciudad de Dios: es la consumación del Cristo total en la unidad de la Trinidad.

Los sacramentos de la Iglesia militante están destinados a desaparecer a la tarde de la historia del mundo. Este largo desarrollo de los siglos, que nos parece a nosotros interminable, terminará un día. Dios se manifestará a cara descubierta. Entonces, en la luz del Verbo, comprenderemos con cuánto amor y cuánta sabiduría, a través de todas las crucifixiones de la vida, el Cristo Dios ha conducido a cada uno de los suyos a la casa del Padre.

Porque la “figura de este mundo pasará muy pronto”⁴³⁹. La Iglesia de la tierra, que lo sabe, avanza hacia la Ciudad eterna, como extranjera en este valle de lágrimas. Ni la belleza de las creaturas, ni la luz de sus doctores, ni el esplendor de su culto pueden hacerla olvidar que camina “lejos del Señor”, a través de las oscuridades del exilio. Está impaciente por contemplar al descubierto la Faz de su Dios, y, en su Credo, canta sus vivas ansias de eternidad: “Et expecto vitam venturi saeculi”.

Esta expectación del Salvador dominaba el pensamiento de los primeros cristianos: “El día del Señor está cercano”⁴⁴⁰, les repetían los Apóstoles y los discípulos de Jesús. Vivían en este mundo “como extranjeros y huéspedes de paso”⁴⁴¹, en la esperanza de la ciudad por venir, manteniendo fijas sus miradas no en las cosas visibles –tan efímeras– sino en las realidades invisibles, las solas eternas, conscientes de no poseer aquí abajo ciudad permanente, en marcha hacia su morada eterna.

⁴³⁹ I Cor. VII, 31.

⁴⁴⁰ II Pedro III, 10.

⁴⁴¹ I Pedro II, 11.

LA SUPERVIVENCIA INMORTAL

Ya la filosofía nos enseña que en el hombre no todo muere. La parte más noble de su ser: su inteligencia, es espiritual e inmortal. Un pensamiento, que escapa a los límites del espacio y del tiempo, supone en nosotros un principio incorpóreo e incorruptible del mismo orden que el mundo de los espíritus. El alma no muere.

Jesús nos ha revelado la misma verdad con la autoridad de un Dios: el mensaje del Evangelio es un mensaje de eternidad. Dios nos llama a contemplarle en un cara a cara eterno. La teología católica se ha dedicado a precisar la naturaleza y el modo de esta supervivencia inmortal. Una vez arribada al otro mundo, la vida del alma se asimila a la de los puros espíritus. Mientras que en su estado de unión con el cuerpo no podía pensar sin imagen, sin el concurso de los sentidos, de la memoria y de la imaginación, perpetuamente dependientes de las concomitancias corporales aun en el uso de sus facultades espirituales; en la supervivencia, la inteligencia del “alma separada”, como la del ángel, vuélvese inmediatamente sobre sí misma con la rapidez de un relámpago, en una intuición luminosa y decisiva que le entrega el secreto de su ser y de su destino. Una iluminación divina gratuita y fulgurante, que viene a suplir su impotencia natural, hácele ver en un instante todo su pasado, el presente y la orientación del porvenir.

En el momento de la muerte, el alma, libre de su cuerpo, júzgase a sí misma a la luz de Dios. Gracias a las luces infusas que descienden de la Trinidad, se da cuenta exacta de todas sus responsabilidades y acepta, sin tratar de disculparse, la equitativa sentencia del Juez supremo. Todo el plan de la Redención se desarrolla ante ella, deslumbrante, con su lugar personal en el conjunto del mundo. Comprueba con cuánto amor Dios la ha perseguido y colmado de beneficios. Contempla la misericordiosa acción conductora de la Providencia hasta en los más minúsculos detalles de su vida. Todo es luminoso. Su mirada penetra hasta en repliegues más íntimos de su ser, discierne hasta en los menores matices los móviles de su acción, capta hasta las más secretas influencias que gravitaron sobre sus actos, mide todas sus repercusiones sobre su propio destino y sobre todo el cuerpo místico de Cristo, vese, en fin, tal como Dios mismo la conoce en su verdad increada. El alma fiel a Cristo entra inmediatamente en la gloria. El alma que se atrasó lejos de Dios lánzase por sí misma al lugar de las expiaciones purificadoras. Los niños, inocentes pero no bautizados, se van al limbo. El

alma gravemente culpable de haberse apartado de Dios se precipita en el infierno para siempre.

EL PURGATORIO

Sin el ilogismo del pecado, en cada uno de sus actos, el alma cristiana se elevaría a Dios sin dilación, directamente trasladaría al paraíso.

En realidad, ¿qué almas son tan puras como para ser admitidas sin tardanza en la visión de la Trinidad? Antes bien, ¡cuántos son aquellos pobres seres humanos que arriban a la supervivencia inmortal habiendo apenas evitado el infierno por una suprema misericordia, con una larga pena temporal debida todavía en expiación de sus pecados! Aun entre los cristianos fieles, ¿dónde están las almas inmaculadas, ávidas únicamente de contemplar la belleza de Dios? ¡Mézclanse en nuestra vida espiritual tantas imperfecciones y tantas negligencias de detalle! En lugar de avanzar siempre hacia Dios, nos demoramos en el camino, dejándonos distraer de la Trinidad por las pequeñas “añadiduras” de la vida. Huimos del mal que nos separaría de Dios; pero nuestra voluntad no queda inmutablemente fija en el amor. ¿Aun los más santos no tienen, acaso, sus instantes de fragilidad?

Todas esas faltas graves ya perdonadas y todas esas ataduras leves piden expiación. La justicia divina lo exige. Ahí está el Purgatorio para esas reliquias de una vida de pecado. Los ángeles carecen de aptitudes para el pecado venial. En un solo acto, dan todo o rehúsan todo. No existe para ellos término medio: el cielo o el infierno. El hombre es un ser frágil, juguete de innumerables pasiones que obnubilan su inteligencia o inclinan su voluntad a doblegarse. No habría que apartarse de Dios, pero la hermosura de las creaturas retiene todavía demasiado sus miradas, y su hechizo hace temer una invasión de todos sus sentidos. En él, la carne lucha contra el espíritu: está dividido. Esto explica la posibilidad de esas faltas a medias, que retienen al alma atascada en las creaturas, sin apartarla totalmente de Dios. Deplorable debilidad, que Dios, según lo debe a Sí mismo, castiga con un retardo de su ingreso en la visión de su belleza. El alma con ello experimenta una pena inmensurable. A la luz de la otra vida, se da cuenta plenamente hasta qué punto Dios es el bien supremo de todo el universo y, en particular, del mundo de los espíritus. ¿Por ventura toda inteligencia no ha sido hecha para vivir en

la luz del Verbo? El alma, creada para este sublime destino, experimenta un sufrimiento intolerable al sentirse privada, por su culpa, de la visión inmediata de esa suprema belleza. Santo Tomás de Aquino osa afirmar que el más pequeño de los sufrimientos del Purgatorio, así se trate sólo de la pena de sentido, es superior a todos los dolores de aquí abajo, a todos los sufrimientos de mártires y aun de Cristo en su pasión⁴⁴². ¿Qué decir de la pena de daño? Nada puede darnos ni siquiera una idea. Todas las comparaciones empalidecen ante la terrible realidad de un castigo que priva al alma de la posesión inmediata de su felicidad suprema, midiéndose el dolor de la ausencia por la grandeza del amor.

Pues bien, las almas del Purgatorio viven de puro amor. A la luz de una fe bañada por las claridades de la vida del más allá, ellas aman con todas sus fuerzas a ese Dios que todavía les permanece velado. Quisieran contemplar al descubierto la santidad de Dios, el esplendor de su gloria, su felicidad íntima en el seno de la Trinidad. Se ven rechazadas, lejos de la Faz divina a causa de sus manchas, de todas sus impurezas. Hubiera sido tan fácil en la tierra, mediante un solo acto de puro amor, librarse de todo mal. En la supervivencia inmortal, aun las menores faltas son castigadas más prolongadamente, más duramente. El gran tormento del Purgatorio proviene, precisamente, de esa demora de la visión de Dios.

Y, con todo, las almas del Purgatorio están llenas de indecible dicha. En ellas Dios es amado sobre todas las cosas. Una esperanza invencible las mantiene en la certeza de que Dios las ha salvado. Saborean ya por anticipado el gozo inefable de la posesión de Dios. Este Dios de amor es para ellas a la vez una fuente de sufrimiento y de beatitud. A imagen del Cristo del Gólgota, esas almas son teatro simultáneo de los gozos más intensos y de los dolores más grandes: tristezas y gozos que varían según el ardor de su amor. Su gran tormento procede de su deseo de ver a Dios. Pero su gozo espiritual crece al mismo tiempo en la medida en que le aman y se acercan a Él, hasta el instante decisivo, en que, enteramente purificadas, van a sumergirse para siempre en abismos de la Trinidad, eterno hogar de amor.

⁴⁴² “In purgatorio erit duplex poena: una damni, in quantum scilicet retardantur a divina visione; alia sensus, secundum quod ab igne corporali punientur. Et quantum ad ultimumque, poena purgatori minima excedit maximam poenam hujus vitae” (Suplemento de “purgatorio”, art. 4, cf. 3, 46, 6 ad 3).

EL INFIERNO

¡Al lado de esas almas totalmente llenas de luz y de amor que, a la salida de sus cuerpos, se van a las llamas purificadoras del Purgatorio, cuán numerosas son las que caen en el infierno! Al ver a los hombres absorbidos por sus negocios, corriendo carreras tras el dinero, arrastrados por la ambición o los placeres, al oír sus discursos privados y públicos, su música y sus cantos, al sorprenderlos en sus preocupaciones íntimas y en sus proyectos sobre lo futuro, al verlos vivir y morir sin Cristo como si el Dios de la encarnación no hubiese venido a habitar en medio de ellos para salvarlos, dudaríase de que tienen alma. Y sin embargo la vida humana más humilde plantea un caso de eternidad.

Dejemos a Dios discernir la parte de responsabilidad de cada uno. ¡Tanta ignorancia y tanto mal ejemplo los excusa! “No quieras juzgar si no quieres errar”, aconsejaba sabiamente San Agustín. Pero, ¿cómo no angustiarse ante el testimonio poco menos que unánime de los Doctores y de los Padres de la Iglesia acerca del “pequeño número de los elegidos”? “La masa se pierde”, afirma Santo Tomás de Aquino⁴⁴³. La mayor parte de los hombres presta oídos a sus instintos inferiores más bien que a la voz de su alma. En lugar de vivir como dioses, se arrastran como animales. Reniegan del Cristo de su bautismo y rehúsan seguirle por el sendero de la cruz. “¡Cuán estrecha es la puerta que conduce a la Vida!” “¡Muchos son los llamados pero poco los elegidos!”⁴⁴⁴ La sombra gigantesca del mal cubre el mundo de la redención. La masa de los adultos corre hacia el infierno.

Una doble pena castiga a los demonios y a los otros condenados: la pena de daño y la pena de sentido o encarcelación de los espíritus por el fuego, contra su voluntad⁴⁴⁵. Las fantasías de la imaginación popular de la Edad Media y el infierno del Dante nada son junto a la inexpresable realidad de la miseria cuya duración eterna nos asegura nuestra fe. El menor dolor infernal es incomparablemente más temible que los mayores sufrimientos de los mártires y aun de Cristo en la cruz, sin la esperanza del más mínimo alivio. Este carácter de interminabilidad hace intolerable el infierno, arrojando a los condenados en la inconsolable tristeza de la desesperación. Día y noche maldicen su

⁴⁴³ I. 23, 7, AD 3.

⁴⁴⁴ Mateo XX, 16.

⁴⁴⁵ “Ignis... in quantum est instrumentum divinae justitiae, habet ut ipsum quodammodo retineat alligatum” (Supl., 70, 3).

nacimiento y todas las circunstancias de su vida, a sus padres y a sus amigos y, sobre todo, a esa triunfante justicia divina que los mantiene a pesar de ellos en un perpetuo castigo para la manifestación de su gloria.

Para comprender el infierno, habría que conocer el cielo. Su más agudo castigo es la pena de daño, es decir, la privación de la visión de la Trinidad y para siempre. ¿Cómo traducir con pobres palabras humanas ese estado de ausencia eterna de Dios? Dios perdido por culpa propia y por toda la eternidad: he ahí el infierno. En lugar de la deslumbrante luz del Verbo, en lugar de la contemplación de los esplendores de la Trinidad y de todas las maravillas del universo en el pensamiento mismo del Creador, la inteligencia de los condenados rueda en las tinieblas. Si un débil rayo de claridad sobrenatural desciende a ese mundo infernal, es en él una nueva fuente de sufrimiento y desesperación.

La voluntad de los condenados, obstinadamente replegada sobre su propio “yo”, permanece para siempre fija en el odio a Dios. Detestan ellos todas las obras de Dios Trinidad. Cada uno de sus actos es un pecado mortal, cada una de sus acciones un movimiento de rebelión contra Dios. El infierno, creación de la justicia vengadora y del amor ofendido, allí estará eternamente para atestiguar los derechos de Dios y el inexorable rigor que se ejercerá contra los que, voluntariamente, hayan despreciado la sangre de Cristo.

EL LIMBO

Existe una multitud de niños a quienes una muerte misericordiosa viene a librar de las miserias de esta vida, antes de que exista alguna posibilidad para sus inteligencias humanas y para sus voluntades libres de fijarse por sí mismas en el bien o en el mal. La justicia de Dios las envía al Limbo.

Esos niños, pertenecientes a una raza pecadora, sufren legítimamente las condiciones de su naturaleza culpable: nunca verán la Faz de la Trinidad. Mas tampoco sufrirán por ello, no mereciendo su inocencia castigo alguno.

¿Cómo conciliar con un estado tal de daño verdadero una beatitud real? ¿Tanto más cuanto que asistirán, según parece, al juicio final y verán la humanidad de Cristo en el fulgor de su gloria? Su voluntad libre, plenamente conforme con la voluntad divina,

no sufrirá por la privación de una beatitud que no se debe a su naturaleza, ni más ni menos como los santos del cielo no se afligen por la felicidad de todos los elegidos que Dios ha elevado sobre ellos. Bendecirán la misericordia divina que los ha librado de toda posibilidad de mal y de condenación. Por otra parte, la bienaventurada Trinidad los colmará, a ellos también, de una multitud de beneficios. Participarán, con todos los hombres, en la resurrección de la carne y en adelante ningún sufrimiento afectará su vida de beatitud inmortal. Realizarán a perfección el tipo humano: una sensibilidad exquisita, una inteligencia luminosa en posesión de la verdad, una voluntad definitivamente fija en la virtud, los gozos de una indefectible juventud y de una vida sin fin. Los habitantes del limbo constituirán una sociedad de seres humanos que vivirá en una perpetua felicidad.

EL PARAÍSO DE LA TRINIDAD

Y ahora, ¿qué decir de esos seres bienaventurados llamados por la misericordia divina a participar eternamente de la felicidad misma de Dios? Ya por el Bautismo somos “otros Cristos”, verdaderos hijos de adopción que poseen la misma naturaleza que Dios, que pertenecen en adelante a la familia de la Trinidad. La gloria hará patente esta semejanza divina con incomparable esplendor. El misterio de nuestra divinización por la gracia y la gloria: es el misterio mismo de la Deidad, participada por nosotros en su verdadera naturaleza concreta de un Dios en tres Personas: Padre e Hijo y Espíritu Santo. Nuestra grandeza totalmente divina, velada por las oscuridades de la fe, no nos deja sospechar todavía lo que somos; pero cuando Dios se nos manifieste y nosotros le contemplemos tal como Él es, entonces también nosotros apareceremos con Él en la gloria, revestidos de la misma naturaleza divina. Comprenderemos cómo, respetando siempre el carácter contingente y limitado de nuestra personalidad humana, la luz de gloria nos hará subsistir en una naturaleza divinizada, introduciéndonos para toda la eternidad en el ciclo de la vida trinitaria con el Padre, el Verbo y el Amor, para consumarnos, en Ellos, en la unidad. La Trinidad: he ahí nuestra morada eterna, el hogar paterno hacia el cual nos lleva nuestra gracia de adopción, el término supremo de nuestra predestinación en Cristo. En sus designios de misericordia “en alabanza de su gloria”, Dios ha querido que un día seamos santos e inmaculados en su presencia en

posesión de su misma felicidad. La bienaventurada Trinidad nos amó hasta asociarnos a su propia vida de pensamiento y amor en un gozo sin fin.

Tocamos aquí la cumbre más elevada de la mística cristiana. No puede pensarse nada más sublime que esta consumación de nuestro ser en la unidad de la Trinidad. El alma, llamada a vivir con Dios cara a cara y a amarlo como Él se ama a Sí mismo, participará en las operaciones más íntimas del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, asociada a la felicidad de las tres Personas divinas⁴⁴⁶.

LA LUZ ETERNA

El sentido trinitario de nuestra vida espiritual encontrará su realización suprema en esa visión de Dios y de todo el universo en el Verbo. Nada nos revela mejor la dignidad infinita del alma aun más pequeña redimida por Cristo, como esta predestinación del hombre a contemplar todo en el Verbo eterno que es el Pensamiento mismo del Padre. Tres cosas hay que rayan con lo infinito, nota Santo Tomás: la unión hipostática, la maternidad divina y la beatitud de los santos. Dios mismo nada puede realizar más grande⁴⁴⁷.

⁴⁴⁶ “La vida eterna, es que ellos Te conozcan a Ti, solo verdadero Dios, y a Aquel a quien Tú enviaste: Jesucristo” (Juan, XVII, 3). La tradición cristiana, apoyándose en estas palabras del Maestro, siempre ha visto en la contemplación y amor de Dios, la esencia de la beatitud eterna. “Haec enim nobis contemplatio promittitur actionum omnium finis atque aeterna perfectio gaudiorum... Hoc est enim plenum grandium nostrum, quo amplius non est FRUIT TRINITATE Deo ad cuius imaginem facti sumus” (S. Agustín, De Trinitate, I, VIII, 17, 18). “La visión de la Trinidad en la unidad, he ahí el fin y el fruto de toda nuestra vida”, enseñaba Santo Tomás. “Cognitio Trinitatis in unitate est fructus et finis totius vitae nostrae” (Sentencias, I, Dist. 2, q. 1. Exposición del texto). “El misterio de la Santísima Trinidad, declaraba el Papa León XIII, es llamado por los Doctores “sustancia del Nuevo Testamento”, es decir, el más grande de todos los misterios, la fuente y el fundamento de todos los otros. Para conocerlo y contemplarlo han sido creados los ángeles en el cielo y los hombres en la tierra. Este misterio permaneció velado en el Antiguo Testamento: y para manifestarlo con más claridad fue que Dios mismo descendió de la morada de los ángeles a los hombres: “Porque, nadie vio nunca a Dios. Pero el Hijo Unigénito de Dios oculto en el seno del Padre ha venido Él mismo a revelárnoslo”. “Hoc namque ‘substantia novi testamenti’ a sacris doctoribus appellatur, mysterium videlicet unum omnium maximum, quippe omnium veluti fons et caput: cuius cognoscendi contemplandique causa, in coelo angeli, in terris homines procreati sunt, quod, in testamento Veteri adumbratum, ut manifestius doceret, ab angelis ad homines Deus ipse descendit: ‘Deum nemo unquam. Unigenitus Filius qui est in sinu Patris, ipse enarravit’” (Juan, I, 18) (encíclica “Divinum illud munus”, del 9 de mayo de 1897). Así, Dios no ha creado el mundo de los ángeles y de los hombres, no ha enviado a su Hijo Unigénito a la tierra, no gobierna el universo sino para conducir a los predestinados a esta beatífica visión de la Trinidad. Este fue el objeto de la oración suprema de Jesús antes de morir: “Padre, que ellos sean Uno, como nosotros” (Juan, XII, 11).

⁴⁴⁷ “Humanitas Christi ex hoc quod est unita Deo, et beatitudo creata ex hoc quod est fruitio Dei, et beata Virgo ex hoc quod est mater Dei: “habent quamdam dignitatem infinitam ex bono infinito quod est Deus. Et ex hac parte non potest aliquid fieri melius eis, sicut non potest aliquid melius esse Deo” (op. cit., I, 25, 6, ad 4).

Esta visión beatífica constituye la esencia de nuestra vida eterna en Cristo. Tratemos de descubrir su sentido profundo. Dios Padre no tiene sino un Pensamiento: su Verbo, esplendor de su gloria y figura de su sustancia, por quien ha creado el universo, en quien se ve a Sí mismo y contempla toda la Trinidad, en quien conoce su omnipotencia capaz de hacer surgir de la nada infinitad de mundos. El Hijo descubre todo en Sí mismo: la belleza de su Padre, el Espíritu que procede de su mutuo amor y hasta los menores átomos del universo. El Espíritu Santo también contempla todo en este mismo Verbo, expresado por el Padre, que es el Hijo y que es el término único de la vida contemplativa de la Trinidad.

Por una incomprensible bondad, las tres Personas divinas han querido asociarnos a su vida eterna de pensamiento y amor. Ellas nos han adoptado como hijos de su familia divina y nos han llamado a la misma herencia del Hijo. Un día, también nosotros, veremos a Dios cara a cara, sin figura, sin idea intermedia, en su imagen viva, en el Verbo de Dios. El mismo Pensamiento eterno, el mismo numéricamente, será el término único e idéntico de la vida contemplativa de la Trinidad, de los ángeles y de los santos. Será la realización suprema de la oración sacerdotal de Cristo: “la consumación de todos en la unidad”⁴⁴⁸.

Sin las certezas de nuestra fe, ¿quién osaría creer en tales esplendores? Con una audacia segura de sí misma, la teología católica ha penetrado el sentido sublime de semejante destino. Si Dios sustituyese el pensamiento de un hombre genial por las pobres ideas de una inteligencia mediocre, sería para ésta un deslumbramiento. Dios podría también infundirnos milagrosamente ideas angélicas. ¡Qué sorpresa para el hombre descubrir entonces todas las bellezas del mundo, de la naturaleza y de la gracia, en el pensamiento del más puro de los serafines! Mas, ¡qué esplendor divino si de repente fuésemos elevados a la contemplación de todos los seres en el Pensamiento mismo del Creador, si fuésemos admitidos a escrutar en la Luz misma del Verbo los abismos de la Trinidad, la vida íntima del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo y todas las riquezas de la creación!

Pues bien, este es el caso de la visión beatífica. He ahí por qué los doctores y los santos se han complacido en exaltar la grandeza sobrenatural del hombre hecho hijo de Dios y predestinado por gracia a contemplar todo en el Pensamiento mismo del Padre, en ese Verbo que procede eternamente de su seno, por quien ha creado todos los seres

⁴⁴⁸ Juan XVII, 23.

del universo. “En el principio era el Verbo y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios”⁴⁴⁹. Un día, veremos todo en este Verbo oculto en el seno del Padre desde toda la eternidad, verdadero Dios, nacido de Dios, Luz de Luz, por quien todo ha sido hecho y sin el cual nada subsiste; descubriremos todo en la divinidad de este Verbo que vino a habitar entre nosotros para hacernos, a imagen suya, verdaderos hijos de Dios, que viven de la misma luz y del mismo amor, admitidos en la intimidad de la familia divina “en la unidad” de la Trinidad.

La luz de gloria, que nos comunicará la naturaleza de las tres Personas divinas, también nos hará participar de ciertos atributos divinos. Esa visión de todas las cosas en el Verbo revestirá en nosotros, como en Dios, un modo intuitivo, inmutable, eterno. Ya no más nociones fugitivas y tenebrosas, sino un solo Pensamiento, que iluminará todo y que nunca pasará: el Verbo de Dios. Esta simple mirada sobre todas las cosas en el Hijo Unigénito, igual a su Padre, en este Pensamiento eterno hecho nuestro propio pensamiento conservará a nuestras almas recogidas en el único instante de la eternidad, fijas en esa tranquila y beatífica “visión de paz”⁴⁵⁰, en el cual la Trinidad misma encuentra su reposo y felicidad.

En lugar de entrever las realidades eternas a través de un mundo efímero, descubriremos a Dios en su Esencia increada y las cosas temporales se nos aparecerán en la gran luz divina bajo un modo eterno. Veremos, todos, las hermosuras del universo en la fulgurante claridad del acto creador, y todo el plan del mundo en los consejos eternos de la Trinidad. Según nuestro grado de gloria, en una intuición deslumbradora, descubriremos en Dios, lo pasado, lo presente y lo por venir. Seremos Dios por nuestro pensamiento. En esta vida bienaventurada ninguna representación creada penetrará: no hay otra luz que la del Cordero, el Verbo de Dios. Aquel que es el Pensamiento del Padre, el reflejo vivo de sus perfecciones infinitas. Un solo Pensamiento, una sola luz iluminará la vida contemplativa de la Trinidad y de todos los habitantes de la ciudad de Dios. Nada nos descubre mejor el profundo sentido de nuestra vocación divina, como este destino sublime que consistirá en contemplar todo en el Verbo. Mirad qué amor nos ha tenido Dios Padre. Si nos envió a su Hijo como salvador, fue para darnoslo como Pensamiento en el cielo. Aquel que es “el camino”⁴⁵¹ y que, por la encarnación, se hizo nuestro compañero de viaje, en el atardecer de nuestra vida, cuando las sombras de la

⁴⁴⁹ Juan I, 1.

⁴⁵⁰ Oficio de la Dedicación.

⁴⁵¹ Juan XIV, 6.

tierra se hayan desvanecido, repentinamente se nos aparecerá como Verbo en su Divinidad. Si hemos sido fieles, Cristo nos llevará al seno del Padre y allí, permaneciendo Hijo suyo Unigénito, Pensamiento suyo eterno, imagen suya viva y esplendor suyo, harás nuestro propio pensamiento, la suprema revelación del Padre y de todo el universo, el término en el cual se acabará la historia del mundo en la beatífica visión de Dios y en la consumación de todo el cuerpo místico de Cristo, en la unidad de la Trinidad. ¡Oh, Lux, beata Trinitas!

EL AMOR ETERNO

El alma admitida en el espectáculo de la generación del Verbo y de la espiración del Espíritu Santo participa con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo de una misma vida bienaventurada en una eternidad de amor.

Ella vive de amor en la intimidad del Padre del cual contempla la fecundidad infinita, Principio sin Principio, fuente suprema de todos los esplendores de la Trinidad. Saborea el amor eterno de un Dios, que la amó hasta darle como pensamiento a su propio Hijo. Vive de amor en la intimidad del Hijo, igual al Padre en poder, sabiduría, misericordia, inmensidad, eternidad y que posee las mismas infinitas perfecciones en una misma naturaleza divina. Vive de amor en la intimidad del Espíritu de Dios, en quien el Padre y el Hijo se aman y reposan eternamente uno en el otro en una beatitud sin fin. Su vida es una comunión eterna en esta vida de Dios.

Ningún afecto de la tierra, por exquisito que sea, puede darnos ni una pálida idea del júbilo divino del alma, llamada a vivir de amor en la unidad de la Trinidad. Su voluntad encuentra en este bien un goce que la colma de felicidad, infinitamente más que todas las dichas de aquí abajo. Gozar a la vez de las tres Personas divinas en un abrazo sin fin, no con amor egoísta, sino con amor de amistad que se olvida de sí para pensar ante todo en la gloria de la Trinidad: tal es el estado del alma que ha llegado a la inmutable beatitud del paraíso. Esta alma bienaventurada vive más en Dios que en ella misma. Ve a Dios, ama a Dios, canta a Dios. La visión del Verbo desplégase en ella en eternidad de amor. Su vida hácese amistad sin fin con la Trinidad. “Padre, quiero que allí donde Yo estoy, estén mis elegidos conmigo en la gloria. Yo en ellos y Tú en Mí, a

fin de que el amor con que Tú me has amado esté también en ellos para consumarlos en nosotros en la unidad”⁴⁵².

En esta vida celestial se realiza a la perfección la promesa de Jesús: “Si alguien Me ama, mi Padre lo amará. Y vendremos a él y en él estableceremos nuestra morada”⁴⁵³. En la muerte el velo se desgarró y el alma hallase frente a frente con la Trinidad. Dios, presente en todas partes por su inmensidad, se le aparece súbitamente tal como Él es en el brillo de gloria de su poder creador y en su vida íntima de Trinidad. Dios Padre e Hijo y Espíritu Santo danse a ella para la eternidad. Toda la Trinidad viene a colmar a esta alma de su infinita beatitud. El Padre ámalala tiernamente como a imagen Viva de su Hijo y como a templo consagrado a su gloria. El Verbo creador y redentor la reviste, por gracia, de su filiación divina. Incorporada a Cristo y coheredera de un mismo reino, unida a Cristo en los esplendores de la gloria, ella participa de la grandeza divina del Hijo Unigénito del Padre, que se hizo por la encarnación “primogénito de una multitud de hermanos”⁴⁵⁴.

Inundada por la esencia divina, habitada por las tres Personas increadas, el alma glorificada vive familiarmente en la intimidad de la Trinidad. Verdaderamente está en su casa en el seno del Padre, hija de Dios a imagen del Hijo, predestinada a la misma vida de amor: ella adora, ama, hácese incesante alabanza de gloria de la Trinidad. Eternizada en Dios por la luz del Verbo, el Espíritu de amor la consume en la unidad del Padre y del Hijo.

LOS ESPLENDORES DE LA GLORIA

Después de la resurrección, la gloria del alma redundará sobre el cuerpo. Cuanto más elevada esté un alma en la visión del Verbo, tanto más participará su cuerpo de las propiedades gloriosas de los elegidos. Todos los cuerpos resucitados, configurados con el estado de gloria de la humanidad de Cristo, aparecerán revestidos de esplendor a fin de ser dignos templos vivos de la Trinidad⁴⁵⁵.

⁴⁵² Juan XVII, 24-25.

⁴⁵³ Juan XIV, 25.

⁴⁵⁴ Romanos VIII, 29.

⁴⁵⁵ Esta subordinación de todas las actividades inferiores de los bienaventurados a la inmutable visión de la Trinidad los establecerá en un equilibrio maravilloso, en el cual cada potencia se desarrollará en toda su plenitud, en armonía con todas las otras facultades del ser humano divinizado y glorificado, como en

La encarnación, acabando de desplegar sobre nuestra naturaleza humana los beneficios de su omnipotencia transfiguradora y divinizadora, imprimirá a nuestra carne una disposición permanente de total sumisión al espíritu, así como el alma, divinizada por la visión del Verbo, permanecerá en una perfecta docilidad a todas las impulsiones del Espíritu de Dios⁴⁵⁶.

San Pablo nos ha descrito, en su epístola a los Corintios, el estado de gloria que espera a nuestro cuerpo resucitado: “Sembrado en la corrupción, surgirá incorruptible; sembrado en la ignominia, surgirá glorioso; sembrado en la debilidad, surgirá revestido de poder; sembrado cuerpo animal, surgirá cuerpo espiritual”⁴⁵⁷.

A la señal dada por Cristo, la omnipotencia del Creador realizará en un instante esa resurrección gloriosa que ocasionará el triunfo definitivo de Dios en el universo.

Los elegidos poseerán cuatro propiedades especiales de este estado de gloria: impasibilidad, sutileza, agilidad y claridad.

Ningún sufrimiento, sino una indefectible impasibilidad. “Dios enjugará toda lágrima de sus ojos”⁴⁵⁸. Éste, sin embargo, no es sino un aspecto negativo de esta primera propiedad de los cuerpos gloriosos. Impasibilidad no quiere decir insensibilidad. Por el contrario, en la vida de la gloria, como en la humanidad de Cristo, todos los sentidos gozarán al máximo de las bellezas del universo. Ante los ojos de carne de los elegidos se desarrollará el incomparable espectáculo de la belleza de Cristo, de las gracias de la Virgen, de los esplendores de todos los santos, de las inagotables riquezas de la creación. Los elegidos oirán la maravillosa voz de Cristo, las palabras de su Madre, las alabanzas de todos los bienaventurados, la armonía de la inmensidad de los mundos. Los gozos más puros y exquisitos invadirán todos nuestros sentidos: gozos del tacto, gozo de los perfumes y de los sabores, cuyo modo misterioso se nos escapa pero de cuya realidad estamos seguros. Todas las leyes del universo y todas las maravillas de la creación estarán a entera disposición de los elegidos. ¿Cómo Dios Padre, que nos concederá que gocemos de la presencia del Verbo y de todas las delicias

Cristo: “Quando unum duo-rum est ratio alterius, occupatio animae circa unum non impedit nec remittit occupat-ionem ejus circa aliud... Et quia Deus apprehenditur a sanctis ut ratio omnium quae ab eis agentur et cognoscentur: ideo occupatio eorum circa sensibilia sentienda vel quaecumque alia contemplanda aut agenda, in nullo impedit divinam contempla-tionem, nec e contrario... Et quia in sanctis erunt omnes potentiae perfectissimae, una poterit intense operari, ita quod ex hoc nullum impedimentum praestabitur actioni alterius potentiae: sicut et in Christo fuit” (Supl., 82, 3 ad 4).

⁴⁵⁶ “Corpus humanum, et quidquid in eo est, erit perfecte subjectum animae rationali, sicut etiam ipsa perfecte erit subjecta Deo” (Supl., 82, 1).

⁴⁵⁷ I Corintios XV, 42-44.

⁴⁵⁸ Apocalipsis XXI, 4.

de la intimidad con la Trinidad, no habría de acordarnos que nos regocijemos en él de todos bienes del universo? Si se conociese la intensidad de la felicidad que Dios reserva a nuestros cuerpos resucitados, el martirio más cruel nos parecería un camino de rosas que lleva al paraíso. Allí gozará el hombre: en su alma, de la felicidad de la Trinidad, y en su ser de carne, de todas las bellezas sensibles del universo.

El alma penetrará todas las partes de su cuerpo con la sutileza de un espíritu. Nada escapará a su imperio dominador. El ser humano resucitará en una perfecta integridad y conservará, bajo la influencia del alma, una perpetua juventud. Ningún envejecimiento ya, ninguna disminución de su vigor, sino en cada uno de los elegidos la realización de un tipo humano de belleza ideal, poseyendo cada uno una fisonomía personal y una inconvertible originalidad. En este estado glorioso en el que resucitarán todos en edad adulta, el Dios de la encarnación restaurará la naturaleza humana en todo su esplendor, a imagen de Cristo.

Una *agilidad* maravillosa permitirá a los Cuerpos gloriosos trasladarse obedeciendo a la menor orden del alma, casi con la rapidez del pensamiento. Esta asombrosa propiedad, variable según el grado de divinización del alma por la luz de gloria, facilitará a los bienaventurados el conocimiento de todos los elegidos y de todas las maravillas derramadas a manos llenas en la de los espacios del universo⁴⁵⁹. Las leyes de la gravedad no paralizarán ya un cuerpo sobre el cual el alma poseerá pleno dominio. Esta docilidad del cuerpo, al servicio del espíritu, se extenderá a todas las operaciones del alma en su actividad corporal; no sólo al movimiento local, sino a todo el juego de sus facultades sensibles: una actividad sensorial infatigable, sin laxitud, sin necesidad de sueño, una memoria de flexibilidad y tenacidad impecable, una imaginación creadora de todas las formas de representación necesarias para la vida superior del alma, un poder de evocación y de expresión que proporcionará a la comunión de los santos el encanto de una sociedad de artistas y de grandes genios, comunicando cada uno con los otros las riquezas de su propia vida bienaventurada animados con los sentimientos de una amistad fraterna y divina. Como el Verbo encarnado utilizaba a voluntad el concurso de las imágenes para expresar en lenguaje humano lo que Él descubría en la visión del

⁴⁵⁹ “Postquam coelos conscendenrit, verisimile est quod aliquando movebuntur pro suae libito voluntatis: ut illud quod habent in virtute, actu exercentes, divinam sapientiam commendabilen ostendant: et ut visus eorum reficiatur pulchritudine creaturarum diversarum, in quibus Dei sapientia eminenter refulcefit: sensus enim non potest esse nisi praesentium, quamvis a longinquo possint sentire corpora gloriosa quam non gloriosa. Nec tamen per motum aliquid deperibit eorum beatitudini, quae consistit in visiones Dei, quem ubique praesentem habebunt, sicut et de angelis, dicit Gregorius” (Homilía, XXXIV in Evang.) quod “intra Deum currut quocumque mittuntur” (Supl., 84. 2).

Verbo o en las luces de su ciencia infusa, así los elegidos, miembros vivos del Verbo encarnado, podrán con prontitud y facilidad usar de todas sus facultades sensibles para manifestar la vida beatificada de su alma e ir de un extremo al otro del mundo con la rapidez de un espíritu.

En fin, los cuerpos gloriosos “fulgurarán como el sol”⁴⁶⁰. Lo afirma Cristo en el Evangelio. El alma, totalmente penetrada por los esplendores de la gloria, irradiará hasta en su cuerpo la claridad de Dios. Como en un diáfano cristal se podrá leer a través de los cuerpos gloriosos el grado de beatitud de cada uno de los elegidos. Cuanto más iluminada esté un alma por el Verbo, tanto más resplandeciente será su cuerpo. Dios Creador ha prodigado en el universo los testimonios de su omnipotencia, dando a las flores sus primores y encantos, a las piedras preciosas su brillo, a todos los seres un reflejo de su belleza. ¿Cómo no hubiera desplegado todo su poder y toda su sabiduría en favor de los miembros vivos del Verbo encarnado, a quienes ha hecho hijos de adopción, a imagen de su Unigénito Hijo? Estemos ciertos de que el centelleo de los astros más brillantes nada es junto al estado de transfiguración de los cuerpos gloriosos, en el universo renovado por el poder de Cristo. Para comprender la felicidad de los elegidos y todos los privilegios del estado de gloria, siempre es menester mirar a Cristo, término supremo de la predestinación de los santos. “Aquellos a quienes Dios ha amado. Él los ha predestinado a llegar a ser conformes a su Hijo Unigénito, en alabanza de su gloria”⁴⁶¹.

El universo entero entrará en los esplendores de este estado de gloria. “Cielos nuevos y tierra nueva”⁴⁶², nos revela San Pedro, es decir, un mundo transfigurado cuya magnificencia nos deslumbrará.

La omnipotencia del Creador que, recreándose, podría hacer surgir de la nada millares de universos incomparablemente más bellos que el nuestro, se dedicará con sabiduría y liberalidad divinas a hacer resplandecer en el mundo glorificado todos los efectos de la encarnación redentora y restaurará todas las cosas en Cristo, a fin de que el universo de la gloria sea digno del Verbo encarnado y del Cristo total, y para que los elegidos, “sacerdotes y reyes” de la creación, puedan hacer subir por Cristo hacia Dios Trinidad la alabanza de todas las creaturas.

⁴⁶⁰ Mateo XIII, 43.

⁴⁶¹ Efesios I, 6; romanos VIII, 29.

⁴⁶² II Pedro III, 13.

El universo aparecerá a los hombres resucitados lo que él es en el plan de la Providencia: el gran libro de Dios. Ante el espectáculo del universo renovado, de los cuerpos gloriosos y de todos los santos, sobre todo de la majestad de Cristo, resplandecerán las perfecciones divinas a la vista de todos⁴⁶³.

Mientras en la cima de su alma los bienaventurados estén viendo la Trinidad en el Verbo, sus ojos de carne descubrirán, sin razonamiento y sin esfuerzo, el rostro de Dios en todas las criaturas⁴⁶⁴.

¿En qué grado y en qué medida? Apenas nos atrevemos a sugerirlo; tanto habrá de exceder la liberalidad divina a nuestras concepciones humanas y a nuestros pobres balbuceos. Un texto curioso de Santo Tomás de Aquino señala, con audacia estupenda, la extensión sin límite de este campo de visión de los elegidos que iguala en amplitud, dícenos, a la mirada de Cristo y aun a la visión de la Trinidad sobre el mundo. “Nada impide admitir, afirma el Santo Doctor, que después del juicio final, cuando la gloria de los hombres y de los ángeles sea plenamente consumada, que todos los bienaventurados conozcan todas las cosas conocidas por Dios en su ciencia de visión”, poseyendo así una comprensión perfecta del universo⁴⁶⁵.

Quedamos confundidos frente a tales perspectivas de gloria; ¿cómo explicar una afirmación tan sorprendente? Sabemos que hay dos maneras para los bienaventurados de conocer los seres de la creación: en el Verbo o fuera del Verbo.

En el Verbo, los elegidos contemplan, en primer lugar, las tres Personas divinas, objeto principal de su vida eterna y principio de su beatitud. Pero su mirada intuitiva extiéndese además, a título secundario, a toda la obra de Dios. Descubrirán así el conjunto de los seres del universo en el Pensamiento creador mismo, en la deslumbradora y eterna claridad del plan de Dios. Este conocimiento de las creaturas “en el Verbo” a plena luz increada, les revela las razones misteriosas de la creación y

⁴⁶³ “Inspiciet divinitatem in suis effectibus corporalibus in quibus manifesta indicia, divinae majestatis apparebunt, et praecipue in carne Christi, et post hoc in corporibus beatorum, et deinceps in omnibus aliis corporibus” (Supl., 91, 1).

⁴⁶⁴ “Ad hoc innovatio mundi ordinatur ut in mundo innovato manifestis indiciis, quasi sensibiliter Deus ab homine videatur” (Idem., 91, 3).

Intellectus tam clare Deum videbit, quod in rebus corporaliter visis Deus percipietur, sicut in locutione percipitur vita. Quamvis enim tunc intellectus noster non videat Deum ex creaturis, tamen videbit Deum in creaturis corporaliter visis” (Supl., 92, 2).

⁴⁶⁵ “Nihil prohibet dicere quod post diem iudicis, quando gloria hominum et angelorum erit penitus consummata omnes beati scient omnia quae Deus scientia visionis novit: ita tamen quod non omnes omnia videant in essentia divina. Sed anima Christi ibi plene vibedit omnis, sicut et nunc videt: alii autem videbunt ibi plura vel pauciora secundum gradum claritatis quo Deum cognoscent. Et sic anima Christi de his quae prae aliis videt in Verbo omnes alias illuminabit, unde dicitur (Apocalipsis., XXI, 23), quod ‘claritas Dei illuminat civitatem Hierusalem, et lucerna ejus est Agnus’. Et similiter superiores illuminabunt inferiores, non quidem nova illuminatione, ut scientia inferiorum per hoc augeatur, sed quadam continuatione illuminationis” (Idem., 92, 3 ad 12).

del gobierno del mundo, los innumerables beneficios de la encarnación redentora y de la incorporación de los predestinados, ángeles y hombres, al cuerpo místico de Cristo.

En esos sabios designios sobre el mundo, cada uno de los bienaventurados descubre la conducción de Dios sobre el conjunto de los elegidos a la luz misma de los decretos de la Trinidad. Cristo contempla todo en esta luz increada. En su visión beatífica, conoce con certeza, en una claridad sin sombra, todos los destinos de su Iglesia y hasta los más imperceptibles átomos del universo. ¿La Madre de Dios y de los hombres entrevé, también Ella, en esta misma luz increada toda la economía de la Redención, hasta en su menor detalle? Tentados estaríamos a convenir en ello a causa de su título de Mediadora de todas las gracias y de Reina del universo. Mas, para nosotros, esto sigue siendo secreto de Dios. Puede establecerse como principio que cada bienaventurado ve “en el Verbo” lo que le atañe personalmente: una madre, a sus hijos; un cura párroco, a su parroquia; un obispo, a su diócesis; un jefe de Estado, el destino de su nación; un Papa, la Iglesia que gobernó; Cristo, todo, puesto que es el Redentor del mundo, Sacerdote y Rey del universo. Sería temerario querer detallar para cada uno de los elegidos la extensión de este conocimiento de las creaturas en el Verbo, no obstante que se pueda admitir con verosimilitud que ella se refiere al encadenamiento y a la complejidad de la historia de los hombres y de las civilizaciones en marcha hacia la ciudad de Dios. Esto interesa a cada miembro del cuerpo místico de Cristo.

Dios suple lo que pudiera faltar a esta visión del mundo por un conocimiento infuso, que permite a todos los elegidos escrutar el universo hasta en sus menores detalles, “fuera del Verbo”. Así es cómo Cristo, que ve todo en el Verbo, iluminará a los ángeles y a los santos de la Iglesia triunfante, de la manera como los ángeles superiores iluminan a los puros espíritus de un orden inferior, no obstante que, para iluminar a los hombres, pueda Cristo utilizar el juego de las imágenes y de sus facultades sensibles.

La Virgen Mediadora, colmada por su Hijo de todas las luces infusas complementarias de su visión beatífica y necesarias a su título de Reina del mundo, iluminará, a su vez, a los serafines, querubines y a las otras jerarquías angélicas. Maravillosas cascadas de luces descenderán así del alma de Cristo a todos los elegidos: en el momento del juicio final para justificar ante sus ojos la justicia y la misericordia divinas, y, después del juicio, para manifestar el inagotable poder y la infinita grandeza de Dios Trinidad. ¿Cómo podría ser que todos estos elegidos, que contemplan al descubierto en el Pensamiento mismo del Padre el secreto de la generación del Verbo y

la eterna procesión del Amor, no habrían también de descubrir en su Principio y a plena luz la obra creadora restaurada por el Hijo?

¿Qué es el mundo entero comparado a la adorable Trinidad? ¿Qué, el movimiento de todas las creaturas, átomos surgidos de la nada, junto al espectáculo de la generación del Verbo y al surgimiento entre el Padre y el Hijo de un Dios Amor? El alma introducida en una intimidad tal y participando de una misma vida deiforme, mantiénese con beatitud en esta vida de eternidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. En esto radica su felicidad esencial.

Esta felicidad eterna, gustanla los elegidos en sociedad con las Personas divinas, los ángeles y los santos. El alma glorificada no vive aislada con un Dios solitario. Su beatitud la fija en el seno de una Trinidad, en la intimidad de una familia divina, en un Dios: Padre e Hijo y Espíritu Santo. “Dichoso aquel que Te conoce, oh, beatífica Trinidad, aun si ignora todo lo demás. Y si posee el conocimiento de todas las creaturas, su felicidad viénele de Ti, contemplado cara a cara, y no de la visión del universo”⁴⁶⁶.

Pero Dios ha tenido en cuenta también la naturaleza espiritual y, a la vez, corporal, del hombre. Mientras en la visión del Verbo y en su vida eterna, el alma bienaventurada permanecerá oculta en Dios en el seno de la Trinidad, ella entrará también en comunicación con el mundo de los puros espíritus, al mismo tiempo que sus ojos de carne se regocijan con la presencia corporal de la humanidad de Cristo, de la Virgen y de los otros santos.

Como continuación de la luz eterna –y más adaptadas a las inteligencias creadas– fulgurantes iluminaciones no cesarán de ilustrar a ángeles y santos acerca de los misterios del tiempo y de la eternidad.

Este nuevo modo de conocimiento, totalmente angélico, abrirá al alma humana un campo inmenso de relaciones con los puros espíritus y las otras almas. Vivirá así familiarmente con ángeles, arcángeles, Virtudes, Principados, Potestades, Dominaciones y Tronos, con Querubines y Serafines, con todas las jerarquías angélicas, que, con los hombres, forman una sola sociedad: el cuerpo místico de Cristo. Una amistad divina vinculará a todos estos bienaventurados en la familia de la Trinidad y los inclinará a considerarse como hijos de un mismo Padre que los une, en su Hijo y en la unidad de un mismo Espíritu, a su propia vida de eternidad. Así, a fin de que fuera de su vida inmutable en el Verbo, los ángeles y los santos puedan darse recíprocas muestras

⁴⁶⁶ Cf. S. Agustín, “Confesiones”, V, IV.

de sus sentimientos de fraternal amistad. Dios mismo comunicará a las almas glorificadas, mediante ideas infusas, la facilidad de comunicar con los puros espíritus en sus pensamientos más íntimos. Esta misma ciencia infusa de procedimiento intuitivo, permitirá a los elegidos penetrar mediante una vista directa en las profundidades del alma de Cristo, de la Virgen y de los santos. ¡Qué admiración producirá esta visión totalmente espiritual del Verbo encarnado, de la Madre de Dios, de todos los ángeles y de todos los santos del Paraíso!

En fin, añadiendo el espectáculo de los cuerpos gloriosos a esa visión, una multitud de gozos accidentales, incomparablemente más embriagadores que todos los gozos de la tierra, los ángeles y los santos vivirán en la ciudad de Dios en una dicha eterna, frente a la Trinidad.

LA ALABANZA ETERNA

Asociada a la vida trinitaria, el alma beatificada cantará la gloria de las tres Personas divinas, unida a la alabanza eterna que Dios encuentra en el interior de Sí mismo en su Verbo, la sola digna de Él. Porque, aun para los bienaventurados, Dios Trinidad conserva una grandeza trascendente. Sigue siendo para todos los ángeles y santos como para el alma misma de Cristo, el Ser incomprensible e inefable. Sólo el Verbo, Pensamiento eterno del Padre y palabra suya sustancial infinita, puede expresar adecuadamente todo el misterio de Dios en la unidad de su Trinidad. Los elegidos, introducidos en el ciclo de la vida trinitaria, unidos inmediatamente a ese Verbo, término increado de su visión, encontrarán en Él la expresión suprema de su alabanza para Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

San Agustín ha condensado en una frase célebre la ocupación eterna de los bienaventurados en presencia de las tres Personas divinas: “Ibi videbimus, amabimus, cantabimus”. “Allí, veremos, amaremos, cantaremos a Dios”. Contemplar la Trinidad, amar la Trinidad, cantar a la Trinidad: he ahí la vida de los bienaventurados en los esplendores de la gloria y su oficio para la eternidad.

En la ciudad de Dios todo es luz, amor, gozo eterno. Una misma claridad increada ilumina a las tres Personas divinas y a todo el cielo de los bienaventurados. En

el seno de la inmutable y beatífica Trinidad, todos los elegidos viven de puro amor en una adoración sin fin.

Alaban a Dios a causa de Él mismo primero y de las riquezas increadas ocultas en los abismos de la Trinidad.

Lo alaban también a causa de sus múltiples perfecciones derramadas en las obras de su creación: porque “los cielos narran su gloria”⁴⁶⁷ y hasta el menor grano de arena atestigua su grandeza infinita.

Alaban a Dios a causa de las creaturas vivas e inteligentes en quienes se refleja la imagen de su vida de pensamiento y de amor.

Bendicen a la misericordiosa Trinidad por todos los acontecimientos, grandes y pequeños, que, a través de los largos siglos de historia de la Iglesia militante, han conducido al cuerpo místico de Cristo a la eterna ciudad de Dios.

Cantan a Dios por todos sus beneficios en los que brillan el poder del Padre, la sabiduría del Hijo, el amor del Espíritu Santo.

Dirigen a Dios: Padre, y Espíritu Santo una acción de gracias sin fin por haberlos llamado a vivir, mediante la gracia de adopción, en la intimidad de su familia divina.

¡Viven en la luz, en el amor, en una eterna dicha!

San Juan nos ha dejado en su Apocalipsis una descripción sublime de esta vida eterna. Los elegidos “venidos de la gran tribulación de la tierra”⁴⁶⁸, agrupados ante el trono del Cordero no cesan de repetir su agradecimiento eterno a ese Dios encarnado que los ha salvado: “Dignus es Domine”. Tú solo eres digno, Señor, de recibir ese libro de los destinos del mundo y de abrir sus siete sellos, porque Tú has sido muerto y porque Tú nos has redimido con tu sangre de toda tribu, de toda lengua, de todo pueblo, de toda nación. Tú nos has establecido: sacerdotes y reyes. Contigo, reinaremos sobre toda la tierra⁴⁶⁹.

Los ángeles, los arcángeles, las Virtudes, las Dominaciones, los Querubines, los Serafines y todos los puros espíritus, en multitud incalculable, únense a los hombres para afirmar, también ellos, en alta voz: “Sí, digno es el Cordero inmolado de recibir todo poder, sabiduría, fortaleza, gloria, alabanza y divinidad”⁴⁷⁰.

En fin, “todas las creaturas” del cielo, de la tierra y del universo, proclaman con voz unánime: “A Aquel que está sentado sobre el trono del Cordero, a la Trinidad y a

⁴⁶⁷ Salmo XVIII, 2.

⁴⁶⁸ Apocalipsis VII, 14.

⁴⁶⁹ Apocalipsis V, 9-11.

⁴⁷⁰ Apocalipsis V, 11-12.

Cristo, gloria, honor, poder y bendición por los siglos de los siglos”⁴⁷¹. Todos los elegidos, “postrados sobre sus rostros adoran a Aquel que vive por los siglos de los siglos”⁴⁷².

El culto a la Trinidad es el alma de esta liturgia eterna cuyo Sacerdote único es Cristo. El Verbo encarnado, verdadero Dios y verdadero hombre, reuniendo en Sí todas las armonías de la creación y todas las perfecciones divinas, es el director de coro de este universo glorificado, reuniendo en las dos naturalezas de su personalidad de Hijo, la gloria accidental que Dios encuentra en su creación con la glorificación esencial del Verbo. En Cristo Jesús la alabanza del hombre únese a la de Dios. Mediador único, Sacerdote de la Trinidad, la alabanza de todas las creaturas pasa por su alma de Cristo. “Por Él, con Él y en Él” la Virgen adoradora y todos los bienaventurados hacen subir, en la unidad del Cristo total, una eterna alabanza a la adorable Trinidad.

†

⁴⁷¹ Apocalipsis V, 13.

⁴⁷² Apocalipsis V, 14.